IVETTE CHARDIS



EL INDECENTE DESEO DE LADY KAT


EL
INDECENTE
DESEO DE
LADY KAT

Título: El indecente deseo de Lady Kat.

© 2025, Ivette Chardis. Primera edición.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para las mujeres que luchan por sus deseos.
Para los hombres que las acompañan en el camino.

Capítulo 1

Inglaterra, octubre de 1816

Lady Katherine contempló la serena belleza del paisaje de los Cotswolds mientras el carruaje avanzaba por el camino sinuoso hacia Woolriver. De repente, las ruedas parecieron encallar y Kat se balanceó de un lado a otro de la berlina hasta chocar con su hermanastra Beatrice, diez años menor que ella.

—¡Quita, inútil! Me has arrugado el vestido.

—Perdón, ha sido sin querer.

—¡Mamá! ¡Lo ha hecho a propósito para fastidiar mi llegada a la casa y dejarme en ridículo delante del servicio!

Katherine sonrió, hastiada del comportamiento de Beatrice, que aprovechaba cualquier oportunidad para menospreciarla.

—¡Basta ya, Kat! —se irritó su madrastra, Agnes Clifford, condesa viuda de Asbourne.

—¡Pero si ella no ha dicho nada! —la defendió Felicity, su hermanastra de nueve años y su mayor apoyo.

—No puedo soportar su mirada y esa sonrisa tan grosera —se quejó de nuevo Beatrice.

—Tú deberías tener más respeto; al fin y al cabo, es la mayor —apostilló Felicity.

—Aunque no la que tiene el rango superior —se indignó *lady* Asbourne—. Te acogimos en casa después de quedar viuda y sin dinero, y debes aprender cuál es tu sitio.

Felicity abrió la boca para replicar, pero otro zarandeo la obligó a agarrarse al asiento del carruaje. Las cuatro se miraron contrariadas. Llevaban varios días de viaje y estaban exhaustas tanto por afrontar los peligros del camino como por la ansiedad que les creaba volver a empezar.

Kat desvió la mirada hacia el exterior. Las colinas ondulantes, cubiertas de verde esmeralda y salpicadas de flores silvestres, se

asemejaban a una pintura en movimiento. Ofrecían una engañosa sensación de paz que contrastaba con la turbulencia en su corazón.

Tras la trágica muerte de *lord* Asbourne, la existencia de las cuatro damas cambió de la noche a la mañana. La llegada a Woolriver significaba un nuevo comienzo, aunque no uno deseado. Su madrastra había decidido mudarse a aquel pueblecito para escapar del juicio de la sociedad londinense. Buscaban un refugio donde pudieran rehacer sus vidas a conveniencia, sin depender de las limosnas de familiares más adinerados. Nadie debería conocer sus circunstancias. La fortuna del conde no era tan considerable como suponían, aunque les había dejado una renta anual para la familia. Y después de mucho buscar un plan alternativo, Agnes encontró una residencia en los Cotswolds que se ajustaba a su presupuesto. Podrían conservar sus joyas y vestidos, y hasta permitirse a un ama de llaves, que las esperaba esa mañana en la nueva casa. Les habían comentado que Woolriver era un pueblo donde abundaban los nobles terratenientes, por lo que sus miras estaban puestas en encontrar un buen marido para Beatrice y acallar las malas lenguas.

Su madrastra ya le había dejado claro a Kat que se olvidara volver a casarse, que nadie querría a una viuda de veintiocho años por ser demasiado mayor y que su falta de belleza no ayudaba mucho. Se sentía como una sombra, relegada a un papel servil que nunca habría imaginado.

La berlina por fin se detuvo frente a una casa antigua de piedra, cubierta de enredaderas que parecían abrazarla. Era una vivienda modesta, comparada con la mansión de Londres, pero Kat apreció su aire acogedor. Los lacayos, que habían contratado solo para que las ayudaran durante el viaje, descargaron los baúles que portaban. *Lady* Asbourne se bajó con gracia estudiada, seguida de Beatrice, quien miró a su alrededor con desprecio.

Katherine ayudó a Felicity a descender y la niña la abrazó con fuerza. Su entusiasmo era contagioso.

—Kat, ¿podemos explorar el jardín más tarde? —Sus ojos oscuros brillaban de emoción.

—Por supuesto —respondió con una sonrisa—, pero antes debemos instalarnos.

Al entrar, fueron recibidas por el ama de llaves, la señora Bryan, una mujer robusta con una expresión amable.

—Bienvenidas, mis señoras. Sus habitaciones están en el piso de arriba, ya preparadas. Si necesitan algo, no duden en llamarme.

Lady Asbourne apenas asintió y se dirigió de inmediato a su cuarto, sin una palabra de agradecimiento. Beatrice la siguió de cerca. Katherine y Felicity permanecieron en el vestíbulo.

—Vamos a nuestra recámara, pequeña. Estoy segura de que encontrarás algo interesante que ver desde la ventana —comentó, resignada.

Mientras subían las escaleras, la esperanza surgió a la superficie. No era una mujer melancólica, a pesar de su poca suerte. Woolriver era un lugar nuevo, una oportunidad para encontrar un respiro en medio del tormento que había sido su vida desde la muerte de su marido y poco después la de su padre. Aunque sabía que la convivencia con *lady* Asbourne y Beatrice sería difícil, se aferraba a la ilusión de que ese entorno podría traer algo de paz y, quizás, un futuro diferente.

Al llegar a la estancia, abrió las cortinas y dejó que la luz del sol inundara el espacio. Felicity corrió hacia la ventana, fascinada por la vista.

—¡Mira! ¡Hay un bonito bosque no muy lejos de aquí! ¿Podemos ir a dar un paseo?

Kat sonrió. Una chispa de felicidad se encendió en su interior.

—Después de desempaquetar, iremos a verlo.

Al ordenar sus pocas pertenencias, se prometió a sí misma que, a pesar de las dificultades, buscaría la manera de encontrar su propio camino en Woolriver. Con determinación, se preparó para enfrentar los desafíos que la aguardaban, decidida a no permitir que la opresión de su madrastra y su hermana mediana extinguieran la luz de su espíritu.

***

Más tarde, aburrida de dar vueltas por la casa, decidió bajar a la cocina y ayudar a la señora Bryan a preparar el té. El sol bañaba con un cálido resplandor las superficies de madera. El ama de llaves le sonrió con gratitud al ver como colocaba con cuidado las tazas de porcelana en la bandeja.

—Es usted una joven muy servicial, *lady* Katherine —comentó la señora Bryan, que estaba cortando unas rodajas de limón—. No todas las damas de su posición se prestarían a ayudar.

—Creo que sobreestima mi situación en esta familia. —Una sombra de tristeza cruzó su mirada.

En ese momento, su madrastra entró en la estancia, seguida por Beatrice, cuya expresión fue de puro desdén. La presencia de ambas mujeres llenó la sala con una tensión palpable.

—¿Qué haces aquí? —preguntó *lady* Asbourne con la voz afilada como un cuchillo.

Antes de que pudiera responder, Beatrice intervino con una risa burlona.

—Madre, tal vez Kat prefiera la compañía de los sirvientes. Después de todo, parece más adecuada para labores de criados que para ser una dama.

El ama de llaves frunció el ceño, pero permaneció en silencio. Las mejillas de Kat ardieron de vergüenza, bajó la mirada y se concentró en la tetera.

—Solo echaba una mano a la señora Bryan.

Lady Asbourne levantó una ceja. Su mirada era fría e implacable.

—Más bien te escondías de tus responsabilidades. Atiende a Beatrice y asegúrate de que todo esté listo para su salida de esta tarde.

—Así es. —Su hermanastra se cruzó de brazos—. Tengo una cita con la duquesa de Grenville, la madre de *lord* Pembroke, uno de los solteros más acaudalados de la zona. Y aún no has preparado mi vestido ni peinado mi cabello. No quiero hacer esperar a una dama tan importante.

Kat asintió con el orgullo herido.

—Lo haré de inmediato.

Al encaminarse hacia la puerta, *lady* Asbourne la detuvo con una mano en el brazo y, tras apremiar a su hija para que subiera a la habitación, se dirigió a Kat:

—Y ya que te encuentras tan cómoda en la cocina, a partir de ahora puedes servirnos tú misma la comida y la cena.

Kat apretó los puños, impotente, y asintió. Marchó de allí con la cabeza gacha y los pensamientos pesados por las palabras de su madrastra. En vida de su padre nunca se hubiera atrevido a tratarla así. Al llegar a la alcoba de Beatrice, llamó antes de entrar.

—He venido a ayudarte con tu vestido —dijo Kat con voz tranquila para mantener la compostura.

Ella la miró de reojo y soltó un bufido despectivo.

—¡Por fin! Pensaba que preferías esconderte en las estancias de los criados para siempre.

Kat apretó los dientes, ignoró el comentario y se acercó al armario. Sacó el atuendo que su hermana había seleccionado para su cita con la duquesa de Grenville. El vestido, decorado con delicadas flores bordadas, era de un azul profundo, que resaltaba sus ojos, del mismo color. Era muy parecida a su madre, ambas rubias y con una piel de lo más delicada. Ella había salido a su padre, al igual que Felicity: mirada oscura, pelo tan negro como la obsidiana y un cutis ceniciento en invierno, aunque en verano resplandecía, y eso a Beatrice la enojaba más que cualquier otra cosa.

—¿Sabes, Kat? —habló su hermanastra—. Es una pena que a tu edad sigas aquí, como una doncella. A los veintiocho años, una mujer debería estar casada o al menos tener alguna perspectiva. Pero tú… ¿Quién te va a querer, tan mayor y tan fea?

Kat sintió un nudo en el estómago; sin embargo, respiró hondo antes de responder.

—Ya estuve casada. Soy viuda, y eso es algo que pareces olvidar.

Beatrice soltó una carcajada amarga y se giró para enfrentarse a ella.

—Una viuda sin dinero no es más que una carga. Tu querido marido no dejó nada, ni siquiera para que pudieras vivir como una

dama honorable. Tuviste que volver a la casa de nuestro padre, con las manos vacías y la reputación destrozada.

Kat apretó los labios.

—Mi regreso no fue por elección. Pero no juzgues mi situación sin comprender la verdadera naturaleza de la necesidad.

Beatrice levantó la barbilla con una expresión arrogante.

—Eso a mí nunca me sucederá. Me casaré con un hombre rico y poderoso, alguien que me mantendrá en la posición que merezco. No acabaré como tú, que dependes de la caridad de mamá.

Katherine terminó de abrochar el vestido y peinó el cabello de Beatrice con movimientos precisos.

—Espero que encuentres la felicidad que buscas. De verdad.

—Claro que la encontraré —respondió su hermana con desprecio—. Porque sé lo que quiero y cómo conseguirlo. No como tú, que solo puedes conformarte con las migajas.

Kat guardó silencio, concentrándose en terminar el peinado. Sus dedos trabajaban con destreza, aunque su mente vagaba por pensamientos más amables: recordaba los momentos de amor y ternura que había compartido con su difunto esposo y que ninguna burla de Beatrice podría arrebatarle.

Cuando terminó, se apartó y observó su obra.

—Listo. Estás perfecta.

Beatrice se levantó y se miró en el espejo, complacida con su reflejo.

—Por supuesto que lo estoy. Ahora ve y asegúrate de que todo esté preparado para mi partida. No quiero esperar ni un minuto más de lo necesario.

Kat asintió, molesta, y salió de la habitación. Mientras caminaba por el pasillo, se permitió un pequeño suspiro de alivio. Sabía que su vida estaba llena de desafíos, pero también que, a pesar de todo, tenía la fuerza para enfrentarlos. Porque, a diferencia de su hermana, su valor no dependía de la riqueza o la aprobación social, sino de su propio carácter y templanza.

Capítulo 2

Alexander Wood, marqués de Pembroke, se restregaba las manos ante el fuego en la chimenea, que crepitaba en el opulento salón de la finca familiar en los Cotswolds. Había vuelto de Londres a regañadientes, convocado por una carta urgente de su madre. Sus padres, el duque y la duquesa de Grenville, lo habían recibido con caras serias y miradas preocupadas, algo que no auguraba nada bueno.

—Alexander —comenzó su padre con voz firme—, ha llegado el momento de que asumas responsabilidades. Has pasado demasiado tiempo en Londres, llevando una vida de lujos y placeres.

Alexander levantó una ceja y apenas ocultó su expresión irónica.

—¿Qué hay de malo en disfrutar de la vida?

La duquesa, una mujer de porte elegante, intervino:

—Lo que está mal es que no tienes nada que ofrecer. Es hora de que te asientes y formes una familia.

El marqués se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

—Que busques una esposa —declaró el duque con determinación—. Te haces mayor. Ya tienes treinta y un años y tu obligación es dar un heredero a la familia. Y hasta que no lo hagas, no recibirás ninguna asignación por nuestra parte.

La indignación se apoderó de él.

—¿Así que pensáis que podéis comprarme con una amenaza económica? ¿Es eso?

—No, hijo —respondió su madre con frialdad—. Se trata de una realidad. Ha llegado el momento de que cumplas con tus deberes como marqués y miembro de esta familia.

Alexander estaba demasiado frustrado. Siempre había gozado de su independencia, del lujo y de la libertad que le ofrecía Londres. Pero ahora sus padres estaban decididos a cortar su financiación a menos que cediera a sus deseos. Y aunque no necesitara la renta

anual que recibía de ellos para vivir con dignidad, le molestaba que pensaran que podían manipularlo de esa forma.

—¿Y si me da igual lo que hagáis con mi dinero?

—¡No lo dirás en serio!

—¿No me veis capaz de conseguir mi propia fortuna?

—Ya heredaste una de tu tía Albertina, aparte del título, y no has hecho nada de provecho, tan solo despilfarrarla en clubs de meretrices.

—Por favor, esposo mío, no hay que ser tan vulgar. —La duquesa se llevó un pequeño pañuelo de tela a la nariz, como si la palabra en sí oliera mal.

—Tú las llamas meretrices y yo amantes, buenas mujeres que comparten su cariño. —Alexander sonrió con picardia.

—Por frases como esa necesitas una esposa. —La duquesa arrugó el entrecejo—. Me gustaría que te casaras con una joven de bien y que me hicieras el enorme regalo de ser abuela. Quiero pasar más tiempo en familia, poder hablar con mi hijo, pasear, jugar a las cartas y reírnos como solíamos hacer antes de…

—Antes de la muerte de mi hermano, el primogénito. —Alexander apretó los puños y de sus ojos parecieron saltar chispas de odio.

—No fue culpa tuya —intervino el duque.

—Te atreves a decirlo ahora, pero no lo hiciste en su momento.

—Estábamos dolidos y no imaginábamos que te irías a Londres y no volveríamos a verte en mucho tiempo. —El duque frunció el ceño, aún afectado por la ausencia del único hijo que le quedaba con vida.

—Ha pasado un año.

—En el que hemos sabido de ti por rumores y habladurías. El juego, el alcohol y las mujeres te están haciendo mella. Pareces más cansado, más… —La duquesa no pudo terminar las palabras por culpa de la angustia que se le había agolpado en la garganta.

—¿Viejo? —El marqués escupió ese vocablo como si el paso del tiempo fuera el peor castigo para él.

—Siempre serás mi hijo pequeño, mi adorado Alexander, pero debes entender que, tras la muerte de tu hermano, adquiriste

nuevas obligaciones. Serás el duque de Grenville, por lo que empieza a aceptar tu destino.

Los ojos de Alex se humedecieron con lágrimas que nunca dejaría correr por sus mejillas. Antes se quitaría la vida que mostrarse vulnerable delante de sus padres. Pero tenían razón. La tragedia les había golpeado hacía un año, cuando su hermano Edmund y su cuñada embarazada habían naufragado durante su último viaje por las costas escandinavas. Un accidente que podía haberse evitado si la familia de ella no viviera tan lejos. Y si su hermano, enamorado como estaba, no hubiera querido darle una sorpresa a su mujer y, sobre todo, si él no lo hubiera animado a hacerlo.

Miró a sus padres. En doce meses habían envejecido, y no era por las arrugas, sino por su expresión taciturna y sus cuerpos encorvados, como si hubieran cedido ante el sufrimiento, como si solo él pudiera curar la herida. No podía escapar mucho más tiempo del destino que tenía marcado al convertirse en el único descendiente del duque de Grenville.

—Está bien —dijo después de un gran silencio con una sonrisa que no le alcanzó los ojos—. Si eso es lo que queréis, buscaré una esposa y os daré vuestro preciado heredero. Sin embargo, esto requerirá tiempo y acudir a numerosas fiestas durante la temporada en Londres, pero estoy preparado para hacer el sacrificio.

Como era lógico, Alexander había intentado ganar tiempo y creía que su estratagema funcionaría, hasta que los ojos de la duquesa brillaron con malicia y supo de antemano que su madre tenía otros planes.

—Sabía que ibas a salirte por la tangente, así que no hace falta que busques en la ciudad. Quédate una temporada en los Cotswolds. Aquí hay jovencitas muy bien preparadas. Y ya puedes cambiarte rápido, que está a punto de llegar la primera dama que quiero que conozcas, *lady* Beatrice, hija del difunto conde de Asbourne.

—Imposible. Debo regresar a Londres, tengo un compromiso. Mejor retrásalo para la semana que viene.

Alexander intentó escabullirse por la puerta, pero la voz de su padre lo dejó petrificado:

—¡O encuentras esposa esta temporada o despídete de tu herencia! ¡Seguro que a algún primo tuyo le encantará obtener el título de duque cuando yo haya muerto!

—¡No serás capaz! —Alexander se giró, pálido.

No era el título en sí lo que le dolía, sino perder la confianza de su progenitor. Desde que había cumplido los veinte años, le sermoneaba con que debía formar una familia, pero él siempre había sabido capear el temporal y sus padres se conformaban con excusas mundanas. No había prisa. Edmund, el perfecto hijo, se habría encargado de continuar con la tradición familiar y llenar la casa de pequeños herederos, hasta que la tragedia les tocó de cerca y sus vidas dieron un vuelco de trescientos sesenta grados.

Capítulo 3

Alexander notó la determinación en los ojos de su padre y comprendió que ya había vivido demasiado tiempo en libertad. Todos sus amigos se habían casado y, pese a no ser felices, tampoco eran muy desgraciados. Tal vez podría encontrar una mujer con la que llevarse bien y llegar a alguna especie de acuerdo para seguir gozando de sus costumbres libertinas en la clandestinidad.

Aceptó quedarse y conocer a *lady* Beatrice. Cuando ella y su madre entraron a la sala, comprobó que la belleza de la muchacha de dieciocho años era lo que se esperaba. Rubia, de ojos azules y una figura pequeña con gracia y alguna que otra curva. Sin embargo, su pedantería nada más abrir la boca le revolvió el estómago. No podría estar con una mujer así en un matrimonio de conveniencia. Sería una tortura. Pese a ello, fue galante para no decepcionar a sus padres.

La conversación con las invitadas continuó con una serie de cumplidos forzados y comentarios superficiales. Tanto la progenitora, *lady* Asbourne, como la misma *lady* Beatrice parecían decididas a impresionar, pero su tono condescendiente resultaba desagradable.

—*Milord* —le llamó la atención Beatrice—, debo decir que vuestra biblioteca es impresionante. Aunque admito que prefiero las reuniones sociales a pasar tiempo entre libros. ¿No opina usted lo mismo?

Alexander sonrió con cortesía, pero sus ojos permanecieron fríos. Lo que le faltaba, una joven inculta.

—Encuentro valor en ambas actividades, *lady* Beatrice. Un buen libro puede ofrecer tanto placer como una animada conversación.

Lady Asbourne intervino con rapidez, dispuesta a mantener el interés de Alexander en su hija.

—Beatrice es muy popular en los círculos sociales de Londres. Tiene muchos pretendientes, pero ninguno que se compare con usted, *milord*.

Alexander frunció el ceño. Él no era ningún pretendiente todavía; no obstante, la mirada severa de su madre consiguió que se mordiera la lengua.

—Es muy halagador —respondió con diplomacia, aunque su mente ya buscaba una manera de salir de la conversación.

La duquesa percibió la incomodidad de su hijo e intentó suavizar la situación.

—*Lady* Asbourne, ¿por qué no nos cuenta más sobre su estancia en Woolriver? Debe ser una transición interesante de la ciudad al campo.

Esta sonrió y, aun así, su expresión se mantuvo igual de calculadora.

—¡Cierto! Aunque, por supuesto, siempre es un placer regresar a la ciudad. El campo tiene su encanto, pero nada se compara con la vida social de Londres.

Alexander observó cómo Beatrice asentía con entusiasmo y eso no le desagradó, dado que a él también le gustaba un buen baile. Sin embargo, no creía que esa única afinidad fuera clave para elegirla como esposa.

Después de lo que pareció una eternidad, la visita llegó a su fin. *Lady* Asbourne y *lady* Beatrice se levantaron para despedirse y Alexander sintió una oleada de alivio.

—Fue un placer conocerlas —inclinó la cabeza—. Les deseo una buena tarde.

—El placer fue nuestro, *milord* —respondió *lady* Asbourne—. Espero que tengamos la oportunidad de vernos muy pronto.

Beatrice le lanzó una última mirada coqueta antes de ausentarse de la estancia, seguida de su madre.

Cuando las puertas se cerraron tras ellas, Alexander exhaló contrariado.

—Padre, madre, debo decir que esas dos mujeres son… agotadoras.

El duque negó con gravedad.

—A mí me ha parecido una jovencita educada, bonita y sociable, buenas cualidades para ser una esposa.

—Prefiero a alguien con quien pueda tener una conexión genuina —respondió con miedo a que sus padres le impusieran a *lady* Beatrice como prometida.

La duquesa esbozó una amplia sonrisa.

—¿Así que vas a tomártelo en serio? ¿Podemos confiar en ti?

—Sí, pero me gustaría elegir yo mismo a mi futura esposa.

—Me haces muy feliz, hijo. No olvides que debe ser antes de que llegue el verano. El último baile de la temporada será en nuestra casa y tienes que decidirte entonces —sentenció su padre.

—¡Eso será dentro de muy pocos meses!

—Tiempo suficiente para conocer a todas las jóvenes solteras de Woolriver —concluyó su madre, y Alexander no tuvo más remedio que claudicar.

Mientras subía las escaleras, pensó en las posibilidades que se le presentaban. Los Cotswolds no eran Londres, pero tal vez un cambio de escenario le vendría bien. Además, siempre había algo de placer en desafiar las expectativas de sus padres.

Al llegar a su habitación, se dejó caer en el lujoso sillón junto a la ventana y miró el tranquilo paisaje campestre.

—Muy bien, Cotswolds —murmuró para sí mismo—. Veamos qué tienes para ofrecerme.

***

Alexander pasó apenas unos días en la finca familiar antes de que la desesperación lo empujara a escapar del asfixiante ambiente de la mansión. La rígida rutina y las miradas expectantes de sus padres le resultaban intolerables. Una tarde, decidió que necesitaba un respiro y se aventuró a dar un paseo por los terrenos que rodeaban la finca.

El aire fresco era un cambio bienvenido respecto a las interminables charlas sobre el deber y el matrimonio. Sin un rumbo fijo, Alexander caminó con la intención de que sus pensamientos vagaran libres mientras se adentraba cada vez más en el campo. Pronto se encontró en una extensión de tierra llena de ovejas, que pastaban pacíficamente bajo el cielo azul.

Un hombre alto y que aparentaba su misma edad se acercó a él. Vestía ropa de campo, pero con una elegancia que no pasaba desapercibida. El tipo le sonrió con amabilidad.

—Buenos días, caballero. Soy Henry Hall, dueño de estas tierras. ¿Qué os trae por aquí?

Alexander le devolvió la sonrisa. Sintió una inmediata simpatía por él.

—Buenos días, señor Hall. Soy Alexander Wood, marqués de Pembroke. He salido a dar un paseo y he terminado en sus terrenos sin darme cuenta.

El individuo soltó una risa amistosa.

—Es un placer conocerlo, *milord*. ¿Le gustaría acompañarme? Estoy inspeccionando los rebaños y podría contarle un poco sobre mi negocio.

Aceptó con gusto la invitación y caminaron juntos. Henry le habló sobre la cría de ovejas, la producción de lana y cómo había construido una próspera empresa de exportación a toda Europa. La pasión y el conocimiento de este eran evidentes y Alexander se encontró fascinado por el tema.

—Es impresionante. Nunca había considerado el potencial de las ovejas como negocio —comentó

—Es más rentable de lo que muchos creen. La clave está en la calidad y en tener buenos contactos en el extranjero —explicó Henry con entusiasmo.

Después de inspeccionar los rebaños, el señor Hall invitó a Alexander a su casa. La finca era un espléndido edificio de piedra, rodeado de jardines bien cuidados. Al entrar, le sorprendió que la casa fuera tan lujosa. La decoración era refinada y cada detalle mostraba un gusto exquisito.

—Bienvenido a nuestro hogar. *Lady* Susan, mi esposa, estará encantada de conocerle —dijo Henry mientras lo guiaba hacia un salón acogedor.

La anfitriona, que tenía el pelo rojo y centelleante, lo recibió con una sonrisa cálida. Conversaron sobre diversos temas, desde la política local hasta las oportunidades de negocio en el extranjero. La

hospitalidad de los Hall era inigualable. Alexander se sintió demasiado cómodo en su compañía, y sorprendido por ello.

Al poco, entró una joven criada para servirles un refrigerio. Se comportaba de una manera extraña. El marqués no sabía dónde ubicarla, porque tenía gestos de dama, pero su risa era tan atronadora que difícilmente hubiera sido aceptada en el círculo de su madre.

—Rose Mary, compórtate. Tenemos un invitado y ya sabes que una señorita no puede ser tan inquieta —la amonestó *lady* Susan.

—Lo siento, *milady*, no es fácil contenerse. ¿Cómo lo logra usted?

—Años de sacrificio. —La dama sonrió con timidez.

Alexander entornó los ojos, asombrado por la camaradería que existía entre la señora y su criada.

—Sentimos escandalizarlo, *milord* —habló Henry—. Mi esposa es la presidenta del Club de Damas de Woolriver y uno de sus cometidos es el de promover la educación entre las mujeres. Rose Mary es nuestro conejillo de indias.

La aludida carraspeó a modo de queja.

—¡Querido, ya hemos superado esa fase! Ahora intentamos que nuestra Rossie pase a ser la señorita Miller. Espero que eso no afecte su opinión sobre nosotros y pueda venir a vernos más a menudo. —*Lady* Susan habló en un tono dulce.

—Para nada —contestó divertido Alexander—. No estoy en contra de la autonomía de la mujer. Me parece que las prepara mucho mejor para el matrimonio. No hay nada más estimulante que una esposa culta, inteligente y capaz de pensar por sí misma.

Creía en cada una de las palabras que había pronunciado. No comprendía a los hombres que preferían una joven insegura e incapaz de tomar una decisión. Sería una tortura que su mujer le preguntara por cada uno de los pormenores de llevar una casa, o bien tener que elegir los entretenimientos de ella. No esperaba enamorarse, dado que para eso la suerte tenía bastante que ver y, hasta ese momento, por muchas camas que había visitado, nunca le había llegado la fortuna de encontrarse tan loco por una mujer como para no poder vivir sin ella. Pero sí creía que una de las ventajas del

matrimonio era poder tener una conversación al mismo nivel con la pareja y encontrar en la otra parte un motivo de admiración.

—¡Oh, amor mío! —*Lady* Susan se dirigió emocionada a su marido—. Creo que hemos encontrado un aliado. Venga cuando lo desee, *milord*. Será más que bienvenido.

Rose Mary lo miró encandilada y tuvo que ser la anfitriona quien la ordenara retirarse varias veces antes de que le hiciera caso. Y Alexander quedó encantado con aquella situación.

¿Quién le iba a decir que encontraría en un pueblecito perdido en medio de la campiña inglesa una pareja tan fuera de lo convencional? Tal y como él mismo se consideraba. Estaba seguro de que era una señal para que siguiera en Woolriver. Nadie le había prohibido compaginar la diversión con la búsqueda de esposa.

Capítulo 4

Katherine ayudaba en la cocina a la señora Bryan con los preparativos para el almuerzo. El aroma de las hierbas frescas llenaba el aire y el sonido rítmico del cuchillo al cortar las verduras le resultaba tranquilizador. De repente, la voz aguda de *lady* Asbourne rompió la calma.

—¡Kat, ven aquí! Necesito hablar contigo.

Katherine intercambió una mirada preocupada con el ama de llaves antes de dejar el cuchillo y dirigirse al salón. Al llegar, encontró a su madrastra de pie, con los brazos cruzados y una expresión de impaciencia.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo con calma.

—Hoy es día de mercado y quiero que vayas con la señora Bryan y supervises la compra. No me fío del servicio. Además, Beatrice necesita algunos artículos específicos para el baile de los Chester y quiero que te asegures de que todo esté perfecto —ordenó *lady* Asbourne sin preámbulos.

Kat sintió una punzada de ansiedad, no por ese baile, dado que sabía que no estaba invitada, sino por ir al mercado. Eso significaba exponerse a las miradas y los comentarios de los aldeanos. Desde la muerte de su padre, su posición social se había vuelto incierta, y la idea de enfrentarse a la curiosidad de la gente le resultaba abrumadora. Aunque no la conocieran, pronto lo harían nada más pronunciar el nombre de su madrastra.

—La señora Bryan es fiel y muy buena con los números. No creo que la engañe. Ella sabe lo que necesitamos y tiene experiencia con los comerciantes. —Kat trató de ocultar su nerviosismo.

—¡No! Tú la acompañarás. No discutas más. Tu misión es simple: que no se pase del presupuesto y que la atiendan como quien es, la criada de una gran dama y, por ello, nada de darnos la peor pieza a un precio elevado —respondió Agnes con firmeza.

Kat asintió, resignada. Si algo sabía era controlar los gastos. Cuando se casó con *lord* Oswald Wager, era consciente de que él no

tenía una gran posición y que su asignación como segundo hijo de un noble era pequeña. Aun así, se las ingeniaron para vivir felices durante dos años, antes de que él muriera.

Aunque en un inicio había temido la salida, al acercarse al mercado, sus preocupaciones empezaron a desvanecerse. Estaba lleno de vida. Los puestos, abarrotados de productos frescos, formaban un colorido mosaico. El bullicio de la gente, el sonido de las voces que se mezclaban en conversaciones y risas, los vendedores que ofrecían sus productos con entusiasmo… Todo creaba una atmósfera vibrante que capturó la atención de Kat de inmediato.

Se quedó boquiabierta al ver la variedad de productos expuestos. Las verduras estaban dispuestas en montones brillantes: manzanas rojas y relucientes, zanahorias de un naranja intenso, racimos de uvas que pendían como joyas y montañas de hierbas aromáticas que copaban el aire con sus fragancias. La mezcla de olores —el pan recién horneado, las frutas frescas, las especias exóticas— invadía sus sentidos y creaba una sinfonía olfativa que la envolvía por completo.

—¡Mire qué hermosura, señora Bryan! —Kat señaló un puesto lleno de flores.

El ama de llaves sonrió con cariño.

—Sí, *milady*, son encantadoras. Vamos a comprar algunas para la mesa del comedor, ¿le parece?

Kat asintió con entusiasmo. El vendedor, un hombre amable de mediana edad, les ofreció un ramillete de amapolas que la hicieron sonreír aún más.

Continuaron su recorrido. Kat se deleitaba en elegir las mejores verduras. En el puesto de frutas, no pudo resistirse a comprar unas fresas que olían tan dulces como la primavera.

El jolgorio del mercado tenía un efecto embriagador en Kat. Le gustaba la sensación de ser parte de algo más grande, de la vida cotidiana del pueblo que bullía a su alrededor. Los niños corrían y jugaban, las mujeres discutían sobre las mejores recetas y los hombres intercambiaban historias. Era un contraste tan marcado con

la atmósfera opresiva de su actual casa que le pareció como una bocanada que revitalizaba su alma.

La señora Bryan se alejó un momento a fin de conversar con un carnicero conocido y la dejó a solas, dándole la oportunidad de explorar. Kat aprovechó la ocasión y paseó con mayor libertad. Mientras observaba un puesto de especias, escuchó una voz amigable a su lado.

—¿Buscas algo en particular?

Kat se volvió y se encontró frente a una joven de su edad, vestida con un delantal limpio y que exhibía una sonrisa cálida. Tenía el cabello castaño recogido en un moño suelto y unos ojos que brillaban curiosos.

—Solo miro. —Kat le devolvió la sonrisa—. Aquí todo es fascinante.

La joven asintió.

—Sí, el mercado de Woolriver es bastante famoso en la región. Por cierto, me llamo Rose Mary.

—Encantada de conocerte, Rose Mary. Yo soy… —se detuvo un momento dado que no sabía si pronunciar su verdadero nombre. Si anteponía el *lady*, la encantadora chica que le había hablado de aquella manera tan audaz se volvería de repente tímida al conocer su estatus y no podrían ser amigas. Y lo que Katherine extrañaba eran los amigos, tal y como su marido había sido para ella.

—¿Sí? —inquirió extrañada Rose Mary.

—Yo soy Kat —dijo al fin, y extendió la mano con gesto amistoso.

Esa sería su tapadera cada vez que viniera a comprar al mercado y así tal vez podría charlar con Rose Mary, tomar un dulce en alguna de las paradas de la plaza y reír a carcajadas sin importar su posición social.

Rose Mary la estrechó con firmeza.

—Es un placer. ¿Eres nueva por aquí? No te he visto antes.

—Sí, nos hemos mudado hace poco a Woolriver. —Kat evitó mencionar las circunstancias más desagradables de su situación.

—Entiendo —dijo Rose Mary con empatía en sus ojos—. Yo trabajo para los Hall. Son personas muy amables. *Lady* Susan es una

patrona generosa y el señor, un hombre justo.

Kat sintió una ola de alivio al escuchar las palabras de la chica. Había conseguido su objetivo: pasar desapercibida.

—Parecen personas encantadoras.

—Lo son. Y sus negocios de exportación de lana son muy exitosos. Siempre hay mucho trabajo, pero también recompensas. Perdona, ya hablo como una ganadera. Mi padre era el antiguo capataz de la finca de los Hall y me he criado entre ovejas.

Mientras conversaban, caminaron juntas por el mercado. Rose Mary le presentó a algunos de los vendedores y le dio consejos sobre dónde encontrar los mejores productos.

—Si alguna vez necesitas ayuda o compañía, no dudes en buscarme. Sé lo que es sentirse un poco perdida —dijo Rose Mary con sinceridad.

—¿Es tan evidente? —se sorprendió Kat.

La criada no tuvo oportunidad de contestar, dado que de repente apareció la señora Bryan entre la multitud, cargada con dos cestas y con una expresión de alivio al encontrar a Kat.

—Veo que ha hecho una nueva amiga, *lad*…

—Kat, solo Kat —interrumpió Katherine al ama de llaves, que se quedó sorprendida, aunque asintió con rapidez al comprender la situación.

—Le presento a Rose Mary. Trabaja para los Hall.

—Ya nos conocemos. Me alegro de verte, pero si nos disculpas debemos volver a casa antes del almuerzo —dijo la señora Bryan algo contrariada.

—¡Voy con ustedes! El camino es el mismo —exclamó Rose Mary.

Las tres mujeres emprendieron el trayecto de vuelta. La conversación era animada, aunque el peso de las cestas les impedía moverse con ligereza. De repente, un hombre a caballo les interceptó el paso y se retiraron a un lado, asustadas.

—Buenos días, Rose Mary. He visto de lejos que iba con mucho peso y he decidido ayudarla.

Kat advirtió que el caballero era muy apuesto, aunque no le gustó la familiaridad con la que trató a su nueva amiga.

—*Milord*, no es necesario, puedo cargar con la compra —se excusó Rose Mary, coqueta.

—Iba a ver al señor Hall. No es molestia.

Se bajó de la montura y se dirigió a ellas. Era un hombre alto y corpulento, vestía con elegancia y su mirada era muy parecida a la de un depredador.

Asió la cesta de Rose Mary como si fuera una pluma y, acto seguido, sin decir nada, hizo lo mismo con las que portaban Kat y la señora Bryan.

—No se preocupe, *milord* —repitió Rose Mary.

—No es molestia. Además, así me ganaré el favor de sus señores. La tienen a usted en muy alta estima y no me gustaría que se lastimara, y tampoco ninguna de sus acompañantes.

—Perdón, le presento a la señorita Kat y a la señora Bryan —prosiguió Rose Mary—. Les presento a *lord* Pembroke.

—Encantada de conocerle, *milord*. Trabajo en la casa de la condesa viuda de Asbourne y sus hijas. —La señora Bryan miró de reojo divertida a *lady* Katherine, que también había realizado una reverencia.

—La conozco. Vino el otro día a mi casa con *lady* Beatrice. ¿Qué me pueden decir de ella?

El grupo se dispuso a andar y charlar a la vez, alegres por aquel encuentro. Kat se sintió segura, resguardada tras su tapadera, como si habitara otra piel, y las palabras brotaron de su boca. Una verdad tan sincera que dejó mudos a todos.

—Créame que es la joven más insufrible de Londres y ahora de Woolriver. Siempre debo ser yo la que la peine y la vista, y no es capaz de dar un «gracias» ni un «por favor». Es pedante, altanera y solo le interesa su imagen reflejada en el espejo. Si pudiera, hablaría hasta con ella misma.

La señora Bryan le dio un codazo. Había sido muy grosera, y mucho más si tenía en cuenta que el caballero, al que le acababan de presentar, pensaba que era una simple doncella. Y así era. Su propia familia la trataba como una criada tan solo para humillarla y estaba harta. Sonrió sin arrepentirse. Esa era su pequeña revancha.

El atractivo marqués, que no le quitaba la vista de encima desde que pronunció aquellas palabras, se quedó inmóvil por unos momentos, sopesando la situación. Al fin, soltó una carcajada.

—Esa misma impresión me dio el otro día.

Y antes de que sus caminos se desviaran, *lord* Pembroke les devolvió las cestas y prometió que no le diría nada a *lady* Asbourne ni a *lady* Beatrice sobre el desliz de Kat.

Al llegar a casa, la señora Bryan aprovechó de inmediato para sermonearla.

—¿Cómo ha podido hacer eso, *lady* Katherine?

—Sé que ha sido muy feo por mi parte criticar a mi hermanastra. Aun así, se lo merecía.

Pese a sus palabras, Kat bajó la cabeza avergonzada; ella era de las típicas personas que ponían siempre la otra mejilla, nunca la que daba la bofetada. No se reconocía. Tal vez era el aire de Woolriver.

—No me refiero a eso, sino a hacerse pasar por una criada. ¿Qué pretende conseguir con ello?

—Una vida no tan encorsetada, señora Bryan. Ya realizo labores de sirvienta. ¿Por qué no me puedo divertir como tal?

—Ha idealizado la falsa apariencia de libertad que poseemos. Es cierto que entre nosotros no nos tratamos con tanto decoro, pero no es tan divertido como cree.

—¡Al fin voy a poder ir a una taberna! —dijo con júbilo, porque ni en vida de su marido se le había permitido entrar. Y por el ruido que salía de esos locales daba la sensación de que todo eran risas, música y baile. No como a los que acostumbraba a acudir, tan calculados que una no podía moverse a su ritmo, sino algo mucho más cómodo, más real. Y ansiaba ser ella misma, descubrir de una vez quién era la verdadera Kat.

—Yo no voy a esos lugares inmundos —se escandalizó la señora Bryan.

—Seguro que Rose Mary lo hará.

—Lo dudo. *Lady* Susan es generosa, pero también la presidenta del club de damas y ninguno de sus miembros ni de sus allegados debe tener ni la menor mancha en su reputación.

—Está bien, señora Bryan, solo quería imaginar un futuro mejor. No se preocupe, no creo que esta pequeña aventura de hoy se repita.

Aunque, en su fuero interno, Kat deseaba volver al mercado y encontrarse de nuevo con Rose Mary y, por qué no, intercambiar algunas palabras más con el marqués. Le gustaba ese ambiente informal, y no aquel otro tan encorsetado que se exhibía en los bailes y en las reuniones de la alta sociedad, en las que solo se tomaba el té y se miraban unos a otros con recelo.

Capítulo 5

Alexander había decidido visitar de nuevo a Henry Hall, a quien ya consideraba su amigo. Se había convertido en una rutina y en una escapatoria del ambiente opresivo de su casa. Paseaba con una tranquilidad inusitada y se deleitaba con el ritmo pausado de la vida rural, algo que le había sorprendido gratamente y que jamás imaginó cuando sus padres le obligaron a pasar una temporada con ellos.

Giró a la derecha para adentrarse en un terreno más sombrío, repleto de árboles y frondosas plantas, con el propósito de explorarlo antes de llegar a la finca de los Hall, el cual desconocía sus planes. Eso le permitía que pudiera cambiar de opinión sobre su visita sin molestar a nadie.

De repente, escuchó unos lloros agudos y le sorprendió que procedieran de las alturas. Echó la cabeza hacia atrás y miró hacia la copa de los árboles. En uno de ellos distinguió una figura, se acercó y se asustó al comprobar que era una niña. Estaba subida a una de las ramas y parecía que no se veía con fuerzas para bajar.

—No te preocupes. Yo te ayudo.

Se quitó la chaqueta, la dejó en el suelo y trepó con agilidad hasta encontrarse con ella. Esta saltó a sus brazos y Alexander casi perdió el equilibrio. Como estaba en buena forma, pudo controlar la situación y llegar hasta abajo con la niña sana y salva.

—¿Cómo te llamas, pequeña? ¿Te escondías de alguien?

—Soy Felicity y jugaba al escondite —contestó algo más calmada mientras se secaba las lágrimas con la manga de su vestido, que estaba sucio desde la parte de la falda hasta el cuello.

—¡Felicity!

Alexander se giró al escuchar que alguien llamaba a la chiquilla con un grito desgarrador.

—¡Kat! —exclamó la susodicha, y se abalanzó sobre la chica, que prorrumpió en sollozos cuando la tuvo entre sus brazos.

—¡Creí que te había perdido! ¡No vuelvas a hacerme esto!

—Estaba subida al árbol —habló Alexander.

La muchacha lo miró agradecida y ambos se reconocieron.

—Gracias, *milord*, ha sido una suerte que pasara justo por aquí.

—Sí, tenía curiosidad por este bosque. Siempre lo veo cuando me dirijo a casa de los Hall, pero nunca me había decidido a explorarlo.

—Es el destino —Felicity alzó la voz y suspiró de manera exagerada—, ¿a que sí, Kat? ¡Como las novelas que lees y que luego me cuentas!

Kat se sonrojó.

—Solo le cuento lo que puede entender.

Alexander se rio y se agachó para estar a la misma altura que la pequeña.

—Veo que ya estás mejor, Felicity.

Esta asintió.

—Antes estaba muy asustada y lloraba. —Alexander se dirigió a Kat, quien enseguida le volvió a dar las gracias.

Felicity se quedó anonadada ante una mariposa que se posó en su mano y que luego siguió su vuelo, así que no se le ocurrió otra cosa más que seguirla.

Tanto Alexander como Kat la escoltaron preocupados a una cierta distancia.

—Observo en sus ojos un amor incondicional. ¿Ha sido su niñera desde que nació?

—Sí, no me la puedo quitar de encima —contestó Kat con remordimientos por aquella media verdad.

Alexander soltó una carcajada ante la inesperada respuesta de la muchacha, igual que el primer día que la conoció.

—Aquí las criadas son de lo más extravagantes, no tienen pelos en la lengua. ¡Me encanta!

—Siento ser tan desconsiderada. Le tengo tanto cariño a esa criatura como si fuera mi hermana pequeña. —Estaba tan cómoda con él que no deseaba fastidiarlo contándole su situación. Todo a su tiempo.

—¿Hace mucho que trabaja para la condesa?

—Bueno, no sé si trabajar es la palabra apropiada, dado que no obtengo nada a cambio, salvo comida y cobijo. Soy más bien una acompañante.

—Disculpe, no quería desmerecerla.

—Me encantaría ser una criada o una institutriz y que se me pagara un sueldo por ello, tal vez así no me sentiría tan atada. —Se cubrió la boca con la mano, azorada—. Lo siento de nuevo. No sé qué me pasa con usted que me encuentro un poco más libre, quizás por las circunstancias en las que nos hemos conocido.

—Sí, menos mal que no nos han presentado en un salón de té o en un baile.

—No estoy cómoda en sitios así. Es como si todo el mundo tuviera…

—¿Un bastón metido por donde no da el sol? —Alexander guiñó un ojo divertido.

Kat, en lugar de ofenderse por su vocabulario, se echó a reír.

—Habla igual que mi marido.

—¿Está casada? —Esa noticia lo desmoralizó.

—Lo estaba. Murió hace dos años, pero me es imposible hablar de él en pasado.

—Entonces ya entiendo su posición en la casa. Ha debido de ser un cambio drástico pasar de ser una señora a una dama de compañía.

—Es muy duro. No me acostumbro a las reglas sociales, por mucho que lo haya vivido desde niña. Me casé para huir de todo eso; de las fiestas, ya me entiende.

—Bueno, he de confesar que yo soy asiduo a ellas, pero no a las veladas de música y juego que organizan los aristócratas para casar a sus hijas, sino a otras fiestas más entretenidas. Me encantaría mostrárselas. Seguro que cambiaría de opinión.

—No soy tan ingenua como usted cree. Sé a qué eventos se refiere y tampoco me gustaría que me consideraran una mujer de esa clase.

—Siento de nuevo haberla molestado. Solo diré, en mi defensa, que son mis preferidas, por interesantes y auténticas.

Kat se volvió a sonrojar.

—Desde que nos hemos visto no hemos dejado de pedirnos perdón el uno al otro, ¿no cree que ya es suficiente, *milord*?

—¿Qué me propone entonces?

—Me ha gustado charlar con usted sin formalismos de por medio, aunque debe guardar nuestro secreto. No querría arruinar mi reputación si la gente de Woolriver se llegara a enterar.

—Por supuesto, señorita. Solo seremos sinceros el uno con el otro en este bosque.

—Llámeme Kat.

E hizo una reverencia tan encantadora que le fue imposible no coquetear con ella.

—Y usted a mí, Alex.

—Gracias una vez más por esta entretenida conversación, *milord*, es decir, Alex.

—¿Nos veremos de nuevo mañana para charlar, Kat? —Deseaba que le contestara con un sí rotundo. No estaba acostumbrado a que lo rechazaran.

—Solo si es el deseo de Felicity.

—Ya veo quién manda aquí. —Alexander se dirigió a la niña, que había vuelto emocionada por haber visto un pájaro con el pecho rojo —. *Lady* Felicity, ¿me concede el honor de volver a pasear con su niñera mañana a la misma hora?

La niña agrandó los ojos y lo miró desconcertada.

—Yo no tengo niñera.

—Me tienes a mí —añadió la joven.

—Pero tú eres Kat.

—A eso se refiere el marqués, ¿no es así?

—Claro, faltaría más. Veo que en esta familia la tienen en gran estima.

—Solo yo. Mamá y Beatrice la odian. —Felicity volvió a responder de manera categórica.

—No digas más tonterías. Encantada de nuevo, *milord*. Los días en los que paseamos son los martes y jueves, cuando *lady* Asbourne atiende a sus visitas.

Alexander asintió y se separó de ellas. No sabía a dónde lo llevaría esa nueva y extraña relación con aquella muchacha. Se

sentía a gusto, como hacía tiempo que no lo experimentaba con nadie, como si su verdadero yo hubiera hecho acto de presencia en cuanto la oyó hablar con tanta naturalidad. Su máscara, que siempre llevaba consigo, hasta con sus amigos, cayó al suelo. Y su risa sonó mucho más auténtica, sin matices, solo Alex riendo, sin segundas intenciones ni estratagemas, como estaba acostumbrado.

Capítulo 6

Las manos de Kat se movían con precisión mientras remendaba uno de los vestidos de Felicity en el salón. La tarea le proporcionaba un raro momento de paz en medio del caos cotidiano de la casa. Oyó el inconfundible sonido de unos pasos rápidos y decididos en el pasillo, seguidos por el seco crujido de un sobre que se rompía con furia. Por instinto, Kat levantó la vista justo cuando *lady* Asbourne entraba en la sala como una tormenta desatada. Su madrastra, de normal tan altiva, tenía el rostro enrojecido de frustración y sus labios formaban una delgada línea de disgusto.

Kat trató de concentrarse en la costura. Le fue imposible ignorar la energía furiosa que emanaba de *lady* Asbourne, quien, después de dar zancadas de un lado a otro, se desplomó en una silla cercana con la carta aún en la mano.

—¡Inconcebible! —exclamó, indignada—. ¡Cómo se atreven!

La curiosidad de Kat sed. No era raro ver a su madrastra enfadada, pero en aquella ocasión existía una visceralidad que la sorprendió. No pudo resistir preguntar con cautela.

—¿Ocurre algo?

Agnes la miró con ojos centelleantes, como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—¡Una afrenta! *Lady* Susan… Esa… esa mujer ha rechazado mi solicitud para unirme al Club de Damas de Woolriver. ¡Yo, la condesa viuda de Asbourne, excluida de su círculo! ¡Ridículo!

Kat intentó ocultar su asombro. Había oído hablar del club de damas a su madrastra en innumerables ocasiones desde su llegada. Era una institución respetada, presidida por la esposa del ilustre Henry Hall, conocida por su impecable reputación y su criterio selectivo. Aunque no reunía a la aristocracia local al completo, sus integrantes formaban parte de los círculos más influyentes de Woolriver: esposas de terratenientes, del doctor del pueblo, de un renombrado catedrático… Ser admitida significaba entrar en contacto con mujeres bien posicionadas, con voz en la comunidad y

capacidad para mover voluntades. Que *lady* Asbourne hubiera sido rechazada era un golpe inesperado en su orgullo.

—Es lamentable —murmuró Kat, e intentó elegir las palabras con cuidado para no sulfurarla más.

—¡Lamentable es un eufemismo! —espetó *lady* Asbourne. Se puso de pie y empezó a pasear de nuevo por la habitación, arrastrando la tela de su falda a cada paso—. ¡Es una humillación! He hecho todo lo correcto, me he mezclado con esa gente, he asistido a algunos de sus aburridos eventos y, aun así… ¡Me han despreciado!

Kat la observó en silencio. Una pequeña satisfacción la llevó a sonreír de manera discreta. No era fácil simpatizar con su madrastra, y más cuando la mujer se comportaba con tanta arrogancia. Sin embargo, comprendía la magnitud del rechazo que acababa de sufrir. En su mundo, ser excluida de un círculo social tan importante era un desastre personal y una mancha en su reputación.

—Quizá *lady* Susan prefiera mantener el club más pequeño este año —sugirió Kat con suavidad para calmarla—. Y no se trata de un reflejo de vuestra valía, sino de una decisión arbitraria.

Agnes la miró con desdén.

—¡No necesito tus consuelos vacíos, Kat! Es obvio que *lady* Susan y sus amigas han conspirado en mi contra. No soportan ver a una mujer fuerte y con opiniones propias, así que prefieren rodearse de mediocridad.

Kat mantuvo su expresión neutral, consciente de que cualquier respuesta podría desencadenar más ira. *Lady* Asbourne se detuvo frente a la ventana y miró con furia contenida hacia los jardines exteriores.

—Si creen que pueden tratarme así y salirse con la suya, están muy equivocadas. Encontraré la manera de vengarme. Ninguna de esas mujeres volverá a sentirse segura en su pequeño círculo —concluyó con un tono gélido.

Kat sintió una punzada en el estómago. En la sociedad cerrada y competitiva de la que eran parte, un desaire como ese no se olvidaba de la noche a la mañana y, conociendo a su madrastra, no dudaría en buscar alguna forma de devolver el golpe. Ante esa

evidencia, intentó suavizar la situación. No deseaba verse involucrada en las maquinaciones de *lady* Asbourne y mucho menos que la señalaran como ya había sucedido en el pasado.

—Tal vez si visita a *lady* Susan en privado puedan limar asperezas. Debería escuchar su versión antes de decidir.

La figura de *lady* Asbourne llenó la habitación. Hinchó el pecho como si sus palabras hubieran sido otro desaire de dimensiones incalculables.

—Kat —dijo con un tono que destilaba frialdad—, espero que no hayas olvidado que hoy es día de mercado. Necesitamos provisiones para la casa y, como de costumbre, será tu responsabilidad asegurarte de que todo se compre correctamente. Y recuerda que tu deber es también vigilar a la señora Bryan; ya sabes cómo tiende a perder el tiempo con su cháchara.

Kat asintió y su madrastra la volvió a mirar con una expresión que bordeaba el desprecio. Sus labios curvados se transformaron en una sonrisa satisfecha.

—No me decepciones. Son tareas simples. No es mucho pedir, ¿verdad? Y sobre todo, nunca me digas lo que tengo que hacer. —Casi escupió la última frase en el rostro de Kat, que bajó la cabeza avergonzada.

—Por supuesto, madrastra —respondió y apretó los puños. Estaba harta de aquella condescendencia y le hubiera gustado huir bien lejos. Se imaginó vagando por las calles de Londres sin un centavo mientras los que la habían conocido en vida de su padre y su marido se reían de ella. Y eso fue decisivo para que callara, como tantas otras veces.

Lady Asbourne no dijo más y, con una leve inclinación de cabeza, salió de la habitación para dejar tras de sí un aire de superioridad que parecía impregnar toda la casa.

Kat se apresuró a prepararse. Se colocó su modesto sombrero y un chal sobre los hombros. Sabía que no tenía elección. Sus días de mercado se habían convertido en una rutina, un escape temporal de la opresiva atmósfera de la mansión, aunque también una tarea que le recordaba su posición subordinada en la familia.

El mercado de Woolriver estaba lleno de vida cuando llegó. El bullicio de la gente, los colores vibrantes y el aroma a pan recién horneado contribuían a crear una atmósfera que la alejaba de sus preocupaciones. A pesar de las órdenes de su madrastra, siempre encontraba cierto consuelo en esos momentos y permitió que su mente se distrajera. Caminó entre los puestos. Se detuvo de vez en cuando para admirar una pieza de tela fina o un ramo de hierbas secas para condimentar los platos.

—Hola, Kat. Me alegra encontrarte.

Se giró sobre sus talones y vio a Rose Mary, la criada de los Hall, que se acercaba a ella con una sonrisa cálida en el rostro.

—Rose Mary. —Kat le devolvió la sonrisa—. Deseaba verte de nuevo y reanudar nuestra charla del otro día.

—¡Lo mismo pensaba yo! —exclamó la criada—. *Lady* Susan me ha enviado a comprar unas cosas para la reunión de esta tarde. Me pregunto si te gustaría acompañarme de regreso. Tengo la sensación de que vas a encajar en aquella casa.

Kat levantó una ceja, intrigada. Aunque sabía que debía volver pronto con la compra para que *lady* Asbourne no se enfadara más de lo que ya estaba, la idea de visitar la mansión de los Hall era tentadora. Una oportunidad de escapar, aunque solo fuera por un rato, del control de su madrastra y de las tareas monótonas que la esperaban.

—No busco trabajo —respondió medio en broma medio en serio. Todavía no le había revelado su verdadera identidad a Rose Mary. No le gustaba empezar una amistad con una mentira, no obstante, se sentía más libre y menos oprimida cuando era solo Kat.

—No era mi intención ofenderte. Sé que a pesar de las habladurías sobre *lady* Asbourne, no estás tan mal allí. Es una casa grande y respetada.

—Así es —contestó tímida.

Sabía que su madrastra despertaba todo tipo de sensaciones a su paso. Consiguió dividir Londres con la boda de su padre. La mitad la admiraba y la otra mitad la temía; no en vano la apodaban la Víbora. Así que consideró que en Woolriver no sería diferente. Sintió curiosidad por saber por qué *lady* Susan la había rechazado en el

club. ¿Por temor o por desprecio? Aquella invitación por parte de Rose Mary sería la ocasión para averiguarlo.

Kat supervisó las últimas compras con rapidez y ordenó a la señora Bryan que volviera a casa sin ella.

—Ya sabe que *lady* Asbourne se molestará.

—No, si no se da cuenta de mi ausencia. Si pregunta por mí, diga que después de hacer mis quehaceres me he retirado a mi habitación por un terrible dolor de cabeza.

—Temo que sospeche y recaigan las consecuencias sobre mí.

—No se preocupe. Antes en Londres sufría de terribles jaquecas. Es curioso que desde que estoy aquí me siento de maravilla. ¿Será el campo?

La señora Bryan sonrió.

—Entonces aproveche que ya no padece de melancolía y páselo bien. Por favor, sea discreta. *Lady* Susan tiene dividido al pueblo con el club de damas que preside.

—Voy a acompañar a Rose Mary y tal vez tomar una taza de té, nada más.

—Yo ya sé lo que me digo. Vaya con cuidado.

En ese momento apareció Rose Mary con su compra terminada y agarró alegre el brazo de Kat.

—¿Preparada?

No supo qué contestar ante la mirada triste del ama de llaves. ¿Qué sabía que ella desconocía? ¿Por qué ese miedo?

Ambas jóvenes dejaron el ajetreado mercado atrás y caminaron juntas hacia la impresionante residencia de los Hall. Los ojos de Rose Mary brillaban ilusionados mientras le explicaba cómo era la vida en la casa de sus patrones. Eran anécdotas divertidas del matrimonio con sus dos hijos mellizos. Por primera vez en mucho tiempo, Kat se permitió disfrutar tanto de la compañía como de la expectativa de una tarde que prometía ser única.

Capítulo 7

Kat se sentía fuera de lugar mientras seguía a Rose Mary por el pasillo que conducía a las dependencias de los sirvientes en la imponente residencia de los Hall. El contraste con la grandeza de la casa era evidente, pero encontró cierto encanto en la sencillez de los cuartos destinados al servicio. Las paredes estaban decoradas con algunos cuadros modestos y flores frescas y el ambiente parecía acogedor, un respiro de la frialdad de su propio hogar.

Rose Mary la guio hasta una pequeña sala de estar, donde unas cuantas criadas estaban ocupadas en diversas tareas. Unas trabajaban en silencio y otras charlaban. Al verlas entrar, las mujeres levantaron la vista, curiosas. Ninguna pareció extrañarse de la presencia de Kat y asumieron que era una sirvienta más.

—¡Aquí estamos! —exclamó su nueva amiga a sus compañeras con una sonrisa radiante—. Esta es Kat, la criada de *lady* Asbourne. Nos encontramos en el mercado y pensé que le gustaría ver cómo es la vida aquí.

Kat sintió una oleada de culpabilidad; su identidad ya no era un secreto solo para dos personas. Pensó en su nueva amiga, pero también en el marqués. Ambos creían que era una chica sencilla, sin nada que esconder. Pese a esa losa que cargaba, se sintió bienvenida. La joven criada tenía una calidez natural que generaba confianza de inmediato. Kat se sentó en una silla cercana, un poco incómoda al principio, aunque pronto se relajó ante la paz que en aquella sala se respiraba.

De repente, la puerta se abrió y una mujer elegante y con el pelo rojo fuego entró en la estancia. Todas las criadas se pusieron de pie al instante e inclinaron la cabeza en señal de respeto. Kat también se levantó, un poco más lenta. Su corazón latía con fuerza en su pecho. *Lady* Susan, la esposa de Henry Hall, estaba de pie ante ellas con una gracia natural que parecía iluminar la habitación.

—Buenos días —habló la mujer con una voz suave pero firme—. Espero que todo esté preparado para la tarde. Es la primera reunión

de la temporada y no quiero ningún fallo.

Las criadas respondieron con asentimientos y sonrisas respetuosas. Kat admiró la manera en que *lady* Susan se movía y lo que más la sorprendió, aparte del color de su cabellera, fue la amabilidad en su mirada, muy rara entre las damas de su posición.

Rose Mary dio un paso adelante y habló con entusiasmo:

—*Milady,* me gustaría presentarle a Kat. Nos encontramos en el mercado y pensé que le iría bien una amiga. Es nueva, ya me entiende.

La mirada que se cruzaron entre la sirvienta y la dama fue de lo más extraña. Una mezcla de respeto en ambas direcciones y de entendimiento. Los pelos se le pusieron de punta al recordar las palabras del ama de llaves al indicarle que tuviera cuidado.

—Es un placer conocela —dijo *lady* Susan—. Mi casa es un lugar donde la gente debe sentirse cómoda, independientemente de su posición. Espero que algún día podamos entablar una conversación y me cuente tu historia.

Kat se quedó boquiabierta por la actitud de *lady* Susan. No podía creer que una mujer de su estatus social pudiera tratarla con tanta cortesía, y más cuando pensaba que era solo una sirvienta más. Estaba acostumbrada a la frialdad y el desprecio, pese a ser la hija del conde de Asbourne.

No sabía muy bien qué clase de familia eran los Hall. Nadie en el pueblo parecía tenerles aversión, excepto la señora Bryan. Si bien su madrastra había jurado venganza, no encontró otro motivo por la que no aceptar esa invitación inesperada.

—Será un honor, *milady.* —Se esforzó por mantener la compostura—. Estoy muy agradecida por su hospitalidad.

Lady Susan le sonrió con una dulzura que parecía borrar cualquier preocupación de su mente.

—La señorita Miller es una joven muy especial y, si ella la ha traído aquí, entonces estoy segura de que usted también lo es. Si alguna vez necesita algo, no dude en decírmelo.

Había conocido tan poca bondad en su vida reciente que este gesto de amabilidad genuina la conmovió más de lo que había esperado.

Cuando la señora se marchó, las criadas volvieron a sus asientos y Kat y Rose Mary reanudaron la conversación.

—Es una mujer maravillosa, ¿verdad? —susurró la criada—. Siempre trata a las personas con consideración, sin importar quiénes sean.

—Sí, eso parece —respondió Kat, todavía asombrada por el encuentro—. Soy una desconsiderada. Debería hablarte yo también con el mismo respeto.

—No te preocupes. Rose Mary es como suelen llamarme. Rossie es como me apoda el señor porque me conoce desde pequeña; y la señora, aunque en la intimidad me tutea, delante de desconocidos utiliza lo de señorita Miller para que me acostumbre. Me enseña a ser una dama.

—¿Eso es posible?

—¡Claro! ¡Si lo deseas y te esfuerzas…!

—¿Y tú deseas ser una dama? Para ello deberás encontrar marido y casarte, no hay otra manera. —Kat tenía algunas reservas en cuanto a los matrimonios de conveniencia, pese a que el suyo lo había sido, aunque en circunstancias diferentes. Su marido Oswald no fue el amor de su vida, pero sí su mejor amigo, y eso la reconfortó durante los años que estuvieron juntos.

—Yo le rogué a *lady* Susan las lecciones. Antes no sabía leer ni escribir y ahora me muero si no tengo un libro en las manos. No se trata solo de encontrar un esposo, sino alguien con quien compartir la vida y, si puede ser en una gran casa como esta, mucho mejor, ¿no crees?

—No me gustaría ser grosera, pero ¿y qué hay del amor? Parece que lo que busques sea otra cosa…

—Las otras cosas son bienvenidas —se rio con picardía Rose Mary—. Si vienen de parte de tu propio marido no voy a quejarme. Lo que busco es lo mismo que pueda tener cualquier mujer, da igual en qué familia haya nacido.

—¿Y si por ejemplo te enamoraras de un mayordomo? ¿Renunciarías a él porque no tiene lo que crees necesitar?

El argumento de su nueva amiga no le convencía y ya pensaba que se había equivocado con ella. Tal vez no era tan bondadosa ni

tan ingenua como había imaginado en un principio.

—Nuestro mayordomo es viejo y bastante arrugado. No podría ni ponerse de rodillas en la cama para darme esas otras cosas… —Rose Mary le dio un codazo de manera cómplice.

—¡Señorita Miller! ¡Esas no son formas de hablar de una dama! —exclamó Kat algo alterada.

—Puedes seguir llamándome Rose o Rossie, como te apetezca, pero si quieres que seamos amigas debes acostumbrarte a mis salidas de tono.

—No quisiera cambiar tu manera de ser, aunque es importante que intentes comportarte si no quieres que algún día tus modales te traicionen delante de algún noble y tu esfuerzo no habrá valido la pena.

—Entonces, ¿tú también crees que puedo conseguirlo?

Los ojos de Rose destilaban tanta ilusión que no tuvo el valor de contradecirla, a pesar de que ella misma había vivido lo contrario. Nunca imaginó que su vida diera un giro tan inesperado. Que de la noche a la mañana se quedara viuda y huérfana, sin su mejor amigo, su marido, y sin su referente, su padre.

—¡Claro, señorita Miller! Con esa energía podrás lograr lo que te propongas.

Concluyó que la muchacha no tenía una ambición desmesurada, sino algunos pájaros en la cabeza, tal vez influida por las lecciones de *lady* Susan. ¿Sabría ella que, en lugar de hacerle un bien, la arrastraba a una decepción segura?

—¡Cuánto me alegro de que pienses así! —Rose la estrechó entre sus brazos—. Serías una candidata excelente para el club de damas si no fueras soltera.

El club de damas era conocido por ser exclusivo, un grupo social selecto que dictaba las normas y tendencias en la región. Kat sintió una punzada en su corazón de temor. Si *lady* Asbourne se llegara a enterar de que había coqueteado con la posibilidad de entrar, cuando a ella se le había cerrado esa puerta, la mataría.

—¡Sería incapaz! ¡Mi madrastra pondría el grito en el cielo! Justo hoy ha recibido una carta en la que la han rechazado. No sabes lo

maliciosa que puede llegar a ser *lady* Asbourne. No quisiera que tuvieras problemas.

Rose Mary la miró sorprendida, como si le costara procesar la información que había recibido de golpe.

—No tenía idea. Pensé que había algo raro en su última visita a *lady* Susan. No imaginé que fuera eso. No son las damas quienes se ofrecen, sino que han de ser invitadas por uno de sus miembros. —Negó confusa con la cabeza—. ¿Por qué la has llamado madrastra? No lo entiendo.

Kat se mordió el labio inferior. Lo más sencillo hubiera sido inventar una excusa convincente. Su subconsciente la había traicionado y solo se debía a un elemento: la culpabilidad que se le agolpaba en el pecho.

—Rose, hay algo que debo decirte —comenzó a hablar con apenas un hilo de voz—. No he sido del todo honesta contigo. Lo que ocurre es que no soy una criada. Soy hija del conde de Asbourne.

Rose Mary la miró con incredulidad; su rostro reflejaba una mezcla de pasmo y diversión.

—¿Hija de un conde? Pero… ¿por qué vives como si fueras una sirvienta?

Kat apartó la mirada. La vergüenza se arremolinó en su interior.

—Desde que mi padre falleció, mi madrastra y mi hermana Beatrice me relegaron a las tareas del hogar y me hacen vivir bajo sus órdenes. No me importa mientras pueda vivir en paz, lejos de sus intrigas y humillaciones.

Rose Mary permaneció en silencio por un momento y la escudriñó como si evaluara cuál sería su decisión final, si desterrarla de la mansión Hall para siempre o aceptar sus disculpas y nunca más volver a verse.

Cuando habló, su voz estaba teñida de una tristeza que Kat ya esperaba.

—Es difícil para mí imaginar cómo podríamos seguir siendo amigas ahora que sé quién eres en realidad. La diferencia de clases es algo que no se puede ignorar.

Kat sintió una punzada de dolor en el pecho. Aunque esa era la respuesta más obvia, después de cómo la había tratado *lady* Susan cuando creía que era una simple criada. En algún pequeño recodo de su corazón, creyó que existía una oportunidad para Rose y para ella.

—Esas son cuestiones que no deberían importar. Al menos, no a mí. Valoro tu amistad por lo que eres, no por quién se supone que deberías ser.

La doncella la miró con los ojos llenos de condolencia.

—Es raro escuchar eso de alguien de tu posición. Y es una verdadera pena que seas soltera. Porque si estuvieras casada podrías encajar a la perfección en el Club de Damas de Woolriver. Solo aceptan mujeres desposadas o que hayan conocido a un marido. Aunque conmigo y con Abby hicieron una excepción.

Kat bajó la mirada y jugó con los bordes de su pañuelo antes de hablar de nuevo.

—¿Eso significa que me perdonas?

Por toda respuesta, Rose Mary la abrazó y Kat soltó una lágrima tras otra al sentirse segura en brazos de alguien que acaba de conocer.

—No más secretos, ¿de acuerdo, *lady* Kat?

—Bueno, hay algo que debo confesar —y volvió a sentirse ahogada por las lágrimas—: soy viuda, Rose.

La reacción de su amiga fue inmediata. Sus ojos se abrieron con sorpresa y esperanza y la zarandeó con fuerza. Kat no sabía si lo había hecho por júbilo o por rabia.

—¿Viuda? Pero… eso significa que, si quisieras, podrías ser una candidata para el club de damas. ¡Eso lo cambiaría todo! Podrías tener un lugar entre nosotras. Te traería respeto y autoridad. ¡Y podría haber mucho más para ti de lo que imaginas!

Kat levantó la vista y encontró en los ojos de Rose un brillo de entusiasmo que la contagió. La idea de pertenecer a un sitio donde pudiera ser ella misma y que la aceptaran era tentadora. Sin embargo, no entendió muy bien por qué Rose se incluía. Tal vez esas damas necesitaran una sirvienta de confianza.

Rose continuó, aunque su voz descendió, como si compartiera un secreto.

—Puedo hablar a tu favor. Estoy segura que tendrías el apoyo de *lady* Susan. Y eso te abriría muchas puertas.

Kat sintió que la amistad que había encontrado en ella era más fuerte que cualquier diferencia de clases. Poseían una conexión que iba más allá de los títulos y las expectativas sociales, y hallaba en ello una esperanza renovada de que tal vez había un futuro mejor esperándola, uno en el que pudiera vivir, no solo en paz, sino también con dignidad y respeto. Entonces recapacitó al pensar en la ira de su madrastra.

—No, Rose, no quiero que nada cambie. Soy feliz con tu amistad y nuestros encuentros en el mercado.

Capítulo 8

Alexander se encontraba en el elegante salón de su mansión familiar, apoyado contra una de las ventanas. Observaba los minutos pasar con suma lentitud, como si el tiempo se burlara de su impaciencia. Afuera, el cielo de la tarde estaba despejado y prometía un paseo perfecto por el bosque sin la molesta llovizna. Lo que en realidad lo mantenía inquieto no era la belleza del día, sino la perspectiva de encontrarse con Kat.

Desde el primer momento en que la vio, hubo algo en ella que lo intrigaba y lo arrastraba fuera de sus habituales pensamientos superficiales. El encuentro que habían acordado se había convertido en lo único que dominaba su mente y, con cada segundo que pasaba, la ansiedad por verla crecía.

—¡Alexander! —La voz de la duquesa de Grenville sonó demasiado grave al entrar en la habitación—. Espero que no pienses salir ahora. Tenemos una visita importante en pocos minutos.

El marqués frunció el ceño y lo envolvió la frustración. Conocía ese tono, el que no admitía discusiones. Esta vez no estaba dispuesto a ceder.

—¿Quién es? —preguntó, intuyendo la respuesta.

—La condesa viuda de Asbourne y su hija, *lady* Beatrice —respondió la duquesa y lanzó una mirada severa a su hijo cuando lo vio poner los ojos en blanco—. Beatrice es una joven encantadora. Tal vez podrías darle otra oportunidad, como muestra de cortesía. Sabes lo primordial que es para nuestra familia.

—¡Ya se la di el primer día que nos visitaron y tuve suficiente! ¿No quedó claro que no la considero apta para ser mi mujer? ¿No hay más jóvenes con las que desposarme?

—*Lady* Beatrice recibirá una buena dote cuando se comprometa y, aunque no nos podemos quejar de nuestra posición, nos iría muy bien. Este año el dispendio ha sido de lo más excepcional.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué padre no me ha comentado nada?

—Lo acabo de hacer ahora y por eso debes casarte con una dama con una buena dote y una buena posición.

—Podría haberle ayudado con alguna de mis inversiones.

Muy poca gente conocía su afición por buscar potenciales negocios para invertir. Había descubierto ya de joven que se le daba bien y aprovechaba cualquier ocasión para intentar duplicar su fortuna. A veces lo lograba y otras se daba de bruces. En eso consistía la diversión: el riesgo que conllevaba.

—¡Tonterías! Los nobles ni trabajan ni invierten, viven de sus rentas, como toda la vida, y ni se lo menciones a tu padre o le darás un enorme disgusto.

—Aún tengo parte del dinero heredado de la tía Albertina.

—¡No me hagas reír! De esa arpía lo único que conseguiste fue el título de marqués. Nada más que dejó deudas.

—Las he podido pagar y ahora el alquiler de la casa me da beneficios. Con ese dinero podría haberles ayudado.

—Es insuficiente para cubrir todos los gastos. Hemos remodelado el tejado y algunas habitaciones de la mansión que se caían a pedazos. Además, los campesinos de nuestras tierras también han tenido una mala racha y nos deben varias rentas.

—Puedo hablar con ellos… —se ofreció Alexander, con la esperanza de que sus padres se dieran cuenta de su valía.

—No quiero que los presiones. Son como de la familia y ya hemos acordado que nos lo devolverán cuando vuelvan a ir bien las cosas. Mientras, necesito que te centres en buscar una esposa. No cualquiera, hijo, ¿lo entiendes?

Alexander reprimió un suspiro. Conocía bien la clase de damas que eran *lady* Beatrice y su madre y la idea de pasar la tarde con charlas vacías y cumplidos insulsos le resultaba insoportable, y más aún cuando tenía una cita mucho más emocionante que lo esperaba en el bosque.

—Lo lamento, no puedo quedarme. —Intentó mantener un tono respetuoso a pesar de su impaciencia—. He hecho otros planes para esta tarde.

La duquesa alzó una ceja, sorprendida por su negativa.

—¿Otros planes? No puedes ignorar a *lady* Beatrice así. Es una joven educada y de buena familia. Este tipo de coyuntura no se presenta todos los días.

Alexander contuvo el deseo de marcharse y poner fin a la conversación. Sabía que su madre pensaba en sus futuros nietos y solo por eso se quedó.

—Por supuesto que lo entiendo. Para redimirme sugiero que reserve de mi parte un baile con *lady* Beatrice para la próxima fiesta. Estaré encantado de acompañarla entonces.

La duquesa lo miró con desaprobación, frustrada por su falta de entusiasmo. Alexander se inclinó como gesto de despedida y, antes de que su madre pudiera decir otra palabra, huyó del salón a zancadas. El pasillo se convirtió en un túnel por el que atravesaba con la única intención de llegar al exterior y alejarse de las paredes sofocantes de la mansión.

Cuando salió al aire libre, respiró aliviado, como si la frescura del campo le devolviera la vida. No perdió un segundo más y dirigió sus pasos hacia el bosque. Cada crujido de las ramas bajo sus botas, cada trino de los pájaros, lo hacía sentir más cerca de su objetivo: Kat. Aún no comprendía qué lo atraía tanto hacia ella, pero era consciente de que existía una chispa especial en su mirada, en la forma en que se expresaba, que despertaba en él un interés genuino en conocerla más y entender sus circunstancias.

Alexander llegó al claro donde se habían despedido la última vez. El sol de la tarde creaba patrones de luz y sombra en el suelo cubierto de hojas y, entre los árboles, vio una figura. Kat, con su porte elegante, se acercaba. Una sonrisa involuntaria curvó sus labios y en ese momento las posibles candidatas que su madre podía proponer se desvanecieron de su mente. Para Alexander, lo único importaba era el presente, en el que ella se hallaba. La enérgica Felicity corrió hacia él, alegre.

—*Milord*, me alegro de verlo de nuevo, ¿a qué sí, Kat?

Esta solo asintió; tenía las mejillas coloradas.

—*Lady* Felicity, la esperaba con impaciencia para darle algo. —Del bolsillo de su chaleco sacó un silbato de madera en forma de pájaro—. El otro día quedó tan maravillada con un petirrojo que creí

que le haría ilusión atraer la atención de los que hay por aquí. Si silba con fuerza seguro que se acercan a saludarla.

La niña abrió los ojos, llenos de alegría, y corrió mientras utilizaba su nuevo juguete en busca de más aves escurridizas.

—¿Paseamos? —preguntó Alexander con una expresión amable al ver que Kat no dejaba de mirar el suelo, algo tímida.

Ambos empezaron a andar como días atrás, cuando hablaron sobre sus vidas sin que la tabla de medir de la sociedad existiese. Y esa tarde Alexander albergaba la esperanza de que no fuera diferente. Sus pasos los dirigieron a la ribera del río. Él se quitó la chaqueta con rapidez y la tendió en el suelo para que Kat se sentara. La brisa fresca acariciaba su rostro mientras observaba cómo la corriente fluía. A unos metros de ellos, Felicity perseguía pájaros a su alrededor.

—Parece disfrutar mucho de la naturaleza —comentó Alexander para romper el silencio al mismo tiempo que señalaba con la cabeza a la niña.

—Sí, es feliz con las cosas sencillas: el aire libre, el agua fresca, el canto de las aves… Es todo lo que necesita para sonreír.

Alexander notó un matiz de melancolía en su voz y sintió el impulso de preguntarle más sobre su vida, sobre las cargas que llevaba en sus delicados hombros. En lugar de eso, eligió un camino más sutil.

—¿Y tú, Kat? ¿Qué es lo que te hace sonreír? Siento mi atrevimiento, ¿la puedo tutear?

Ella lo miró, sorprendida por la pregunta. Sus ojos, que hasta entonces eran reservados, se suavizaron un poco.

—Eso es lo que se supone que hacen los amigos.

Alexander sintió una punzada en el corazón, dado que nunca había sido amigo de una mujer sin antes acostarse con ella. Aun así, asintió. Le valía con estar cerca de ella y compartir confidencias.

—Respondiendo a tu pregunta, Alex —y se sonrojó al pronunciar su diminutivo—, la alegría de Felicity es lo más importante para mí. Es lo que me sostiene cuando lo demás parece desmoronarse.

—Es un gran peso para llevar —dijo con suavidad—. Cuidar de alguien más, sobre todo cuando tú misma… Bueno, cuando tienes

tanto por lo que preocuparte, y más no siendo de tu propia sangre.

—En realidad hay algo en lo que me gustaría sincerarme —habló ella cabizbaja.

De repente Felicity chilló y Kat se levantó de manera apresurada para ir a su lado.

—¿Te has hecho daño?

—Creo que me ha picado una abeja —lloró la niña con la mano tendida.

Alexander también acudió raudo.

—Déjame ver. —Examinó la palma—. No hay ningún aguijón clavado. Estás a salvo —dijo con una autoridad que infundió ánimos en Felicity y dejó de llorar de inmediato.

—Gracias, has sido de gran ayuda. A veces puede ser un poco dramática —susurró Kat.

—Yo también le tenía miedo a las abejas de niño y mi hermano mayor, Edmund, siempre me decía lo mismo: «Estás a salvo». —Recordarlo lo llenó de desazón y su voz no sonó tan firme como antes.

—¿Y ahora no? —preguntó Kat, curiosa.

—Murió en un naufragio junto a su mujer.

—¡Cuánto lo siento! ¿Hace mucho?

—Un año.

Kat le acarició el brazo y una corriente eléctrica recorrió la columna vertebral de Alexander.

—Tal vez por eso nos sentimos tan cómodos el uno con el otro. Nuestras almas atormentadas se han reconocido.

—No me siento así. Al principio me consideré culpable por animarle a emprender ese viaje, pero ahora más bien me consume la rabia hacia mi hermano por dejarme solo. —Se sorprendió de presentar su lado más vulnerable.

—Esa misma sensación me invadió durante un tiempo cuando murió mi marido. Era mi único amigo en esta vida caótica y el que me hacía sentir en paz. Al marcharse, llegaron otra vez el vacío y la soledad.

Kat desvió la mirada hacia el río, donde Felicity jugaba despreocupada. Hubo un largo silencio antes de que hablara de

nuevo. Su voz apenas era un leve susurro.

—A veces, es más fácil centrarse en los demás que en uno mismo. Un año después de mi pérdida, murió mi padre y el desamparo que sentí fue mucho mayor. Felicity me ayudó a sobrellevarlo. —Hizo un intento por sonreír—. No hablemos más de mis preocupaciones. Dime, Alex —rio de nuevo al pronunciar su nombre con tanta informalidad—, ¿qué es lo que te trae aquí, lejos de Londres y de la vida que conoces?

Alexander se sorprendió por la dirección que había tomado la conversación. Se dio cuenta de que la pregunta de Kat estaba cargada de genuino interés y decidió corresponder a su honestidad.

—La verdad es que estoy aquí por obligación —admitió irónico —. Mis padres han decretado que debo sentar la cabeza, encontrar una esposa adecuada y me establecerme. Hasta hace poco me parecía innecesario, incluso insoportable. Al estar aquí, en Woolriver, me he dado cuenta de que hay más en la vida que los bailes y las fiestas de Londres. La tranquilidad de este lugar, la simplicidad de la rutina diaria, me atrae de una manera que no esperaba.

Kat lo escuchó con atención. Sus ojos oscuros reflejaban una comprensión que lo desarmó.

—Es fácil perderse en la vorágine de la ciudad —dijo ella—. Aquí, en la quietud del campo, es más sencillo escuchar incluso las cosas que uno ha intentado ignorar durante mucho tiempo.

Sus palabras se parecían demasiado a lo que en esos momentos sentía, como si Kat hubiera pronunciado en alto lo que él mismo no había sido capaz de articular. La verdad era que, aunque había disfrutado de la vida en Londres, siempre experimentó un vacío desde la muerte de su hermano. Y en ese instante, al lado de ella, con la risa de Felicity resonando en el aire, se dio cuenta de lo que buscaba: redención. Aunque todavía le quedaba un largo camino para conseguirla.

—Tal vez tengas razón —admitió Alexander con un tono más suave de lo habitual—. Hay cosas que solo pueden encontrarse en la quietud. No tienen que ver con riquezas o títulos, sino con un significado especial que todavía debo descubrir.

Kat lo miró con la sabiduría que otorgan las malas experiencias y, aun así, supo dibujar en su rostro una sonrisa cándida.

—A veces, el significado está justo delante de nosotros, solo que estamos demasiado ocupados para verlo.

La forma en que Kat veía el mundo le hacía querer ser mejor, buscar esa razón que tanto había ignorado. La luz del atardecer iluminaba el rostro exótico de su acompañante: ojos grandes y negros, labios voluminosos y ardientes, muy poco comunes dentro de lo que la sociedad podría considerar aptos para la belleza de una joven. Alexander sintió que, por primera vez en mucho tiempo, estaba donde debía estar.

Capítulo 9

Kat cosía un dobladillo en una falda bajo la luz de una pequeña vela cuando escuchó un suave golpe en la puerta. Levantó la vista, sorprendida, y se apresuró a abrir; no quería hacer esperar a su madrastra con alguna nueva orden.

La que apareció al otro lado fue Rose Mary, con la expresión resuelta y un destello de urgencia en los ojos.

—¿Qué haces aquí? —murmuró Kat. Echó un rápido vistazo al pasillo para asegurarse de que nadie estaba cerca y obligó a su amiga a entrar antes de cerrar la puerta con cuidado.

—No tengo mucho tiempo. La señora Bryan me ha encubierto —dijo Rose en voz baja a la vez que sacaba un pequeño sobre de su delantal. Lo extendió hacia ella con premura—. Es una invitación para unirte al Club de Damas de Woolriver.

Kat lo tomó con manos temblorosas, como si fuera una joya rara y preciosa. Los clubes de damas eran círculos exclusivos en los que las mujeres de la alta sociedad se reunían para planificar los acontecimientos sociales del año y, aunque se sentía honrada de que su nombre estuviera en una lista tan preciada, no entendía qué podría hacer ella allí, y menos en qué la beneficiaría.

—No sé qué decir… —Kat levantó la vista para encontrar los ojos de Rose—. Ya lo hablamos, no creo que esto sea para mí. Además, mi madrastra… Ella nunca lo permitiría, y mucho menos después de la afrenta que ha recibido por parte de *lady* Susan.

Rose la miró con picardía.

—*Lady* Asbourne tiene una muy buena reputación y la categoría de arpía es un requisito indispensable entre la aristocracia. Este club es diferente; se basa en otras cualidades y tú cumples con ellas.

Un conflicto interno desgarró a Kat. Le creaba una gran curiosidad saber qué hacía especiales a esas damas que le habían extendido una invitación rodeada de secretismo. Al mismo tiempo, la idea de enfrentarse a su madrastra le resultaba abrumadora. ¿Cómo podía ella, una viuda sin dotes de persuasión, poco agraciada y

acostumbrada a ser tratada como una sirvienta, aspirar a ser bienvenida en un sitio donde la condesa de Asbourne había sido rechazada?

—No quiero problemas. Si mi madrastra me descubre, causará un gran escándalo y arruinará a las otras damas —contestó muy a su pesar.

—¿Tú lo deseas? —Rose se acercó un paso más e invadió su espacio—. Porque, si es así y llega el caso que debas enfrentarte a Asbourne, todas estaremos contigo. Tal y como en su día estuvieron con *lady* Susan y también conmigo.

—No lo comprendo, hablas como si pertenecieras al club. Como ya tienen una criada, ¿ahora quieren una secretaria y por eso han pensado en mí? —No lo mencionó a modo de ofensa, sino como algo mucho más plausible y que al menos hubiera entendido.

—Sí, soy parte de él. No les sirvo ni nada de eso, allí somos iguales. Cuando descubrí que eras más noble que el propio señor Hall y que querías seguir con nuestra amistad, me di cuenta de que eras especial. Te necesitamos y creo que tú a nosotras. Con nuestro apoyo podrás hacerte respetar delante de tu familia.

El sobre en las manos de Kat se sentía más pesado con cada segundo que pasaba. No era solo una invitación; era una llave para abrir una puerta hacia un futuro diferente, lo que había esperado al mudarse a Woolriver. Pero la sombra de su madrastra y las consecuencias de desafiarla la mantenían en un estado de parálisis.

La puerta de la habitación se abrió con brusquedad y ambas jóvenes giraron la cabeza, asustadas. La señora Bryan se asomó por el umbral con una expresión severa en el rostro.

—¿Todavía estás aquí, Rose Mary? Las señoras están a punto de bajar para la cena —dijo con tono grave—. Debo advertirle, *milady*, que si su señoría llega a enterarse de que recibe visitas y se asocia con ciertas personas… —miró a Rose con ojos penetrantes—, podría poner en peligro, no solo su posición en esta casa, sino también la de todos los que la rodean.

Kat sintió como si un balde de agua fría cayera sobre ella. Sabía que la señora Bryan tenía razón. Cualquier paso en falso podría desencadenar una tormenta de proporciones inimaginables. Aunque,

al mismo tiempo, la posibilidad de seguir como estaba, de vivir sin aspiraciones ni voz propia, la llenaba de una tristeza insondable.

—Rose, ¿no lo ves? —susurró Kat, aunque más para sí misma—. Todo puede ir peor de lo que ya está. No es mi momento.

Rose Mary apretó los labios, consciente del peligro que enfrentaban. En lugar de retroceder, su expresión se volvió aún más decidida.

—Kat —agarró las manos de su amiga—, si eliges quedarte y vivir bajo las reglas de tu madrastra, entonces renunciarás a tu libertad para siempre. En cambio, si decides ser valiente, podrías encontrar el valor para ser dueña de tu propio destino. No dejes que el miedo te controle. Eres más fuerte de lo que crees.

Entendió que lo que le ofrecía no era pertenecer a un círculo de damas obsesionadas con el lujo y la posición social, sino entrar en un mundo nuevo e inaudito. La sensación de pertenecer a algo pionero en la historia, como un club que apoyara a mujeres de distintas clases, le pareció excepcional y, al mismo tiempo, aterrador. La decisión no era tan sencilla. Tenía que proteger a su hermana pequeña, además de enfrentarse a las expectativas de una sociedad que la veía como una viuda empobrecida, alguien sin valor propio.

La señora Bryan soltó un suspiro y se acercó a Kat.

—*Milady*, entiendo que desee algo más en la vida, aunque debe tener mucho cuidado. Si toma este camino, asegúrese de estar preparada para las consecuencias. Yo misma rechacé hace tiempo la invitación de *lady* Susan y no me arrepiento. Demasiados escándalos persiguen a esas damas.

—No todo debe realizarse en secreto. Alzar la voz de vez en cuando es necesario y, pese a que algunas integrantes nos han abandonado por el camino, otras han logrado romper las cadenas y ser felices. No lo olvides, Kat, que en eso consiste la vida —pronunció Rose Mary con la cabeza alta.

Debía reconocer que su discurso era apasionado. Y estuvo a punto de convencerla. Algo en su interior clamaba por la libertad, y también era consciente de que tenía un precio.

—Gracias, señorita Miller —murmuró con una sonrisa al llamar así de manera intencionada a su amiga—. Lo pensaré. De verdad

que lo haré.

Rose la abrazó antes de salir de la habitación en silencio, seguida de la señora Bryan. Al cerrarse la puerta, Kat se dio cuenta de que la existencia que había conocido hasta aquel momento estaba a punto de cambiar. La única pregunta que quedaba era si ella tendría el valor de enfrentarlo o si, una vez más, permitiría que otros decidieran por ella.

***

La cena en la casa de la condesa viuda de Asbourne y sus hijas transcurría en un tenso silencio. Kat, con la mirada baja, se movía con destreza entre la mesa y la cocina. Servía los platos junto a la señora Bryan. El tintineo de los cubiertos y el suave crepitar del fuego en la chimenea eran los únicos sonidos que llenaban la estancia. *Lady* Asbourne estaba sentada en la cabecera, con expresión de aburrimiento, mientras Beatrice apenas contenía su impaciencia por terminar la comida.

Kat cortó el asado en trocitos para Felicity. Era la única manera de que su madrastra la aceptara en la mesa. La condición consistía en que se ocupara de su hermana pequeña para no asumir ella esa responsabilidad. Había aprendido a controlar sus emociones y no dejar que su desdén y sus humillaciones la afectaran. Sin embargo, aquella noche, después de la inesperada visita de Rose Mary, no se sentía con tantas fuerzas para contenerse y ser la misma joven servicial de siempre.

De repente, el silencio fue interrumpido por un fuerte golpe en la puerta principal. La señora Bryan levantó la vista, sorprendida, y *lady* Asbourne frunció el ceño con desagrado.

—¿Quién podrá ser a estas horas? —murmuró irritada.

La señora Bryan dejó su posición y se dirigió hacia la puerta. Poco después regresó con un sobre en la mano, que entregó a *lady* Asbourne con una ligera reverencia.

—Es una invitación, *milady* —anunció el ama de llaves.

Agnes tomó el sobre e, ilusionada, lo abrió con dedos temblorosos. Sus ojos se ensancharon a medida que leía y, de pronto, su rostro se tornó de un rojo vivo.

—¡Esto es una locura! ¿Cómo es posible? ¿Quién se ha atrevido? —Tiró la carta sobre la mesa con furia.

Beatrice dejó de jugar con su cuchillo y observó a su madre con ojos curiosos.

—¿Qué ocurre?

Lady Asbourne ignoró la pregunta de su hija y volvió su mirada, llena de sospecha, hacia *lady* Katherine, quien había quedado inmóvil con la jarra de agua en las manos.

—Kat —dijo con la voz cargada de veneno—, ¿has hablado con alguien? ¿Has revelado tu estancia aquí?

Una corriente helada se apoderó de su cuerpo, pero mantuvo la compostura. Sabía que cualquier vacilación sería vista como una declaración de culpabilidad ¿Se habría enterado de la oferta que había recibido hacía unas horas?

—No, madrastra —respondió con calma—. Solo he hablado con la gente del mercado, como me pidió. Nada más.

Lady Asbourne se levantó de su asiento. Sus ojos destilaban rabia.

—Entonces, ¿cómo es posible que hayamos recibido una invitación para la fiesta de los Chester en la que solicitan que acudamos todas, incluida tú? —Agarró el sobre y lo agitó en el aire —. ¡Esto es una vergüenza!

Kat no entendía cómo alguien podía haberla incluido en un evento de esa magnitud y de pronto le sobrevino la descabellada idea de que pudiera tratarse de alguna señal de las damas del club de Woolriver para mostrar su poder y lo que podrían hacer por ella.

—*Milady* —se apresuró a hablar la señora Bryan—, no es sorprendente que en el mercado reconozcan a *lady* Katherine. Woolriver es un pueblo pequeño y la gente no olvida con facilidad a quienes pertenecen a la nobleza, incluso si su situación ha cambiado.

Lady Asbourne apretó los labios, furiosa. No tenía ningún argumento para refutar lo que el ama de llaves acababa de decir.

Sabía que, por más que quisiera, no podía mantener a Kat oculta para siempre. La noticia de su presencia en la casa había salido a la luz y, ahora, alguien había decidido que debía formar parte de la vida social de ese maldito pueblo.

—Esto es… inaceptable —murmuró de nuevo entre dientes—. Pero no tengo más remedio que aceptar. Sería peor rechazar la invitación y levantar sospechas. —Miró a Kat con frialdad—. Escucha bien: no debes ponerme en ridículo. Te comportarás con discreción y no harás nada que pueda avergonzarme, ¿entendido?

Kat asintió. La idea de asistir a una fiesta no le hacía mucha gracia, no obstante, que fuera a causa del poder de las damas del club le creaba curiosidad. ¿Cómo sería recibida? No quiso ilusionarse demasiado. En anteriores ocasiones siempre había sido el patito feo, humillada por sus rivales. Por eso aceptó casarse con su vecino y mejor amigo, con la esperanza de tener una vida tranquila, sin sobresaltos, pese a no estar enamorada. Y se cumplieron sus expectativas hasta que la enfermedad de Oswald empeoró.

Felicity, que había escuchado la conversación con creciente interés, no pudo contenerse más.

—¿Todas debemos ir? —preguntó. Sus ojos brillaron con entusiasmo—. ¡Mamá, yo también quiero! Por favor, déjame que os acompañe.

Agnes, que ya se encontraba de mal humor, se giró hacia su hija pequeña con una expresión severa.

—Eres demasiado joven para este tipo de eventos. Ya tendrás tu oportunidad cuando seas mayor. A la vuelta, Kat te contará lo que desees saber. Como va a estar toda la velada sentada en un rincón con las demás solteronas, podrá observar los detalles sin ser vista.

Felicity frunció el ceño y cruzó los brazos, disgustada por la respuesta, pero no se atrevió a protestar más ante la firmeza en la voz de su madre.

Kat sirvió el postre con una sonrisa en el semblante. Hacía tiempo que nadie la tomaba en cuenta y en una sola noche había recibido dos invitaciones.

La señora Bryan se le acercó preocupada cuando salieron al pasillo después de recoger los platos vacíos.

—Tenga cuidado, *lady* Katherine —le susurró—. Su madrastra no dejará pasar ni el más pequeño desliz.

Kat agradeció las palabras, consciente de la gran presión que se avecinaba. La fiesta sería una prueba, no solo de su habilidad para mantener el control, sino también de su capacidad para encontrar un equilibrio entre la vida que deseaba y la realidad que la ataba.

Capítulo 10

La mansión de los Chester, iluminada por decenas de lámparas de aceite y candelabros de cristal, brillaba como un faro en la noche de Woolriver. Alexander había llegado temprano, con su habitual porte despreocupado, pero esta vez una sensación de expectativa lo acompañaba. Se movía entre los invitados con la misma soltura que siempre, aunque en su mente solo podía pensar en una cosa: ¿estaría ella allí? Sabía que era una simple dama de compañía, sin embargo, al ser este cargo una especie de asistente personal de las mujeres de la nobleza, la mayoría participaba en eventos sociales y fiestas de la aristocracia, pese a tener un rango inferior.

Con una copa de vino en la mano, Alexander saludó a conocidos y desconocidos por igual, cuando, de repente, la vio al otro lado del salón, casi oculta tras un grupo de damas. Su sencillo vestido blanco resaltaba su figura esbelta, aunque no le hacía justicia; y sus cabellos, recogidos en un moño bajo, dejaban al descubierto su delicado cuello. Sus ojos, que se movían nerviosos por la sala, delataban su deseo de no ser vista. Y, sin más, se escabulló hacia una terraza. Alexander notó cómo el corazón le daba un vuelco. Quería volver a estar a solas con ella. Iba a dirigirse hacia allí cuando su madre, vestida de riguroso negro, lo detuvo.

—Recuerda que el primer baile es para *lady* Beatrice. Y está en la otra punta.

—Lo entiendo. Antes debo saludar a alguien.

—La terraza no es un buen sitio para ser visto con una joven de dudosa reputación. —La duquesa de Grenville arrugó la nariz.

—¿A qué se refiere, madre? Aquí el único libertino soy yo —se rio nervioso.

—No le quitas los ojos de encima a *lady* Katherine y, por si no lo sabes, los rumores dicen que hace poco que ha enviudado y, aun así, se pasea por el mercado como si nada, congraciándose con los comerciantes, y para colmo se atreve a dejar el luto mucho antes de lo establecido y venir a esta fiesta nada menos que de blanco.

—No sé lo que le han contado. Hace más de dos años de la muerte de su esposo. Es libre de vestir y comportarse como quiera.

Sintió una punzada; si conservaba el título de *lady*, significaba que era hija de un noble. Eso le dio una nueva perspectiva sobre Kat, y su manera de presentarse ante él como si fuera una simple niñera no le frustró, al contrario, le pareció seductor, una nueva faceta que le llamaba bastante la atención.

—Ten cuidado, hijo. Las mosquitas muertas son las peores.

—No se preocupe. Antes de que los músicos empiecen a tocar procederé a pedirle el primer baile a *lady* Beatrice. Ahora vaya junto a padre, que lo veo perdido. Es la primera fiesta que acude desde la muerte de Edmund y no me gustaría que se desmoronara.

—Tienes razón. Cualquier comentario podría hacerlo caer de nuevo en la melancolía.

Cuando la duquesa se mantuvo una distancia prudente, se armó de valor para salir a la terraza, donde encontró a Kat de espaldas. Al sentir la presencia de alguien detrás de ella, se tensó y se giró asustada.

—*Lady* Katherine, encantado de verla de nuevo —dijo Alexander con intención.

Kat se turbó al instante, sin saber dónde colocar los brazos.

—¡*Lord* Pembroke! No esperaba encontrarlo aquí —respondió con una reverencia ligera, aunque su voz temblaba.

—Lo mismo podría decir yo —respondió él, y sus ojos recorrieron el rostro de la joven con curiosidad—. Aunque, en retrospectiva, debería haber sospechado que no eras quien aparentabas ser. —La tuteó como si estuvieran todavía en el bosque.

Kat bajó la mirada con las mejillas arreboladas.

—Lamento no habértelo dicho antes. No quise engañarte… —titubeó—. Tampoco quise corregirte cuando asumiste que era una criada. Supuse que era más sencillo así.

Alexander esbozó una pequeña sonrisa.

—Para ser honesto, no estoy enfadado. Al contrario, me siento aliviado.

Lady Katherine lo miró sorprendida.

—¿Aliviado? ¿Por qué?

Él se aproximó más hacia ella.

—Si hubieses sido una criada, nuestra relación habría sido complicada. No digo que me hubiera importado, pero la sociedad es implacable. Ahora que sé quién eres, las cosas son diferentes.

—¿Una relación? Yo no pretendía… Solo somos buenos amigos —repitió ella, aún sin comprender sus palabras.

—Confieso que empezaba a sentir algo por ti, Kat, y la idea de que esas emociones pudieran estar dirigidas a alguien con quien no podría tener un compromiso abierto me inquietaba. —Hizo una pausa, como si buscara la manera adecuada de expresarse—. Ahora se ha resuelto y parece tener más sentido.

—No sabía cómo ibas a reaccionar —confesó ella.

Alexander rozó una de sus manos y sus ojos se encontraron.

—No te preocupes por eso. Lo importante es que podemos empezar de nuevo. Como corresponde.

—Creo que ha habido una confusión. Puedo ser la primera hija del conde de Asbourne, pero también soy la esposa de *lord* Oswald Wager, que perdió la honra por negarse a luchar contra Napoleón. Su condición física no lo permitía, por eso la sociedad no lo aceptó ni lo hará nunca. No tengo dote y soy demasiado vieja para poder ofrecer algún heredero.

—Mi madre me tuvo a los treinta, cuando pensaban que Edmund sería hijo único —sonrió Alexander—. De todas formas, no te estoy pidiendo matrimonio, creí que entre nosotros nos entendíamos. Solo deseo conocerte.

—Nunca me rebajaré a ser la amante de nadie —afirmó Kat indignada y con las mejillas rojas de impotencia.

Alexander comprendió que sus palabras la habían herido. Solo pretendía relajar la tensión e intentar no presionarla. Aún con su mano entre las suyas, la miró con intensidad. Intuía que era el comienzo de algo mucho más grande y complejo, que deberían tratar con sumo cuidado, y en ese momento a su lado se dio cuenta de que estaba dispuesto a enfrentar lo que hiciera falta.

—*Lady* Katherine —dijo con voz suave, pero llena de determinación—, ¿me concedería el honor de este baile?

Kat alzó la vista, sorprendida. Su primera reacción fue mirar alrededor, como si buscara una excusa para rehusar, o quizás a otra mujer más adecuada que pudiera tomar su lugar.

—Alex —se atrevió a llamarlo por su diminutivo y eso le alegró el corazón—, no creo que sea una buena idea. Hay muchas jóvenes aquí esta noche, más bonitas y más apropiadas para ti. —Su voz se quebró al final, como si la confesión de una inseguridad hubiera sido arrancada de lo más profundo de su ser.

Alexander la miró incrédulo y una suave risa escapó de sus labios, pero no de burla, sino de asombro.

—¿Bonitas? —repitió—. ¿Apropiadas? Kat, tengo una vista excelente y puedo afirmar que tú eres la mujer más hermosa de este salón. No imagino a nadie más con quien prefiriera bailar.

—No deberías decir esas cosas. No soy tan bella como otras. Mi madrastra me lo recuerda todo el tiempo —susurró.

Alexander sintió un nudo formarse en su pecho. La idea de que *lady* Asbourne se hubiera atrevido a minar la confianza de Kat lo enfurecía. Con suavidad, levantó su barbilla para que lo mirara de nuevo a los ojos.

—Kat, no permitas que las palabras venenosas de otros te hagan dudar de ti misma. Lo que ellos dicen no define quién eres ni cómo te veo. Y lo que veo es una mujer llena de gracia y dignidad, con una belleza que va mucho más allá de lo superficial —dijo con una seriedad que hizo que el mundo se detuviera para los dos.

—No lo haré bien, no sé bailar —admitió, tímida.

Alexander torció la comisura de los labios, divertido.

—Deja que me preocupe yo por eso. Solo confía en mí.

Con delicadeza, la guio hacia el interior y se dirigieron al centro de la pista. A medida que tomaba su posición, notó las miradas de los otros invitados.

La música comenzó y Alexander le mostró los primeros pasos del baile. Al principio, Kat se movía con cautela, temerosa de cometer un error. Él la mantenía cerca, susurrándole palabras de aliento que consiguieron relajarla. Poco a poco, su estilo se volvió más fluido, sus pies se sincronizaron con los de él.

Cada giro que daban juntos anulaba el ruido de la fiesta, dejando solo la suavidad de su cuerpo contra el de él y la calidez de su mano en la suya. Todo lo demás se desvanecía: las luces brillantes, los murmullos de la multitud, la presencia de otros. Para Alexander, en ese momento, solo existía ella.

De forma paulatina la realidad comenzó a infiltrarse en su burbuja. Primero fue un susurro, apenas audible por encima de la música. Luego, el sonido de una risa burlona, seguida de miradas furtivas y comentarios mal disimulados. Alexander sintió como la delicada figura de Kat se tornaba rígida y sus ojos, que hasta hacía poco brillaban, se oscurecieron con la sombra de la vergüenza.

No pasó mucho tiempo antes de que las frases de *lady* Asbourne resonaran en sus oídos, claras y venenosas.

—Miren a la pobre *lady* Katherine. Una viuda solterona, aferrándose al primer hombre que le muestra un poco de atención. Es patético. En realidad, he tenido que rogar a *lord* Pembroke que se interesase por ella, cuando es evidente que *lady* Beatrice es su predilecta.

La sala entera se echó a reír y muchos alabaron la labor caritativa que hacía con su hijastra.

Los ojos del marqués se entrecerraron con ira contenida, mientras mantenía a Kat cerca.

—No escuches esas tonterías —murmuró para reconfortarla.

Pero la herida ya estaba abierta. Kat tragó saliva, sus labios temblaron. La humillación se reflejaba en su rostro y, aunque Alexander sentía su lucha por resistir, sabía que había perdido la batalla contra la ponzoña que lo rodeaba.

Las mofas de las damas, las miradas condescendientes de los caballeros, los murmullos a sus espaldas: fue insoportable. Sin previo aviso, Kat detuvo su baile. Las demás parejas hicieron lo mismo.

—No les hagas caso.

Extendió una mano para detenerla, pero era demasiado tarde. Kat negó con la cabeza, incapaz de contener las lágrimas que comenzaban a asomarse.

—No puedo soportarlo. Parece que vuelva de nuevo a mi niñez, cuando mamá murió y apareció ella en nuestras vidas para separarme de lo único que me quedaba, mi padre. *Lady* Asbourne siempre gana —comentó con la voz quebrada.

Y antes de que Alexander pudiera rebatir su comentario, salió corriendo del salón, con la dignidad rota y el corazón desbordado de dolor. Dio un paso para ir tras ella; su instinto lo empujaba a protegerla de las crueles lenguas que habían causado su sufrimiento. Y justo cuando estaba a punto de seguirla, sintió una mano firme en su brazo. Se giró para encontrarse con la mirada fría de la duquesa.

—Ni se te ocurra montar un escándalo por esa joven. Recuerda que tienes un compromiso. *Lady* Beatrice espera tu atención. Le prometiste el primer baile y la has ofendido. ¡Arréglalo!

La ira nublaba el juicio de Alexander. Su madre lo miraba con esos ojos que no admitían réplica, su mano apretaba su brazo con una fuerza sorprendente para alguien de su edad. Ella era una maestra en manipularlo, y él lo sabía. La visión de Kat humillada permanecía grabada en su mente y alimentaba una furia que amenazaba con desbordarse.

—No puedo ignorar lo que acaba de suceder —espetó

La duquesa lo observó con desaprobación.

—Alexander —dijo con un tono helado—, las apariencias lo son todo en nuestro mundo. No puedes permitir que una viuda sin posición ni fortuna destruya lo que hemos construido. Tienes responsabilidades y esta noche has hecho una promesa a *lady* Beatrice.

La verdad lo atravesó como cuchillas y mantuvo los músculos tensos por el conflicto interno. Miró hacia la puerta por la que Kat había desaparecido; su corazón le instaba a no dejarla sola en su dolor. No obstante, la petición implacable de su madre y las miradas expectantes de los demás lo mantenían anclado al lugar.

—Escúcheme, se lo ruego, lo que han dicho sobre *lady* Katherine es injusto y cruel. No quiero hacerle esto. No es una mujer cualquiera. Es… es especial.

La duquesa esbozó una sonrisa calculadora, una que él había visto muchas veces.

—No seas ingenuo. Es solo una distracción, y tú no te lo puedes permitir. Eres un caballero con un título, con responsabilidades. No es momento de pensar con el corazón, sino con la cabeza. Tienes un deber que cumplir.

Alexander apretó los puños. Luchó contra el impulso de desobedecerla. Su madre había puesto en juego su honor y el de la familia, y eso era algo que él, incluso en su rabia, no podía tomar a la ligera.

Cuando comprendió que el resto de invitados esperaban su decisión, soltó un suspiro profundo.

—*Lady* Beatrice, entonces —dijo vacío de emociones—. Solo será un baile.

La duquesa asintió satisfecha y alisó las arrugas invisibles de su vestido.

—Eso es todo lo que necesitamos de ti esta noche.

Capítulo 11

Kat se despertó con los primeros rayos de sol que se filtraban a través de las cortinas de su habitación. La noche anterior había sido un desastre y, mientras se sentaba en la cama, rememoró el peso de la humillación en su pecho. Su madrastra, con su lengua afilada y sus maneras despectivas, había logrado hacerla sentir insignificante ante la mirada de todos en la fiesta. La vergüenza la invadía y lo único que quería era esconderse del mundo.

Sus ojos se posaron en la invitación que Rose Mary le había entregado en secreto. Aún la guardaba en la mesita junto a su cama. Era un trozo de papel que prometía un pequeño atisbo de libertad, una oportunidad de pertenecer a algo más grande que la opresión constante de su hogar. Sin embargo, también representaba un riesgo, uno que no estaba segura de querer correr.

Sus dedos se deslizaron por la elegante caligrafía de la nota: «Nos complace informarla de que ha sido aceptada en el Club de Damas de Woolriver».

Aquellas palabras deberían haberla henchido de orgullo. En su lugar, solo le causaban más dudas. ¿Sabría el resto de damas del club la verdad sobre su condición? Se mordió el labio. La tentación de romper la misiva cruzó su mente.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Beatrice entró con su habitual mirada altiva. Kat escondió la invitación debajo de la almohada y cruzó los dedos para que su hermana no hubiera notado nada.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Beatrice con un tono que se asemejaba más a una orden. Su rostro brilló con malicia.

—No es de tu incumbencia. —Kat se armó de valor y se encaró con ella. No era la primera vez, pero sí desde que habían llegado a los Cotswolds, donde su posición en la casa era más que evidente.

Beatrice se acercó a ella con pasos lentos y calculados.

—Me parece que mientes. No importa, seguro que es la misma carta que escribió tu marido antes de morir y que no paras de leer.

Kat se sorprendió, no porque su hermana la tratara con aquella petulancia tan característica, sino porque no parecía molesta porque ella hubiera bailado con Alexander la pasada noche, y eso la hirió aún más, porque significaba que no la consideraba una amenaza.

—¿Y si fuera diferente? —preguntó tentando a su hermana.

—¿Como qué? —Beatrice arqueó una ceja mientras examinaba con desdén sus cabellos desordenados. Había entrado tan de repente y con tanto ímpetu que no le había dado tiempo a adecentarse.

—Una carta de alguien distinto.

Beatrice arrugó la frente.

—¿Un admirador? ¡No me hagas reír! No eres relevante para los hombres. —Se sentó en la cama junto a ella con su falsa cara de lástima—. Olvidas que cuando *lord* Pembroke se libró de ti, bailó conmigo. A la vista está que tu drama no sirvió de nada.

Kat se enfureció y sus mejillas se colorearon de impotencia. Beatrice era como un veneno que se deslizaba por sus venas. Cada sílaba que pronunciaba estaba diseñada para dañar. Durante demasiado tiempo había permitido que lo que pensaran de ella la definiera y creía que ese rincón oscuro que le habían asignado era su verdadero lugar. Sin embargo, una pequeña luz comenzó a crecer. Estaba harta de ser tratada como una carga. No permitiría que su hermana ni su madrastra controlaran su vida.

—Ya basta, Beatrice. Ya no voy a escuchar más tus insultos —dijo con una firmeza que sorprendió a ambas.

La susodicha la observó desconcertada.

—Si te has sentido herida, por algo será.

Kat se levantó de la cama airada.

—Me niego a ser la sombra de lo que fui. No soy la viuda fracasada que tú deseas que sea. Y si crees que voy a pasar el resto de mi existencia sometida a tus desprecios, estás muy equivocada.

—¡Mamá! ¡Kat se ha vuelto loca! —chilló su hermana desesperada por el cambio de actitud.

—Es inútil que la llames. Sabes que después de una fiesta duerme hasta altas horas de la mañana. Y no te preocupes, Beatrice, como siempre yo cuidaré de ti y de Felicity. Voy a preparar

el desayuno, pero ni se te ocurra mencionar de nuevo lo de anoche. Soy tu hermana mayor y me debes un respeto.

—Cuando se lo cuente a mamá, te bajará esos humos.

—Y cuando yo le diga que en Londres te besaste con *lord* Lennox, ¿qué crees que dirá?

Ellas dos no siempre habían sido rivales. Antes estaban igual de unidas que con Felicity, pero, después de la muerte de su padre, las continuas críticas de *lady* Asbourne hicieron que Beatrice se posicionara. Y más cuando Kat descubrió su secreto en una fiesta, en la que, intentando huir del jolgorio, se topó con Beatrice y *lord* Lennox. No eran más que dos jóvenes que experimentaban el amor por primera vez. Aun así, su hermanastra se sintió tan humillada que empezó a tratarla como un ser mediocre sin destino, pese a que ella nunca destapó lo ocurrido.

Beatrice abrió la boca varias veces. Sin embargo, no se atrevió a pronunciar una palabra más. Se dio la vuelta y salió de la estancia. Kat creyó que habían llegado a un acuerdo. Aquella conversación había sido decisiva para convencerse de lo que debía hacer: aceptaría la invitación del club de damas.

***

Llegó a la majestuosa mansión de *lady* Susan mucho más nerviosa que el día de su boda. Las enormes puertas de madera oscura se alzaban imponentes ante ella y, mientras una criada la guiaba hacia el salón principal, su determinación se tambaleó.

La sala estaba adornada con lujosos tapices y muebles elegantes que irradiaban opulencia. Kat tragó saliva e intentó sofocar las inseguridades que amenazaban con derrumbarla.

Lady Susan apareció con un discreto recogido y, aun así, su color de pelo rojo resaltaba desde cualquier ángulo. La recibió con una sonrisa cálida y unos ojos astutos que parecían captar cada matiz de sus sentimientos.

—*Lady* Katherine, ¿me concedería un momento a solas antes de la reunión? Me gusta conversar en privado con las nuevas

integrantes del club para conocerlas un poco mejor.

Pese a que el estómago de Kat se retorció, intentó no parecer demasiado ansiosa. La siguió a un pequeño salón adyacente, un espacio íntimo decorado con gusto. *Lady* Susan cerró la puerta tras ellas, aislándolas del murmullo de las demás damas. Le indicó que tomara asiento en un sillón tapizado de terciopelo verde y ella se acomodó enfrente con una expresión cargada de amabilidad.

—Antes de empezar, debo decirle que nuestro club no es un club cualquiera. No nos reunimos solo para tomar té y bordar, no obstante, también hacemos eso. El Club de Damas de Woolriver es diferente. Nos une un propósito más profundo, una misión compartida que va más allá de lo que podría parecer. —Una sonrisa juguetona asomó en sus labios para suavizar la tensión.

—Algo me comentó Rose Mary sobre ello —habló Kat, sorprendida de que *lady* Susan no le echara en cara que se hiciera pasar por criada—. Antes de continuar me gustaría pedirle disculpas por no haber sido sincera con usted y hacerles creer que trabajaba para la condesa de Asbourne. —Se esforzó por mantener la voz firme.

—Solo te comportaste como te han dicho que debes hacerlo. Tu madrastra te ha relegado a una versión de ti que te has creído demasiado y eso es lo que has proyectado al exterior.

Kat no supo cómo responder. Las palabras de *lady* Susan no eran las adecuadas para una dama de su posición. Se esperaba que se escandalizase por cualquier nimiedad y pusiera todo su empeño en erradicar aquello que la molestaba.

—Mucho me temo que te he asustado con mi declaración —continuó *lady* Susan—, aunque más bien se asemeja a un diagnóstico, ¿no es así? Te pido disculpas. Una, por tutearte, pero en el club todas lo hacemos; y dos, por creer que lo sé todo sobre ti. Mi intención no era etiquetarte, sino que entendieras que no es tu culpa el comportamiento que has podido tener hasta ahora. Aunque con la verdad que vamos a revelarte se vienen responsabilidades, no lo olvides.

Kat se mordió el labio, sin entender muy bien de qué trataba aquella charla.

—Estaré encantada de tomar la responsabilidad que haga falta. Si necesitan a una persona para transcribir las reuniones, realizar actas, invitaciones… Tengo muy buena caligrafía.

Lady Susan se rio de una manera discreta para no ofenderla.

—Querida, en cuanto sepas qué lugar tienes en el mundo y te comportes como tal, las decisiones que tomes ya no podrás achacarlas a nadie. Solo tú serás la causante de tu suerte. A eso me refería.

—Bueno, en cierto modo yo decidí no aclarar el malentendido cuando me topé con Rose Mary la primera vez en el mercado, y no mi madrastra, como creo que ha sugerido.

—Ella te ordenó ir al mercado, ¿no es así? Tú solo cumplías un papel. Debes descubrir a partir de ahora quién quieres ser y cómo piensas actuar el resto de tu existencia, y no porque te lo dicte la sociedad.

—¿Y eso se puede hacer? —preguntó asombrada.

Una cosa era que mujeres de diferentes clases sociales se apoyaran entre ellas y otra muy distinta que rompieran las reglas escritas. Daba igual si estaban lejos de Londres, porque en el campo la férrea mirada de la sociedad también estaba al acecho, y más cuando se trataba de féminas.

—Entiendo que te sientas abrumada. Sé lo que sucedió ayer en la fiesta y estoy impresionada por tu fortaleza. Por animarte a aceptar unirte a nosotras pese a las circunstancias. Lo que necesito saber es: ¿qué esperas encontrar aquí, Katherine?, ¿por qué ese cambio de opinión? —inquirió *lady* Susan con picardía.

La pregunta la tomó por sorpresa y, por un instante, no supo qué responder. ¿Qué buscaba ¿Compañía? ¿Un sentido de pertenencia? ¿O tal vez algo más? Cerró los ojos por un segundo y trató de ahondar en su propio corazón.

—Busco un lugar donde pueda ser yo misma. Donde no tenga que vivir bajo la sombra de los demás. Donde no se me juzgue por lo que he perdido, sino por lo que aún tengo por ofrecer.

Lady Susan la observó en silencio durante unos minutos y luego asintió, como si la respuesta hubiera sido justo lo que esperaba.

—Creo que este es tu sitio. Ahora pasaremos a reunirnos con las demás y siéntete libre de contar tu historia cuando estés preparada, ¿de acuerdo?

—Gracias, *lady* Susan, haré lo posible por estar a la altura —murmuró, y al instante notó una conexión creciente con la dama que tenía frente a ella.

—Se trata de pasarlo bien, Katherine, no hace falta que te lo tomes como si fuera una escuela. Es costumbre que, para pertenecer al club, las damas contribuyan con una asignación anual para las obras de caridad que organizamos. En tu caso entiendo que no es posible en estos momentos, aunque pertenezcas a la aristocracia, por lo que tan solo te pediremos dos cosas: discreción y que nos ayudes en cuanto tu condición mejore.

—No creo que ese sea el caso. Por eso me gustaría contribuir de otra manera si es posible, como ya he dicho antes podría…

—Tiempo al tiempo, no te preocupes. Y ahora vayamos hasta el salón. Están todas esperándote con ansia por conocerte.

Capítulo 12

Alexander había pasado los últimos días con una inquietud que no lograba apaciguar. Desde la noche de la fiesta, no se quitaba de la cabeza a Kat huyendo del salón, afligida por el desprecio de los asistentes a la velada de los Chester, la flor y nata de la sociedad de los Cotswolds. Necesitaba verla de nuevo, escuchar su voz, asegurarse de que estaba bien. Así que, a la primera oportunidad que tuvo, se aventuró en el bosque, el lugar donde sabía que ella podría estar junto a su hermana, fuera de las miradas de los demás.

El follaje crujía bajo sus botas mientras caminaba por el sendero familiar. El aire fresco del bosque, impregnado con el olor de la tierra húmeda, y el sonido distante del canto de los pájaros le proporcionaban un alivio momentáneo. Sin embargo, su corazón se aceleraba a cada paso, preguntándose si Kat acudiría allí esa tarde o si, después de lo ocurrido, preferiría evitarlo.

Al fin, la divisó. Ella observaba el riachuelo que serpenteaba entre las rocas. La luz del sol que se filtraba entre las hojas de los árboles le daba un aire etéreo, casi irreal.

—*Lady* Katherine —la llamó por su título y al instante se arrepintió. Para él era la Kat de siempre.

Ella se volvió y en su rostro vislumbró una sombra de incredulidad, como si no confiara en que él la buscara después de lo ocurrido.

—*Lord* Pembroke —dijo con un tono suave—, no esperaba verlo de nuevo.

Él sonrió, aunque había una pizca de tristeza en su expresión.

—No podía dejar las cosas como estaban. No después de lo que sucedió.

Kat bajó la mirada, avergonzada.

—Pensé que preferiría mantener la distancia y que no querría estar asociado con alguien que ha sido objeto de tanta burla.

—Estás muy equivocada —respondió Alexander con firmeza, dando un paso más cerca de ella—. No mereces ese trato, Kat.

¿Puedo seguir llamándote así?

Ella asintió con una leve sonrisa.

—Lamento no haber ido tras de ti cuando te fuiste de la fiesta. —Alexander hizo una pausa para buscar la expresión más adecuada con la intención de no herirla otra vez—. Antes del baile te confesé que empezaba a tener sentimientos románticos por ti y era sincero. Mi madre me obligó a quedarme y bailar con *lady* Beatrice. Insiste en que debo encontrar una esposa.

Kat pareció evaluar la situación y él notó un sutil cambió en su actitud. Ya no tenía la cabeza baja mientras hablaban, como era costumbre. Se atrevió a mirarla a los ojos y eso disparó los latidos de su corazón.

—No tienes por qué disculparte, Alex. ¿Puedo seguir llamándote así?

Alexander se sorprendió del cambio de tornas.

—Así es como nos conocimos. Somos solo nosotros: Kat y Alex.

—Me gustaría que siguiéramos siendo dos amigos que no necesitan de formalismos. Es cierto que tal vez ante la declaración inesperada de la otra noche me ilusioné al imaginar un futuro mejor del que me esperaba al lado de *lady* Asbourne, pero hace poco he descubierto que no debo cargar con esa responsabilidad a nadie. Debo decidir quién soy y qué quiero hacer. Pese a que las mujeres tengamos pocas opciones, deseo descubrir si existe un mundo más allá de lo que la sociedad me dicta que haga. Tal vez no tenga sentido para ti, pero a mí me ha abierto la mente.

—Todo el sentido, Kat, porque es lo mismo que he perseguido durante un año, desde la muerte de mi hermano, sin conseguirlo. Y ahora me encuentro atrapado en Woolriver en la búsqueda desesperada de una esposa antes de que termine la temporada. —Alexander rio de manera exagerada por lo irracional de la situación.

—Tu deber con tu familia es lo primero y entiendo que las expectativas son altas. Si necesitas ayuda en esa búsqueda, me ofrezco a asistirte en lo que pueda. No conozco a muchas de las jóvenes de la región, aunque ahora, con mi nueva posición, podría presentarte algunas que serían candidatas adecuadas.

—¿Nueva posición? ¿Qué ha cambiado?

—Soy miembro del Club de Damas de Woolriver. Por favor, no lo cuentes. Mi madrastra no debe enterarse de momento. Aunque las damas del club están casadas o viudas, seguro que conocen jóvenes de buena posición interesadas en contraer matrimonio.

—No puedo responder de manera afirmativa a esta proposición; no después de lo que siento por ti.

A Alexander le hubiera gustado que Kat revelara sus sentimientos ante la dura confesión que le había hecho y se ofreciera a ocupar el sitio a su lado en la iglesia. No era un hombre enamoradizo y no sabía cómo definir lo que ella le hacía sentir. De una cosa estaba seguro: no quería ser solo su amigo ni tampoco jugar con Kat como era costumbre en él cuando conocía a una nueva damisela. Cada vez que la miraba a los ojos, una parte de su anatomía ardía de pasión y sus labios lo invitaban a pensar en mil maneras de hacerla suya. Luego estaba ese otro sentimiento contradictorio: quería protegerla a toda costa de hombres como él y de mujeres como *lady* Asbourne.

—Creo que confundes amistad con algo más. Mi oferta de ayudarte con tu futura esposa sigue en pie. —Kat no pareció advertir el caos que anidaba en él.

—En estos momentos lo único que busco es tu compañía. Si tu ayuda me permite pasar más tiempo contigo, entonces la acepto con gusto. —Se esforzó por mantener la voz neutral, aunque una ligera frustración asomaba a su rostro

La mirada de alivio de Kat lo entristeció todavía más. Había dulzura en ella, y también reserva, como si mantuviera una parte de sí misma escondida, inalcanzable. Él deseaba con desesperación cruzar esa barrera, pero sabía que debía proceder con cautela.

—Me honraría ser tu amiga, Alex —respondió ella con una sonrisa tenue—. Y si eso significa ser tu cómplice, entonces será un placer. Aunque te pido una sola cosa.

—Lo que quieras. —Alexander se acercó a Kat con la voz ronca a la espera de que se arrepintiera y que ella quisiera continuar sus encuentros desde otra perspectiva, una más pasional.

—No te cases con Beatrice. Puedo soportar que tu mujer sea cualquier otra joven, pero no Beatrice.

Alexander asintió, aunque en su interior se encendió una pequeña llama de desilusión. La palabra *amiga* resonaba en su mente como una barrera que temía no poder superar nunca. Pero, si eso significaba que podía seguir a su lado, entonces aceptaría esa condición, al menos por el momento.

De pronto, un chillido lo sorprendió y, al desviar la vista del inmaculado rostro de Kat, observó que Felicity corría hacia ellos con una mariposa posada en la mano.

—Creí que hoy no había venido*, lady* Felicity.

—Qué suerte haberlo encontrado, *lord* Pembroke. Le dije a Kat que no debía temer, que usted no la dejaría en la estacada.

—¿Hasta cuánto sabe? —preguntó perplejo.

—No mucho —dijo Felicity entre risas—. El otro día la vi llorar y me puse triste. Verlo hoy aquí nos ha hecho felices a las dos. Disculpe que no me acercara antes. Estaba en una misión muy importante.

—Perseguir pájaros, lo más seguro —añadió Kat con dulzura.

—¡Sí, y hay muchos petirrojos! Qué pena que debamos irnos, si no, madre se pondrá hecha una furia. Después de sus visitas siempre está malhumorada y requiere mi compañía. —Felicity se encogió de hombros.

—Ni preguntes. —Kat se dirigió a él con una ligera sonrisa en el rostro—. *Lady* Asbourne es malvada, pero eso no quita que no ame a sus hijas y necesite de su consuelo.

Alexander pudo entender esa incoherencia. Su madre parecía una mujer fría y calculadora, y en cierto modo así era, sin embargo, estaba convencido que daría su vida por sus hijos. Y por eso se comportaba así con él, porque creía que era la única manera de salvarlo de su libertinaje, cuando en realidad lo estaba volviendo un prisionero.

Capítulo 13

Lady Asbourne ajustó su chal de terciopelo mientras entraba en el salón de la residencia de los Brenton, donde la velada prometía ser un evento exquisito, amenizado por la interpretación de un músico reconocido en la región. A su alrededor, las damas conversaban en pequeños grupos sin abandonar las típicas sonrisas de cortesía. Era la oportunidad perfecta para que explorara las simpatías y antipatías que pudieran aliarse a sus propósitos.

Se abrió paso hacia la anfitriona con una elegancia medida y, después de darle las gracias por la invitación, preguntó con una pena estudiada:

—¿No ha venido *lady* Susan? No la he visto desde que entré.

La señora Brenton, pese a que le sorprendió la pregunta, no le dio mayor importancia al asunto.

—Los mellizos han pasado la noche con fiebre y no ha querido dejarlos solos. Otro día podrá disfrutar de su compañía.

—En mis tiempos se delegaban esas cuestiones a la niñera. —*Lady* Asbourne intentó dejar en ridículo a la tan admirada dama en aquel dichoso pueblo.

Lady Eleonora Caswall, una mujer entrada en años, famosa por ser de convicciones firmes y devota de sus propias aflicciones en cuanto a salud se refería, aplaudió su reflexión.

—Es de lo más ordinario. ¿Desde cuándo una dama debe trasnochar por culpa de sus hijos? Si no, ¿qué sentido tiene mantener el servicio? Yo solo confío en mi doncella para que me aplique cataplasmas para mis aquejadas rodillas por las noches. ¿Ya le he dicho que el frío me adormece las articulaciones? El doctor…

Lady Asbourne dejó de escuchar el parloteo de la anciana y sonrió más de lo debido al encontrar lo que había buscado: polémica.

—¡Qué barbaridad! *Lady* Susan es una madre entregada y cariñosa. No hay nada que reprochar en su actitud. —La señora

Brenton defendió de nuevo a la presidenta del Club de Damas de Woolriver.

Agnes inclinó la cabeza. No quería profundizar más en aquello de momento.

Escuchó con atención el concierto y aplaudió extasiada por la melodía de aquel virtuoso artista. La música le despertaba sentimientos dormidos de cuando era joven; no obstante, ello no le impidió seguir con su plan.

En el momento que sirvieron los aperitivos, se acercó a dos damas que charlaban en un rincón. Había oído hablar sobre sus estrictas convicciones religiosas. *Lady* Margaret Percy y la señora Josephine Stuart eran más o menos de su edad, casadas con un baronet y un coronel respectivamente, y ambas tenían hijas a punto de ser presentadas en sociedad. Intercambió saludos corteses antes de abordar el tema con una sutileza que solo una mujer de su astucia podía manejar.

—¿Han oído hablar de las actividades del Club de Damas de Woolriver? —Dejó caer la pregunta como si fuera inofensiva, cargada de intención, a sabiendas de que ellas no pertenecían a dicho club—. He recibido una invitación y, antes de aceptar, me gustaría saber lo que opinan.

Lady Percy frunció el ceño y su labio superior se crispó.

—¿El de *lady Susan*? —replicó con desdén. Su voz sonó tan ácida como el limón—. Es una vergüenza. Mujeres jugando a ser hombres. Creen que pueden tener un poder que no les corresponde.

—¿Y eso? No conocía su mala reputación. —*Lady* Asbourne arqueó una ceja. Las personas que la conocían sabían que era un signo de triunfo y no de sorpresa.

—Al contrario, querida, son muy respetadas en la región, pero a mí no me engañan —continuó con desprecio *lady* Percy

—Por eso les he querido preguntar. Cuando conocí a *lady* Susan, no creí que fuera de fiar. —Agnes inyectó el veneno de manera sutil.

—¿Y eso por qué? Conmigo siempre ha sido muy agradable, pese a que nunca he recibido una invitación por su parte —habló la señora Stuart, la más joven de las tres.

—Tal vez porque usted está demasiado unida a Dios y eso no le convenga a la presidenta. —*Lady* Asbourne intentó encontrar el punto flaco de su interlocutora.

—Hace poco hubo un escándalo en el club de damas y casi las meten presas —confesó en voz baja *lady* Percy—. El señor Foster, el párroco de Woolriver, siempre lo cuenta a su círculo más íntimo. Una verdadera locura. Y, créame, es de confianza; tiene familia en las más altas esferas del clero.

—¿Eso no fue en tiempos de la primera presidenta, la marquesa de Bessborough? —recordó la ingenua señora Stuart.

—Otra arpía —contestó *lady* Percy. Y soltó una risita chillona que Agnes acogió con gusto—. ¡Destrozó la reputación de mi mejor amiga, *lady* Waterford, viuda del barón de Waterford! —Bajó la voz para crear expectativas—. Fue la primera prometida del señor Hall y luego apareció ella, *lady* Susan, y todo se tambaleó. Esa mujer cambia vidas, pero para mal.

—Muchas gracias por su sincero consejo. Voy a declinar la invitación del club. No sería moral ni prudente relacionarme con esa clase de personas y espero que las demás damas del pueblo sigan mi ejemplo —dijo Agnes en un tono más elevado de lo normal para que el resto se diera cuenta de lo que hablaban.

—¡Hace muy bien! —*Lady* Percy entró al trapo enseguida. Se notaba que también le tenía inquina a ese grupo, y en especial a su presidenta.

—He oído rumores de que algunas de las reuniones son bastante inapropiadas. Parece que muchas de ellas se sienten incómodas, aunque, claro, pocas lo expresan abiertamente. —*Lady* Asbourne ofreció el toque de gracia a aquella reunión, en la que las habladurías sobre el hasta ahora respetado club de *lady* Susan correrían mucho más allá de la sala hasta llegar a los sirvientes, y esperaba que también sucediera lo mismo con el resto de la población.

—El lugar de la mujer está en su hogar, no organizando reuniones que solo pueden traer desgracia —sentenció para finalizar aquella conversación *lady* Eleonora Caswall, y todas se sorprendieron de que todavía estuviera atenta a la conversación y no

pendiente de sus piernas. En cuanto había visto que se formaba un círculo y se cuchicheaba a su alrededor, enseguida había olvidado su dolencia y se había levantado de su mullido asiento para atender mejor.

Satisfecha con el resultado de aquella velada, Agnes hizo una pequeña inclinación de cabeza, se alejó del alboroto que había creado y estudió la situación. *Lady* Eleonora, viuda de un terrateniente, no mostraba entusiasmo por el club, pero era demasiado mayor para sus planes. La señora Stuart no parecía despreciar a *lady* Susan; llevaría demasiado tiempo convencerla. Por otro lado, *lady* Percy era justo el tipo de aliada que necesitaba. Compartían no solo una visión, sino también el deseo de mantener al mundo en su lugar apropiado, cada uno en el escalón social que había nacido. Si jugaba bien sus cartas, pronto podría tener un pequeño ejército de damas influyentes que trabajaran para sabotear a *lady* Susan y su club.

Capítulo 14

Kat se encontraba de pie frente a la entrada de la majestuosa casa de *lady* Susan. Sentía náuseas por la impresión que le daba esa segunda reunión del Club de Damas de Woolriver y, aunque sabía que su presencia allí no sería vista con buenos ojos por su madrastra, valía la pena el riesgo. Aquel pequeño rincón de libertad le ofrecía algo que hacía mucho tiempo no experimentaba: la sensación de pertenecer a un grupo, de ser vista como algo más que una viuda o una hija olvidada.

Lady Susan la recibió con su habitual sonrisa cálida que conseguía que se sintiera cómoda al instante, como si fuera igual a las otras damas, sin importar el estatus o los rumores que pudieran circular sobre ella.

—Katherine, querida, has llegado a tiempo. Las demás ya están en el jardín —dijo *lady* Susan mientras la conducía por los pasillos llenos de cuadros y tapices.

—Puede llamarme Kat.

—Y tú puedes tutearme. —Ambas cruzaron miradas de aceptación.

Al entrar en el jardín, Kat se sorprendió, tal y como lo hizo la primera vez, al ver la diversidad de mujeres que allí se encontraban. Sabía que el club no seguía las reglas estrictas de la sociedad, pero contemplar a damas de tan distintos orígenes que compartían el mismo espacio todavía la desconcertaba.

En un rincón, la señora Brenton, casada con un rico terrateniente, conversaba con la hija del panadero. Aunque sus vestimentas mostraban claras diferencias, ambas reían con una camaradería que parecía impensable fuera de aquel espacio.

Más allá, se encontraba Herminia, descendiente de españoles y una mujer de lo más culta. Se decía que superaba con creces la agudeza intelectual de su esposo, Julius Davidson, catedrático de Economía del University College de Londres. La mujer debatía con una joven maestra de escuela que, según había escuchado Kat,

pertenecía a una humilde familia de granjeros. Lo que más le llamaba la atención era que, a pesar de esta casada, seguía ejerciendo la enseñanza. Suponía que su marido debía de haberla respaldado, quizás por la escasez de personal en el pueblo.

Kat se sentó en una de las sillas dispuestas, rodeada por las damas del club de Woolriver. La tarde era cálida y la brisa acariciaba los pétalos de las rosas que rodeaban el espacio. El aire olía a té recién servido y a las delicadas pastas servidas en una exquisita fuente de cristal. A pesar de su nerviosismo inicial, empezaba a encontrarse más cómoda, como si poco a poco aquel lugar se convirtiera en un refugio.

Lady Susan interrumpió sus pensamientos al posar una mano en su brazo.

—Sé que esta mezcla puede ser inusual —comentó la anfitriona con tono bajo, como si adivinara lo que Kat pensaba—. Debes tener en cuenta que este no es un club ordinario. Aquí lo que valoramos son las ideas y la hermandad, más que los títulos o la fortuna.

Kat asintió, sin revelar su emoción. Aquella reunión no era una simple excusa para charlar de frivolidades o para mantener las apariencias, como tantas otras que había presenciado a lo largo de su vida. Allí se hablaba de ideas, de proyectos, y lo más sorprendente: todas se escuchaban con atención.

Durante la reunión, *lady* Susan invitó a cada una de las presentes a compartir sus opiniones sobre un proyecto que se había puesto en marcha el año anterior, cuando *lady* Bessborough, la antigua presidenta y creadora de ese club tan insólito, todavía residía en Woolriver. Kat se preguntó por qué abandonaría su hogar sin más y dejaría a sus fieles compañeras. Cuando tuviera más confianza indagaría sobre ello. En esos instantes discutían si añadir una pequeña biblioteca a la escuela para las mujeres de la aldea y alrededores, un lugar donde pudieran reunirse no solo para leer, sino también para deliberar, por ejemplo, sobre política, algo que en cualquier otro círculo habría sido escandaloso.

—¿Qué opinas, Kat? —preguntó *lady* Susan.

El silencio cayó sobre la sala cuando todas las damas fijaron su atención en ella.

No estaba acostumbrada a que su opinión importara en absoluto. Tomó una respiración profunda y recordó que estaba entre amigas o, al menos, en un sitio donde los prejuicios quedaban al margen.

—Me parece una idea maravillosa —dijo al fin con voz clara—. Las mujeres de Woolriver, en especial las más jóvenes, podrían beneficiarse mucho de un lugar donde aprender y donde sentir que tienen un valor más allá de sus deberes cotidianos. Aunque creo que empezar desde el inicio a tratar temas políticos es demasiado arriesgado.

La señora Brenton y la señora Crown asintieron, mientras que Herminia arrugó la nariz, como si no compartiera sus palabras.

—A veces el riesgo es la mejor opción si quieres enviar un mensaje potente.

—Se trata de ayudar a las mujeres necesitadas, no de que cierren el centro. Yo estoy con Kat. Ya que no podemos votar, es una tontería hablar de políticos y sus jugarretas. ¿No sería mejor hablar sobre lo que sí controlamos las mujeres? —Rose Mary alzó la voz para defenderla y le guiñó un ojo, cómplice.

—¿Ves? —le susurró Rose Mary cuando los ánimos se calmaron y pasaron a otro punto de la reunión—. Este club es diferente. Aquí no somos solo sirvientas ni damas de sociedad. Todas aportamos algo.

Kat la observó, todavía insegura. Sin querer había propiciado una pequeña discusión entre ellas, sin embargo, cuando llegaron a un entendimiento, comprendió que no se trataba de ganar a toda costa como le ocurría a su madrastra. Siempre que iniciaba un diálogo con alguien, quería quedar como vencedora en cualquier tema que se deliberara en una simple fiesta. Ella conseguía a base de humillación tener a sus seguidores a sus pies, no por admiración, sino por miedo. Lo había sufrido en sus carnes en el pasado y también en el presente al llegar a Woolriver. Creyó que al esconderse en la cocina con la señora Bryan pasaría desapercibida, pero su paso por la última velada en casa de los Chester la puso en el centro de mira de su madrastra. Si iba a sufrir las consecuencias de su desliz por bailar con el pretendiente de su hermana Beatrice,

al menos que valiera la pena. Por eso estaba ahí, para no ser una más entre las personas que se habían sentido atrapadas en las garras de una sociedad jerarquizada y sometida a las apariencias.

Lady Susan volvió a alzar la voz para pasar al siguiente punto y las demás, que mantenían conversaciones paralelas, silenciaron su charla para escucharla.

—Como sabéis, la situación en el pueblo es más crítica de lo que esperábamos. Las cosechas han sido pobres este año y muchas familias pasan dificultades.

La señora Brenton fue la primera en hablar.

—Sugiero que organicemos una colecta entre las familias de la región que puedan permitírselo. Algunas de nosotras contribuiríamos con ropa y alimentos, mientras que otras podrían gestionar la distribución de los recursos —propuso con seguridad.

Kat se encontró asintiendo antes de darse cuenta. Era increíble que una mujer de su posición social se implicara de tal manera en ayudar a los más desfavorecidos.

—Por mi parte —añadió la hija del panadero—, me ofrezco a organizar las comidas para las familias que lo necesiten. Cuento con el apoyo de algunas mujeres del pueblo que también están dispuestas a colaborar.

La conversación fluyó de un tema a otro, cada una de las damas aportó sus ideas y recursos. Kat escuchó atenta, fascinada por la dedicación y el compromiso de todas ellas. Se sintió pequeña en comparación, como si aún no pudiera ofrecer nada valioso al grupo. Quería participar, quería formar parte de esa hermandad que no se limitaba a los lazos de sangre ni a los títulos.

Mientras bebía un sorbo de té, *lady* Susan la miró de nuevo, pendiente de ella durante la reunión.

—Kat, ¿tienes alguna sugerencia sobre cómo contribuir más en esta situación de vulnerabilidad? —preguntó con una sonrisa suave.

Titubeó un momento. Su mente revoloteó entre varias ideas que le costaba ordenar. Al fin, con un leve rubor en las mejillas, se atrevió a hablar.

—He escuchado en el mercado que en la región hay varias viudas jóvenes que también pasan dificultades —comenzó con voz

insegura—. Quizás estaría bien crear un fondo común para ayudarlas a emprender, aunque sea un pequeño negocio, que las haga independientes.

El grupo la observó en silencio por unos instantes. Para su sorpresa, Herminia fue la primera en asentir.

—Es una excelente propuesta —dijo con tono firme—. Las viudas suelen ser olvidadas y muchas veces no tienen más opción que depender de la caridad de otros. Darles una forma de valerse por sí mismas me parece estupendo. ¿Te gustaría que te incluyéramos en este grupo?

Kat no se esperaba esa indirecta por parte de una de las integrantes del club de damas y abrió los ojos sin saber qué contestar. Recordó de nuevo esas veces que la humillaron por no ser lo suficientemente guapa ni lo suficientemente mujer como para casarse con alguien de mayor rango que su pobre Oswald.

—Herminia, es de muy mal gusto lo que acabas de proponer —se quejó Abby, la hija de la señora Crown.

Rose Mary la había puesto en antecedentes sobre esa chica, que había propiciado un escándalo el año anterior que por poco acaba con todo el club de damas preso.

—¿Qué hay de malo? —contestó Herminia, molesta—. Ella es viuda. Es la candidata perfecta para dirigirlo. Empatizará con todas ellas.

Un suspiro grupal deshizo la tensión creada.

—Por tu expresión, parecía otra cosa —añadió Rose Mary.

Esa muchacha se había convertido en su defensora y en una gran amiga. Casi se le saltaron las lágrimas al comprender que nunca había tenido una persona tan afín a ella, aparte de su hermana Felicity.

—Estaré encantada —abrió por fin la boca Kat. No porque supiera nada de organizar colectas ni de emprender negocios, y menos donde las mujeres fueran aceptadas. Lo hizo para que aquella reunión pudiera continuar en paz.

—¿De verdad te sientes capacitada? ¿Tienes experiencia en ello? —la volvió a cuestionar la señora Davidson.

—Si quieres saber si alguna vez he tenido un negocio, no; y mi padre tampoco. Soy la hija de un conde y se supone que la aristocracia no debe trabajar, pero desde la muerte de mi padre no se me han caído los anillos por fregar o ir al mercado a comprar. Se me dan bien los números, aprendo rápido y, como tú bien dices, al ser viuda puedo entender a esas mujeres y sus necesidades mucho mejor que nadie. —Se despachó a gusto y sonrió al darse cuenta de que su yo de antaño resurgía, aunque fuera en raciones muy pequeñas.

—Decidido entonces —concluyó *lady* Susan—. Kat encabezará el nuevo proyecto para las viudas.

Una ovación dirigida a ella terminó con el último punto de la tarde.

Kat sonrió con timidez. Aún no estaba acostumbrada a recibir elogios o que se tomaran en serio sus ideas.

—Antes de dar por concluida la reunión, me gustaría recordaros que para la siguiente deberéis venir preparadas. Tengo una sorpresa para vosotras —anunció *lady* Susan al tiempo que se levantaba para dar por concluida la velada.

—¿Vas a liberar el libro? —chillaron de alegría Rose Mary y Abby junto a la maestra, que casi se caen de la silla, emocionadas.

—No está preso, sino guardado a buen recaudo. Y sí, vamos a empezar con las reflexiones sobre el libro a las que nos tenía acostumbrada *lady* Bessborough.

Nuevos gritos sorprendieron a Kat, y esta vez procedían de las más mayores, incluso advirtió en Herminia un brillo especial.

—Y por favor nada de desmayos, venid con la mente abierta y la boca cerrada. Ya sabéis que nadie más que las damas del club pueden hablar de lo que ocurre en este jardín.

—¿Qué ha querido decir? ¿Por qué tanta euforia? —preguntó Kat a Rose Mary.

—Mejor que lo averigües tú misma. —Su amiga le sonrió con una picardía inusual.

Kat se sorprendió por el clima con el que había terminado la velada. No quiso pensar demasiado en las opciones que se le venían a la mente. Lo más seguro era que fuera un libro de recetas y el

descubrimiento de algún nuevo postre. Todavía recordaba cuando ella tenía unos dieciocho años, alrededor de 1805, y su padre trajo naranjas dulces a casa. La euforia, que se contagió incluso a los criados, fue tan grande que años después todos recordaban con satisfacción lo sucedido. Una naranja dulce era muy difícil de encontrar y muy cara. ¿Qué nuevo sabor sería esta vez?

Capítulo 15

Alexander observó el salón de baile con desdén. La fiesta, aunque espléndida, no lograba captar su interés. Las risas y el bullicio de la aristocracia ya no significaban nada para él, carentes de la emoción que había hallado en sus recientes encuentros con Kat. No podía dejar de buscarla entre la multitud. Deseaba verla con una desesperación que no se atrevía a admitir ni ante sí mismo.

Al fin, sus ojos la encontraron pegada a una pared con expresión azorada; le recordó a un ciervo a punto de ser cazado. Y nada menos que por la señora Brenton, que la saludó de manera afable junto a la anfitriona de la fiesta, la señora Crown. Se sorprendió que con rapidez se le uniera a la conversación también la señorita Abby Crown, una joven de formas voluminosas y atractivas, con una gran fortuna como dote, aunque sin título alguno en su familia y con un pasado escandaloso. Todavía no entendía por qué había aceptado esa invitación. La duquesa nunca se perdía una fiesta y había insistido en que la acompañara. En los Cotswolds había pocas oportunidades de socializar. No era como en Londres, donde uno podía ser más selecto con quien frecuentaba.

Le costó llamar la atención de Kat y, aunque en varias ocasiones vio que ella también lo buscaba con la mirada, no llegaron a encontrarse hasta que *lady* Asbourne y su insufrible hija *lady* Beatrice le dejaron libre en el tercer baile.

Observó que ella se dirigía al cuarto de las damas a descansar y se le ocurrió interceptarla en el camino y llevarla detrás de una columna, donde no serían vistos.

—Aquí estás —dijo con una seriedad que no correspondía al ambiente festivo que los rodeaba.

Kat lo miró con los ojos entrecerrados y le entregó un papel doblado. Alexander, emocionado, creyó que era una nota de amor. Al desplegarlo, vio varios nombres de damas de la región. Su mirada se oscureció.

—¿Qué es esto, Kat? —preguntó con una punzada de desagrado en el tono de su voz.

Ella se mordió el labio antes de contestar.

—Es la lista de posibles candidatas —dijo sin rodeos—. He cumplido con lo que acordamos y me he tomado la libertad de hacer una pequeña investigación. Estas señoritas son apropiadas. Más que Beatrice.

Alexander apartó la mirada hacia el papel y reconoció los nombres que ella había anotado: hijas de familias respetables, jóvenes, bellas y, sin duda, aptas para cumplir con las expectativas que su madre había establecido para él. Ninguna de ellas le interesaba. No podían compararse con la mujer que ahora tenía delante.

—No necesitabas hacer esto —suspiró.

Kat lo miró con el ceño fruncido.

—¿No es lo que querías? ¿No dijiste que buscabas una esposa?

Alexander se pasó la mano por el cabello. Sí, así era.

Cuanto más tiempo compartía con Kat, más claro le quedaba que ninguna de las otras, por más adecuadas que fueran, se acercaban a lo que él deseaba de verdad. Había algo en Kat, su inteligencia, su nobleza silenciosa, su fuerza, que lo mantenía cautivado.

—No lo entiendes —murmuró, y fijó sus ojos en los de ella—. No tienes que ayudarme a buscar a nadie —continuó con una voz más suave—. Yo ya sé lo que quiero.

Kat volvió a mirarlo, desconcertada. Estaban tan cerca que pudo oler el aliento dulce del champán que había bebido. Sus labios lo llamaban a besarla sin importar las consecuencias. Antes de decidirse a agarrarla por la cintura y aprovechar ese momento a solas, la señorita Abby Crown se les acercó risueña.

—*Lord* Pembroke, ¿tendré el placer de compartir un baile con usted esta noche? —preguntó con una inclinación graciosa de su cabeza.

Alexander, irritado por la interrupción, miró la lista una vez más y vio su nombre escrito en ella. Forzó una sonrisa cortés.

—Por supuesto. Será un honor —dijo sin apartar la vista de Kat, que dio un paso atrás, como si comprendiera que su conversación había llegado a su fin.

Alexander notó la leve tristeza en sus ojos antes de que ella se girara y se alejara en dirección contraria. Mientras observaba cómo desaparecía entre la multitud, sintió una oleada de frustración. ¿Cómo podía hacerle entender que Kat era la única persona en esa sala que importaba?

—No creo que sepa lo que usted siente por ella. Tampoco es el momento. Primero debe comprender que vale más que un beso.

Alexander casi detiene el baile al escuchar ese comentario tan inapropiado de labios de la señorita Abby. No le gustaba ser clasista, pero era la última persona que podía opinar sobre su situación. Los rumores de que era una bastarda habían llegado hasta Londres, pero todos parecían obviarlo por la fortuna de su padre.

—Eso era lo que pretendía cuando les he sorprendido, ¿no es así, *lord* Pembroke? No se lo tome a mal, pero solo cuido de mi amiga.

¿Desde cuándo Kat tenía amistades? Era una recién llegada al pueblo y nadie la defendió en la última fiesta de los Chester. Recordó que ella le habló de que acababa de ser invitada a participar en el club de damas. Seguro que la señorita Abby Crown sería una de sus miembros. Debería investigar un poco más sobre esas reuniones y si eran convenientes.

Alexander inhaló sin responder y, una vez finalizada la música, se resignó a cumplir con las expectativas de la velada. Se presentó una a una a las jóvenes de la lista que Kat le había preparado, tan solo para molestarla y comprobar si así reaccionaba. Las conversaciones triviales sobre el clima, la última moda en Londres y las fiestas de la temporada fueron un eco vacío en sus oídos.

Con cada cambio de pareja, su frustración crecía. *Lady* Emily era encantadora, pero superficial; *lady* Camila, aunque divertida, parecía más interesada en presumir de sus joyas que en mantener un sencillo debate. Una tras otra, las damas de la lista desfilaban frente a él y Alexander cumplía con su deber, sin dejar que su desinterés se notara demasiado. Y anheló que llegara el jueves, día en que *lady*

Asbourne recibía visitas y el mismo en que Kat estaría libre. Aunque él no sabía que alguien lo observaba sin perderse detalle con la intención de cazarlo y dejarlo sin posibilidades de elegir.

Capítulo 16

Desde su asiento junto al ventanal, *lady* Asbourne observaba el jardín de su residencia. Hacía ya unos días que el extraño comportamiento de Kat rondaba por su mente con una intensidad que no lograba disipar. La fiesta en casa de los Chester había sido un claro indicio de que algo no encajaba. ¿Cómo era posible que *lord* Pembroke, uno de los solteros más codiciados, hubiese concedido un baile a su hijastra en lugar de a Beatrice? Además, en la última velada, en la mansión de los Crown, Kat había sido demasiado bien acogida por su anfitriona.

Beatrice, sentada en el otro extremo de la estancia, hojeaba un libro con fastidio. Parecía que ambas estaban ensimismadas en un único pensamiento.

—Mamá —Beatrice cerró las tapas del volumen que sujetaba con brusquedad—, no puedo soportar más esto. ¿Qué tiene Kat que yo no tenga? Seguro que ha hecho cosas impropias para llamar la atención de *lord* Pembroke. ¡Si solo pudiera desaparecer!

Agnes se sorprendió de que su hija también hubiera notado esa desazón que amenazaba su plácida existencia y que no tenía otro nombre que el de su hijastra, a la que odió desde el día en que le fue presentada. Tan amigable, tan cariñosa, tan apegada a su padre y tan amada por su marido. Lo que ella nunca había experimentado.

—¿Por qué dices eso? Ayer reservaste los tres primeros bailes a *lord* Pembroke.

Simuló desconocimiento porque no quería alterar a Beatrice. Era su favorita, pero nunca lo fue del conde. Kat siempre se interponía. Ahora que estaba muerto, debía demostrar que su hija era la más válida de las descendientes de la casa de los Asbourne, a falta de un varón. Y casarla con un futuro duque sería el triunfo que tanto anhelaba.

—Sí, pero luego se distrajo con aquellas estúpidas damas y no me dirigió ni una mirada. Y yo debería ser su prioridad.

—Y lo eres. Solo que se ha corrido la voz de que busca esposa y las demás jóvenes tientan su suerte. No saben que tú eres la única.

—¿Crees que me encuentra bonita?

—Eres la más bella. En eso te pareces a mí.

—No te casaste con papá hasta mucho tiempo después de tu debut.

Agnes suspiró al recordar su presentación en sociedad.

—Obtuve tres propuestas de matrimonio en mi primera temporada.

—¿Y qué ocurrió?

—No quería contarlo para no enturbiar la imagen que tienes de mi relación con tu padre, pero él no fue el primero ni el amor de mi vida. Sí, un buen hombre, aunque antes hubo otro.

—¡Nunca me lo contaste!

—Porque no es una historia feliz. Me casé con el hombre que amaba, pero que mis padres aborrecían y, ¿sabes qué?, tenían razón. Por eso me empeño en que encuentres un buen partido que te pueda mantener y no te deje tirada en cuanto se presenten dificultades.

—¿Tu primer marido murió o huyó?

Agnes carraspeó, disgustada por su desliz.

—Está muerto y enterrado, hija. Encontraron su cuerpo apedreado en Whitechapel. A saber lo que haría en ese barrio de mala muerte. Dios se encargó de darle un final justo. Somos demasiado bellas e inteligentes, y merecemos lo mejor. No te conformes.

Beatrice asintió extasiada ante la emoción contenida de su madre.

—No te fallaré, madre. *Lord* Pembroke caerá rendido a mis pies. ¿Crees que por eso habló ayer con Kat? ¿Para decirle que me había elegido a mí en lugar de a ella?

Agnes se volvió a sorprender ante la inocencia de su hija.

—¿Cuándo hablaron esos dos?

—Los vi detrás de una columna. Parecían discutir.

—Temía que esta situación se presentara tarde o temprano. Kat ha sido una espina en nuestro costado. Antes la podía controlar,

pero ahora… No debemos perder más tiempo, tú debes ser la primera en casarte.

Beatrice se acercó a su madre que, con indiferencia, miraba por la ventana, aunque al mismo tiempo apretaba los puños, como si quisiera romper el cristal.

—¿Qué piensas hacer, madre?

Lady Asbourne sonrió con frialdad. Se levantó con gracia y caminó hasta el escritorio, donde tomó papel y pluma.

—Kat ha vivido hasta hoy como si fuera invisible. Si algo he aprendido en estos años es que las personas invisibles pueden ser expuestas con un solo movimiento adecuado. La clave está en hacer creer a los demás que no es la dama que aparenta ser.

—Entonces mis sospechas son ciertas. ¿Ha hecho algo inapropiado? —preguntó Beatrice.

Un sentimiento de odio por su hermanastra mucho más maduro que antaño se apoderó de ella y quiso que cayera toda la autoridad de su madre sobre Kat, para que nunca más se sintiera con el derecho de quitarle lo que ya era suyo: su padre y su futuro marido.

—Vamos a hacer correr un rumor —respondió Agnes con la voz suave y calculadora—. Uno que la arruine socialmente. Nadie puede saber que viene de nosotras, por supuesto, aunque pronto la sociedad de Woolriver estará convencida de que ha estado involucrada en actos indecorosos.

—¿Un escándalo? —Beatrice sonrió satisfecha—. ¿Cómo?

—Déjalo en mis manos. Escribiré una carta comprometedora. Que parezca que procede de Kat y que dé a entender que está enamorada de un hombre indeseable, quizás uno de baja cuna. O, mejor aún, a alguien conocido por su mal comportamiento.

—¿Y por qué no decir la verdad? Que ha intentado manipular a *lord* Pembroke.

—No podemos involucrarlo en esto, si no, por honor debería casarse con ella, ¿lo entiendes, Beatrice?

—¿Por qué se le debería recompensar a Kat con una boda? Debería arrepentirse de lo que ha hecho y que *lord* Pembroke entendiera que yo soy más virtuosa y estoy mejor preparada para ser su esposa.

—No funciona así. Todavía debes aprender mucho sobre los entresijos de la clase a la que perteneces. Kat es hija de un conde y *lord* Pembroke de un duque. La aristocracia vería con buenos ojos esa unión y miraría hacia otro lado por su comportamiento escandaloso. Tiene que ser un tipo despreciable para que ella también lo parezca. Esa carta debe hallarse en el lugar adecuado. Los rumores comenzarán a circular y, cuando Woolriver lo descubra, no habrá vuelta atrás para ella.

Beatrice asintió, comprendiendo al fin el maquiavélico plan de su madre.

—¿Y si Kat intenta defenderse? Ayer ya viste como la señora Crown y su cuadrilla la saludaron. Y ya sabes que pertenecen al club de damas de *lady* Susan.

—También me fijé. No sé si la están tanteando para que se una a su club. Suerte que me libré, hija. Mi amiga *lady* Margaret Percy no habla muy bien de esas reuniones, y es algo que me preocupa como mujer decente.

—¿Quieren a Kat? —Eso fue como una puñalada en el corazón de Beatrice. No podía consentir que su hermanastra tuviera mejores contactos que ella—. ¡No pueden aceptarla en el club si no está casada!

—Es viuda y eso da cierto estatus. *Lady* Susan y sus tontas amistades no podrán salvarla cuando su reputación esté en juego. Los rumores son más poderosos que cualquier defensa, y más cuando vienen de labios confiables.

Agnes volvió a sentarse, satisfecha con su nueva confabulación. Empezaría destruyendo la reputación de Kat y, más adelante, iría a por el club de damas entero. Solo necesitaba que se cayera una pieza para que las demás la siguieran. Aunque era consciente que había una falla en aquello: ¿cómo engatusar a la persona adecuada para que descubriera la carta, corriera el rumor y que, sobre todo, no sospechara del engaño?

Capítulo 17

Kat atravesó las puertas del salón principal de la residencia de los Hall con el corazón agitado. Era la tercera vez que asistía a una reunión del Club de Damas de Woolriver, pero la sensación de inquietud no se desvanecía. Aunque había sido aceptada por la mayoría de las integrantes, aún le costaba creer que se encontraba en su compañía.

Las asistentes se acomodaron en los sillones de terciopelo a la expectativa de lo que se les había prometido la última vez: ese libro maravilloso que provocaría desmayos. Kat sonrió porque sabía que a las damas de la aristocracia les gustaba exagerar y aún no comprendía por qué el resto les seguía el juego.

El aroma del té inundaba la estancia, mezclado con el leve murmullo de la conversación. *Lady* Susan presidía la reunión desde el centro, siempre impecable y con esa sonrisa amable que tranquilizaba a Kat.

—Me alegra verte de nuevo, querida —dijo *lady* Susan al notar su presencia—. Hoy vamos a tratar algo diferente a lo que estás acostumbrada. Ven, siéntate conmigo.

Kat obedeció y se acomodó a su lado, todavía cohibida. La presidenta del club le ofreció una pasta y le sonrió con afecto.

—No vamos a hablar de caridad ni de las cuestiones sociales de siempre —dijo para todas—. Esta tarde debatiremos de un tema mucho más personal, que es la clave para cambiar nuestras vidas y las de quienes nos rodean.

Las demás mujeres rieron nerviosas.

—A menudo nos olvidamos de nosotras mismas —continuó *lady* Susan—. Nos dedicamos a cumplir con las expectativas de los demás, a servir sin medida, a sacrificarnos por el bienestar de nuestros hogares o nuestras familias. ¿Cuántas de nosotras nos hemos detenido a pensar en lo que de verdad necesitamos? En lo que nos hace felices. El primer paso para que los demás nos vean con respeto es aprender a respetarnos a nosotras mismas.

Las palabras de *lady* Susan resonaron en el corazón de Kat como un eco doloroso. ¿Respetarse a sí misma? Ella no sabía siquiera cómo empezar. Durante años, su vida había estado marcada por la sombra de su madrastra y las crueles palabras que la hacían sentir insignificante. Había aceptado un lugar en la casa que no le correspondía, sometiéndose a la voluntad de otros, porque creía que no valía lo suficiente.

Herminia, la mujer del catedrático, intervino de forma categórica:

—El cambio empieza por dentro. No podemos esperar que nos traten con dignidad si primero no nos valoramos a nosotras mismas. En cuanto os empecéis a ver de forma distinta, los otros harán igual.

Kat miró fascinada a la culta dama, quien le devolvió una sonrisa torcida, y ella supo que era su manera de ser comprensiva, aunque le costase. Y sin darse cuenta, fascinada porque aquellas mujeres se atrevieran a tratar un tema tan controvertido, quiso saber más y levantó la mano para preguntar.

—¿Cómo se consigue?

Lady Susan tomó de nuevo la palabra:

—Querida, tú has pasado por mucho, lo sabemos. Pero también veo una fuerza en ti que quizás ni siquiera tú has descubierto todavía. Ese es nuestro objetivo: que todas encontremos esa fuerza para salir del rincón donde nos han mantenido, ya sea nuestro esposo, nuestros padres o nosotras mismas con exigencias autoimpuestas, y para reclamar el lugar que nos pertenece.

—No comprendo —susurró la maestra con voz débil—. ¿Cómo? ¿Cómo se supone que debemos hacerlo?

—¡Eso! —exclamó otra mujer—. ¡Enséñalo con el libro!

—¡Sí, queremos el libro! —Las demás damas empezaron a reír.

Lady Susan sonrió complacida pese al alboroto. Se llevó la mano debajo de las faldas y sacó un volumen forrado de terciopelo.

Kat se cubrió la boca, incrédula por lo que acababa de suceder. ¿Cómo una mujer casada de su reputación se rebajaba a tal comportamiento?

—Paciencia, Kat —le susurró Rose Mary al oído—. Esto solo es una broma, como un homenaje a nuestra primera presidenta, *lady*

Bessborough. Otro día te cuento la anécdota. Casi acabamos el grupo entero en el manicomio de Bedlam. Por eso y por culpa del párroco.

—No creo que sea adecuado montar estos numeritos ni aunque se trate de una chanza. —Kat llamó la atención a su amiga entre susurros

—Estamos aquí para no juzgar. ¡Relájate, que te va a dar un calambre! —dijo su otra nueva amiga, la señorita Abby Crown, que le habló en un tono que no le gustó. Aun así, permaneció pegada a la silla, incapaz de quitar la vista de ese libro tan famoso entre las damas.

—Como ya sabéis, este es un texto escrito entre los siglos III y V después de Cristo en la India, y es un compendio de la antigua ciencia del amor, titulado *Kamasutra* —habló *lady* Susan levantando el volumen como si fuera un objeto sagrado.

Los vítores de las damas no se hicieron esperar y la presidenta del club permaneció con la sonrisa congelada hasta que se apaciguaron los ánimos para continuar.

—Para las nuevas —miró a la maestra y a Kat—, he de advertiros de que, al ser un texto escrito hace miles de años en una cultura ajena, lo que vamos a realizar en el club es reinterpretar y aprovechar lo que nos puede ser útil hoy en día. Y el *Kamasutra* es el primer libro que trata de manera igualitaria al hombre y a la mujer, otorgándole a esta última el derecho a sentir placer igual que su esposo, y está escrito que jamás se nos debe culpabilizar por sentirlo. Es más, promueve que exploremos nuestro propio placer sexual. Señoras, cuando encuentren esa dicha, encontrarán su fuerza y el poder para hacerse respetar.

El silencio invadió la sala. Para Kat, ese discurso había sido un alegato a la emancipación de la mujer de lo más vulgar, malsonante y hasta diría que diabólico. Entendió por qué el párroco quiso cerrar el club y denunciarlas para que fueran al manicomio. Miró a izquierda y derecha, pero ninguna de sus compañeras manifestó intención alguna de marcharse. ¿Debería ser ella la primera en levantarse de la silla?

Capítulo 18

—Entonces, ¿vamos o no a ver dibujos de miembros? —se escuchó al fin una voz desde el fondo de la sala. Era la señora Brenton, que parecía desconcertada.

—¿A qué te refieres con nuestro propio placer sexual? —habló la esposa del doctor, que durante las dos sesiones en las que había asistido no había abierto la boca.

—No os alteréis, por favor. —*Lady* Susan intentó calmar el disgusto generalizado—. Habrá imágenes, pero solo como ejemplo para que sepáis cómo realizar este ejercicio.

—¿Ahora? ¿Aquí? —comentó Abby, tan sorprendida como Kat.

—No, por Dios. En casa, con vuestros maridos. Si no sabéis lo que os gusta, no podrá existir una buena comunicación en el matrimonio.

—¡No es justo! ¿Qué pasa con las que no tenemos marido? —se quejó Abby.

—Decías que no se debía juzgar y ahora mismo es lo que haces. Estás tan perpleja como yo —se burló Kat.

—¡Calmaos! Para las solteras o viudas, nada os impide encerraros en la habitación y utilizar la imaginación.

El grupo se echó a reír, excepto Rose Mary, Abby y la propia Kat, las únicas solteras de las diez integrantes.

—*Lady* Susan siempre tiene alguna sorpresa para nosotras —se adelantó Rose Mary para defender a su señora—. Esta lección es nueva para mí. Tengo intención de aprender lo que pueda para tener un matrimonio tan feliz como el de la señora. ¡Se les ve tan enamorados!

—Se dedican tanto al mete y saca que no les queda fuerza ni para discutir —comentó Abby.

—¡Ese vocabulario, señorita Crown! ¡Qué dirá su madre! —exclamó Kat con el ceño fruncido.

—Disculpe, *lady* Katherine, siempre se me olvida que ya no soy esa criada a la que apartan a un lado. Cuando estoy entre amigas,

me sale mi vena más salvaje.

Kat abrió los ojos sorprendida. No entendió la respuesta de la muchacha. ¿Acaso se burlaba de ella?

—El año pasado hubo un gran escándalo. Nos enteramos que la señora Crown había tenido a Abby antes de casarse con el señor Crown y la dio en adopción. Más tarde te cuento los detalles —le susurró Rose Mary al oído.

Ella alzó la mano para que callara. No quería saber más sobre las intimidades de esa familia. Bastante tenía con las suyas.

—Disculpas aceptadas, aunque deberá trabajar más en ello si quiere que le salga algún pretendiente, Abby. —Se limitó a su papel de dama comedida.

—Silencio, señoras. —Herminia se puso en pie y con su sola mirada las hizo callar—. Proceda, presidenta.

Lady Susan asintió y abrió el libro. En él apareció lo que Kat nunca hubiera imaginado que podría ocurrir entre un hombre y una mujer. Algo que la desconcertó tanto que no podía dejar de mirar la ilustración.

Un hombre, con vestidos de la cultura india, agarraba un palo que sobresalía de entre sus piernas y lo introducía por el trasero prominente de una fémina. Le resultó ofensivo. No pudo reparar bien en los adornos de ella, ya que, aparte de las joyas, iba como Dios la trajo al mundo. De tanto fijar la vista, empezó a ver doble. Las risas y chillidos de sus compañeras la aturdieron, le faltó el aire y se desmayó.

—¿Es que nunca había visto uno? ¡Si ha estado casada!

—¡Tal vez haya mentido!

—Dijo que su esposo había estado enfermo, ¿y si todavía es virgen?

Esas fueron las primeras palabras que escuchó al despertar. Miró en dirección a *lady* Susan, quien, por suerte, ya había cerrado el libro.

—No he mentido, he estado casada y no soy virgen… —Se levantó malhumorada del sillón donde la habían recostado, en una sala más pequeña. *Lady* Susan la observaba con preocupación.

También distinguió el rostro de Rose Mary y el de Abby, junto a su madre.

—¿Nos has oído todo el rato —se escandalizó Rose Mary.

—Solo lo último. ¿Cuánto tiempo lleváis criticándome?

—Vaya, *lady* Katherine, usted que parecía tan sumisa y bondadosa… Me gusta ver que saca las garras. —La señora Crown se rio a gusto.

Kat bajó la cabeza y se ruborizó.

—No te preocupes, solo bromean. Aquí puedes ser quien quieras ser —la tranquilizó la presidenta.

—Siento lo ocurrido, *lady* Susan. No quería interrumpir la sesión.

—Ya habíamos terminado. Si hubiera permanecido un minuto más con el libro abierto, no hubieras sido la única en desmayarte.

—¿Qué era exactamente aquello? —preguntó Kat esta vez con curiosidad en lugar de aversión.

—Una postura de lo más placentera para la mujer a pesar de que en un principio pueda parecer…

—¿Absurdo? —apostilló Kat.

—¡Querida, creo que tu marido murió de manera tan prematura que no pudiste entender bien en qué consiste el lecho conyugal! —sentenció la señora Crown.

—Nunca en la vida me hubiera mostrado así con Oswald. Era un caballero.

Se escucharon risas tras la estancia. Eran las demás damas, que espiaban sin pudor.

Las mejillas de Kat se sonrojaron de impotencia.

—Si quieres conservar a un marido, lo mejor es permanecer sumisa ante los demás, y en el dormitorio ser una leona, ¿a que sí, *lady* Susan? —Rose Mary miró a su tutora a la espera de su aprobación.

Lady Susan suspiró y, con un ademán, echó a las demás mujeres fuera.

—Estáis asustando a la pobre *lady* Katherine. Dejadla tranquila, todavía debe procesarlo.

Kat agarró la mano de su amiga Rose e impidió que se alejara. Se sentía segura a su lado. La amabilidad de la presidenta la

intimidaba un poco.

—¿Puede quedarse Rose?

La dueña de la casa la miró con compasión y asintió. Las tres se sentaron una al lado de la otra y se sirvieron una taza del té que alguna criada había traído mientras ella estaba desmayada.

—¿Te encuentras mejor? —quiso saber *lady* Susan—. ¿Tienes alguna pregunta que quieras hacer?

—Con mis respetos, no he entendido qué tiene que ver con lo de mostrarse igual que el hombre y lo de explorar nuestro propio placer… sex… sexual con la ilustración que nos ha enseñado.

—Yo tampoco —dijo Rose Mary con una sonrisa de apoyo.

Lady Susan dejó la taza de té en una mesilla que había delante y se alisó la falda con una mirada traviesa.

—Si no te hubieras desmayado, Katherine…

—Puede llamarme Kat.

—Está bien, Kat. Te debo una disculpa. No he tenido en consideración tu reciente incorporación al club y he sido demasiado directa. Mi intención era demostrar que no hay que temer ser valiente en la cama ni fuera de ella. Y no hay nada de malo en satisfacer el ardor de nuestro marido y a la vez el nuestro. ¿No has encontrado la ilustración de lo más sensual?

—No sabría decir. ¿Qué se considera sensual? ¿Qué debería experimentar?

Ambas mujeres la miraron con pena y Kat no supo si tomárselo como un insulto.

—¿Su matrimonio fue por conveniencia o por amor? —le preguntó *lady* Susan con delicadeza.

—Ambas cosas supongo. Me casé porque así me lo indicó mi padre y Oswald era mi mejor amigo, así que acepté sin dudarlo.

—Que nuestro compañero de vida sea también un amigo es de lo más acertado, pero se necesita algo de fogosidad para que el amor verdadero florezca.

Kat apretó los puños.

—Es muy sencillo para usted. Tiene un matrimonio perfecto. Yo no puedo quejarme por el trato de mi difunto esposo. Fue todo un caballero.

—Lo creas o no, mi desposorio también fue un arreglo, y al principio nos odiábamos.

Kat abrió la boca de par en par.

—No lo parece en absoluto.

—Aprendimos a canalizar ese odio en otra cosa.

Rose Mary disimuló una incipiente carcajada con una falsa tos.

—¡Entrenaron mucho para convertirlo en otra cosa…! ¡Tanto que les salieron mellizos!

Kat, en lugar de sonreír por el comentario gracioso de su amiga, se incomodó. No entendía qué veían de divertido en intentar tener hijos.

—No le encuentro la gracia —se atrevió a decir a pesar de las burlas.

—Empecemos por lo básico… —suspiró la dama—. ¿Alguna vez te han besado? No me refiero a besos en la frente y mejilla, sino en los labios. ¿Alguna vez te han estrechado entre los brazos con tanta pasión y te han besado con tanto énfasis que creías flotar?

Kat negó con la cabeza. Y a pesar de no haber tenido nada de eso, no era estúpida y sabía a lo que se refería *lady* Susan.

—No, nunca me han querido de esa manera.

—Y usted, ¿ha amado así?

—Creí que eso solo estaba reservado para las fulanas.

—Todas somos iguales en la cama, santas o no. Tenemos el derecho de amar y sentirnos amadas con el cuerpo y el espíritu.

—Ya es demasiado tarde para mí. —Pero en su mente apareció la imagen de Alexander tan nítida que hasta se asustó.

—Podrías volverte a casar —habló con cuidado Rose Mary.

Kat se encogió de hombros y se excusó para poder volver a su casa. Tenía mucho que pensar. Sobre todo en ese beso apasionado que nunca le habían dado por haberse casado con su mejor amigo, en lugar de con alguien que la deseara con lujuria, como lo hace un verdadero amante. Se echó a reír mientras corría por el campo rumbo a su hogar. Ya pensaba igual que las damas del club. Qué sacrilegio solo imaginar que ella pudiera tener un amante. Y otra vez el recuerdo de *lord* Pembroke la sorprendió.

Capítulo 19

Lord Pembroke caminaba con paso firme por el sendero que conducía al claro del bosque, el lugar que él y Kat habían convertido en su refugio secreto. Los árboles susurraban a su alrededor; la brisa mecía sus hojas, pero él apenas percibía el sonido. Se hallaba absorto en un solo pensamiento: debía pedirle perdón. En la última fiesta en casa de los señores Crown se había dejado llevar por un arrebato y bailó sin consideración con todas las damas jóvenes en disposición de contraer matrimonio solo con la intención de ponerla celosa. Una manera como otra cualquiera de humillación, y no se sentía bien con ese comportamiento infantil.

El claro apareció ante sus ojos y su corazón se aceleró al divisar una silueta femenina de pie junto a un viejo roble. Kat estaba allí, como cada jueves que su madrastra tenía visita, pero no traía consigo a su hermana, lo que le hizo fruncir el ceño. No era habitual que ella viniera sola. ¿Acaso significaba eso que algo iba mal? ¿Le habría contado a Felicity lo sucedido y ahora lo odiaba?

Él se acercó despacio. Su voz resonó en su mente mientras ensayaba las palabras que se había repetido desde la fiesta: «Lo siento, debí reservarte a ti todos los bailes. Permíteme corregir mi error». Cuando llegó a ella, al verla de cerca, su seguridad se tambaleó.

Kat parecía tranquila, sin embargo, había algo en su mirada que él no lograba descifrar. Estaba más pálida de lo habitual y sus labios se movían, como si quisiera decirle algo, pero no se atreviera. Alexander se detuvo a unos pasos, buscó en su rostro alguna pista de lo que le rondaba por la cabeza.

—Kat… —comenzó, con la voz ronca—. Quiero pedirte perdón por la otra noche. No debí haberte dejado sola e ir tras todas esas damas como un libertino sin cabeza.

Ella lo miró sin decir nada y, por un momento, Alexander pensó que lo rechazaría, que su silencio era una muestra de su enfado.

Entonces, Kat alzó la mano, como si quisiera detenerle antes de que continuara.

—Alexander —dijo con su voz suave, aunque firme—, no he venido para escuchar tus disculpas. No fue tu culpa. Yo te lo sugerí, y, además, hay algo que debo confesar.

Él sintió cómo su corazón se detenía un instante. ¿Qué podía ser tan importante? Se tensó y esperó lo peor.

Kat dio un paso hacia él y, cuando lo hizo, sus ojos brillaban con una vulnerabilidad que le resultaba imposible ignorar. Sus labios se entreabrieron, aunque las palabras parecían resistirse a salir.

—No sé cómo decir esto —susurró ella. Su mirada se desvió hacia los árboles como si buscara una vía de escape—. He pensado mucho en ti.

Alexander sintió que el aire abandonaba sus pulmones. No esperaba aquello. En absoluto.

—¿En mí? —logró articular. El desconcierto tintó sus palabras—. No entiendo. ¿Qué quieres decir?

Ella lo miró de nuevo y, en ese instante, el tiempo pareció detenerse entre ellos. No había más sonidos que el de sus respiraciones entrecortadas ni más espacio que el que sus cuerpos compartían bajo la sombra de los árboles.

—Lo que quiero decir… lo que necesito —Kat tragó saliva; parecía luchar por mantener la compostura— es saber si puedo confiar en ti. Si ves algo en mí más allá de lo que ven los demás, como mencionaste.

Alexander se quedó paralizado. En su interior surgió un torrente de sentimientos que apenas logró contener. Sí, él veía más allá de las etiquetas de «viuda» o «solterona». Antes de que pudiera hablar, Kat continuó:

—Me he dado cuenta de que durante mucho tiempo he dejado que otros decidan quién soy y qué merezco. Ya no anhelo eso, Alexander. No deseo que me mires con lástima ni que te sientas responsable de mí. Solo quiero saber si alguna vez te has preguntado quién soy en verdad, y no una conquista más para tachar de tu lista.

Aquella cuestión lo atravesó como una flecha. ¿Quién era Kat? Desde su primer encuentro, él había sentido más que simple atracción, una conexión profunda, y no le daba miedo admitirlo. Aunque sí había una parte de él que se sentía incómodo porque sabía que si empezaban algún tipo de relación no podría prosperar debido a sus respectivas situaciones. En aquel momento se le pasó por la cabeza mantenerla como una querida, al igual que muchos de sus amigos tenían, pese a estar casados. Desechó la idea al instante. Quiso ser sincero y no darle esperanzas.

—Kat yo… —empezó a decir, pero su voz se quebró.

Ella alzó la mano y, con delicadeza, la posó sobre su brazo. Ese simple gesto le hizo experimentar una cercanía que no había tenido con ninguna otra mujer. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió incapaz de actuar como el hombre seguro que todos esperaban de él. Lo que ella le confesaba era más poderoso de lo que cualquier disculpa pudiera borrar. A la vez, una llama se encendía en su interior, una que había ignorado durante mucho tiempo.

—Te prometo que lo que veo en ti es único.

Ella lo miró y en sus ojos, por un instante, Alexander creyó ver una chispa de esperanza.

—Definido este punto —Kat se aclaró la garganta—, y si para demostrarlo debes besarme, no me molestaré.

El aire entre ellos se cargó de electricidad, como si el bosque mismo contuviera el aliento, a la espera de lo que estaba por suceder. Ella retiró la mano de su brazo, pero no se alejó. Su mirada decidida lo cautivaba, y lo que dijo a continuación dejó a Alexander todavía más desconcertado.

—¿No lo entiendes, Alex? Jamás me han besado de verdad y espero que tú lo hagas. Ese es mi deseo.

Él frunció el ceño, seguro de haberla escuchado mal. ¿Cómo podía ser posible? Las historias de su matrimonio con aquel hombre enfermo siempre habían sido motivo de especulación entre las invitadas de su madre, a las que les gustaba despellejar a cualquiera. No se había detenido a imaginar lo que había pasado tras las puertas cerradas de la alcoba. Ahora, ante él, la realidad de

su vida se revelaba con una crudeza que lo golpeaba en lo más profundo.

—¿Nunca? —preguntó, atónito.

Kat bajó la mirada. Era evidente que la conversación la incomodaba y, aun así, había reunido el coraje suficiente para decirlo.

—Me casé con un buen hombre. Fue mi mejor amigo y estaba muy enfermo. Me protegió como pudo, pero nuestro matrimonio nunca fue como otros. No me he dado cuenta hasta hace muy poco. —Hizo una pausa para respirar hondo antes de continuar—. Nunca tuvimos esa clase de intimidad. Él me cuidaba, me daba besos en la frente, en la mejilla… no fue un esposo de la forma en que otras mujeres tienen maridos.

Alexander asimiló cada palabra. Su mente volaba. Trató de comprender cómo era posible que una mujer tan apasionada y fuerte como ella nunca hubiera experimentado algo tan fundamental. Y entonces Kat alzó la vista hacia él para desarmarlo por completo. La profundidad de su mirada se introdujo bajo su dura piel hasta hacerlo trizas.

—No sé por qué te estoy diciendo esto. Cuando las damas del club hablaron del matrimonio y los besos… me di cuenta de que no sé lo que significa, no de la manera en que ellas lo describen.

Alexander notó que se le aceleraba el corazón. Jamás había imaginado que tendría una conversación como aquella, y mucho menos en ese lugar, en ese momento. Y sin embargo, todo lo que había sentido por Kat durante semanas, el afecto, la atracción y la necesidad de protegerla, estalló en su interior y se mezcló con una nueva sensación: la de querer mostrarle algo que no había sentido jamás.

—No tienes que rogarme que lo haga —dijo él con voz grave y profunda mientras daba un paso hacia ella.

Kat lo miró y la tensión en su rostro pareció disiparse solo un poco. Él aún vio la incertidumbre en sus ojos.

—No quiero que te sientas obligado —musitó ella, tímida.

Antes de que terminara, él la interrumpió.

—No es una obligación. Jamás lo sería. No te haría eso. —Respiró hondo, acercándose aún más, de modo que casi podía sentir su aliento—. Si deseas entender lo que es un beso de verdad, entonces déjame mostrártelo.

Los ojos de Kat se agrandaron asustada, aunque no retrocedió. Alexander esperó, le dio tiempo para retirarse. Sabía que debía ir despacio, que ella estaba en terreno desconocido. En lugar de apartarse, asintió, apenas un leve movimiento de su cabeza, lo suficiente para que él lo entendiera.

Con suavidad, Alexander alzó una mano y la deslizó por la mejilla de Kat. Su pulgar rozó la línea de su mandíbula. Su piel era suave bajo sus dedos. Ella cerró los ojos al contacto y él sonrió ante la reacción tan natural que mostraba.

Acercó su rostro, con el control que fue capaz de reunir, hasta que su boca quedó a milímetros de la suya. Percibió su respiración acelerada, el latido de su propio corazón resonando en sus oídos. Y entonces, al fin, eliminó la distancia.

Los labios de Alexander rozaron los de Kat con una ternura infinita, apenas un contacto al principio. Luego, apreció que el cuerpo de ella se relajaba. Profundizó en el beso. No había prisa, solo el anhelo de mostrarle lo que era sentir el calor de otra persona, la conexión que había en un simple acto de fe.

Al separarse, ambos parecían haber olvidado el mundo que los rodeaba. Los árboles, el viento, el bosque entero se había desvanecido. Kat abrió los ojos y, cuando sus miradas se encontraron, Alexander vio algo nuevo en ella, algo que no había estado allí antes.

—Así es como se besa —susurró él con una leve sonrisa en los labios—. No sé si será como te lo habías imaginado.

Kat le devolvió la sonrisa. Un gesto pequeño, cargado de significado.

—Es más de lo que jamás habría soñado.

Capítulo 20

La tarde transcurría demasiado lenta. *Lady* Asbourne se encontraba sentada en la sala de estar, rodeada de los objetos que reflejaban su vida organizada al milímetro. Bordaba un delicado pañuelo de lino con hilos dorados, una tarea que le permitía mantener las manos ocupadas mientras intentaba no prestar atención a los gritos y las risas provenientes del jardín, donde su hija Felicity disfrutaba del juego junto a Katherine. Su hijastra era una inútil en muchos aspectos, sin embargo, reconocía que tenía buena mano como niñera.

No era día de visitas y Agnes apreciaba aquellos momentos de soledad, aunque su mente bullía de maldiciones contra el club de damas, esa subversiva organización que tantas mujeres aplaudían y que ella aborrecía, sobre todo porque había sido rechazada.

Por mucho que había intentado urdir una estrategia convincente que fuera en contra de aquellas mujeres, no había encontrado todavía la llave que abriera la caja de Pandora. Tampoco estaba muy convencida con su plan inicial de injuriar a Kat con una carta, no porque le asaltaran remordimientos, sino porque veía algunos flecos en él. ¿Dónde colocar la carta para que nadie la señalara como la artífice de los rumores? ¿Quién podría ser la mano inocente que la encontrara y distribuyera el rumor? ¿Y cómo ello podría contribuir a destruir el club y a *lady* Susan?

De repente, el sonido de la puerta principal al abrirse interrumpió el transcurso de sus pensamientos. Frunció el ceño y levantó la vista.

—Señora, ha llegado una visita inesperada. Es *lady* Margaret Percy, junto con el reverendo Foster y su esposa.

El corazón de *lady* Asbourne dio un pequeño vuelco de irritación, aunque se enderezó con rapidez. *Lady* Percy era una devota en su cruzada contra el club de damas y habían hecho buenas migas desde la velada musical en casa de los Brenton. No

era una visita indeseada. La presencia del párroco sugería que tal vez su amiga le traía más aliados a su causa.

—Hazlos pasar —respondió. Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios. Esto prometía ser interesante.

Pocos minutos después, *lady* Percy apareció en la sala, con su mirada fría y su porte altivo, seguida de cerca por el reverendo Foster, un hombre bajo y regordete, con una expresión de preocupación constante en el rostro, y su esposa, una mujer menuda y con un rictus severo, como si juzgara cada nimiedad de antemano.

—*Lady* Asbourne —saludó *lady* Percy con un leve gesto de la cabeza—. Espero que no le hayamos interrumpido en un momento inconveniente, pero hay una cuestión que debemos tratar de manera urgente.

Agnes dejó el bordado a un lado y se levantó con la gracia que le caracterizaba. Saludó a sus invitados con una modesta reverencia.

—Nunca es inconveniente para usted, *lady* Percy. Señor Foster, señora Foster, un placer como siempre. Debo confesar mi curiosidad. ¿Qué les trae por aquí?

Lady Percy se sentó en el sofá con un gesto elegante mientras el párroco y su esposa se acomodaban con nerviosismo. Agnes percibió que algo pesaba sobre los hombros del hombre; se notaba en la rigidez de su postura y en cómo se limpiaba las manos con un pañuelo de manera constante.

—No podía esperar para compartir lo último que he oído —dijo *lady* Percy, inclinándose hacia adelante como si confesara un secreto. Sus labios se curvaron en un gesto de desdén—. Parece que ese maldito club de damas se ha vuelto aún más insolente. Están planeando algo peligroso, me temo.

Agnes frunció los labios. Su irritación se acrecentó. Ese club, con sus absurdas ideas de independencia femenina, era una espina en su costado y cada día que pasaba sentía que su influencia crecía más y más. Las damas del pueblo necesitaban orden, estructura, y una guía moral que el club parecía desafiar a cada paso.

El reverendo Foster se aclaró la garganta.

—*Lady* Asbourne, venimos hoy para discutir precisamente ese tema. He escuchado rumores sobre el club y sus actividades. Están intentando organizar a las viudas para que sean independientes y trabajen en sus propios negocios.

La esposa del reverendo bajó la vista, como si las palabras de su marido fueran demasiado atrevidas para sus oídos. Su actitud sumisa le recordaba lo que una esposa debía ser, obediente y contenida, a diferencia de las ideas insurrectas que circulaban en la detestable mansión de *lady* Susan.

—¡Es inaceptable! —Agnes se inclinó hacia sus invitados—. Necesitamos tomar medidas para detener esto. El club de damas promueve una insubordinación que llevará a nuestras mujeres a perder el respeto por las tradiciones que nos han mantenido unidas.

Lady Percy asintió con vehemencia y el párroco continuó con su discurso, reforzado por las mujeres de la sala.

—He oído que las reuniones se hacen ahora en casa de *lady* Susan. Esa mujer siempre ha sido una influencia nefasta para las damas jóvenes, como su antecesora, *lady* Bessborough. Creí que me había librado de ella y su club el año pasado, pero han vuelto a las andadas. Debemos hacer algo más que solo hablar de ello. Necesitamos actuar cuanto antes, *lady* Asbourne.

La mujer del reverendo lo tomó del brazo para apoyar su discurso mientras este seguía retorciendo el pañuelo entre sus manos.

—No puedo, por supuesto, tomar medidas formales aún —continuó el señor Foster con voz entrecortada—. Si la congregación y las familias más influyentes de Woolriver muestran su desaprobación, podría ayudar a debilitar el club.

Agnes dejó escapar un suspiro calculado y evaluó la situación. La oportunidad de eliminar esa amenaza a la moralidad femenina del pueblo era tentadora. Si jugaba bien sus cartas, no solo debilitaría al club de damas, sino que también fortalecería su posición en la sociedad local. Y para ello necesitaba aliados.

—Entonces, propongo que organicemos una reunión en mi casa. Invitaremos a las familias más respetables para discutir este tema. *Lady* Percy, reverendo Foster, confío en que estarán de acuerdo en

que debemos unir nuestras fuerzas para restaurar el orden en nuestro querido pueblo —propuso Agnes con una sonrisa astuta.

Lady Percy se levantó entusiasmada y aplaudió la decisión. El reverendo, aunque nervioso, hizo lo mismo y mostró su conformidad. *Lady* Asbourne tomó la campana y llamó a la señora Bryan para que trajera té, licor y pastas y así celebrar el acuerdo. Las risas y los juegos del exterior ya no le importaban.

—Hay una cosa más —le susurró *lady* Percy al oído—. Se ha visto a su hijastra, *lady* Katherine, de visita en casa de los Hall. No me atrevería a decir que pertenece al club, pero, si así fuera, sería de gran ayuda tenerla como espía. Seguro que ha sido embaucada.

El reverendo, que estaba atento a cualquier murmullo, asintió mientras miraba por la ventana.

—Por lo que mis informantes me han dicho, ella siempre fue una devota esposa con su marido hasta que murió. Sería de gran ayuda tenerla de nuestro lado.

Agnes apretó los puños, indignada. Respiró varias veces antes de pronunciar cualquier palabra, porque, si lo hiciera, solo saldrían insultos de su boca hacia esa malvada muchacha, la hija de su esposo, que en paz descansase, que desde que enviudó no trajo más que desgracias. Era imposible mostrarles a esa gente cómo era en realidad Katherine, dado que, a sus ojos, quedaría como una mala persona si tan solo lo dijese y no lo probase. Pero ¿cómo?

—¿La que juega en el columpio es su hija pequeña? —preguntó la señora Foster ensimismada. Igual que su marido, miraba hacia el jardín mientras sostenía su vaso de licor en una mano y una tartaleta en la otra.

—Felicity —contestó a regañadientes Agnes.

—Se parece mucho a *lady* Katherine. Están muy unidas, ¿no es así? Parecen madre e hija. —La señora Foster se rio de su propia ocurrencia.

Lady Asbourne iba a contestar malhumorada que Felicity era mucho más guapa que su hermanastra. Acostumbraba a salir del paso de esta manera en Londres siempre que alguien las comparaba. Pero esta vez algo la detuvo. La ira, la aversión o puede que el demonio se aposentara en su garganta y la obligó a

pronunciar unas palabras que *a priori* parecieron la venganza perfecta.

—¡Por favor! No lo diga en voz alta. Mi marido, que en paz descanse, me obligó a guardar el secreto. Si se descubre, se revolverá en su tumba.

El reverendo se atragantó con el licor, la señora Foster escupió su bocado y *lady* Percy se relamió los labios.

Agnes ocultó su sonrisa tras la taza de té. Si ese rumor se corriese por el pueblo, no solo acabaría con la reputación de su hijastra, sino con el club de damas por tener entre sus miembros una persona tan infame.

—Felicity tiene nueve años… —sentenció *lady* Percy, divertida.

—Así es —confirmó *lady* Asbourne.

—Y *lady* Katherine se casó y enviudó muy rápido. ¿Cuánto hará? ¿Unos dos años?

Lady Asbourne les dio la espalda fingiendo un sollozo.

—¡Por favor, no sigan con esta conversación! Le juré a mi marido… Yo solo quise ser una buena esposa… una buena samaritana.

—Por supuesto —habló en voz baja el reverendo—. Usted solo dio refugio a unas pobres criaturas descarriadas. Tenga en cuenta que, si esto se sabe, no podremos celebrar la reunión en su casa.

Lady Asbourne paró de gimotear. Eso no lo había tenido en cuenta.

—¿Por qué debería de saberlo alguien más?

—Si yo me he dado cuenta, otros también lo harán —sentenció la señora Foster como si tuviera una mente prodigiosa.

Agnes se dio por vencida y aceptó esa medio derrota. Por otro lado, no se arrepintió. Si todo salía bien, los rumores se extenderían y nunca nadie podría decir que habían salido de su boca. Mucho más ingenioso que la carta. Así no habría pruebas que pudieran señalarla por la falsedad de la letra, el sello familiar u otras tonterías que el juez de paz podría tomar en consideración si llegaba a oídos de las autoridades. La dote de Beatrice estaba en juego.

Capítulo 21

Una nueva reunión había empezado y la atmósfera en la gran sala de la mansión de *lady* Susan se sentía cargada de emoción. Intercambiaron información sobre cómo estaban yendo los diferentes proyectos que habían puesto en marcha y Kat se encontraba satisfecha porque su propuesta de ayudar a las viudas de la región estaba dando sus frutos. No entendió muy bien al principio que *lady* Susan le prohibiera contar con el apoyo de la iglesia hasta que unos pocos días atrás tuvo una visita del reverendo Foster en el local que una samaritana les cedió para sus emprendimientos de costura, cocina y limpieza. El párroco solicitó al principio de buenas maneras que le pusiera al tanto y Kat, impresionada, quiso informarle de todos los avances. Le expuso el ejemplo de la viuda de uno de los granjeros, muerto en un accidente con un carro, que quedó desamparada y con cinco criaturas y que gracias a la misión que lideraba consiguió salir a flote al comerciar con la leche de las vacas que tenían en propiedad. Y, además, al recibir clases de matemáticas pudo aplicarlas y multiplicó sus ganancias mucho más que en vida de su esposo. El párroco puso los ojos en blanco y la tachó de confiarse a Satanás.

—Más vale que a mi vuelta esa pobre oveja descarriada se haya casado y un hombre la dirija hacia el bien.

—¿Acaso la leche es propiedad del diablo? —preguntó incrédula Kat.

El reverendo, escandalizado por aquella respuesta, realizó la señal de la cruz con los dedos.

—Nunca hubiera pensado eso de usted, *lady* Katherine. Ya se sabe que en el sendero de los más afligidos no hay lugar para las mujeres caídas. *Lady* Asbourne ha tenido mucha paciencia y, si ella no se ha atrevido a darle una lección, lo haré yo.

Katherine solo suspiró ante ese hiriente comentario y creyó que su madrastra una vez más había enredado al párroco. Aun así, se sintió segura de sí misma al tener el apoyo de las mujeres del club.

Esa tarde, durante la reunión, una pequeña porción de ese sentimiento de inferioridad, que tanto le había perseguido desde que la sombra de su madrastra entró a formar parte de su cotidianidad, se esfumó y en su lugar apareció una luz que irradiaba calor a su maltrecho corazón.

Cada una de las integrantes del club presentaron sus respectivos informes sobre las misiones que se habían repartido. *Lady* Susan se puso en pie y tomó la palabra con solemnidad:

—Queridas, creo que es momento de hacer lo que nuestras madres y abuelas hicieron antes que nosotras. Es hora de celebrar nuestra fuerza. El club no sería lo que es sin este momento especial. Cantaremos nuestra canción ancestral, un homenaje a las mujeres que nos precedieron y a las que vendrán —dijo con una chispa de alegría en los ojos.

Lady Susan se levantó de su asiento y caminó hacia el centro de la sala, donde el suelo de mármol brillaba bajo la luz de las velas, que crepitaban. Con un gesto, indicó a las demás que la siguieran. Kat, intrigada, se levantó junto a las otras, sin dejar de observar cómo se colocaban en un círculo alrededor de la anfitriona.

El susurro de los largos vestidos de seda y encaje que se deslizaban hacia el suelo fue lo único que se escuchó durante unos minutos. No podía creer que esas damas inteligentes, educadas y con una reputación intachable, de golpe, se volvieran locas y se despojaran de sus ropas para quedar en paños menores. Nadie la obligó a hacerlo y permaneció quieta, sin dar un paso hacia el centro, invadida por la sorpresa y el pudor.

Lady Susan fue la primera en entonar la canción. Su voz clara y profunda resonó en la sala como un eco de los tiempos pasados. Era una melodía simple, pero cargada de significado, con palabras en un dialecto antiguo que casi ninguna entendía por completo, aunque todas las sentían en el alma. Una a una se unieron con sus voces mezcladas en armonía.

—¡Somos mujeres de tierra!

Alzaron los brazos para entrelazar sus manos y, antes de que el círculo se cerrara, Rose Mary invitó a unirse a Kat, que negó con la cabeza.

—No hace falta que te desnudes, solo siéntelo. —Y la agarró sin más.

Kat avanzó con la garganta seca. Sus pensamientos volaron hacia la cruz que le había dedicado el párroco como si fuese el demonio. Tuvo miedo de seguirles el juego y acabar en el manicomio de Bedlam. Aun así, no escapó.

—¡Somos mujeres de aire!

Las damas brincaron alegres y se desprendieron de las agujas que sujetaban sus peinados. Cabelleras de diferentes tonalidades cayeron en cascadas como un tapiz brillante que la hipnotizó. El pelo rojo y rizado de *lady* Susan la dejó sin aliento. Era una mujer hermosa y quiso parecerse a ella: libre, dueña de sí misma y con esa vida plena que tanto anhelaba. Imitó sus movimientos y también dejó que su melena azabache, que le llegaba por la cintura, la abrazara. Miró a su alrededor con nuevos ojos y se sintió demasiado vestida para la ocasión. Así que, mientras las demás entonaban la siguiente frase, se deshizo de su vestido, aunque mantuvo el corsé y los calzones.

—¡Somos mujeres de agua!

Aullidos de liberación se escaparon de los labios de las integrantes del club, y Kat tembló ante la idea de que invocaran en realidad a Belcebú, como así era nombrado en la Biblia. Lejos de suceder eso, se sintió libre por fin cuando saltó al ritmo de la canción.

—¡Somos mujeres de fuego!

El canto fue entonado en una nota aguda y potente, y pareció que las mismísimas llamas corrieran por sus venas.

—¡Somos hijas, madres, esposas! ¡Soy tú, eres yo! ¡Somos historia, somos futuro! ¡Somos libres de avanzar, no tenemos miedo al andar!

La letra hablaba de las mujeres que habían venido antes, de aquellas que desafiaron las normas, que encontraron en sí mismas la fuerza para resistir y para reclamar su lugar en el mundo. Kat cantó con inseguridad al principio, pero la melodía se le quedó grabada y pronto su voz se unió a la del coro. Bailaron poseídas por el espíritu de las que las precedieron, de las que vendrían a relevarlas, de las

que habían muerto, de las que estaban allí y de las que todavía no habían nacido. Su fuerza era la fuerza de todas. En grupo eran poderosas; unidas eran invencibles.

Se tomaron de las manos y formaron pequeños círculos dentro del gran salón. Los pasos eran sencillos, suaves deslizamientos que las hacían girar en torno al centro de la sala. El movimiento de las calzas blancas se asemejaba a las olas suaves en un mar de pureza.

Kat sintió que su corazón se llenaba de una calidez que no había experimentado antes. Comprendió que lo que celebraban iba más allá de las expectativas de la sociedad, algo más profundo. Bailaban, no solo para conmemorar su pertenencia al club, sino también para honrar su capacidad de enfrentar el mundo y sus retos.

La señora Crown, quien había compartido su historia en anteriores ocasiones de cómo el club había salvado su matrimonio, tomó la mano de Kat y la invitó a girar con ella. Pronto se encontró riendo y participando sin ningún tabú por medio. El ritmo del baile era sólido, como si cada paso estuviera cargado de significado. Era un recordatorio de que, aunque el exterior las viera de una manera, allí, juntas, eran más que esposas o madres: eran mujeres capaces de dirigir sus vidas.

La canción ancestral se repitió varias veces, con las voces alzándose más alto en cada verso. El eco de las palabras rebotaba en las paredes y vibraba en el pecho de Kat. Por un instante, todas las reglas y expectativas que la sociedad le imponía se desvanecieron y lo único que existía era la voluntad de ser ellas mismas.

Cuando la canción terminó y la última nota flotó en el aire, las mujeres se detuvieron. Respiraron para calmar sus emociones y, en silencio, volvieron a vestirse. Volvieron a ser lo que se esperaba de ellas.

Lady Susan se acercó a Kat y colocó una mano en su hombro.

—Querida, confío que esta tarde hayas experimentado una pequeña muestra de lo que significa ser parte de este club. Nos apoyamos unas a otras, celebramos lo que somos y lo que podemos llegar a ser.

Kat asintió, aún con el corazón acelerado y una sonrisa temblorosa en los labios.

—Creo que ahora lo entiendo —dijo con firmeza.

***

Kat regresó a casa. Las emociones de la noche —la canción, el baile, las historias compartidas— la habían envuelto en una calidez desconocida, una sensación de pertenencia que jamás había sentido. Sin embargo, esa sensación se desvaneció al ver la imponente figura de *lady* Asbourne, que esperaba en el vestíbulo con los brazos cruzados y una mirada afilada.

Kat trató de mantener la calma mientras su corazón se aceleraba de nuevo, esta vez por una razón distinta. No podía permitir que su madrastra supiera dónde había estado.

—Kat —dijo esta con una voz suave y demasiado peligrosa—, llegas tarde. ¿Puedo saber dónde te has metido?

El frío en la voz de su madrastra le caló hondo. Tenía que ser rápida y, sobre todo, convincente.

—¿Recuerda que me mandó a por unos chales? Pues bien, la costurera no los tenía en ese momento y tuve que esperar mucho rato a que despachara a otras damas y que luego fuera a buscarlos.

Los ojos de *lady* Asbourne se estrecharon. Su expresión era imperturbable. Siempre tuvo una habilidad desconcertante para detectar cualquier señal de mentira. Kat sintió el peso de esa mirada, como si hurgara en lo más profundo de su ser.

—¿La costurera dices? —repitió con una lentitud exagerada—. Me resulta extraño, porque esta tarde ella misma ha acudido hasta aquí con los chales porque tú no habías ido a por ellos.

Kat sintió como si el suelo se moviera bajo sus pies. Un escalofrío la recorrió. La cabeza le daba vueltas. Debía de ingeniar una respuesta rápida.

—Quizás me expliqué mal. Me cansé de tanto esperar y me fui. Luego di un paseo para calmar mi irritación ante tanta ineptitud y ya sabe cómo soy de despistada, se me fue la noción del tiempo.

Lady Asbourne evaluó sus palabras. Los segundos se sintieron como una eternidad. Kat se mordió la lengua para no hablar más y meter de nuevo la pata.

—Comprendo que esto te pueda pasar, al fin y al cabo, heredaste la mente frágil de tu madre. Dios no lo quiera y acabes como ella, que ni por su propia hija pudo mantenerse cuerda.

Kat apretó la mandíbula para reprimir la tentación de saltar sobre ella y morderla.

—Te sugiero que seas más cuidadosa con tus horarios en el futuro. No es propio de una joven como tú vagar hasta tan tarde. La gente podría empezar a hablar y no queremos rumores, ¿verdad?

—No, madrastra —contestó Kat mientras imaginaba su nariz sangrando y la marca de sus dientes en ella. *Lady* Asbourne solo mencionaba a su madre cuando quería hacerla rabiar y que explotara. No entraría en su juego. No era el momento.

Agnes se acercó más, lo suficiente como para que pudiera oler el delicado perfume a lavanda que siempre llevaba.

—Y en cuanto a las amistades que puedas tener, recuerda lo que se espera de ti en esta casa. No todas las compañías son adecuadas para una joven de tu posición.

Kat abrió los ojos y sintió un nudo en la garganta. ¿Lo sabía o solo sospechaba? Se obligó a mantener la compostura.

—Ve a descansar, Kat —ordenó al fin su madrastra—. Mañana será otro día largo y querrás estar fresca para la próxima fiesta que se avecina. Estoy segura de que te va a sorprender.

Kat inclinó la cabeza, obediente, y se retiró en silencio. Subió las escaleras sin atreverse a mirar atrás. Sabía que *lady* Asbourne la observaba mientras se alejaba; siempre buscaba una fisura en su comportamiento y por ese motivo intentaba mantenerse bajo control.

Cuando llegó a su habitación y cerró la puerta, dejó escapar el aire que había contenido. Se sentó en el borde de la cama con la respiración agitada. Esto era peligroso. Tendría que ser más cautelosa la próxima vez.

Incluso con el miedo todavía presente, recordó las palabras de la canción que había bailado hacía apenas una hora y una chispa de

emoción le recorrió el cuerpo. El club seguía siendo su secreto, su pequeño refugio. Y por más que *lady* Asbourne intentara controlarla, Kat era consciente que algo dentro de ella brillaba con intensidad y jamás podrían apagar: su anhelo por la libertad, su deseo de ser más que la obediente hija que siempre esperaban que fuera. No se dejaría atrapar entre sus redes. No esta vez.

Capítulo 22

El crepitar del fuego en la chimenea no lograba disipar el aire pesado de la habitación. Alexander, sentado en su escritorio, revisaba los papeles que su padre le había dejado sobre los gastos en la finca después de mucho insistir y se encontró con un panorama desolador. Al cabo de un rato de intentar cuadrar las cuentas sin éxito, divagó cansado e irritado porque sus padres no pudieran tener un control de sus finanzas. Le habían tachado de irresponsable por su vida de libertino en Londres y, sin embargo, ellos habían pulverizado parte de su fortuna. Una gran mansión como la de los Grenville, más sus cincuenta sirvientes, era cara de mantener. Y no ayudaba que los duques hubieran perdonado parte de las deudas a los granjeros inquilinos de sus tierras. Si seguían así acabarían en quiebra. Y lo más preocupante de aquello era que su madre se empeñaba en vivir ignorando la realidad. Hasta había contratado más personal para la gran fiesta de final de temporada que se celebraría en su casa. Los sirvientes iban y venían, colgaban guirnaldas y preparaban las mesas mientras las órdenes de la duquesa resonaban en los pasillos como un recordatorio constante de lo que estaba por venir.

«Tendrás que elegir, Alexander». Esas habían sido las palabras de su madre esa misma mañana. «Ya es tiempo de que asumas tu responsabilidad y te decidas por una esposa. Las jóvenes de Woolriver estarán todas aquí y esperarán tu decisión. No puedes seguir retrasándolo».

Responsabilidad. Decisión. Los vocablos retumbaban en su mente como martillazos. No era que no comprendiera la necesidad del matrimonio, de asegurar el futuro de la familia y la finca. Sabía que la elección de una esposa era inevitable, pero la frialdad con la que se había organizado, como si fuera un simple trámite, lo irritaba. Su hermano tuvo la suerte de enamorarse de una rica heredera. Luego se maldijo por aquel pensamiento intruso. Edmund tuvo el amor incondicional que anhelaba, aunque no suerte.

Sus padres no entendían nada sobre el cariño. Su convivencia se había basado en soportarse el uno al otro, aunque ahora, de mayores, no parecía tan insufrible. ¿Querían lo mismo para él? Nunca entendieron que un compromiso por conveniencia no estaba hecho para su carácter. Alexander necesitaba pasión, arder de deseo por su esposa, y ellos lo veían solo como un deber.

Desde que probó los dulces labios de Kat, no había sido capaz de apartar sus pensamientos de ella. Ese beso había sido diferente. Real, auténtico. Como si por un breve instante hubiese encontrado lo que siempre había buscado sin saberlo.

Sin embargo, Kat no acudió más al bosque desde ese día. ¿Por qué?, se preguntaba una y otra vez. Todo parecía estar bien entre ellos, más que bien. La había visto sonreír, existió una conexión. Esa chispa no se podía ignorar.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Mi señor, su madre desea que baje para ver los arreglos del salón de baile —anunció uno de los criados tras pedir permiso para entrar.

Alexander soltó un suspiro exasperado y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—Dígale que lo haré en cuanto acabe de organizar estos papeles.

El lacayo asintió y se retiró con rapidez. Alex se pasó una mano por el cabello. Seguro que sacaría una vez más el tema de la urgencia de una boda. Una esposa entre las jóvenes de Woolriver. ¿Cómo iba a elegir a alguna de esas damas adineradas cuando sus pensamientos y su corazón estaba con Kat?

Se levantó de la silla con un gesto impaciente y caminó hacia la ventana. Desde allí pudo observar las carpas blancas del jardín, donde se realizaría un sencillo ágape antes del baile. Las mesas ya estaban cubiertas con manteles y flores frescas que adornaban cada rincón. Perfecto, como siempre lo organizaba su madre. No obstante, para él, solo era un recordatorio de que las manecillas del tiempo avanzaban hacia un destino inevitable.

El problema era que no tenía elección. Sus padres no aceptarían excusas. Ya no. Y él no sería capaz de dejarles en la estacada. No

después de que hiciera apenas un año de la muerte de su hermano mayor, de su esposa y del nieto que llevaba en su vientre.

—Alexander —la voz de su madre resonó desde el pasillo antes de que ella entrara al estudio sin esperar respuesta—, debes bajar. Los invitados llegarán en unos días y quiero que esté sublime. Sabes lo importante que es esta fiesta, ¿verdad?

—Claro que lo sé —respondió él con un tono apenas contenido —. Aunque no me pidas que esté entusiasmado por elegir a una mujer como si fuera un caballo de feria.

La duquesa de Grenville arrugó el entrecejo.

—No lo haces solo por ti. Lo haces por la familia, por nuestra posición, por tu futuro. Y cualquier joven estaría encantada de convertirse en la señora de esta casa. ¿Es mucho pedir que te tomes esto en serio?

¿Cómo explicarle que en eso había estado reflexionando? Es más, desde que se besó con Kat, no se podía quitar de la cabeza su posición y su futuro.

Si su madre se llegase a enterar de que se veía con una joven como Kat, una viuda sin recursos, a la que obligaban a ejercer como sirvienta, lo consideraría un insulto y un obstáculo para sus planes.

—Lo tomo en serio, madre, aunque no me pida que lo disfrute —dijo con un tono sombrío.

La duquesa suspiró, como si toda la paciencia del mundo se le agotara en ese momento.

—Alexander, sé que tienes tus inclinaciones románticas, pero eso es para los poetas, no para hombres de tu posición. El matrimonio es una alianza, no un juego sensiblero. Ya es hora de que te des cuenta de ello. Solo debes cambiar una hermana por la otra.

Alexander se sorprendió tanto que tuvo que apoyarse en el alféizar de la ventana.

—¿De verdad me está pidiendo que cambie mis sentimientos como quien cambia de camisa?

—O de hermana… Tu padre así lo hizo. Se dio cuenta de que mi dote era mucho más abundante que la de las otras candidatas.

—¿Y qué hay de la compatibilidad? Acepto que el amor puede llegar con la convivencia, sin embargo, antes debería de existir una cierta tolerancia tanto física como en el temperamento.

—¿Acaso te disgusta el aspecto de *lady* Beatrice?

—La aborrezco, madre. ¿Y no sé por qué tanto empeño en ella? ¿Qué tiene de diferente de *lady* Katherine? Ella es la hija mayor del conde de Asbourne.

—Viuda y sin dote. En cambio, su hermana heredará una gran fortuna el día que se case. Siempre fue la preferida del conde y así está estipulado en su testamento.

—¿Eso lo sabe a ciencia cierta o es un rumor de los muchos que corren por el pueblo?

La duquesa se llevó una mano al corazón.

—Nunca he sido de las que escuchan en los corrillos. Tu padre ha investigado y parece que *lady* Asbourne huyó de Londres alejándose de los cazafortunas. Woolriver se presentó un remanso de paz y, por suerte, encontró en nosotros una familia respetable con la que quiere emparentar.

—¿A cambio de qué, madre? No me creo tantas buenas intenciones.

—Por supuesto no vamos a dejar que la familia de tu esposa se quede en aquella casa tan pequeña donde cohabitan unos encima de otros. En esta mansión hay espacio suficiente para ellas, excepto para la viuda, claro. Dicen que se ha unido a ese club indecente de damas. Pues que sean ellas quienes la mantengan.

Alexander quería discutir, gritar que aquella boda de conveniencia que le imponían le hundiría. No soportaba la idea de pasar el resto de su vida con una mujer que no significara nada para él.

—¿Por qué odia tanto a *lady* Katherine, madre? —Sin darse cuenta de sus labios salió un quejido.

—Porque es una mujer caída en desgracia que te ha nublado el juicio. Aunque te darás cuenta en breve, más de lo que crees. Voy a ver cómo se encuentra tu padre. Se ha encerrado en el despacho con una botella de licor y eso nunca es bueno.

No entendió las palabras de su madre. ¿Qué sabía de Kat para tenerla en tan baja estima? No valía la pena enfrentarse a ella en ese momento. Y menos cuando su padre parecía ausente; los problemas de liquidez no le permitían ver más allá y lo enterraba a base de alcohol. No debería de haberse ido a Londres y dejado solos a sus padres cuando Edmund falleció. Fue la única forma que encontró para sobrellevar el dolor. Uno que no había desaparecido por completo, que siempre rondaba por aquella casa donde había jugado con su hermano. Juntos se deslizaban por la barandilla de la gran escalera principal y se escondían en los rincones del jardín para evitar ser descubiertos tras una de sus trastadas. Al cerrar los ojos, revivió el eco de las risas de esos días y de nuevo lo atenazó el vacío cargado de añoranza.

Capítulo 23

La conversación con su madre le transmitió una sensación extraña. No comprendía por qué solo una de las hijas del conde de Asbourne iba a heredar una fortuna y por qué dejaría a las otras dos sin nada. A no ser que considerase que la situación de una viuda no requería de tanta manutención como la de una hija casadera.

Necesitaba desahogarse y enseguida pensó en su reciente y estimado amigo Henry Hall. Sin hacer caso a lo que su madre le había pedido, montó su caballo y se alejó de los preparativos con un suspiro de alivio. Necesitaba consejo, alguien que captase las complejidades del asunto, tanto su posición como su deseo de libertad.

Cuando llegó a la mansión de los Hall, fue recibido con la acostumbrada amabilidad. Henry, con un aire relajado que lo diferenciaba de la rigidez de la nobleza, lo saludó con una sonrisa. Alexander no perdió tiempo y, tras los intercambios de cortesía, entraron en el estudio privado de su amigo.

—Alex, ¿qué ocurre? —preguntó Henry al tiempo que servía dos copas de brandi—. No pareces estar pasando un buen momento.

Alexander suspiró y se sentó frente a la chimenea. Observó el crepitar de las llamas por un instante antes de hablar.

—Debo confesar que he conocido a alguien que me ha robado el corazón —empezó con tono vacilante.

—¡Felicidades! Pero ¿por qué esa cara? ¿Acaso ella no te corresponde?

—Creo que sí, no estoy seguro. El problema es que no soy libre de ahondar en esa situación. Es complicado, Henry, necesito tu consejo. —Alexander se pasó las manos por el cabello, alterado.

—Cuéntame, soy todo oídos. ¿Qué sucede? ¿Te has enamorado de una casada? Es lo único que se me viene a la mente para que un joven de tu posición no pueda estar con la mujer que desee. La mayoría de las jóvenes de la región sueñan con cazar al marqués de Pembroke y futuro duque de Grenville.

—Se trata de *lady* Katherine, la hija del fallecido conde Asbourne.

—Una viuda, ya veo. No sería una elección que te recomendaría, aunque, por tu aspecto desvalido, supongo que ya no hay vuelta atrás, ¿no es así?

Alexander asintió sin creer que por fin admitía lo que sentía de verdad por Kat delante de otra persona.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Henry, dubitativo.

—Mis padres. Ellos jamás aceptarán la unión. Kat… Katherine no tiene fortuna. No es lo que buscan para asegurar la estabilidad de la familia. Quieren que elija entre las jóvenes que vendrán a la fiesta y, en concreto, que me decante por su hermana, *lady* Beatrice. Según ellos, va a ser la única que herede una dote al casarse.

Henry, siempre pragmático, lo observó en silencio, meditando sus palabras antes de responder.

—Eso es curioso —dijo al fin— porque, si no me equivoco, el conde destacó por ser un inversor excepcional. Rara vez se veía a alguien de su estatus alcanzar tanto éxito en los negocios. Cuando lo conocí, tuve la sensación que no se conformaba con aceptar su suerte; la buscaba, ¿me entiendes? No llegamos a ser amigos, pero sí que hablé con él en múltiples ocasiones durante mis viajes a la capital y tomamos varias pintas juntos. Amaba a sus hijas y nunca dejaría desvalida a ninguna de ellas. Es más, siempre me hablaba de lo preocupado que estaba de su Kat. Me lo has recordado ahora al pronunciar su apodo con tanto cariño. Creo que aquí hay gato encerrado. Quizás deberíamos investigar un poco más sobre lo que sucedió tras su muerte.

Alexander lo miró, sorprendido. No había considerado esa posibilidad.

—¿Crees que podría haber algún problema con el testamento del que no se haya hablado? Quizás se trata de falta de fortuna y solo haya suficiente para una dote, así que el conde pensó en dársela a quien más posibilidades tenía de casarse.

Henry asintió y tomó un sorbo de su brandi.

—Es posible. Déjame preguntar a algunas personas, averiguar si alguien sabe qué ocurrió. Tal vez se trate de una cuestión de mala

administración o alguna traba legal. Si es eso, podremos resolverlo.

Alexander sintió un pequeño alivio al escucharlo. Si lo que Henry decía era cierto, quizás existía una esperanza para él y Kat. Estaba convencido de que su madre le daría una oportunidad a la hija mayor del conde si su suerte cambiaba.

—Gracias. No sé lo que haría sin ti.

—No hay de qué, amigo. Además, siempre he creído que los matrimonios deberían basarse en algo más que las finanzas. Míranos a Susan y a mí. Encontramos un equilibrio entre nuestras responsabilidades y nuestros deseos. Tú también deberías hacerlo, Alex. No puedes vivir siempre bajo las expectativas de los duques.

Henry se inclinó hacia adelante con una mirada más seria.

—Yo dispongo de ahorros suficientes para mantenerme a mí mismo, pero no para sufragar los gastos de las propiedades de los Grenville. Se me ha pasado por la cabeza declararme a Kat y huir los dos fuera de la influencia de mis progenitores… si ella me aceptase. Sin embargo, no creo que pudiera vivir con ello y dejar a mis padres en la estacada.

—Entonces, hablemos de tu situación financiera. ¿Sabes que la clave para la libertad es la independencia económica? He expandido mis negocios y siempre busco nuevas oportunidades. Si decides ampliar tu inversión conmigo, podrías crear tu propio patrimonio, algo que no dependa de la fortuna de tu futura esposa.

Alexander lo miró, pensativo. La idea era atractiva, no obstante, también lo llenaba de dudas. Siempre había creído que se le daba bien acertar sobre las empresas que triunfarían en un futuro. Invertir un pequeño capital en ellas le había dado unas ganancias inesperadas, sin embargo, era más bien una afición. Un *lord* nunca debería inmiscuirse en cuestiones tan deplorables como las especulaciones. Echó un rápido vistazo a la sala privada de Henry, decorada con exquisito gusto y con los mejores materiales. Llevaba un tren de vida excepcional, y sabía que no era gracias a la inexistente fortuna de *lady* Susan. ¿Por qué Henry tenía a la mujer que amaba y él no?

—Es un buen plan, Henry. Aunque me gustaría empezar con un pequeño capital, no muy arriesgado.

—Haces lo correcto —respondió su amigo—, porque si decides apostar por *lady* Katherine tendrás que estar preparado para enfrentarte a tus padres. Y, cuando lo hagas, necesitarás más que palabras. Necesitarás poder decirles que el futuro de los Grenville no depende de ninguna dote.

El silencio se asentó entre ellos mientras ambos hombres contemplaban las llamas en la chimenea. Alexander se sintió más dueño de su destino. Henry tenía razón. Si quería vivir su vida según sus propios términos, tendría que tomar decisiones difíciles. Y una de esas decisiones sería asegurarse de que Kat formara parte de su futuro.

Capítulo 24

La tarde comenzaba a caer sobre el tranquilo pueblo de Woolriver y *lady* Asbourne permanecía sentada en el salón de su casa, ocupada con su costura. El silencio en la estancia solo era roto por el suave murmullo del hilo al deslizarse por la tela. Todo parecía en calma, menos el interior de la dama, que era un burbujeo incesante de dudas. ¿Cuánto tiempo se tardaba en esparcir un cotilleo tan jugoso como el que había proporcionado a ese dichoso pueblo? A estas alturas debería ser un hervidero y su casa estar llena de chismosas aporreando la puerta para saber la verdad. Falsas amistades que se beberían su té y comerían sus pastas con tal de ser las primeras en enterarse de lo ocurrido. Había dado órdenes de no ser molestada, para que cada una de esas damas comprendiera su aflicción ante tales noticias. Si no realizaba ningún comentario, nada podrían recriminarle.

Oyó un golpe seco —¿la puerta, por fin?— y un rumor de faldas que se acercaba. Agnes sonrió aliviada. Seguro que era la señora Bryan, nerviosa al comprobar que las visitas no querían marcharse. Ella seguiría en sus trece. Se le daba muy bien interpretar el papel de viuda consternada. Esta vez sería una madrastra mortificada por los acontecimientos.

—¡Mamá! ¿Lo sabías? —La voz de Beatrice resonó en el gabinete nada más entrar. Su rostro estaba encendido, no solo por la prisa, sino por la angustia que se leía en su expresión.

Lady Asbourne levantó la mirada. No se esperaba que fuera su hija la que llegara primero y le pidiera explicaciones.

—¿Por qué tanto escándalo? —preguntó sin dejar de lado su labor—. No es propio de una dama correr así.

Beatrice ignoró el reproche, demasiado perturbada para prestar atención a las reglas de etiqueta. Se plantó frente a su madre con la respiración agitada.

—¡He oído algo terrible! —dijo con urgencia—. Un rumor que me es difícil de pronunciar en voz alta.

—¡Habla, hija, me tienes en ascuas!

—¡Lo diré sin rodeos y espero por tu bien que no sea verdad! ¿Felicity es hija de Kat? ¡Dime que no es cierto!

Agnes dejó caer la aguja de golpe, su expresión cambió a una más sombría. Evaluó si hacerse la tonta o bien darle una de las lecciones más valiosas a su hija, la de la supervivencia. Beatrice era su favorita y, sin duda, tenía su belleza y una pizca de su carácter manipulador. Estaba convencida de que lo entendería. Aun así, por si las cosas se volvían en su contra, decidió ser discreta. Dejó la costura en su regazo y se recostó en la silla. La observó con una frialdad innata.

—Así que el rumor ha comenzado a extenderse —dijo en voz baja, casi con una pizca de satisfacción.

Beatrice palideció.

—¿Cómo puede ser cierto? ¡Madre, yo te vi embarazada de Felicity!

—¡Por supuesto que no lo es! —replicó *lady* Asbourne con un tono cortante—. Es un rumor que no sé de dónde ha salido. Empezó al poco de llegar a Woolriver. Simplemente lo he obviado para no dañaros a vosotras.

Beatrice se sentó en una butaca aliviada y respiró con normalidad.

—¿Quién lo ha podido lanzar? Debemos buscar al culpable y exponerlo en público.

—¿Por qué? Ahora tu hermanastra está arruinada y nunca será vista como una dama respetable. No tiene futuro si todos creen que ha traído una hija ilegítima al mundo, y mucho menos podrá tener un buen matrimonio. Y eso la aleja de los Grenville y de *lord* Pembroke. ¿No es lo que querías?

A Beatrice se le iluminaron los ojos por un instante, y al otro apareció de nuevo esa sombra en su rostro que no la dejaba disfrutar de su victoria.

—Madre, por favor dime que en la carta que imputaba a Kat en terribles actos no insinuaste nada de Felicity.

—Si quieres que sea sincera, ni siquiera escribí esa nota. He estado demasiado atareada con los acontecimientos sociales de

Woolriver. Es un pueblo pequeño que tiene una gran vida social.

Beatrice asintió al mismo tiempo que intentaba encontrar una solución a la catástrofe a la que les habían abocado los rumores malintencionados sobre su hermana.

—Deberías acabar con la mentira. Entiendo que nuestra meta es que Kat no se equivoque de camino y acabe donde no debe…

—¿Entre las piernas de tu futuro marido?

Beatrice arrugó el entrecejo.

—A estas alturas, no sé si querrá casarse conmigo. La duquesa debe haber hiperventilado al enterarse de tan gran embuste. Tanto Felicity como yo misma estamos en problemas. Muy a mi pesar, Kat es de la familia y, ante un rumor así, nadie querrá emparentar con nosotras.

Lady Asbourne se levantó con cuidado y se acercó a su hija. Le levantó la barbilla y le dedicó una sonrisa siniestra.

—Existen reglas muy estrictas en la sociedad, pero son más laxas para aquellos que poseen fortuna. Y los Grenville necesitan de tu dote y nosotros necesitamos su nombre para enmendar el agravio que ha sufrido Kat.

—No lo entiendo. Creí que íbamos detrás de *lord* Pembroke por su dinero y no al revés.

Agnes se dirigió al escritorio y de un cajón sacó un manuscrito que entregó a su hija.

—¿Qué es esto? —preguntó Beatrice sin comprender los términos legales que allí aparecían.

—Es una copia del testamento de tu padre. Se especifica muy claro que no vamos a recibir ni una libra hasta que una de sus hijas en edad de esponsales se case. Si ninguna lo hace en el plazo de un año, toda la fortuna pasará a Felicity.

—¡No es justo! ¿Ella lo heredará todo? —contestó la joven, sin leer los papeles que su madre le entregaba. La pereza era una de sus características y Agnes confiaba en su desidia para manipularla a su antojo.

—Si tú te casas primero, no. Por eso mi urgencia, Beatrice. No podemos esperar tanto tiempo. Nos urge ya disponer de la herencia y alojarnos en una verdadera mansión y no en esta vieja casucha.

—¿Entonces crees que los duques de Grenville todavía estarán a favor de mi unión con su hijo? ¿Qué hay de la reputación de Felicity?

—Si jugamos bien nuestras cartas, una vez casada y con el capital de la herencia liberado, será el momento de desmentir el rumor. El honor de Felicity y el de Kat serán restaurados.

Beatrice gimoteó ante la propuesta y *lady* Asbourne pensó que había sobrevalorado las aptitudes de su favorita. ¿Se había vuelto una sensiblera? Intentó desde niña enseñarle a sobrevivir en un mundo de arpías, porque por nada querría que se pareciese a la tímida, servicial y patética Kat. Siempre tan bondadosa, tanto que se casó con un segundo hijo sin título y enviudó al poco sin fortuna.

—Entiendo que debemos esperar a que me case para aclarar el rumor sobre Felicity, aunque ¿por qué Kat debería salir indemne de esta situación? ¿No podrías escribir entonces esa carta aludiendo a un flirteo con un hombre de mala reputación y una hija olvidada en algún lugar? —Beatrice levantó la cabeza con la ira en los ojos.

Agnes se emocionó ante esas palabras. Se sintió orgullosa como madre. Los esfuerzos, enseñanzas y malos momentos valieron la pena solo por compartir con Beatrice confabulaciones contra la persona que ambas detestaban.

—Por supuesto. No obstante, vamos a ir paso a paso. Lo más importante es que Felicity no se entere de esto.

Beatrice se mordió el labio.

—Demasiado tarde. Me olvidé de comentar que, de camino a casa, después de pasar por la modista, le han tirado lechugas y la han tachado de bastarda.

—¿Dónde estaba Kat? —se escandalizó *lady* Asbourne. No por miedo a que su hija pequeña hubiera sufrido algún malestar, sino porque si su hijastra se enteraba antes de tiempo del rumor, su plan se iría al traste.

—No sé. Últimamente se escaquea de sus quehaceres con demasiada frecuencia. ¿No estará viendo a escondidas a *lord* Pembroke?

—No, seguro que está en ese club de indecentes. Aunque ya me viene bien, así mataré dos pájaros de un tiro. ¿Y Felicity? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Al principio ha llorado, sin embargo, lamento comunicarte que, cuando se ha enterado del motivo, ha saltado de alegría. No es de extrañar, siempre está al cuidado de Kat. Querías que fuera su niñera y la han confundido con su madre.

—Ahí tienes de dónde puede haber salido el rumor. De algún comerciante mal pensado. Hablaré con Felicity para que no le diga nada a Kat. Necesitamos el factor sorpresa.

Lady Asbourne obvió el hecho de que su hija pequeña amara más a su hijastra que a ella misma. Solo una madre conocía el valor de la maternidad y Kat no podía arrebatarle aquello. Felicity entendería a su debido tiempo la necesidad de ocultarle la verdad, igual que lo había hecho Beatrice. Ambas eran inteligentes y no se arriesgarían a vivir con menos de lo que les correspondía.

—¿Qué estás maquinando?

La pregunta de Beatrice la distrajo de sus maléficos pensamientos.

—Mi querida amiga *lady* Percy celebra el penúltimo baile de la temporada. Nosotras vamos a declinar la invitación a última hora por una indisposición y Kat asistirá sola.

—¡Yo también quiero ir! —lloriqueó Beatrice con una pataleta innecesaria.

—¡Piensa un poco! No podemos acudir cuando esperan explicaciones de nuestra parte. La fiesta será la caída social de Kat. Y en el último baile de la temporada, que se festeja en la mansión Grenville, anunciaremos tu boda con *lord* Pembroke. Ya lo he hablado y zanjado tanto con *lady* Percy como con la duquesa para que todas las piezas del engranaje empiecen a funcionar. Las cosas por sí solas te llevarán hasta el altar.

Beatrice se levantó de su asiento, dichosa por la visión de ella misma como marquesa. Y en un alarde de impetuosidad abrazó a su madre. Lady Asbourne quedó paralizada ante aquella muestra de cariño que no había pedido y que le resultaba molesta. Apartó a Beatrice, incómoda. No pertenecía al tipo de madres tan blandas que se dejaban engatusar por las carantoñas. No había recibido una educación de ese estilo y no deseaba que sus hijas se transformaran en mujeres tan vulnerables, como la primera mujer de su difunto

esposo y madre de Kat. Le atribuían un carácter afable, cándido y cariñoso. Y ahí estaba, bajo tierra.

Capítulo 25

Kat entró sola al gran salón de la aristócrata *lady* Margaret Percy. El estómago le rugía, no por hambre, sino por nervios. Al principio se quedó petrificada cuando su madrastra, algo debilitada por el frío, mencionó que no podría acudir a la fiesta. Cuando le propuso aparecer sin compañía alguna, dado que Beatrice presentaba fiebre alta y estaba en cama, hasta le sobrevino un leve mareo.

—Una viuda como tú no le interesa a nadie, no es necesario que lleves carabina —había indicado *lady* Asbourne.

Kat negó con la cabeza. Se quedaría en casa y cuidaría de ambas. Sin embargo, el mal humor de su madrastra no se lo puso fácil. La campanita que esta tenía al lado de la cama sonaba cada cinco minutos para que Kat atendiera sus múltiples caprichos. Al final no pudo más y acudió a la fiesta, exhausta pero feliz, porque podría entablar conversación con algunas de las integrantes del club sin que *lady* Asbourne la espiara y luego le pidiera explicaciones por sus nuevas amistades. Una calesa de la mismísima *lady* Percy la recogió en la entrada de su hogar y, sin pensar en nada más, se dispuso a disfrutar del momento.

La casa, una imponente mansión rodeada de jardines, rebosaba de elegancia y luces doradas. La música sonaba de manera discreta desde la estancia contigua, donde los artistas afinaban sus instrumentos, preparándose para el baile que pronto llenaría la sala de parejas. A su alrededor, las damas y caballeros charlaban animados. Kat apenas podía concentrarse en las conversaciones triviales que escuchaba. Tenía la mente en otro sitio.

Su mirada se encontró con Alexander. Estaba de pie junto a un grupo de caballeros. Vestía una chaqueta azul oscuro y su porte era inconfundible. Kat le sonrió. No obstante, algo extraño ocurrió: *lord* Pembroke, al verla, giró el rostro de manera brusca, evitándola adrede.

Su corazón se encogió. Sabía cuál era la razón. Después del beso no había vuelto al bosque, demasiado concentrada en despistar

a su madrastra sobre su nueva afición en el club de damas. La última sesión la había dejado tan escandalizada y a la vez con tal sensación de libertad que no sabía cómo dar su siguiente paso en esa vida de esclavitud que ella misma había aceptado sin rechistar. Temía que, si desaparecía con demasiada frecuencia, las sospechas de *lady* Asbourne se confirmarían y entonces todo se arruinaría.

Mientras avanzaba por la estancia, notó algo que antes no había percibido. Las miradas. Los susurros. A cada paso que daba, los ojos de las damas y caballeros se posaban en ella y luego se deslizaban hacia el suelo o hacia otro lado, como si temieran que sus intenciones fueran descubiertas. Kat frunció el ceño, confusa, aunque no tardó en desviar de nuevo su atención.

Alexander.

No podía pensar en otra cosa que no fuera él. ¿Por qué la evitaba? ¿Estaba tan molesto con ella? El miedo de haberlo decepcionado se instaló en su pecho. Sentía el calor en las mejillas, un nerviosismo que no lograba controlar. Caminó al encuentro de la señora Crown y su hija Abby; sin embargo, ambas simularon no verla.

De pronto, una figura familiar se acercó.

—*Lady* Katherine —exclamó *lady* Susan, con una inclinación cortés—. Qué placer verla aquí. —La presidenta le guiñó un ojo al tratarla de usted y Kat se ruborizó. Entendió que debían de representar un papel delante de los demás y dejar la camaradería para las reuniones.

—¿Cómo se encuentran sus hijos? Según tengo entendido, esta temporada ha acudido a muy pocas veladas para estar con ellos.

Kat intentó ser cortés. En su fuero interno quería comentarle la decepción que había sentido cuando *lord* Pembroke le había apartado la mirada y, sobre todo, lo inesperado que había sido el comportamiento de la señora Crown al desviarse de su camino. ¿Lo había hecho a propósito para no saludarla?

—Me he escapado un momento. Tengo a los mellizos todavía con tos y, aunque ya es muy leve, no quiero ausentarme mucho rato. Bailaré un vals con mi flamante marido y luego nos iremos a casa. Por cierto, no he visto a *lady* Asbourne.

—Ella y Beatrice se encuentran indispuestas.

—¿Y tu madrastra te ha dejado venir sin carabina? —*Lady* Susan se acercó y habló en voz tan baja que Kat casi pierde el hilo de la conversación—. Es muy raro, algo trama, estoy segura, y más cuando *lady* Percy es su perrito faldero.

Esa información no le pareció nada relevante a Kat, dado que había venido en la calesa de la anfitriona y ya se había dado cuenta de la amistad de las dos damas. No comprendió la suspicacia de la presidenta. La charla siguió otros derroteros más superficiales y la reconfortó. Era imposible no percibir la imponente presencia de Alexander. Allí donde iba, Kat lo seguía con la mirada. Y por fin se la devolvió. Su semblante era serio, casi desafiante. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando sus ojos se encontraron. Él la observó durante un momento que pareció eterno y luego, sin decir una palabra, hizo un gesto apenas perceptible con la mano y señaló hacia la parte trasera de la mansión.

Por un instante, todo lo demás desapareció: la música, las risas, incluso los susurros que se sucedían cuando pasaba cerca de un grupo de damas. Sabía que debía ir con él.

—Anda, ve, pero no tardes. No creo que pueda desviar la atención sobre tu ausencia. Despiertas demasiado el interés de los invitados. Este vestido blanco crudo con toques dorados es ideal para ti —sonrió perspicaz *lady* Susan.

Kat se inclinó a modo de despedida y, a paso ligero, marchó en la dirección que le había indicado Alexander. Avanzó por un pasillo oscuro, guiada por la urgencia que sentía en su pecho. Sabía que debía ser cauta, que cualquier movimiento en falso podría levantar sospechas, no obstante, en ese momento, nada importaba más que encontrarse con él y rememorar una vez más ese magnífico beso que se habían dado en el bosque y que le exaltó el alma. Cruzó una doble puerta acristalada que daba al jardín posterior y lo vio, de pie, bajo la tenue luz de la luna, con el ceño fruncido y una tensión visible en sus hombros.

—Alex —susurró ella, sin saber por dónde empezar.

Los ojos de él reflejaban preocupación.

—No tienes que explicarte —dijo Alexander y levantó una mano cuando vio que ella iba a volver a hablar—. No estoy aquí para recriminarte por no acudir al bosque y pensar que nuestro beso no significó nada. Entiendo que tal vez no quieras estar más conmigo. Lo que debes saber es que tu reputación está dañada.

Kat parpadeó, sorprendida, aunque una parte de ella ya lo sospechaba.

—Lo sé —admitió—. Escuché los susurros. Lo he sentido en cada mirada esta noche. Me da igual si me consideran una viuda aburrida y fea. Lo único que me importa es lo que tú pienses.

Alexander la contempló en silencio y parecía sufrir por ella.

—Kat, no lo comprendes… —Hizo una pausa, como si no quisiera continuar—. Esta vez es diferente. Los rumores no son simples habladurías sobre tu apariencia o tu vida social. Hay algo peor. Ha llegado a mis oídos que Felicity no es en realidad tu hermana. ¡Están diciendo que es tu hija!

Las palabras de Alexander la golpearon como una bofetada. Se quedó sin aire por un segundo, su mente trató de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué? —Su voz se quebró por la incredulidad—. ¿No pensarás que es cierto?

Alexander, al ver el dolor en sus ojos, dio un paso hacia ella y levantó las manos en señal de disculpa.

—He intentado no creer ni una palabra de ese maldito rumor. Aunque, cuando lo escuché, me enfurecí. No porque cambie mi opinión de ti si es verdad, seguro que tienes tus razones y existe una explicación convincente, sino porque no podía soportar que te señalaran de esa manera. A pesar de ello, lo siento, debo preguntártelo: ¿eres o no eres la madre de Felicity?

La imperiosa necesidad de gritar, llorar y patalear sobrecogió a Kat. Más que nada, anhelaba borrar esa distancia que parecía haber crecido entre ellos en tan poco tiempo. Dio un paso hacia él para situarse a unos centímetros de su rostro.

—Nunca imaginé que dudaras de mí y más en esto —dijo con un hilo de voz y los ojos llenos de lágrimas reprimidas—. Sabes que es falso, que hasta que tú no me besaste no supe lo que era estar tan

cerca de un hombre y necesitarlo de una manera tan imperiosa. ¿Por qué desconfías?

Alexander negó con la cabeza. Sus manos temblaban mientras las levantaba para tomar el rostro de Kat.

—Perdóname por ser tan débil. No soporto ver cómo te arrastran al fango por una habladuría que ni siquiera tiene sentido.

El calor de sus palabras la envolvió y, en ese momento, nada más importaba. Ni los rumores, ni las miradas, tampoco el riesgo de que alguien los viera juntos. Solo Alexander y la fuerza con la que sus manos temblaban al tocarla.

—No puedo enfadarme contigo por creer un cotilleo que podría ser cierto. Amo a Felicity con toda mi alma. Sin ella no habría soportado las desgracias que sucedieron una tras otra. Mi hermana pequeña es la luz de mi vida, la que me impulsa a seguir, la que me apoyó con su presencia cuando murió mi marido y luego mi padre, por lo que entiendo que pudieras confundir ese amor que siento por ella. Bien podría ser el de una madre, pero no lo es —habló Kat, anegada en lágrimas—. Me da igual ser una paria de la sociedad, nunca he sido muy sociable. Me gusta la intimidad de mi hogar y rodearme de las personas a las que quiero. Y tú eres una de ellas, Alexander. Me he dado cuenta del horror que sería perderte por un malentendido. Y las ganas que tengo de volver a besarte con urgencia.

Alexander tragó saliva y sus ojos se oscurecieron por el deseo.

—Kat, esto no es prudente. —Su voz sonó quebrada.

—Ya soy una paria y me da lo mismo lo que piensen de mí. Estoy donde deseo estar, aquí, a tu lado —replicó ella.

Kat se acercó a él y estiró la punta de los pies para capturar sus labios en un beso desesperado, cargado de la tensión acumulada. Al principio, Alexander intentó resistirse, pero pronto la pasión se adueñó de ambos. El beso se transformó y ninguno de los dos quiso contenerse.

Sus manos se enredaron en el cabello de Alexander mientras las de él se posaban con firmeza en su cintura. La atrajo más cerca, como si temiera que ella pudiera desaparecer en cualquier momento. El tiempo dejó de existir. La realidad, los rumores, sus

familias… Todo se desvaneció y solo quedaron ellos dos, entregados a un deseo que no podían negar.

El contacto se intensificó y, aunque sabían que no debían, sus cuerpos actuaron por inercia, cediendo ante una tentación que hacía tiempo les quemaba por dentro. Kat no pensó en nada más que en dejarse llevar. Las enseñanzas del club le habían servido para abandonar los complejos y los miedos. Estaba claro que la persona que lanzó el chisme pretendía herirla y lo había conseguido. No le agradó ser el centro del desprecio, pero qué más daba si por contra los brazos de Alexander la rodeaban y el calor de su piel la derretía.

De repente, él se separó y la miró con los ojos centelleantes, la respiración entrecortada y el cuerpo aún tembloroso.

—Aquí no —dijo él. Su voz sonó ronca y baja, casi como si peleara consigo mismo—. Nos pueden descubrir.

Poco le importaba lo que sucediera, y mucho menos lo que dijeran los demás. Yacía en su interior un indecente deseo de tenerlo entre sus piernas y hacerlo suyo.

—Ya te lo he dicho, me da igual. —Sonó convincente, tanto que Alexander titubeó y deslizó una mano por su cabello, despeinándolo aún más. Se retiró hacia atrás, como si necesitara espacio para pensar.

—No —replicó él con firmeza—. Las cosas hay que hacerlas bien, Kat. Si no, todo esto será nuestra ruina.

Kat frunció el ceño, confundida. ¿Por qué hablaba de hacer las cosas bien cuando lo único que sentía era un ardor imparable por estar a su lado, de ignorar las consecuencias?

—¿Qué quieres decir? —preguntó. Su corazón latía con fuerza en su pecho, casi tan fuerte como la incertidumbre que sentía.

Alexander se acercó de nuevo. Esta vez tomó sus manos entre las suyas con delicadeza, aunque sus ojos mostraban una determinación feroz.

—Confía en mí y en que haré lo correcto. Por ti. Por nosotros.

Escucharon un ruido a lo lejos. El sonido de unos pasos que se acercaban de manera apresurada. Ambos se quedaron paralizados. Y entonces, una figura alta y esbelta apareció entre unos arbustos.

Lady Susan los observó por un breve instante en silencio, lo suficiente como para comprender lo que sucedía entre ellos.

—Os están buscando. Haced el favor de volver a la fiesta si no queréis que los cuchicheos sobre vosotros dos crezcan todavía más.

Lady Susan se dio la vuelta e invitó a Kat a seguirla. La tomó del brazo para darle seguridad mientras la sacaba del jardín hacia el salón, donde la velada seguía su curso. A lo lejos, alcanzó a ver cómo Alexander se escabullía discretamente por una de las puertas traseras, como si su presencia en aquella velada ya no tuviera sentido.

El sonido del piano y las risas formaban un extraño contraste con el caos emocional que sentía en su interior. Cuando entraron, *lady* Susan fue rápida y astuta.

—Ah, aquí está *lady* Katherine —dijo en voz alta para atraer la atención de los invitados más cercanos—. Me preguntaba si podría acompañarme un momento para ver los arreglos florales. ¡Han quedado preciosos!

Kat agradeció la coartada que acababa de inventar. No fue suficiente; el daño ya estaba hecho. Una a una las personas de la fiesta la repasaron con desprecio para acto seguido darle la espalda. Allí por donde pasaba, caballeros y damas incluidas, se giraban con desdén. Llegaron hasta lo que creía que era un lugar seguro, donde charlaban algunas damas del club. La señora Brenton, la señora Crown y Abby parecieron dudar, hasta que pudo más la presión de los asistentes. Walter, el hijo de la señora Crown, carraspeó y agarró el brazo de su madre para obligarla a voltearse. La presidenta profirió una onomatopeya indignada, sin comprender lo sucedido.

—Me temo, *lady* Susan, que no le ha llegado lo último de Woolriver. Según dicen, mi hermana Felicity no es mi hermana, es mi hija —susurró Kat.

—¡Imposible! —gritó adrede—. ¡Quien se crea esa majadería no está en sus cabales!

La presidenta del club de damas había desafiado a la aristocracia de Woolriver, y Kat sintió una punzada en su corazón. No quería arrastrarla al fango. ¿Serían capaces las dos de resistir?

Capítulo 26

Kat, avergonzada por lo sucedido, solo quería huir. Sentía un intenso frío en brazos y piernas, pese a que en la sala estaban las dos chimeneas encendidas y las velas de los candelabros derretidas por el calor del ambiente. Los músicos, al ver la escena, habían detenido la melodía de los violines y el piano.

—¡Por favor, Henry, haz algo! —exclamó *lady* Susan a su marido, quien se encogió de hombros.

—No importa, *lady* Susan. De verdad. Estoy acostumbrada. Solo quiero irme a casa. —Kat empleó la formalidad con la presidenta, a sabiendas de que los invitados al baile le habían retirado la vista, pero no el oído, atentos a cualquier falla en su hacer.

Susan frunció el ceño, malhumorada.

—¡Esto no es correcto! ¡No pueden ignorarla como si fuera un espectro!

—Solo necesito el carruaje para marcharme. —Kat estaba cansada de que siempre la trataran así allá donde fuese, aunque era cierto que nunca le habían demostrado tanto desprecio como en aquel momento. Se dirigió hacia la anfitriona, que todavía se dignaba a mirarla a los ojos. Era la única que permanecía de pie y contemplaba la escena serena.

—¿Puedo ayudarla en algo, *lady* Katherine? —*Lady* Percy trataba de ser amable pese a los acontecimientos.

—¿Podrían preparar el carruaje que me prestó para venir?

La susodicha torció la comisura de los labios.

—¡Ah, querida! En vista de lo acontecido, me temo que será imposible.

Una leve exclamación de sorpresa recorrió a algunos de los asistentes, que aún fingían no escuchar. *Lady* Susan dio un paso adelante, indignada.

—¿Cómo se atreve a decir tal cosa? ¿Qué clase de anfitrión deja a una invitada sin transporte? Esto es una afrenta intolerable.

Lady Percy mantuvo la compostura, sin que la sonrisa en sus labios se tensara ni un ápice.

—No es una cuestión personal. Tan solo es inapropiado en estas circunstancias. —Y extendió las manos para mostrar cómo la clase alta de Woolriver permanecía de espaldas y en silencio como muestra de su desaprobación.

Kat se dio cuenta de que no solo la estaban rechazando a ella, sino que con la actitud de empatía que mostraba *lady* Susan, también repudiaban a la presidenta del club de damas, y no podía permitir que los asistentes llegaran a la misma conclusión.

Kat alzó una mano antes de que su aliada hablara más de lo debido.

—Por favor, *lady* Susan, no haga que me sienta peor de lo que ya estoy. No me importa caminar si es necesario.

La presidenta la miró como si hubiera recibido un golpe y señaló con el dedo a *lady* Percy.

—Esto no quedará así. —Se agarró del brazo de su marido que no había abierto la boca, pero que había permanecido a su lado todo el tiempo y ofreció el suyo a Kat para que ella tuviera donde aferrarse—. Yo la llevaré encantada en mi carruaje, *lady* Katherine.

En el exterior, el aire frío pareció ofrecer un respiro. Kat no quería derramar ni una sola lágrima delante de los Hall y apretó los puños con fuerza. Una vez en el interior del coche, el traqueteo de las ruedas acunó su pena. *Lady* Susan la miraba con el ceño fruncido mientras que Henry permanecía sentado frente a ellas y las observaba con un gesto grave.

—Kat —dijo al fin la presidenta—, tengo que decirte algo. Temo que no te va a gustar. —Entrelazó las manos y tomó aire antes de continuar—. Estoy casi segura de que *lady* Asbourne tiene algo que ver con lo ocurrido esta noche.

—¿Mi madrastra? Si ella ni siquiera ha pisado la mansión y, además, se encuentra indispuesta.

—¿No crees que es mucha casualidad que después de acudir a todas las veladas del pueblo, se pierda esta? —concluyó *lady* Susan con un gesto de preocupación.

—¿Para qué involucrar a su propia hija? —dijo Kat, molesta, y se enderezó en el asiento—. La reputación de Felicity ya está en entredicho. Si creen que es una bastarda, no tendrá posibilidades de debutar dentro de unos años ni de encontrar marido.

—Tal vez esto te resulte difícil de creer. Poseo una red de informantes que me han asegurado que *lady* Percy y *lady* Asbourne son íntimas y han tenido varios encuentros con el vicario y su mujer. Sabía que tramaban algo, pero nunca imaginé esto. La forma en que Margaret actuó esta noche no fue casualidad. Esto estaba planeado.

Kat apartó la mirada. Sus ojos buscaron consuelo en la oscuridad, más allá de la ventana del carruaje. Negó con la cabeza varias veces. Era cierto que su madrastra le tenía inquina y no la trataba del mejor modo. No obstante, cuando murió su padre no la dejó en la estacada. La consideró parte de la familia y contó con ella para mudarse a Woolriver, aunque bien la podría haber abandonado a su suerte en Londres.

—¿Por qué haría algo así? Ella no querría dañar a su propia hija. Está empeñada en que Felicity sea igual que Beatrice, una copia de su madre.

Susan apoyó una mano en la rodilla de Kat.

—A veces, las personas hacen cosas que escapan a nuestra comprensión, incluso las que deberían protegernos. Y te aseguro que no dejaré que esto quede impune.

Kat cerró los ojos. Intentó procesar lo que acababa de escuchar. Inició la frase en un susurro casi imperceptible—: No sé qué pensar, Susan. Si esto es verdad…

—Estoy convencida, no hay otra explicación —interrumpió la presidenta con una determinación inquebrantable—. No estás sola. Te llevamos a tu casa esta noche porque así lo has decidido. Si fuera por mí, iríamos a la mía. Allí estarías más segura.

Henry Hall, que hasta entonces había permanecido en silencio, asintió.

—Mi esposa tiene razón, *lady* Katherine. Puede contar con nosotros. ¿Está segura que no quiere alojarse durante una temporada en Hall House?

Kat volvió a mirarlos, abrumada.

—Quiero comprobar por mí misma lo que acabo de descubrir. Todavía no creo que *lady* Asbourne tenga algo que ver con esto. Tal vez haya sido manipulada por *lady* Percy. Siento tener que sacar el tema. Si me permites seguir con la informalidad de nuestra conversación, Susan, ¿qué enemistad te une a ella?

La presidenta quedó durante un instante en la misma posición, como si no esperara semejante pregunta, y mucho menos que la charla girara en torno a su persona y no la de Kat.

—¿Con *lady* Percy? Ninguna que yo sepa. Nunca nos hemos llevado tan bien como para ser amigas ni tan mal como para ser enemigas.

—¿No la habéis considerado para ser miembro del club de damas?

Lady Susan se encogió de hombros. El carruaje se detuvo. Ninguno de sus ocupantes bajó de él.

—No, que yo sepa. Y ella tampoco mostró interés. ¿Qué tiene que ver con el agravio que has sufrido esta noche?

Kat se pasó la lengua por los labios antes de confesar la extraña sensación que había tenido en el baile, como si fuera un peón más y no la protagonista.

—Hoy no solo me han rechazado a mí, sino a la presidenta del Club de Damas de Woolriver. Piensa en lo ocurrido. Tú, en el centro de la sala agarrada de mi brazo, sin querer abandonar a una de las tuyas. Tu empatía no es solo una fortaleza, sino también una debilidad.

Lady Susan echó su cuerpo hacia adelante como si quisiera confesar un secreto.

—Acepto el reto. Supongamos que quisieran desacreditarme a mí como presidenta y al club. *Lady* Asbourne ha sido a quien hemos rechazado y quien podría sentirse humillada por esta decisión, no *lady* Percy. Por lo tanto, la que ha orquestado esta pantomima no ha sido otra que tu madrastra.

—Amor —habló Henry, tomando de la mano con delicadeza a su esposa—, no creo que sea el momento de avasallar a la pobre *lady* Katherine con conjeturas. Suficiente ha sufrido por hoy. Deja que descanse y mañana lo veremos con nuevos ojos.

Ambas mujeres estuvieron de acuerdo y Henry abrió la portezuela del carruaje, bajó primero y extendió una mano para ayudar a Kat a salir. Susan la siguió de cerca.

Frente a la casa, todo estaba en penumbra.

—¿Nadie te espera? —preguntó Susan, preocupada.

Kat bajó la cabeza, avergonzada por la situación.

—Estaré bien, de verdad.

Lady Susan dudó por un instante.

—Recuerda lo que te he dicho. Las puertas de mi casa estarán siempre abiertas para ti.

El carruaje arrancó, dejando atrás a Kat, que parecía cada vez más pequeña bajo la luz de la luna pese a sus esfuerzos por mantenerse erguida.

Capítulo 27

Solo se oía el crujir de las tablas bajo los pies de Kat mientras subía las escaleras. Se dirigió a la habitación, empujó la puerta con suavidad y la tenue luz de la luna que se colaba por la ventana iluminó el rostro tranquilo de Felicity, que dormía en su cama.

Se descalzó y dejó el chal sobre la silla. Con pasos cautelosos, se metió a su lado y el frío de las sábanas contra su piel la reconfortó. Se acurrucó de espaldas a la niña e intentó contener el peso que se acumulaba en su pecho. Fue inútil. Una lágrima escapó, seguida de otra, hasta que un sollozo silencioso le sacudió el cuerpo.

—¿Qué ocurre? —La voz de su hermana desgarró la negrura de la noche. Se incorporó y encendió una vela en la mesilla—. ¿Por qué lloras? —preguntó, asustada.

—No es nada, Duérmete. Todo está bien —murmuró Kat, y se tapó con la colcha.

—No es verdad —insistió la niña, y la rodeó con los brazos—. Nunca te pones triste por nada. ¿Qué ha pasado?

Kat apretó los labios. No quería derribar la fachada de felicidad que había rodeado a la pequeña desde que se mudaron a Woolriver. Deseaba que recordara esos días como un fulgor en el camino, en lugar de una espina.

—Solo ha sido una noche difícil.

Felicity se mordió el labio inferior, temerosa de revelar lo que pensaba.

—¿Es por lo que dicen? —preguntó de repente, con una claridad que hizo que Kat se estremeciera.

—¿Qué…? ¿Qué dices? —balbuceó y trató de parecer confundida.

—El rumor. —Felicity bajó la mirada y jugó con el dobladillo de su camisón—. Que no eres mi hermana, sino mi madre.

El corazón de Kat se detuvo un instante.

—Eso es una tontería. —Se incorporó para observarla mejor—. No escuches las habladurías. La gente puede ser cruel. No debes

prestarles atención.

Felicity alzó la mirada. Sus ojos brillaban a la luz de la vela, sin embargo, no había ni un ápice de tristeza.

—No me importa lo que piensen. De hecho, me gustaría que fuera cierto.

Kat abrazó a su hermana ante un sentimiento tan puro y sincero. Desde que nació la había mecido entre sus brazos y la había querido al instante. Sin embargo, no podía decir lo mismo de *lady* Asbourne, que despotricó cada vez que debía darle de mamar hasta que, harta de la situación, contrató a una nodriza. Y luego, cuando Felicity creció, ni siquiera se ocupó de su educación. Su padre fue el que comprendió que no debían despreciar la inteligencia de la pequeña y consintió en contratar a una serie de expertas institutrices supervisadas por Kat. Sí, había hecho de madre, aunque no lo era. Y por mucho que cerrara los ojos y deseara volver al pasado, cuando su padre y su marido todavía vivían, nada de eso ocurriría. Solo la cara angelical de Felicity la tranquilizó y le aportó la cordura que necesitaba.

—¿Por qué dices algo así? —susurró al fin. Su misión sería procurar no perturbar la existencia plácida de su hermana pequeña.

—Porque… —Felicity bajó la voz— no creo que mamá sea una buena persona. Siempre está enfadada conmigo, contigo… Si tú fueras mi madre, sería mucho mejor.

—No, Felicity. No digas eso. —Kat tomó su mano con cuidado—. *Lady* Asbourne te dio a luz y te quiere. Solo que es muy perfeccionista y tiene una forma particular de hacer las cosas y de demostrarlas.

Felicity sacudió la cabeza y con sus delicados dedos acarició la mejilla de Kat.

—Sé que no lloras por ti, sino por mí. Porque temes que este rumor me haga daño. Sé que tú eres mi hermana y te quiero por cuidarme. Nos lo pasamos bien juntas. No creo que pudiera hacer lo mismo con mamá.

Kat esbozó una sonrisa y sorbió una lágrima que había escapado de su redil.

—Para eso están las hermanas.

—¿Recuerdas lo que decía papá? Las mentiras son como sombras, desaparecen cuando llega la claridad. No te preocupes, Kat. Los rayos del sol ahuyentarán todo lo malo.

Kat sintió que su garganta se cerraba.

—Papá también decía que tenías un alma vieja y sabia en tu interior, y tenía razón, Felicity. Gracias por ser así.

—A ti por aceptarme y no como mamá y Beatrice, que solo quieren que sea tan repipi como ellas. A mí me gusta ser como tú.

—¿Una viuda con la reputación destrozada?

—No, una mujer valiente con un gran corazón.

Kat bajó la mirada avergonzada.

—A la que nadie presta atención. Si no fuera por ti, mi querida hermanita, estaría sola en este mundo.

—¿Qué hay de *lord* Pembroke y las damas del club?

Kat se sorprendió ante esa nueva pregunta. Felicity tenía nueve años, pero era tan perspicaz como una anciana que hubiera vivido mil vidas.

—¿Qué sabes tú de esas cosas?

—¿Ya te has olvidado de que soy tu coartada? La señora Bryan y yo te cubrimos delante de mamá cada vez que te vas al club.

—Pues me parece que también tiene los días contados. Vamos a dormir. No quiero que te angusties en vano por estas cuestiones.

—No debemos preocuparnos, Kat, debemos ocuparnos. ¿Qué es lo que piensas hacer?

Al oír esa frase Kat se echó a reír.

—Esto también lo decía papá. Te pareces tanto a él…

—Lo echo de menos. —Felicity pareció entristecerse ante la ausencia de su progenitor, fallecido hacía un año. Aun así, las dos hermanas quisieron rendirle homenaje como mejor sabían: combatiendo la pena—. ¿Qué necesitas para volver a sonreír?

—Tan pequeñita y sabia a la vez. —Kat le revolvió el pelo a su hermana—. Supongo que lo más sencillo es hablar con tu madre para que sea ella quien desmienta lo ocurrido. Solo deberá enseñar tu certificado de bautismo.

—¿Ves como todo tiene solución? Ahora ya podemos dormir.

—Eres digna hija del conde de Asbourne. —Kat volvió a reír, aunque su corazón no se aligeró.

Apagaron la luz de la vela y se estiraron en la cama abrazadas. Felicity enseguida concilió el sueño. Ella miraba al techo oscuro mientras sus pensamientos volvían una y otra vez al mismo lugar: *lady* Asbourne. No se podía quitar las palabras de *lady* Susan de la cabeza. Si de verdad tuviera algo que ver con lo sucedido, no le otorgaría el certificado de bautismo de su hermana con tanta facilidad. Suspiró y rezó para que aquello no fuera más que un espejismo. Mañana hablaría con su madrastra y aclararía el malentendido. Seguro que a la hora de comer su vida volvería a la normalidad.

Capítulo 28

Alexander abrió los ojos después de un sueño agitado y la imagen de Kat apareció ante él igual de nítida que la noche anterior antes de dormirse. Se había ido de la fiesta poco después de que *lady* Susan los interrumpiera en el jardín. La sensación de los labios turgentes de Kat sobre los suyos permanecía aún viva en su memoria. Su corazón se aceleró al recordar lo que le había manifestado antes de despedirse: «Confía en mí». Y lo decía en serio. Había llegado el momento de actuar, de poner las cosas en su lugar.

Se levantó con determinación y dejó atrás cualquier rastro de dudas. Su asistente ya lo esperaba con un traje elegido para el día. Mientras se vestía, su mente seguía concentrada en el beso, en la forma en que Kat había intentado transgredir las normas, y sabía que se hubiera entregado complaciente. Sin embargo, él anhelaba otra cosa. Nunca se había aprovechado de las circunstancias desfavorables de una mujer para llevarla a la cama. Y sí, deseaba a Kat, no para solo una noche de lujuria, sino para todas las noches de su vida. Ya no le molestaba ocultarlo; sus sentimientos habían crecido desde que la conoció. Era diferente a las demás y su misión aquella mañana era que sus padres lo entendieran.

Cuando estuvo listo, bajó al comedor. El sonido de la porcelana y los cubiertos resonaba en el aire y se mezclaba con los murmullos ocasionales de los criados que iban y venían. La mesa estaba dispuesta con la perfección habitual: un mantel blanco impecable, candelabros de plata relucientes y una variedad de platos con frutas frescas, bollos recién horneados, mermeladas y té humeante. Un retrato de la elegancia y del orden que su madre tanto valoraba.

El duque, sentado en un extremo de la mesa, leía el periódico absorto mientras la duquesa supervisaba con ojo crítico a una criada que colocaba un ramo de flores en el centro. Cuando Alexander entró, ambos alzaron la vista para saludarlo antes de volver a sus ocupaciones.

—Buenos días, Alexander —dijo la duquesa con voz serena y tomó un sorbo de té—. Espero que hayas dormido bien.

—Lo suficiente, madre —respondió él al mismo tiempo que retiraba la silla para sentarte frente a ellos.

Durante los primeros minutos, la conversación se mantuvo ligera y superficial, como era costumbre en las mañanas. Su padre comentó los asuntos políticos que aparecían en el periódico y su madre habló sobre los preparativos para un evento benéfico en el que estaba involucrada. Alexander asintió en los momentos oportunos, pero su mente estaba en otro lugar. En Kat.

Al fin, cuando hubo un breve silencio, dejó la taza de té sobre el platillo con cuidado y levantó la mirada hacia sus padres. Había llegado el momento.

—Quiero hablaros de algo importante.

El duque bajó el periódico y lo miró con interés mientras la duquesa dejaba su cuchara en el plato, algo turbada.

—Si es por lo de ayer, que quede claro que no tengo nada que ver. —Las palabras de su madre lo desconcertaron.

—¡Pobre muchacha! —suspiró el duque.

—Sé que los rumores sobre *lady* Katherine son alarmantes. —Alexander tomó de nuevo las riendas de la conversación—. Sin embargo, nada de lo dicho es cierto. Ella es ingenua.

—Hijo mío —habló con pena la duquesa—, entiendo que la engañaron. Ocurre muy a menudo.

—Así es. —Alexander carraspeó.

—Hay hombres que se aprovechan de las mentes débiles de algunas mujeres, les prometen que se casarán con ellas y luego, cuando han engendrado un hijo, desaparecen. Siempre vi en *lady* Katherine una vulnerabilidad genuina, pero una cosa es ser inocente y otra tonta de remate.

—¡No! —se escandalizó Alexander ante las palabras de su madre. ¿De dónde había sacado esa historia? Parecía más bien narrada por un escritor mediocre—. Ella no es así. Y nunca engendró un hijo.

—Fue una niña, ¿no es cierto, querida? —aclaró su padre.

—Y luego dices de mí… ¡Bien te gusta un buen cotilleo en cuanto lo hueles! —se rio la duquesa y untó un panecillo con mermelada dispuesta a pasar a otra conversación más amable—. ¿Dice algo en el periódico del evento benéfico?

—¡No he acabado! —se crispó Alexander ante la indiferencia de sus padres.

—Sé que le tenías cierto cariño a *lady* Katherine. Créeme que ya es agua pasada. Lo ocurrido ayer en el baile acabó con su reputación —volvió a hablar la duquesa con despreocupación.

—No es solo cariño; le tengo un aprecio especial.

—¡Pobre muchacha! —repitió su padre sin despegar la vista del periódico.

—¡Ella es la elegida! —explotó. Le hubiera gustado transmitirlo con mayor serenidad, sin embargo, sus padres lo sacaron de quicio.

—¿Para qué, hijo? —preguntó su madre perpleja.

—Lo sabes bien. ¿Qué hay de malo que en lugar de casarme con la segunda hija del conde de Asbourne me case con la mayor? Tú misma dijiste que podía cambiar una hermana por otra.

La duquesa se revolvió en su silla y el duque por fin dejó el periódico encima de la mesa.

—Ya te lo dije, querido. *Lady* Beatrice heredará la fortuna de su padre en cuanto se case.

—¿Y cómo sabes que es cierto y no un embuste?

—A los hechos me remito. *Lady* Katherine se desvió del camino y, aunque entiendo que tanto el conde como *lady* Asbourne intentaran ayudarla y esconder el hecho de su desliz, por llamarlo de alguna manera, jamás será una dama de pleno derecho y ¡nunca!, ¿me oyes?, ¡será duquesa y menos de Grenville!

Su madre se había acalorado tanto que sus mejillas ardían y eso solo significaba una cosa. Su paciencia había llegado a un límite. Cuando era pequeño era señal inequívoca de retirada. Edmund y él siempre se peleaban para ver quién pediría perdón antes y le devolvería la sonrisa a su madre. Esta vez no fue el caso. Él no retrocedió.

—¡Si ni siquiera la habían besado en condiciones hasta que yo lo hice!

—¡Ahí tienes la prueba de su descaro! ¿Qué dama en sus cabales se deja besar por el primer caballero que aparece?

—No soy un caballero cualquiera, madre, soy el marqués de Pembroke y futuro duque de Grenville, y ella es la hija del conde de Asbourne, no es una fresca que vive de limosnas.

—Ya es demasiado tarde —sentenció el duque para atajar los gritos de madre e hijo—. *Lady* Katherine fue rechazada por la sociedad de Woolriver por completo.

—¡Tuvo lo que se merecía! —La duquesa siempre debía decir la última palabra.

—No lo entiendo. —Alexander, que se había levantado de la silla airado por la conversación, volvió a sentarse, aturdido.

—Uno a uno los comensales del baile le giraron la espalda, y ya sabes lo que significa… De aquí a unos días, Inglaterra entera sabrá lo sucedido y no será aceptada en ninguna casa —habló de nuevo la duquesa más calmada con una medio sonrisa.

—Nunca podré entender por qué disfruta tanto con los males de otras personas.

A la duquesa de Grenville se le atascó el té que acababa de sorber.

—¿Tan dañina crees que soy?

—Sí, madre, aunque no estuviera enamorado de *lady* Katherine, me parecería igual de abominable. Nadie se merece tal desprecio.

—Yo no tuve nada que ver —se excusó de nuevo la duquesa—. No me gusta cómo me miras, Alexander.

—¿Y cómo lo hago?

—Como si fuera repulsiva.

—Así es como la veo y, si me disculpan, tengo que ir a ver a *lady* Katherine. Debe estar destrozada.

La duquesa lloró desconsolada y Alexander no supo si era porque había confesado su amor incondicional por Kat o por llamarla repulsiva. Por fin, desde la muerte de su hermano, había tomado el control de su vida. Se terminó el deambular de fiesta en fiesta y acostarse con mujeres que ni siquiera conocía para saciar un vacío que no sabía cómo atenuar. Su corazón había encontrado su lugar: ella, y solo ella.

Capítulo 29

Kat despertó al alba. Había dormido a trompicones, aunque intentó moverse lo menos posible para no desvelar a su hermana. A medida que se acercaba la hora del desayuno, sus manos temblaban más por el miedo de enfrentarse a su madrastra y que esta no reaccionara como ella y Felicity esperaban. Una madre preocupada por sus hijas, nada más conocer los rumores, correría hacia sus dependencias íntimas, donde tenía a buen recaudo los papeles notariales, y entregaría sin dudar la prueba de que Felicity era hija suya y del conde de Asbourne. Sin embargo, Kat temía que las palabras de *lady* Susan fueran ciertas: «Estoy convencida. No hay otra explicación».

Kat sintió una punzada de incertidumbre. Podía recordar, como un eco lejano, las ocasiones en que había intentado convencerse de que *lady* Asbourne tenía un motivo para tratarla con tan poco afecto, como si fuera su manera de educarla para lograr convertirla en una gran dama, en ausencia de su madre. Y por eso toleraba rebajarse a ir a la compra, servir la mesa y hacer de doncella para Beatrice, pero arruinar el futuro de su propia hija solo para humillarla no tenía sentido. Y es que en *lady* Asbourne nada lo tenía.

El desayuno transcurrió tenso. Ninguna de las cuatro habló de lo sucedido mientras la señora Bryan les servía el té.

—¿Cómo se encuentra esta mañana? ¿Ya mejor? —preguntó Kat con algo de inquina, que hizo su madrastra levantara una ceja.

—Mucho mejor, gracias por preocuparte.

«Demasiado amable», pensó Kat sin apartar la vista de ella y de su hermana para evaluar si sería mejor echar a un lado el recelo y encarar la situación. Una leve risita proveniente de Beatrice la puso en alerta.

—¿Y tú, Beatrice? Ya no tienes escalofríos.

—Ha sido un milagro. Me he levantado como nueva. ¿Y tú, Kat? ¿Alguna novedad? —El retintín en la voz de su hermanastra era evidente.

Felicity le estrechó la mano bajo la mesa para infundirle valor.

—Dejémonos de tantos formalismos. —*Lady* Asbourne carraspeó —. Necesito que te quedes con Felicity esta mañana. Beatrice y yo debemos realizar unas compras.

Kat asintió. No cabía duda de que algo escondían. No era el momento de desenmascararlas; lo único que le importaba era encontrar el certificado de bautismo y llevarlo ante *lady* Susan. Ella sabría cómo demostrar su inocencia y recuperar su reputación perdida.

Cuando Felicity y Kat se quedaron solas, no dudaron en hablar de la extraña pasividad de *lady* Asbourne.

—No me he creído eso de las compras, y ¿tú? Seguro que se mueren por saber cómo fue el baile. Y yo me alegro de que se lo hayan perdido. Ahora saben lo que es estar en la cama mientras otras se divierten —se burló Felicity.

—No digas esas cosas de tu propia familia —le reprendió Kat—. Anda, ve con la señora Bryan. Te gusta verla cocinar y nunca puedes ayudarla cuando tu madre está presente.

—Haré lo que me pides, y tú haz lo que tengas que hacer.

Kat sonrió al ver alejarse a Felicity. Definitivamente, tenía esa alma vieja de la que tanto hablaba su padre.

La estancia privada de *lady* Asbourne era pequeña y estaba ordenada con precisión casi obsesiva. La mesa de caoba estaba despejada, salvo por un tintero, una pluma y un cuaderno cerrado. Estanterías llenas de libros forrados en cuero heredados del conde cubrían las paredes y un gran ventanal dejaba entrar los rayos de sol de una mañana para nada corriente. Comenzó a abrir los cajones uno por uno. En el primero encontró pliegos en blanco y sobres sellados. En el segundo, cartas antiguas, agujas de coser y telas viejas. El tercero estaba cerrado con llave. Maldita sea. Se giró y observó el resto de la habitación; buscaba otro lugar donde su madrastra pudiera esconder lo que le urgía.

Su mirada se detuvo en un pequeño cofre en la esquina de la estantería. Con pasos rápidos, se acercó y lo tomó entre sus manos. Era ligero y el cerrojo no tenía llave. Lo abrió con facilidad y dentro

encontró lo que temía: un puñado de ovillos de lana y agujas de coser.

Cuando iba a guardarlo de nuevo en su sitio, la puerta de la sala se abrió de golpe y una ráfaga de aire helado traspasó el umbral junto con la figura imponente de su madrastra. Un chal de terciopelo oscuro cubría sus hombros. *Lady* Asbourne la observó con desdén.

—¡No tienes permitido entrar aquí, Kat! ¿Qué buscas a hurtadillas como una mendiga? —preguntó con voz baja mientras cerraba la puerta tras de sí.

Kat apretó los labios, atemorizada. Se negó a retroceder. No había tiempo para inventar excusas. Decidió arriesgarse y ser directa.

—¿Dónde está el certificado de bautismo de Felicity? —preguntó sin achantarse, aunque su voz tembló un poco al pronunciar el nombre de su hermana pequeña.

La madrastra arqueó una ceja, un tic que tenía cuando algo no le gustaba.

—¿Por qué, necesitas un papel tan irrelevante? —Clavó sus ojos como dagas en los de Kat.

—Porque quiero desmentir los rumores que corren por el pueblo y que, según he escuchado, usted misma inició. —No sabía si era cierto. Lo lanzó al aire para comprobar cómo reaccionaba.

Un destello cruzó el rostro de *lady* Asbourne. Lo disimuló con rapidez tras una sonrisa cortante. Se detuvo frente a ella, demasiado cerca, y la obligó a alzar la mirada para mantener el contacto visual.

—No sé quién te ha llenado la cabeza de esas mentiras —respondió con voz gélida—. Te aseguro que no tengo nada que ver con eso.

Kat la estudió con cuidado. Buscaba alguna grieta en su fachada perfecta que confirmara que mentía. *Lady* Asbourne mantenía su compostura impecable; su barbilla tan recta como un cuchillo recién afilado.

—Entonces, si no tiene nada que ocultar, no tendrá problema en dármelo. —Kat intentó sonar segura.

La madrastra suspiró y negó con la cabeza, como si estuviera desolada.

—Lamentablemente, no tengo ese documento. Se perdieron muchos papeles durante la mudanza a esta casa. El certificado debe haberse extraviado junto con ellos.

Kat entrecerró los ojos, sin creer ni una palabra.

—En ese caso, puede escribir al vicario de la iglesia de St. George's, donde fue bautizada Felicity, para solicitar una copia —insistió y se cruzó de brazos.

Por primera vez, *lady* Asbourne pareció dudar. Fue un segundo apenas perceptible. Suficiente para que Kat lo notara. Su madrastra evitó su mirada, cuando antes la había desafiado y ninguna de las dos había parpadeado ante el intento de salir vencedoras.

—No será posible. Esa parroquia sufrió un incendio en el ala sur hace años y todos los archivos de ese periodo se perdieron. No te enteraste porque ya estabas casada y vivías una vida insulsa en el campo junto a tu marido. —Su voz era tranquila, casi compasiva. Le daba a entender que no tenía escapatoria.

Kat sintió una oleada de frustración y sus manos temblaron de ira. Era demasiado conveniente, demasiado perfecto. ¿Cómo podía demostrarlo? Se mordió el labio para mantener la calma.

—Qué apropiado, ¿no cree? —dijo con un tono que no podía ocultar la acusación.

Lady Asbourne sonrió con suavidad, sin embargo, en sus ojos brillaba un destello de advertencia.

—Lo único que creo, Kat, es que deberías concentrarte en comportarte como corresponde a una dama en lugar de obsesionarte con rumores y papeles inútiles. No quiero volver a encontrarte revolviendo mis cosas. —Se inclinó hacia ella y su tono bajó hasta convertirse en un soplo helado—. Porque no seré tan indulgente la próxima vez. Y ahora ve al cuarto de Beatrice y ayúdala con los paquetes que la sirvienta de la modista nos ha traído.

Kat no respondió. Apenas podía contener su rabia mientras salía de la estancia. Sabía en cada fibra de su ser que su madrastra mentía. Si los documentos no estaban allí, tendría que hallar otra manera de resolver aquello. En lugar de dirigirse escaleras arriba para atender a Beatrice, sus pasos la llevaron hacia el exterior. Se

apoyó en un árbol y soltó un alarido. El dolor en su pecho era insoportable y las lágrimas brotaron de manera natural. Ahora estaba convencida que su madrastra era capaz de, no solo pisotearla a ella, sino a todos los que se interpusieran en su camino, incluida su hija. Lo que no entendía era por qué.

Capítulo 30

Alexander espoleó a su corcel para ir en busca de Kat. Los cascos del caballo resonaban sobre el suelo húmedo, marcado por el rocío que cubría los campos como un manto de cristal. El aire frío de la mañana quemaba sus pulmones y, aun así, no lo detuvo. Se sentía culpable por haberla abandonado a su suerte en la fiesta. Creía que estaba protegida por las damas del club. ¡Qué equivocado había estado!

Cuando divisó la modesta casa, su pulso se aceleró. A lo lejos, junto a un seto descuidado, vio una figura. Kat estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si quisiera protegerse del mundo, la cabeza inclinada y los hombros temblorosos. Al acercarse, distinguió las lágrimas que corrían por su rostro y sintió una punzada de dolor tan aguda que le atravesó el alma.

—¡Kat! —Desmontó de un salto antes de que el caballo se detuviera por completo.

Ella alzó la mirada y, al verlo, sus ojos enrojecidos por el llanto se iluminaron con una mezcla de alivio y desesperación. Sin dudarlo, corrió hacia él y se lanzó a sus brazos. Alexander la sostuvo con fuerza, como si al soltarla pudiera desmoronarse.

—Sácame de aquí, Alex. Por favor no puedo más —susurró en su oído.

Él la apartó para observarla. Quería saber qué había sucedido, quién la había herido. Las palabras quedaron atrapadas en su garganta al ver la angustia en su rostro. Sin decir nada, asintió.

La ayudó a montar en su caballo y subió tras ella con un solo movimiento. La sujetó con fuerza por la cintura. Su cuerpo todavía tiritaba contra el suyo. Con un leve tirón de las riendas, giró el corcel y galopó hacia el bosque, el único lugar donde sabía que estarían a salvo por el momento.

El viento golpeaba sus rostros y enredaba el cabello de Kat mientras cabalgaban. A su alrededor, los árboles se alzaban como guardianes silenciosos, sus ramas desnudas dibujaban sombras

sobre el suelo. Llegaron al claro donde su relación había comenzado y compartieron su primer beso. Él detuvo el caballo, bajó y ayudó a Kat a desmontar con delicadeza.

Ella cayó de rodillas al suelo, como si las fuerzas la hubieran abandonado por completo. Alexander se agachó y le tomó el rostro entre sus manos.

—Me he enterado esta mañana de lo de la fiesta y, en cuanto lo he sabido, he venido a verte. ¿Lloras por eso o hay algo más?— preguntó con el corazón desbordado por la angustia.

Kat cerró los ojos. Las lágrimas brotaron de nuevo y se aferró a él. Buscaba refugio en su calor, en su fuerza.

—Mi madrastra… —Su voz se quebró—. Ha llenado de mentiras mi vida. Lo que dicen de mí, lo que murmuran… Ella lo ha provocado. Es increíble cómo he llegado a conocerla tanto que hasta sé cuándo miente. La tristeza por la muerte de Oswald fue una tragedia esperada dado su enfermedad, pero nunca llegué a pensar que mi padre nos abandonara tan pronto, y luego *lady* Asbourne se hizo con las riendas y yo me despreocupé, dejé que me manejara a su antojo. Reconozco que estaba cómoda en ese papel secundario. Hasta que le ha tocado el turno a Felicity. No permitiré que le haga lo mismo que a mí. Aun así, volver no es la solución. Me asfixio con solo pensarlo.

Alexander sintió la ira arder en su interior. La reprimió por ella. No era momento de promesas ni venganzas, sino de protegerla.

—No volverás, te lo prometo. Yo me ocuparé. Nadie te dañará más.

La abrazó con fuerza, sin embargo, Kat se deshizo de él enseguida.

—No pretendo rechazar tu oferta, sea cual sea. Lo que ahora necesito es pensar y encontrar una solución. Sé que en aquella casa no podré. En poco tiempo, el club me ha enseñado más que mis veintiocho años de vida y soy consciente de que no debo volver a mi estado anterior. No deseo que nadie más se ocupe de mí. Debo hacerlo yo misma, ¿lo entiendes?

Alexander no lo comprendía, pero asintió igual.

—Puedo ofrecerte mi ayuda, como tú lo hiciste con la lista de las candidatas a ser mi esposa.

—¿Quieres confeccionar una lista de candidatos para que me saquen de este embrollo? —Kat sonrió algo menos tensa.

—Me presento para ser tu compañero. Ya no me conformo con ser solo un marido.

—He perdido el hilo. ¿Querías ser mi esposo, pero ya no?

Alexander soltó una carcajada. Era complicado de explicar. Sentía que, si le pedía matrimonio, como lo había estado pensando últimamente, la perdería. Ansiaba permanecer a su lado. Le sentaba bien la compañía de Kat: unas veces serena, igual que cuando la conoció; otras, apasionada por la vida; y, en ocasiones, abrumada por el futuro. Estar con ella era estar consigo mismo, libre de juicios y doble moral. Tan diferente de su hogar.

—Quiero que seas tú misma. Que si alguna vez te decides a expresar lo que sientes por mí sea con el corazón en la mano, con la determinación de que no solo lo haces por necesidad, sino por amor.

Kat parpadeó varias veces. Se acercó hacia él, se puso de puntillas y le acarició los labios con los suyos. Alexander permaneció pasivo, a la espera del siguiente movimiento. Ella no se alejó, al contrario, llevó la mano hacia su nuca y entrelazó los dedos en su cabello.

—Esto no lo necesito, Alex. Lo anhelo.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Alexander, que no pudo más y la agarró por la cintura para besarla con frenesí. Kat acomodó sus caderas para que encajaran a la perfección. Quería hacerla suya allí mismo. Había soñado con aquello desde que la conoció, pero la timidez de Kat había sido una barrera. En ese instante ella parecía más liberada y la urgencia crecía en ambos. Los invadió un fuerte sentimiento de poseerse, de convertirse en uno. Alexander la tendió en la tierra húmeda del bosque y deslizó la mano bajo su falda. Buscó la abertura que le llevaría hacia ese mundo oculto entre las piernas de su adorada. Kat le facilitó el camino y pudo hundir el índice y el dedo corazón en su interior. Kat exhaló un suspiro de sorpresa y sonrió cuando él la miró a los ojos expectantes. Asintió y lo besó, esta vez con ímpetu, al mismo tiempo

que movía la pelvis arriba y abajo, y los besos se volvían cada vez más violentos, extenuantes, ardientes. Las lenguas se entrelazaban, chocaban sin dar tregua. La entrepierna de Alexander se había acostumbrado a estar dura y firme ante los gemidos de Kat y la humedad de su deseo.

—Hazme tuya Alex, aquí y ahora —susurró ella con los ojos centelleantes.

—¿Tan buenos son mis besos que ya no quieres separarte de mí? —Alexander sonrió feliz de ver como Kat volvía a su ser y la angustia desaparecía poco a poco.

—Solo quiero vivir con intensidad y olvidar, aunque sea por hoy.

Estaba dispuesto a levantarle las faldas y penetrarla allí mismo, cumpliendo sus órdenes, cuando se dio cuenta del error.

—Yo no quiero olvidar. Dijiste que te gustaría ser mi amiga y luego me rogaste que te besara de verdad, tu primer beso en condiciones. Y no quiero ser solo un indecente deseo, sino un deseo perdurable, que no puedas borrar de tu memoria.

Alexander dejó de acariciar las partes íntimas de su amada y le devolvió la dignidad. Se puso en pie y le tendió la mano para que ella se incorporara. Kat lo hizo con el ceño fruncido y con un gesto desafiante.

—¿Qué es lo que me pides, Alex? ¿Que te diga que te amo?

—Lo que sientas por mí, merezco saberlo. Yo me he abierto por completo.

—Tengo miedo. Tal vez si no hubiera sido víctima de *lady* Asbourne con sus maquinaciones y si no hubiera vivido junto a un hombre enfermo al que pensaba que amaba, ahora podría ponerle nombre a lo que sea que me encoge el corazón cada vez que te veo. Temo confiar en ti y desnudar mi alma y solo ser una muesca más en tu lista de mujeres enamoradas a las que has dejado a la menor oportunidad.

—Son rumores que corren sobre mí, nada que valga la pena.

—Tienes razón. Son conjeturas de lo que suele pasar entre una mujer y un hombre si no están casados.

—Pues casémonos, así de sencillo.

Kat abrió la boca varias veces. Después echó la cabeza hacia atrás para reír bien a gusto.

—¡Estás loco! Soy una viuda, apenas me quedan dos años para cumplir los treinta. No tengo remedio.

Alexander se iba a poner de rodillas, pero recordó la frase de su madre durante el desayuno, cuando aludió a las prácticas de algunos hombres que prometen matrimonio a una pobre ingenua para acostarse con ella y luego dejarla sola, embarazada y a su suerte. Kat se merecía una promesa más elaborada.

—Tienes razón, no es el momento. Primero debemos restaurar el daño que el rumor creado por tu madrastra ha hecho y salvar a Felicity de un futuro incierto.

—¿Ves? Cambias de opinión como cambia el viento.

—No, Kat, deseo que seas mía, y no durante un instante de placer, sino para toda la vida. —La acercó hacia él y la besó con ternura—. Aunque puedo esperar. Dime por dónde quieres empezar a reparar el enredo.

Kat sonrió tímida.

—Eres demasiado zalamero. Si tienes tantas ganas de ayudar, acepto tu compañía. La familia Asbourne siempre ha celebrado bautismos, bodas y sepelios en Londres, en la iglesia de St. George's. El reverendo William Howley me conoce desde niña. Debo ir hasta allí y solicitarle una copia del bautismo de Felicity. *Lady* Asbourne dice que hubo un incendio y dichos registros se perdieron, pero desconfío de ella.

—Prepararé el carruaje y nos podemos poner en marcha mañana mismo.

—Preferiría ir en diligencia. Sería más discreto. No me gustaría que nadie comente que me ha visto salir contigo ni que *lady* Asbourne se enterara de mis intenciones.

—Ya sabes que una diligencia no es precisamente discreta —aclaró Alexander.

—¿Y qué propones? ¿Montarme en tu coche de caballos con criados y lacayos? ¿Eso no llamaría más la atención?

—En cualquier caso, no importa: ahora recuerdo que el carruaje no está disponible. Una rueda se astilló al volver mis padres de Larkhill. Se halla en reparación y no estará listo antes de dos días.

—Decidido —concluyó Kat—. Mañana, partiremos en la diligencia. Pasaremos la noche en una posada y, si todo va bien, estaremos en Londres al día siguiente.

—¿Y cómo vas a evitar que tu madrastra no se entere de tu ausencia?

Kat paseó de un lado a otro del claro, fue hasta la orilla del río, volvió y suspiró. Cada vez que él intentaba aportar alguna idea, ella levantaba la mano para que la dejara meditar en paz. Alexander sonrió al verla decidida, serena y concentrada en su objetivo. Así se había imaginado el matrimonio, con una mujer decidida, tierna y adorable como Kat.

—¡Lo tengo! *Lady* Susan me ofreció su casa y su protección. Le contaré a la señora Bryan y a Felicity que me voy a pasar una temporada con ella.

—Y lo que de verdad harás es ir a Londres conmigo. Porque será conmigo, ¿cierto?

Alexander todavía tenía sus dudas.

—Sí, Alex te acepto como compañero en esta aventura.

—¿Y nada más?

—Como si me lo hubieras pedido —se burló ella.

Alexander notó que había obviado la palabra clave, matrimonio. Ambos sabían de lo que se trataba.

—Tienes razón, la culpa es mía y deberás esperar hasta que me decida.

Le guiñó un ojo mientras le tendía la mano para que subiera al caballo.

—¿A dónde nos dirigimos, *milady*? —Le hizo una reverencia cómica.

—De vuelta a casa. Prefiero hablar con Felicity antes de irme. Luego pasaré por la mansión de *lady* Susan. Le debo a ella y a Rose Mary una explicación. Y también quiero ver si el club se ha visto afectado de alguna manera por mi culpa.

Capítulo 31

El crujido de la puerta trasera se perdió entre el sonido de ollas y cuchillos que retumbaban en la cocina cuando Kat accedió por la entrada de servicio. El aroma a pan recién horneado la envolvió por un instante y le recordó la calidez de un hogar que ahora sentía más extraño que propio.

La señora Bryan alzó la vista desde la mesa donde amasaba con manos firmes y enharinadas. Junto a ella, la pequeña Felicity pelaba manzanas sentada en una banqueta y con un delantal demasiado grande anudado sobre su vestido.

—Buenos días, *lady* Katherine —saludó el ama de llaves.

—Buenos días. Solo vengo a recoger unas pocas cosas —dijo Kat con una cautela que no se correspondía con el torbellino de su interior—. Me quedaré unos días en casa de *lady* Susan y necesito que *lady* Asbourne no se dé cuenta de mi ausencia.

Felicity dejó el cuchillo y las manzanas a un lado, bajó de un salto del taburete y corrió hacia su hermana para abrazarla con fuerza.

—¿Te vas? —preguntó desvalida.

Kat acarició su cabello. Se arrodilló frente a ella y la miró a los ojos.

—No es lo que parece —le dijo con suavidad—. No te abandono. Solo me hace falta un poco de tiempo para pensar. Lo que hago es por nosotras, ¿lo comprendes?

La niña asintió con esa madurez que siempre la había sorprendido. Sus pequeñas manos se aferraron a las de ella.

—Confío en ti, Kat. Haré lo que sea necesario. Si pregunta, diré que estás de nuevo con tus insoportables jaquecas. Sé que no me dejas, que volverás pronto.

Kat sintió que un nudo se formaba en su garganta. Besó la frente de su hermana y la abrazó una vez más, grabándose en la memoria aquel momento.

La señora Bryan, quien había permanecido en silencio hasta entonces, se acercó con expresión grave.

—Haga lo que tenga que hacer, *lady* Katherine. Nunca me he fiado del club de damas y no apruebo sus métodos, aunque tampoco soy partidaria de lo que sea que trama *lady* Asbourne. Solo le diré que, antes de que corriera el rumor, estuvo aquí *lady* Percy junto al vicario y su mujer. —Se inclinó y, sin más, volvió a su tarea como si entendiera que algunas cosas no necesitaban ser dichas en voz alta.

A Kat le quedaron muchas preguntas en la punta de la lengua para lanzarle al ama de llaves, no obstante, no pretendía abusar de su confianza, dado que se había encargado de Felicity y había mentido por ella. ¿Qué debía hacer con el dato del párroco? *Lady* Susan también le comentó algo parecido. ¿Por qué era de su interés que visitara a su madrastra?

Con la ayuda de Felicity, Kat reunió unas pocas pertenencias que cabían en una bolsa de viaje. Como no se fiaba de Beatrice, también se llevó su vestido más bonito, el blanco con ribetes dorados que tanto había alabado *lady* Susan. Antes de marcharse, se volvió hacia su hermana.

—Sé valiente.

Felicity asintió y la acompañó al exterior, donde Alexander la esperaba junto a su caballo.

—Me alegro de volverla a ver, *lady* Felicity.

—*Lord* Pembroke, cuide bien de mi hermana —sonrió la pequeña.

—Me lleva hasta la mansión de los Hall, nada más —contestó nerviosa Kat.

—Recuerda que soy un alma vieja y muy sabia —se rio de nuevo la niña.

—Y también repelente. Anda, ve adentro y haz caso a la señora Bryan.

***

Llegaron a la mansión de *lady* Susan bajo la protección de un sol radiante más propio del verano que de esas fechas. El caballo se detuvo frente al portón principal. Alexander saltó al suelo y, sin solicitar permiso, asió a Kat de la cintura para bajarla de inmediato. Ella no tuvo tiempo de procesar ese acercamiento, no después de lo ocurrido en el bosque. Le había parecido hasta natural. Y tampoco se sentía violenta a su lado. Recordaba la escena que había acontecido cuando la mano de él se coló bajó sus faldas como una especie de travesura, como si por fin desafiara todas las normas que siempre había odiado y de las cuales despotricaba. ¿Por qué una mujer debía de ser tan recatada que se perdiera los besos y las caricias? ¿Por qué oponerse a un deseo tan dulce como el que le había proporcionado Alex? Le encantaba ese diminutivo y la cercanía que expresaba. A ninguna dama, estuviera casada o no, se le permitía ser tan vulnerable en manos de un hombre, al menos no en su círculo. Y ella había conseguido dejarse llevar y disfrutar del momento, sin consecuencias, dado que Woolriver la consideraba ya corrompida. Y de pronto no supo si aquello estaba bien o mal, si debía dar gracias a Dios o confesarse en cuanto tuviera oportunidad.

Una criada diligente corrió a abrir la puerta antes de que Kat pudiera alzar la aldaba. Alexander todavía permanecía en la cuadra atendiendo a su caballo.

Lady Susan apareció en el vestíbulo, envuelta en una bata de terciopelo color esmeralda y con el cabello recogido como si nunca se permitiera el desaliño. Tras ella iba Rose Mary, con el pelo suelto y un libro en la mano. Ambas observaron a Kat sorprendidas.

—¡Querida! —exclamó *lady* Susan mientras avanzaba con los brazos abiertos—. ¿Qué te trae por aquí? Iba a vestirme para el té de la tarde.

—Espero no molestar. Necesito un lugar donde pasar la noche. Mañana temprano me marcho a Londres con *lord* Pembroke.

Inquieta, miró a la presidenta, quien se había convertido también en su protectora, y acto seguido se dirigió a Rose Mary para esperar su aprobación.

Lady Susan detuvo su avance. El asombro cruzó su rostro refinado antes de que pudiera ocultarlo bajo su acostumbrada

máscara de serenidad. Rose Mary, que había dado un paso adelante, dejó caer el libro al suelo con un ruido seco.

—¿Con *lord* Pembroke? —Se inclinó para recoger el objeto caído sin apartar la vista de Kat—. ¿Estás segura de lo que haces?

—Sí. Es un buen amigo —respondió ella, y alzó el mentón como si su voz firme pudiera disipar sus propias dudas.

Lady Susan la escrutó con una intensidad que hizo que se sintiera como una niña.

—¿Y como hombre? —inquirió con suavidad.

Kat parpadeó perpleja ante la pregunta. Abrió la boca para responder. Las palabras no salieron. Recordó el beso robado en la fiesta antes de que la humillaran y también aquel otro bajo los árboles del bosque. Un ardor le subió por el cuello hasta cubrir sus mejillas cuando, de manera involuntaria, le vino a la mente el último gemido que había pronunciado entre los brazos de Alex.

—Quiere casarse conmigo. Yo no lo tengo tan claro —murmuró aliviada de poder contar lo sucedido y de sentirse en un ambiente seguro como eran las damas del club.

Rose Mary dejó escapar una risita ahogada. *Lady* Susan permaneció seria; parecía evaluar la situación. Al fin estrechó sus manos con calidez.

—Pasa la noche aquí, Kat. Y piensa bien lo que vas a hacer. Londres es otro mundo y Alexander… —Hizo una pausa para elegir sus palabras con cuidado—. Es un hombre honorable, pero eso no significa que la sociedad sea amable contigo, decidas lo que decidas. De todas formas, hoy hay una reunión extraordinaria del club para comentar lo sucedido. No te he avisado porque creí que estarías destrozada y no era cuestión de echar más leña al fuego.

—A estas alturas, me importa un comino lo que la sociedad piense de mí. Si parto hacia Londres es por mi hermana, para que ella pueda tener un futuro en el que su reputación esté intacta y pueda utilizarla como le convenga. Una cosa que he aprendido de ti, Susan, es que por ser mujer no tengo por qué callar, sino que puedo elegir, y me gustaría que Felicity tuviera esa oportunidad —respondió Kat con un fervor que la agarró desprevenida.

—¿Qué poción mágica hay en la ciudad para desterrar rumores? —soltó Rose Mary, incrédula.

—Voy a reunirme con el reverendo Howley, de la iglesia de St. George's, para solicitarle la copia del bautismo de Felicity.

—No creo que eso sea suficiente. Por favor, entra en el salón y nos lo cuentas con tranquilidad.

Las tres mujeres avanzaron hasta acomodarse en la estancia. El mayordomo las atendió con un aperitivo y cerró las puertas tras de sí. Mientras, un criado llamó a Alexander antes de que este pudiera acceder a la casa para invitarlo a charlar un rato con Henry en su despacho. Tenía gran interés en contarle las novedades que había descubierto en su último viaje.

Capítulo 32

Henry Hall exhaló una nube de humo del puro que fumaba, que ascendió con la misma lentitud que un pensamiento detenido en el aire.

—He echado un vistazo a tus inversiones, como acordamos, y me he permitido destinar un pequeño porcentaje de tus beneficios en el mercado ferroviario, tal y como hice también con mi propio dinero. Y nadie se esperaba esto, Alexander.

Henry hizo una pausa sin apartar los ojos de su escritorio, donde las cuentas y papeles reflejaban un desorden medido que solo él entendía. Alex irguió la espalda y apagó el puro en el cenicero, esperando lo peor.

—¡Las acciones de Wylam Wagonway, que ha empezado a operar comercialmente en el noreste de Inglaterra, son una mina de oro! —exclamó Henry, sonriente.

—Vaya, me has puesto muy nervioso cuando has dicho que habías optado por la industria ferroviaria. Exportas lana, no trenes. Creía que era arriesgado. ¡Apenas está empezando esté mercado!

—Me interesa cualquier avance en el transporte y, aunque es cierto que la inversión era de alta contingencia, no invertí todo tu capital, pero sí el mío. Ahora soy muy rico y tú, si quisieras, podrías comprar Woolriver sin el menor esfuerzo.

—¿Tanto en tan poco tiempo? —Alexander se levantó, se sirvió una copa de licor y llenó otro vaso para que su amigo brindara con él.

—Mi instinto me dice que este mercado todavía no ha llegado a su cenit y mis fuentes me aseguran que se están fraguando alianzas con varias compañías. Nosotros seremos los primeros en invertir en cada una de ellas. Aunque espero que esto quede entre nosotros. No es bueno que se sepa de momento.

Alexander bebió el licor de golpe. La buena noticia sobre su salud financiera le ahorraría muchos disgustos. A su madre se le llenaba la boca con la palabra *responsabilidad*, pero ella no la había

tenido para salvaguardar la mansión. La conversación sobre la bancarrota de los Grenville ya nunca se llevaría a cabo, y eso aligeraba la carga que sostenía desde hacía un tiempo sobre sus espaldas. Sin embargo, no era esto lo que se le había pasado por la mente al saberse rico de nuevo.

—¿Y si te dijera que no me cautiva adueñarme de Woolriver? —respondió con calma. Su voz sonó profunda, como un eco lejano—. Solo quiero saber quién posee el bosque cerca del río, el que se extiende hasta los límites de tu propiedad.

Henry ladeó la cabeza, intrigado.

—El lugar ha estado en manos de una antigua familia, los Barwick. Tienen una pequeña casa de campo cerca de los terrenos más alejados. ¿Por qué te interesa tanto? —Se reclinó en su silla y miró a su amigo con una sonrisa burlona.

Alexander se encorvó hacia delante. Su rostro se mantuvo entre el juego de luces y sombras que creaban los débiles rayos de sol de la tarde que atravesaban los cristales y sus ojos brillaron con una intensidad inaudita.

—Porque quiero edificar allí una mansión.

La idea le resultaba más real cada vez que la pensaba. En ese bosque, donde los árboles parecían susurrar secretos, había descubierto algo más profundo que la pasión efímera. Había encontrado la promesa de un futuro, de un hogar junto a Katherine. Sería el regalo de bodas perfecto… en cuanto ella le diera el «sí, quiero».

Henry apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos mientras su mirada fija buscaba una razón para aquella petición. El puro se extinguió en el cenicero y dejó un leve perfume a tabaco en el aire.

—Entonces, ¿vas a residir en ella tú solo? —preguntó Henry con tono grave y un tanto burlón, como si ya supiera la respuesta.

Alexander suspiró y sus hombros se hundieron.

—No es tan sencillo. *Lady* Katherine duda. Sabe de mi vida pasada, de mis errores, de los años que deambulé de cama en cama, buscando una satisfacción que nunca encontré. Y ahora ella piensa que no soy el hombre que necesita. Que puede dirigir su vida

sin mí. No quiero criticar a tu mujer, sin embargo, creo que todo esto es culpa de ese club que preside.

Henry intentó disimular y lo miró con pragmatismo. No tardó en echarse a reír.

—A mí no me hace gracia —se quejó Alexander.

—A mí tampoco me divierte que te hayan dado calabazas —volvió a mofarse Henry.

—Si te soy sincero, no lo ha hecho porque no se lo he pedido.

Henry paró su ataque de risa.

—¿De qué hablamos? ¿En qué quieres que se convierta esa dama para ti? ¿En tu mujer o en tu amante?

—¿Por qué no puedo tener las dos cosas, amigo?

—Eso es lo que quieren ellas: ser las dos cosas sin necesidad de que las tachen de rameras.

—Ya veo que *lady* Susan te ha comido la cabeza a ti también.

—Cuando te conocimos, tú mismo dijiste que creías en la emancipación de la mujer.

—Porque no pensé que me enamoraría de una de ellas.

Ambos amigos volvieron a desternillarse, divertidos por la alteración de los acontecimientos en sus apacibles vidas. Henry encendió otro habano un poco más calmado.

—Ahora en serio. Es un hecho que tus días de libertinaje no son la carta de presentación ideal. La vida, querido amigo, es mucho más que lo que dejamos atrás. Si de verdad la amas, no se trata solo de cambiar tu pasado. Es sobre lo que puedes ofrecerle ahora, y no me refiero a dinero.

Alexander volvió a suspirar, angustiado.

—¿Cómo puedo convencerla de que soy el único? Si ni yo mismo sé cómo probar que mi amor por ella es verdadero, que mis intenciones son puras.

Henry se reclinó en su silla, pensativo. El fuego en la chimenea crepitaba y la habitación se sumió en un silencio momentáneo.

—No es cuestión de palabras, sino de acciones. Muéstrale que estás dispuesto a cambiar tu vida por ella, que te importa más su felicidad que tu propio orgullo. Hazlo con algo tangible. Un gesto que sea para ella, no para ti.

—Por eso quiero el bosque, Henry.

Este se levantó con ánimo y dio un puñetazo encima del escritorio.

—¡Entonces, el bosque es tuyo! Si así lo deseas, entablaré enseguida negociaciones con Barwick.

—Te debo más que mi fortuna, amigo. En cuanto vuelva de Londres, me gustaría zanjar la venta.

—Por cierto, hablando de la ciudad. Ya sabes que me ofrecí a investigar por qué el conde Asbourne había dejado a su familia tan desamparada en su testamento. —Henry se tensó ante el nuevo tema que él mismo había puesto sobre la mesa.

—He averiguado, a través de mi madre —le interrumpió Alexander—, que no es así del todo. Cuando *lady* Beatrice se despose, heredará una gran dote, que gracias a ti ya no necesito. —Sus padres ya no tendrían ninguna excusa para obligarlo a casarse con aquella arpía.

—Debes visitar igual al abogado del difunto conde de Asbourne. Hay algo que no es tal y como *lady* Asbourne ha dado entender, y el letrado que lo lleva solo hablará con las partes implicadas. Intuyo que en tu viaje te acompañará *lady* Katherine.

Alexander se extrañó, dado que él no se lo había explicado aún.

—Las paredes tienen oídos, Alexander, y los criados también. En cuanto ha llegado tu amada es lo primero que ha salido de sus labios.

—Es difícil mantener los secretos en esta casa.

—Ten por seguro que no salen de aquí.

—Eso espero, Henry. Necesito que la jugada salga bien o, si no, mi futura felicidad estará en entredicho.

—Estoy convencido de que el abogado aclarará cualquier duda que tenga *lady* Katherine. Ha sido difícil encontrar su paradero. *Lady* Asbourne ha borrado muy bien su rastro, pero tengo sus señas y te las he anotado en un papel. Por favor, ten cuidado y no te fíes de nadie.

Capítulo 33

Kat permanecía sentada en un banco de hierro forjado situado en el jardín de los Hall. Entrelazaba con fuerza los dedos sobre su regazo y tenía la mirada fija en el gran ventanal de puertas francesas que daba al salón, por las que aparecerían de un momento a otro las damas del club para la reunión extraordinaria. A su lado estaba Rose Mary, con la frente fruncida y un bordado en sus manos al que no había pasado ni una puntada en los últimos quince minutos. *Lady* Susan se mantenía de pie con una copa de jerez y observaba el reloj que presidía la sala contigua con la impaciencia de una reina a la espera de que llegaran sus cortesanas.

Los sirvientes iban y venían con el sigilo de quienes saben que algo importante se cuece. Incluso ellos lanzaban miradas inquietas hacia la puerta. El aire del jardín, perfumado con el dulce aroma de las rosas, estaba cargado con una tensión que podría hasta marchitar las flores.

—Esto es inadmisible. ¿Dónde están? —*Lady* Susan rompió el silencio con una voz que era un filo de acero bajo el terciopelo de su tono.

Rose Mary dejó el bordado y lanzó una mirada furtiva a Kat, quien no respondió. Estaba demasiado ocupada en reprimir el temblor que amenazaba con apoderarse de sus manos. ¿Y si ninguna de las damas venía? ¿Y si le habían dado la espalda, no solo en el baile, sino también en el club, su último refugio?

Cuando *lady* Susan estaba a punto de lanzar su copa contra el suelo, el mayordomo apareció en la entrada del jardín. Su figura elegante precedía a una joven que, aunque intentaba mantener la compostura, tenía el rostro rojo y los ojos hinchados, como si hubiera llorado durante el camino hasta allí.

—La señora Herminia Davidson, junto a la señorita Abigail Crown —anunció el mayordomo con la solemnidad de un juez que dicta sentencia.

Kat se levantó de un salto y sus ojos se encontraron con los de Abby, quien bajó la cabeza antes de cruzar las puertas francesas. *Lady* Susan no se movió. Su mirada parecía perforar la distancia que las separaba.

—Lamento mi tardanza —comentó Abby con una timidez impropia de ella—. Les pido disculpas por la ausencia de mi madre. Solo he venido para informar de nuestra situación. Si por mí fuera, no te hubiera dado la espalda, Kat.

Lady Susan posó la copa de jerez sobre una mesita cercana con un gesto deliberado.

—Explícate, Abby. No soy una mujer que tolere vacilaciones.

La joven tragó saliva y se detuvo frente a Kat, quien la contemplaba con una esperanza renovada.

—Mi hermano ha tomado el control de la familia desde que mi padre cayó enfermo. —Abby apretó las manos frente a ella—. No aprueba las visitas al club y hasta ahora siempre hemos logrado escabullirnos. Lo del baile fue la gota que colmó el vaso. Dice que es un escándalo de unas consecuencias gravísimas y que no es apropiado que nos relacionemos con alguien cuya reputación está bajo sospecha.

Kat asintió. Si ese hombre era igual de frío y calculador que su madrastra, sería casi imposible salir de su yugo a no ser que lo desafiaran como había hecho ella esa mañana al irse. Y no creía que Abby tuviera intención de retarlo de esa manera, dado que, si el señor Crown fallecía, Dios no lo quisiera, se convertiría en su tutor.

—Esto mismo lo vivimos el año pasado, Abby. ¿Cómo es posible que se repita?—preguntó *lady* Susan, airada.

—Tienes razón. Mi hermano es cabezota. La otra vez aprovechó la ausencia de mi padre para encerrarnos y ahora utiliza su enfermedad para someternos —respondió Abby.

—Te agradezco que, pese a lo que estás sufriendo, te hayas arriesgado a venir —expresó Kat complacida de tener una amiga así.

—No me importa lo que digan. Sé que no eres culpable de nada. —Abby sostuvo la mirada de Kat por un instante, antes de bajar los ojos al suelo—. No puedo quedarme. Me he escapado. Debo volver antes de que se dé cuenta.

Un silencio pesado cayó sobre el jardín, roto solo por el canto lejano de un petirrojo. Rose Mary, que había observado la escena sin decir nada, se levantó y tomó del brazo a Kat al mismo tiempo que el mayordomo guiaba a Abby hacia la salida. Había sido valiente al venir y su partida no hacía más que evidenciar lo solas que estaban contra el resto de la sociedad.

—¿Y tú, Herminia? ¿Tienes algo que decir? —preguntó malhumorada *lady* Susan.

—Como vicepresidenta, esta vez estoy de tu lado, Susan. Aunque he de advertirte que nadie más lo está. No quieren arriesgarse a perder lo que han logrado.

—¡Todo gracias al apoyo del club, cosa que olvidan! —exclamó Rose Mary.

Lady Susan, con los labios apretados, volvió a tomar su copa y la lanzó hacia las flores.

—Hemos perdido por hoy, pero esta batalla aún no ha terminado. Este club ha sobrevivido a muchos rumores infundados y caprichos, tanto de mujeres como de hombres controladores, y sobreviviremos a esto también.

—Ya habéis hecho suficiente. Me siento mal. Prácticamente acabo de llegar y por mi culpa se ha deshecho el club —se lamentó Kat.

—No te preocupes. En cuanto se produzca otro escándalo se olvidaran y volverán a pedir perdón —sentenció Rose Mary.

—Me temo que no es tan sencillo, querida —interrumpió Herminia—. Puede que ese escándalo que esperamos tarde siglos. Aunque no lo queramos admitir, el Club de Damas de Woolriver ha muerto.

—¡Eso es horrible! —clamó Rose Mary.

—No quiero causar más molestias. Mañana partiré a Londres y no volveréis a verme.

—Tonterías —la amonestó *lady* Susan—. Tu plan es sencillo pero factible. No obstante, debes tener en cuenta que un certificado se puede falsificar y, ante un juez, podrían rechazar dicha prueba, aunque a un testigo no. Consigue a la matrona que ayudó a dar a luz a *lady* Asbourne y habrás ganado la guerra.

—De todos modos, insisto en que no hay forma de remontar esta vez. Nos han dado la espalda definitivamente —dijo Herminia con pesar.

—¡Cuanto lo siento! ¿Y quién se ocupará de las viudas? Me gustaría que me disculparan con ellas. No he podido atenderlas como es debido. Confiasteis en mí y os he fallado —comentó Kat, compungida.

—Es comprensible. Con lo que has pasado… —la defendió Rose Mary, que todavía la tenía agarrada del brazo por miedo a soltarla y que se desmayara por las impresiones vividas.

—Yo misma me he hecho cargo. Te dije que no tenías la suficiente experiencia para llevar un proyecto caritativo tan grande. —Herminia mantuvo la barbilla en alto.

—Gracias, y una vez más siento que por mi culpa el club se haya disuelto —musitó Kat, desvalida.

—Nunca pidas perdón por hacer lo correcto —habló *lady* Susan —. Yo no me arrepiento de ofrecerte mi casa y mis recursos. Y si las demás han optado por abandonarnos es porque el vínculo no era tan fuerte como creía.

Las cuatro, incluida Herminia, se abrazaron sabiendo que podría ser la última vez como miembros del club.

La sombra de los rumores parecía crecer con cada hora que pasaba. Sin embargo, al mirar a Susan y a Rose Mary, Kat encontró una chispa de esperanza. Con ellas había forjado una amistad firme y duradera y, aunque debía dejarlas ir, siempre las llevaría en el corazón.

Capítulo 34

En la penumbra de la habitación de invitados, Kat, permanecía sentada en la cama con el camisón de muselina ajustado al cuello y repasaba por enésima vez el plan para el día siguiente. Un suave golpe en la puerta la sacó de su ensimismamiento.

—¿Sí? —dijo, ajustándose la manta sobre las piernas.

La hoja de madera se abrió con un leve chirrido y Rose Mary apareció envuelta en una bata. Sostenía un libro contra su pecho, como si fuera una reliquia sagrada. Su expresión era tan pícara que desconcertó a Kat.

—¿Te interrumpo? —preguntó su amiga con su tono más dulzón, aunque sus ojos brillaban con un propósito nada inocente.

Kat sonrió con cierto recelo.

—Es tu casa también, así que supongo que no puedo decirte que no entres.

—Ah, si lo dices, me dolería tanto que no sé si te lo perdonaría —respondió Rose Mary mientras avanzaba hacia la cama con una teatralidad digna de un escenario.

Sin pedir permiso, se sentó en el borde del colchón, dejó el volumen a un lado y palmeó la manta para que Kat le hiciera espacio.

—Ya que mañana partes hacia Londres y ya no sé si volveré a verte, esta es mi última oportunidad para aleccionarte en el arte del amor. Es mi deber como miembro del club de damas, aunque haya sido por poco tiempo —anunció, y señaló el manual con aire conspirador.

Kat rio divertida y se mostró a la vez intrigada.

—¡Claro que volveré! Al menos para limpiar el nombre de Felicity. Aunque las dos sabemos que ya no será lo mismo.

—Si nuestra diferencia de clases no ha impedido que naciera una amistad entre nosotras, un rumor absurdo tampoco nos separará.

—No me quedaré en Woolriver. No después de sufrir semejante desplante.

—Lo sé, Kat. Eso no significa que no te pueda visitar allí donde decidas seguir con tu vida. Y no te juzgaré si es como mantenida o como esposa.

—¿Acaso existe una diferencia? —sonrió Kat con ironía, porque ambas sabían que tenía muchas probabilidades de acabar como amante de *lord* Pembroke en Londres y a estas alturas poco le importaba ya. ¿Seguro? Hasta que no lo experimentara no sabría si sería capaz de lidiar con esa situación. Aunque él le había insinuado que quería casarse con ella, no creía que lograra desafiar a sus padres y rechazar el título de duque.

—Me parece que la Kat que conocí en el mercado está dejando de ser tan virginal como cuando llegó.

—Creo que aquí solo hay una virgen, pero aplacemos el debate para otro momento. ¿Qué te traes entre manos esta vez? —preguntó Kat con sarcasmo.

—¡Tu salvación! —Rose Mary tomó el libro y lo sostuvo como si fuera la tabla de los diez mandamientos—. El *Kamasutra.* Una obra maestra del arte del amor, que he pedido prestada de la biblioteca secreta de *lady* Susan. En realidad, solo tiene este ejemplar escondido por si vuelve el juez de paz, como el año pasado.

—¿Pretendes que lea eso? —Kat cortó su disertación antes de que fuera demasiado tarde.

—Yo lo haré. No tienes tiempo de asimilar tanta sabiduría por ti misma, así que estoy aquí para impartírtela.

Rose Mary le dio un golpecito en la rodilla. Kat negó con la cabeza, aunque la curiosidad ya había plantado su semilla.

—¿Y qué clase de *sabiduría* puede tener ese compendio tan antiguo?

—¡Muchas! —Rose Mary lo abrió con la ceremonia de quien está a punto de revelar un tesoro oculto.

Kat se cubrió la boca con la mano, atónita.

—¿Este no es el ejemplar que nos enseñó *lady* Susan en una reunión? Todavía no me puedo sacar de la cabeza aquel dibujo abominable, de un hombre con un… un…

—Un falo tieso como una escoba —rio Rose Mary.

—¿Pretendes que tenga pesadillas esta noche?

—Exacto, de las buenas. Se trata de que aprendas todo sobre el arte de amar. Y, si me permites decirlo, necesitas bastantes lecciones. —Rose Mary abrió el libro de golpe y la miró con ojos chispeantes.

Kat fingió estar ofendida.

—¿Acaso insinúas que no soy suficiente para *lord* Pembroke?

—Eres más que suficiente. Pero si no lo mantienes entretenido, terminará convertido en un aburrido duque que se pasará el día de caza o de cháchara en el Parlamento. Y tú, mientras tanto, languidecerás en alguna sala de bordados. No pienso permitirlo.

Kat admiró el desparpajo de Rose Mary y su sutileza para mezclar el humor con verdades que eran imposibles de ignorar.

—No me voy a Londres para casarme mañana, tal vez nunca lo haga. Ni tampoco sé si los sentimientos de *lord* Pembroke perdurarán en el tiempo. Puede que solo sea un capricho.

—Aun así, confías tanto como para viajar a solas con él. —Rose Mary tomó la mano de Kat entre las suyas—. Mi querida amiga, todavía no he experimentado el amor, aunque, sé a ciencia cierta que es maravilloso y también aterrador. Y antes de que sucumbas del todo, quiero asegurarme de que, al menos, lo hagas con las armas adecuadas. Para eso mismo me preparo yo.

Kat alzó los ojos en señal de derrota.

—Tu manera de cuidar de mí es tan extravagante como tú.

—Por supuesto.

Ambas mujeres volvieron las cabezas hacia el volumen.

—Hay una frase que me encanta —continuó Rose Mary—: «Los placeres son tan necesarios como el alimento para nuestra existencia y bienestar». El texto original está en verso, pero *lady* Bessborough pagó una gran suma de dinero para que se escribieran varias copias en nuestro idioma y le entregó una de ellas a *lady* Susan para que divulgara su mensaje. —Rose Mary fue pasando páginas hasta detenerse en una que cubrió con la palma de su mano —. Te ruego que no chilles ni te desmayes. Es de suma importancia que te abras a la experiencia.

—Después de lo que vi la otra tarde, no creo que me asuste.

Rose Mary la miró con un gesto misterioso y contó hasta diez. Kat aguantó la respiración cuando su amiga descubrió lo que se hallaba en esa cuartilla. Nada más y nada menos que un sinfín de figuras de hombres y mujeres en diferentes posturas obscenas, entrelazados por piernas, brazos y lo más sorprendente por unos miembros grandes y extraordinarios introducidos en las damas, que parecían disfrutar, y eso fue lo que más le extrañó de aquello. Kat no se movió, temerosa que el resto de la casa se enterara del pecado que cometía.

—El *Kamasutra* nos enseña que las mujeres deben dominar sesenta y cuatro talentos para completar sus artes amatorias —habló Rose Mary después de un largo silencio para que Kat asimilara lo que veía.

—¿Quieres decir que aquí hay sesenta y cuatro maneras de realizar el acto marital?

—No, Kat, de dar y recibir placer.

—¿Y tú cómo sabes que proporciona gozo en la mujer y no es una tortura?

—Me guío por el instinto, y *lady* Susan no me engañaría. Las ha probado todas.

Por inercia, Kat se cubrió el rostro escandalizada.

—No me parece adecuado que hablemos de esto sin que ella esté presente.

—¿Quieres que la llame?

—¿Serías capaz?

—La verdad es que no —rio Rose Mary—. Solo quería compartir contigo este asombroso descubrimiento. ¿O tienes intención de permanecer virgen aunque seas viuda?

—Y dale con el tema. No lo soy, o eso creo. Algo hice en mi noche de bodas, pero no eso. —Kat señaló los dibujos.

—Una de las enseñanzas del club es la de abrazar nuestra naturaleza femenina y no amputar el placer sexual que Dios nos otorgó, por mucho que se predique lo contrario.

—Siempre he escuchado que lo que tú denominas *placer* es cosa del diablo.

—Lo reconozco, soy Lucifer disfrazado de criada y he venido a corromperte. —Rose Mary se alzó imponente con las manos en forma de garra.

Kat le lanzó un cojín a su amiga y así empezó una guerra de almohadas que acabó con ambas exhaustas encima de la cama.

—Te echaré de menos, Rose —habló Kat con tristeza.

—Siempre estaré aquí esperándote, hasta que me case con un *lord.* Entonces serás tú la que me busque. ¿Lo prometes?

—Juro que si te casas iré a visitarte con este libro y te recordaré tu deber como esposa.

Rose Mary se incorporó y la abrazó con ímpetu.

—Ten cuidado en Londres. Dicen que la vida en la ciudad es dura y más para mujeres como nosotras.

—¿Olvidas que nací allí?

—Todavía no eras libre como ahora. Saber que tienes el control de tu futuro da vértigo, ¿no crees?

Kat asintió y correspondió el abrazo de su única amiga.

Al quedarse a solas intentó olvidar, sin conseguirlo, las imágenes que había visto en ese estrafalario libro y notó una extraña sensación en el bajo vientre. Por primera vez en su vida se permitió el deseo de deslizar su mano hacia allí y jugar con su vulva. En su mente se desdibujaron los insólitos cuerpos del *Kamasutra* y apareció ante ella uno solo, el de Alexander. Arqueó la espalda en el momento que su rostro fue tan nítido que sintió de nuevo el mismo gozo que él le provocó en el bosque con sus dedos hundidos en ella. Sí, definitivamente eso era placer, y no quería que fuera la última vez que lo alcanzara.

Capítulo 35

El cielo apenas empezaba a teñirse de un gris perlado cuando Alexander llegó frente al portón de hierro forjado de la residencia de *lady* Susan. La niebla matutina envolvía los jardines como un velo espectral y el aire frío cargado de humedad se colaba incluso bajo su abrigo de lana.

Kat apareció por la puerta principal con una capa oscura que ocultaba sus formas y una pequeña bolsa. *Lady* Susan, de pie junto a ella, murmuraba palabras que Alexander no alcanzó a oír. Supuso que eran consejos de última hora. Kat por fin caminó hacia él con la cabeza alta y con pasos apresurados, temerosa que algo o alguien la detuviera en el último momento. Él extendió una mano enguantada cuando estuvo cerca.

—¿Lista? —preguntó, más para disipar la tensión que como una verdadera consulta.

Kat sin mirarlo murmuró un escueto «sí» que apenas se oyó sobre el crujido de la grava bajo sus botas.

Caminaron juntos en silencio durante el recorrido hasta el pueblo, donde les esperaba la diligencia pública, una estructura tosca y pesada pintada de negro y rojo, que ya tenía ocupantes. Los hombres que aguardaban junto al vehículo los miraron con curiosidad, algunos con evidente desdén ante la inesperada presencia de una mujer tan bien vestida. Alexander apretó los labios, acostumbrado al juicio velado que la sociedad reservaba para cualquier dama que rompiera las convenciones.

Cuando subieron al vehículo, Kat se sentó junto a una ventana, mientras Alexander se colocó a su lado y se aseguró de que la capa de ella cubriera cualquier detalle llamativo de su atuendo. La diligencia arrancó con un traqueteo que sacudió a los pasajeros y el murmullo de los tipos al fondo del vehículo pronto se convirtió en comentarios que apenas disimulaban su intención.

—¿Y a dónde va una dama como usted tan temprano? —preguntó uno de ellos, un caballero robusto con un sombrero raído y

una sonrisa que parecía más una mueca.

Kat no respondió. Alexander sintió cómo su postura se tensaba. Otro muchacho con el cabello revuelto, habló sin tapujos.

—Si necesita compañía estamos aquí para servirle y si con uno no tiene suficiente… ya sabe…

La risa tosca que siguió hizo que Alexander se girara en su asiento con un movimiento rápido y calculado. Su mirada helada recorrió a los hombres con la precisión de un cuchillo.

—Si tienen algo que discutir, les sugiero que lo hagan entre ustedes. La dama está conmigo y no necesita la atención de nadie más —sentenció con voz firme.

Ambos individuos se encogieron de hombros, sin embargo, sus miradas no perdieron la insolencia. Uno de ellos habló en voz tan baja que Alexander no alcanzó a oírlo, pero el tono era suficiente para adivinar la ofensa. Kat, mientras tanto, mantenía la vista fija en el paisaje que pasaba por la ventana, con las manos apretadas en el regazo.

—Ignóralos. Son tipos sin modales ni oficio. No merecen ni un pensamiento de tu parte —dijo él con suavidad.

Kat asintió. Parecía calmada, no obstante, cuando alzó la vista, su expresión era de incomodidad.

—No me importa lo que digan. No quiero causar más problemas.

Alexander negó con la cabeza y apretó la mandíbula.

—Tú no eres el problema, sino la ignorancia.

El resto del trayecto transcurrió en un tenso silencio, roto solo por las sacudidas de la diligencia al pasar por baches del camino. Al llegar a la posada donde harían una parada y pernoctarían, Alexander ayudó a Kat a bajar antes de que alguno de los otros pasajeros tuviera la oportunidad de aproximarse.

—Estamos más cerca de Londres —dijo en un intento de aliviar los nervios.

Alexander sintió que su confianza crecía con cada paso que daban juntos hacia la seguridad del bullicioso salón de la posada. Por ahora, la amenaza de los murmullos quedaba atrás, de todos modos, sabía que en Londres les aguardaban desafíos mucho mayores.

Alexander se apoyó contra el mostrador y tamborileó con los dedos enguantados sobre la madera gastada mientras aguardaba al posadero. La hospedería era modesta, un lugar de paso para mercaderes y viajeros. Los hombres que la frecuentaban tenían rostros endurecidos por el trabajo, el alcohol o la malicia. La mirada calculadora de Alexander escudriñó cada rincón del salón para evaluar las amenazas.

Kat permanecía sentada en un banco junto a la chimenea, con la capa echada sobre los hombros sin intención de quitársela ni aunque el fuego empezara a perlar su frente de sudor. Alexander podía ver la sombra de la fatiga en sus ojos. Había algo desgarrador en la imagen de ella, tan decidida a sostener su dignidad incluso en un lugar que no le ofrecía un asilo en condiciones.

El mesero, un hombre de mediana edad con un delantal cubierto de manchas, se acercó con aire apresurado.

—¿Una o dos habitaciones, señor? —Miró de soslayo a Kat.

Alexander vaciló por un instante. Dos habitaciones significarían dejar a Kat sola en un lugar donde los muros eran finos como el papel y los candados apenas servían de adorno. Había vivido suficientes noches de taberna para saber lo que ocurría cuando el licor corría sin medida. El peligro no era una posibilidad, era una certeza.

Su mirada volvió a ella. La idea de que algún gañán borracho pudiera siquiera acercarse a su puerta le provocó arcadas. No, no podía permitirlo.

—Una habitación —respondió con voz firme—. ¿Sabe dónde puedo conseguir un par de anillos?

El tipo le guiñó un ojo y señaló hacia una vitrina polvorienta al final del mostrador. Entre dagas, hebillas y baratijas, Alexander divisó un par de anillos de plata. No eran elegantes ni refinados, pero servirían.

Pagó y caminó hacia Kat. Ella lo observó con preocupación mientras se sentaba a su lado y le extendía una de las sortijas.

—¿Qué es esto? —preguntó, desorientada.

—Un plan para mantenernos a salvo —Alexander se quitó los guantes y con disimulo deslizó el aro en el dedo anular.

—¿Quieres que pretendamos estar casados?

—Así es. Nadie se atreverá a cuestionar nuestra presencia en una sola habitación si creen que somos marido y mujer. De lo contrario, este lugar podría convertirse en una trampa peligrosa para ambos —dijo él con una seriedad que no admitía réplica.

Kat sostuvo el anillo en su palma, dudosa.

—Esto es una locura —murmuró, aunque había un atisbo de gratitud en su voz.

—Tal vez lo sea —concedió Alexander—, pero es necesaria.

Después de la cena, en la que las miradas se habían atenuado al comprobar que parecían una pareja recién casada con alianzas incluidas, ambos decidieron que era hora de descansar después de un viaje tan largo. Mientras subían por la estrecha escalera hacia el piso superior, Kat rompió el silencio.

—Eres un hombre lleno de recursos, *lord* Pembroke.

Él se permitió una leve sonrisa mientras su mirada seguía alerta.

—Y tú, *lady* Katherine, eres una mujer con una paciencia admirable.

—Lo que soy es una viuda descarriada que se ha dejado engañar por un desalmado pero atractivo caballero.

—¿Así que soy desalmado por querer protegerte?

—Por engañarme y hacerme creer que soy tu esposa.

—Míralo desde otro punto de vista: podrás comprobar como es la vida conmigo antes de comprometerte, y si te hago feliz solo debes darme el «sí, quiero».

Capítulo 36

La habitación era pequeña, apenas iluminada por el resplandor tímido de la vela que Alexander había encendido y dejado sobre la mesilla. Kat se movió con torpeza, aún aturdida por el vértigo del día, mientras su mirada vagaba por los muebles austeros: una cama de madera tosca, una silla de respaldo recto y un armario que parecía a punto de desmoronarse. No era el entorno que había imaginado para compartir su primera noche con Alexander. El destino raras veces se ajustaba a las expectativas.

Por su parte, él parecía imperturbable. Se quitó la chaqueta con movimientos medidos, la colgó en el respaldo de la silla y luego desató el lazo de la camisa sin prisa.

—Hace frío, métete en la cama —dijo mientras señalaba el colchón que ocupaba el centro de la alcoba—. Dormiré en la silla.

Kat, que había permanecido con la espalda en la pared, lo observó de reojo. Una punzada de decepción se instaló en su pecho. No era que quisiera una declaración de amor o un arrebato de pasión, sin embargo, una parte de ella esperaba que Alexander la mirara con el mismo deseo que había percibido en el bosque días atrás.

—No seas ridículo. Es grande y cabemos ambos. No hay necesidad de que pases la noche incómodo —respondió ella al mismo tiempo que se sentaba al borde del camastro y se quitaba la capa.

Alexander inclinó la cabeza, aceptó la lógica de su respuesta y, sin más ceremonias, se desprendió de las botas. Kat buscó el mínimo de privacidad en aquel espacio tan reducido y se despojó del vestido quedándose con una simple camisola y unas enaguas. Se deslizó con rapidez bajo las mantas con anticipación.

Alexander ocupó el lugar a su lado con una calma inusitada. Durante varios minutos, ninguno de los dos habló. La respiración de él era constante, una presencia reconfortante en la penumbra. Kat,

incapaz de contenerse, apoyó la cabeza en el brazo que había extendido y lo miró decidida.

—Pensé que intentarías besarme —murmuró, apenas consciente de que había hablado en voz alta hasta que sintió cómo Alexander tensaba los músculos.

Él la miró sonriente, sin burla ni reproche en su expresión.

—Créeme, nada me complacería más. Pero no aquí, no de esta manera.

Kat buscó en su rostro algún indicio de falsedad y no encontró ninguno. La franqueza de sus palabras pretendía ser un bálsamo inesperado para su corazón, tan acostumbrado a las conspiraciones de su madrastra; aun así, se sintió traicionada.

—Entonces, ¿por qué…? —comenzó. El anhelo de saber más se apagó antes de terminar la pregunta. ¿De qué serviría? Estaba claro que no era suficiente para él.

—Porque quiero que confíes en mí. No como un hombre cualquiera, sino como alguien que estará a tu lado en todo momento, sin importar las circunstancias —contestó él, y la solidez de su respuesta la dejó sin aliento.

La intensidad de su mirada la estremeció. Sin decir nada más, Alexander la rodeó con un brazo y la acercó de manera protectora. Kat apoyó la cabeza en su pecho y escuchó el latido constante de su corazón. Al fin dejó que el calor de su cuerpo disipara las dudas que aún la perseguían.

El sueño la venció poco después y, cuando despertó, la luz del amanecer ya se filtraba a través de las cortinas ajadas. *Lord* Pembroke seguía junto a ella, su brazo aún firme a su alrededor, y una sensación de calma desconocida la invadió.

Por primera vez, Kat se permitió pensar que quizás, solo quizás, él era diferente a como había creído en un principio. Y su corazón, tan habituado a levantar muros, comenzó a ceder.

—Buenos días. ¡Hoy estás preciosa! —dijo Alexander nada más abrir los ojos y una atractiva sonrisa se formó en sus labios, tanto que estuvo a punto de besarlo sin su consentimiento.

Menos mal que los gritos del exterior la detuvieron. El cochero se desgañitaba para informar que la diligencia estaba a punto de

partir. Ambos corrieron a vestirse para bajar raudos y ocupar sus asientos, nerviosos por llegar a Londres cuanto antes.

***

Alexander le dio unas monedas de más al conductor para que detuviera el carruaje frente a un edificio alto y estrecho, con una fachada ajada que reflejaba más historia que lujo. Descendió primero y extendió una mano para ayudar a Kat.

—¿Este es tu piso? —preguntó, e intentó ocultar la sorpresa en su tono. No era el Londres aristocrático en el que solía residir en vida de su padre.

—Mi refugio, un lugar discreto donde quedarnos estos días. No es un palacio, pero tiene su encanto —comentó Alexander con una sonrisa ladeada.

Entraron al edificio y los recibió una mujer corpulenta de rostro rubicundo que llevaba un delantal manchado. Escrutó a Kat con una mirada de suficiencia, con las manos plantadas en las caderas, y después, de manera deliberada, la evitó para centrarse en él.

—*¡Lord* Pembroke! —arrastró las palabras con un deje que a Kat le pareció más cómico que respetuoso—. Pensé que ya no se dignaría a aparecer por aquí después de tanto tiempo. ¿Ha decidido venir a recuperar fuerzas antes de su próxima conquista?

Kat parpadeó, sorprendida por el descaro. Alexander, sin inmutarse, se limitó a soltar una carcajada.

—Señora Bing, siempre es un placer escuchar su elocuencia —respondió mientras subían las escaleras con la mujer pisándoles los talones.

—Claro, claro —continuó la casera, sin hacer caso del tono ligero de Alexander—. No es que una quiera meterse, ya he tenido que limpiar manchas de carmín en esas sábanas más veces de las que puedo contar.

Kat sintió que sus mejillas se encendían, sobre todo al comprobar que él mantenía una compostura natural, como si aquella conversación fuera de lo más corriente

—¿Y quién es esta señorita? ¿Otra de sus visitas? A ver si esta es más aseada que la última. —La mujer la miró de arriba abajo de nuevo.

Antes de que Alexander pudiera responder, Kat alzó la barbilla, indignada ante tanta mala educación.

—Soy su esposa. La marquesa de Pembroke. Por lo que le ruego un poco de decoro.

La señora Bing se quedó boquiabierta, tan pálida que parecía que estuviera a punto de sobrevenirle un vahído.

—¿Esposa? —repitió, incrédula—. ¡No llevaba usted anillo la última vez que vino, *milord*!

Con toda la calma del mundo, Alexander se quitó los guantes de cuero y dejó que la sortija de plata reluciera bajo la luz tenue del rellano que se filtraba por una rendija de una pequeña ventana. Kat siguió su ejemplo, orgullosa de cerrar la boca a esa chismosa.

La casera dio un respingo y, sin mediar palabra, hizo una torpe reverencia con la que casi pierde el equilibrio.

—*Milord*, *milady*, perdonen mi atrevimiento. No tenía idea… ¡Si lo hubiera sabido! —farfulló, tan roja como una amapola en pleno verano.

—No se preocupe, señora Bing. Su devoción por la discreción es admirable y espero que continúe así. —Alexander contuvo la risa.

La mujer murmuró algo ininteligible, se inclinó una vez más y desapareció escaleras abajo a toda prisa, dejando tras de sí un eco de pasos atropellados.

Cuando quedaron a solas, Kat no pudo contenerse más y estalló en carcajadas. Alexander la miró con ojos chispeantes.

—Eres una actriz brillante, marquesa. Hasta yo me lo he creído.

—Y tú, un bribón consumado —replicó ella entre risas—. ¿Cuántas veces te habrán confundido con un libertino aquí? —Kat quiso parecer distendida, pero le dolió comprender que quienes le habían advertido del comportamiento licencioso de Alexander estaban en lo cierto. Y su oportunidad de tener una vida tranquila se iba al garete. Los hombres atractivos nunca eran de fiar.

—Digamos que mi reputación tiene cierto peso. Y sé que no puedo cambiar el pasado. Ya no soy ese hombre que necesitaba

distraerse de su propia realidad; ahora me gusta lo que hay en mi vida —admitió, guiñándole un ojo antes de abrir la puerta de su piso.

Al entrar, Kat se sorprendió tanto que no le dio tiempo a disimular. La decoración era elegante, aunque desordenada, con libros apilados en los rincones, una mesa cubierta de papeles y una sensación palpable de que aquel lugar había albergado demasiadas historias, y no todas honorables.

—¿Te has arrepentido de venir? —preguntó Alexander tras cerrar la puerta.

Kat se giró con la sonrisa helada. No sabía qué pensar.

—Todavía no. Pero si me haces dormir en una cama que parece un club social de cortesanas, entonces tal vez sí.

—Ahora mismo llamo a un chambelán para que tire el colchón por la ventana y nos traiga uno nuevo.

—¿Harías eso por mí?

—Eso y mucho más, no lo dudes.

Kat se deshizo al notar su tono meloso. Sabía que lo que experimentaba no era real. A esas alturas le daba igual, jugaba a ser la señora de la casa para desterrar la culpa. Lo único que le interesaba era restaurar el honor de nacimiento de su hermana, y ella… ya lo pensaría luego. Por primera vez desde la muerte de su padre se sintió ligera, casi feliz.

Capítulo 37

Lady Asbourne paseaba por los amplios corredores de la majestuoso mansión de los Grenville con la mirada afilada de quien sabe medir el peso de cada alfombra y la antigüedad de cada retrato. El duque y la duquesa de Grenville la acompañaban un paso por delante, como buenos anfitriones. La casa era un espectáculo de refinamiento, con techo altos adornados con frescos, muebles de madera maciza y aparadores con colecciones de figuras de porcelana de la China, aunque la que más enorgullecía a la duquesa era dos figuritas de perro de Staffordshire, que databan del siglo XVIII.

—En Londres, mis habitaciones eran más espaciosas —comentó lady Asbourne con su voz melosa mientras deslizaba una mano enguantada sobre la barandilla del piso superior.

La duquesa respondió con una sonrisa que apenas movió los labios.

—Es una casa confortable para el campo y será un honor para nosotros recibir a *lady* Beatrice como nuevo miembro de la familia… si llegamos a un acuerdo, claro está.

El duque, por su parte, caminaba con las manos cruzadas a la espalda, y miraba preocupado a su esposa como si no quisiera que hablara de más. Agnes, sin embargo, no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad.

—Por supuesto que nos entenderemos. ¿Y en qué ala estarán mis estancias? Quiero asegurarme de que *lady* Beatrice esté bien instalada y necesitará mi ayuda, al menos durante el primer año de matrimonio. —Se detuvo frente a una puerta tallada que se abría a un salón privado.

La duquesa intercambió una rápida mirada con el duque, quien carraspeó antes de responder.

—Bueno, eso aún está por decidir. Hay varias opciones que considerar.

Beatrice, que caminaba al lado de su madre, frunció el ceño y le dio un codazo.

—Ya habrá tiempo de discutir esos detalles. ¿Y *lord* Pembroke? Hace días que no lo veo.

El duque, sorprendido por la pregunta, vaciló un momento antes de responder.

—La verdad, no estamos del todo seguros.

Lady Asbourne alzó una ceja, interesada.

—¿Cómo que no están seguros? ¿Es que no está aquí?

La duquesa fue quien intervino con una convicción tajante.

—*Lord* Pembroke suele disfrutar de escapadas espontáneas a Londres. No se preocupe. Volverá para el baile y el anuncio del compromiso.

Beatrice no pudo ocultar una mueca de insatisfacción.

—¿Es que no va a realizar una pedida de mano en condiciones?

No era algo que le preocupara a Agnes. El romanticismo estaba bien para los jóvenes que aún creían en el amor. Y, por como se había tomado Beatrice la noticia de la desaparición de *lord* Pembroke, estaba claro que su hija padecía de un enamoramiento peculiar, teniendo en cuenta que la pareja no había pasado mucho tiempo juntos. Ahora que lo pensaba, solo habían intimado en los pocos bailes que este le había otorgado a su hija. Debería hablar seriamente con ella y explicarle que el matrimonio era más que una sonrisa y un roce de manos. Bien sabía ella que la convivencia arruinaba cualquier apego y lo que se suponía que sería la felicidad completa se traducía en una traición. Así había sido con sus dos maridos: el primero, con mujeres de la vida, y el segundo por la devoción que sentía por su esposa muerta y la hija de esta. Después de los dos primeros años de desposorio, apenas le hizo caso. Felicity fue un milagro.

—Estoy segura de que habrá una pequeña ceremonia con alianza incluida —argumentó *lady* Asbourne más bien como un desafío que como una sugerencia.

—Por supuesto. ¡A eso ha ido a Londres mi hijo, a comprar el anillo! —La duquesa sonrió con un gesto de circunstancias.

—¡Yo creía que sería el del escudo de los Grenville, el que lleva un diamante rosa en el centro! —propuso Agnes con osadía.

—¿El de mi madre? —espetó el duque contrariado.

—Es el más valioso, ¿no es así? Y mi hija se merece lo mejor.

—Lo guardamos en la caja fuerte y solo se muestra en ocasiones especiales —comentó la duquesa con rabia contenida.

—Y luego, de vuelta a la caja —concretó el duque.

—La seguridad es lo primero. En cuanto se realice la pedida de mano y se anuncie el compromiso lo pondremos a buen recaudo. —La frase sonó a una orden que Agnes destiló con audacia.

—*Lord* Pembroke siempre ha tenido un espíritu libre y eso de las tradiciones no es para él —comentó el duque, en un intento por salvaguardar su joya más preciada.

Lady Asbourne sonrió con una dulzura calculada, pero en su interior sintió un ligero hormigueo de alarma. No le gustaba la incertidumbre, y menos cuando se trataba del futuro de su hija. Sospechó que quizás las deudas de esa familia eran más considerables de lo que le contaron. ¿Y si habían vendido el anillo? Tenía planes para ese diamante rosa: dividirlo en tres partes para lucirlo como adorno en la sortija de prometida de su hija, unos pendientes para ella, y una pulsera para Felicity. Dado que en cuanto se casara esa maravilla rosada sería propiedad de la novia, la futura duquesa de Grenville, es decir de Beatrice, y podría hacer con ella lo que quisiera.

—¿Podemos echarle un vistazo? Me quedaría más tranquila sabiendo que su hijo no se la ha llevado a Londres.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —se molestó la duquesa.

Agnes se encogió de hombros.

—Mi hijo puede ser descuidado. ¡Nunca un ladrón! —dijo el duque mientras se sacaba una llave diminuta del bolsillo.

—¡Por Dios, yo no insinuaba eso…, pero ya que estamos…! —exclamó Agnes, y siguió con determinación al duque a sus dependencias.

—Nunca he visto un diamante rosa. ¡Qué ilusión! —comentó emocionada Beatrice.

—Cierra la boca, no te comportes como una plebeya —susurró su madre.

Llegaron hasta el despacho del duque. Este las instó a que le esperaran tras la puerta. Al cabo de unos minutos llamó a su mujer

para que pasara al interior. Después de un lapso de tiempo que a *lady* Asbourne le pareció eterno, salió el matrimonio con el rostro desencajado.

—El anillo está a buen recaudo, no se preocupe —habló por fin la duquesa.

Agnes levantó de nuevo una ceja.

—¿Y ya está? Creía que iban a mostrárnoslo.

—¿Verdad que el novio no puede ver el vestido de la novia antes de la boda? Pues la prometida no puede ver el anillo antes de la pedida —argumentó con sensatez la duquesa.

—Pero… —Agnes hizo amago de querer entrar en la habitación

—Este es uno de los días más importantes de una mujer; la sorpresa y el agradecimiento deben ser naturales. No lo estropeemos —dijo la duquesa, y las dirigió hacia otra sala donde estaba preparado el té.

Lady Asbourne no creyó ni una palabra de esa mujer. Algo escondía. ¿Y si se había equivocado con los duques? ¿Y si el hijo era un jugador? ¿Debería haber apostado por Felicity en lugar de por Beatrice? Desechó ese pensamiento; todavía quedaban años hasta que su hija pequeña la pudiera compensar con un matrimonio ventajoso.

***

Al llegar a casa, la mesa estaba puesta para la cena con la única vajilla que había podido salvar de Londres, candelabros que iluminaban la sala con una calidez dorada y un menú digno, aunque no para paladares exigentes como el de ella. Cuántas ganas tenía de que Beatrice se casase y se desbloquearan las cuentas del banco. Ya no soportaba vivir más de esa manera. *Lady* Asbourne apenas tocó el caldo que le habían servido. Tenía la mirada fija en el asiento vacío de Kat y algo en ese espacio tan despejado desde hacía días le produjo una incomodidad que, como de costumbre, no dejó pasar. Su intuición nunca la defraudaba.

—¿Dónde está Kat? —preguntó con la alarma en su voz.

Felicity levantó la vista de su plato y respondió demasiado rauda.

—Tiene jaqueca. Dijo que prefería quedarse en su habitación.

—¿Otra vez? —alargó las palabras sin creerlo. Luego miró a su hija mayor con más atención—. ¿Hace cuánto que no la ves?

Beatrice jugueteaba con la cuchara. No era muy amante de las sopas.

—¿Qué importa eso? Estamos mejor sin ella.

—¡Es nuestra hermana! —se quejó Felicity.

—Hermanastra —rebatió Beatrice.

—¡Contesta de una vez! ¡Es importante! —chilló Agnes.

Beatrice tragó saliva

—¿Dos días?

La incomodidad de la señora Bryan, que dio un respingo al escuchar la respuesta, no pasó desapercibida para *lady* Asbourne. Sentía cómo una inquietud comenzaba a instalarse en su pecho, un presentimiento que intentó sofocar con rapidez.

—Señora Bryan —se giró hacia el ama de llaves, que estaba a punto de dirigirse la cocina con los platos sucios—, prepare una infusión de tila para *lady* Katherine. Quizás eso le alivie.

El ama de llaves asintió y se retiró con un leve cabeceo. Mientras se alejaba, *lady* Asbourne quedó pensativa con la mirada ausente. Algo no encajaba. Se levantó de su asiento con el ímpetu de un soldado y el arrojo de un general. Salió al vestíbulo justo cuando la señora Bryan regresaba con la bandeja.

—Déjemela a mí. Yo se la llevaré —dijo con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora.

El ama de llaves vaciló un momento, pero al fin se la entregó. Justo cuando Agnes pretendía subir las escaleras, Felicity la alcanzó y le tomó del brazo con suavidad.

—Madre, quizás deberíamos dejarla descansar. Kat odia que la molesten cuando no se siente bien.

Lady Asbourne se detuvo y la contempló con atención.

—¿Por qué insistes tanto en que no la visite? —preguntó con un tono que bordeaba la sospecha.

Felicity apartó la mirada.

—Estará dormida. No quiero despertarla después de la mala tarde que ha pasado por culpa de la migraña.

Soltó el brazo de su hija y continuó escaleras arriba. Al llegar al pasillo, se detuvo frente a la puerta de la habitación. La tensión del momento y su intuición le aceleró el pulso. Giró el pomo y abrió sin dudar.

La habitación estaba ordenada, como siempre. Las cortinas corridas y la cama hecha con cuidado. Ni rastro de su hijastra.

Lady Asbourne se quedó inmóvil con la bandeja aún en las manos. Luego giró la cabeza con lentitud hacia Felicity, que la había seguido y la miraba con nerviosismo.

—¿Dónde está? —preguntó con tanta calma que resultó aterradora.

La pequeña fue incapaz de sostener la mirada de su madre.

—Yo… no lo sé.

—¿Al menos puedes decirme si dormiste con ella anoche?

Felicity se encogió de hombros, horrorizada.

—¡Compartes cama y habitación! ¡Debes saberlo!

Agnes dejó la tila en la mesilla de noche. Se cruzó de brazos.

—¡Te encerraré con llave en el cuarto más oscuro de esta casa hasta que no me digas dónde está Kat! —Sabía que su hija temía a la oscuridad más que a nada, por eso de pequeña se escapaba a la cama de Kat. Decidió que hasta que no se le pasara esa tonta aversión dormiría con ella.

—¡No te creo! —le desafió Felicity.

—¡Serás insolente! Ahora mismo te confino en el sótano junto a los cadáveres de los antiguos dueños de esta casa. —La agarró del brazo y la arrastró por el suelo dispuesta a cumplir su promesa.

Felicity lloró de rabia y pataleó hasta que se vio delante del pórtico húmedo que sería su cárcel si no hablaba.

—¡Está con *lady* Susan! —Fue la señora Bryan quien confesó.

—Pensaba llevarla conmigo en cuanto me mudara a la mansión Grenville. Despídase de eso. ¿Cómo ha sido capaz de traicionarme de esta manera?

—No pensé que fuera tan importante para usted, al revés, creí que sería un alivio no tenerla cerca.

Hubiera sido un consuelo a su llegada a Woolriver, pero no en ese momento, con las cosas que había tenido que hacer para lograr dar el salto y hacerse con la riqueza de su difunto esposo y con la que quedaba de los duques de Grenville.

Esa certeza de que Kat era la piedra en el zapato que no la dejaba seguir por el camino que había trazado se había hecho más fuerte a medida que se acercaba la boda de Beatrice con *lord* Pembroke. El que los dos hubieran desaparecido al mismo tiempo no le daba buena espina. Quizás se debía a casualidades. No estaría convencida hasta que no viera con sus propios ojos que su hijastra estaba con la infame de *lady* Susan y no en Londres. Cogió su capa y llamó a voces a la señora Bryan. Era el momento de descubrirlo.

Capítulo 38

Lady Asbourne caminaba con paso firme sin importarle manchar los bajos del vestido de barro debido a la humedad de la noche. Hacía tiempo que no se podía permitir un carruaje en propiedad. La caminata había sido más ardua de lo previsto, sin embargo, no estaba dispuesta a detenerse hasta obtener respuestas. La señora Bryan la seguía a corta distancia, cargaba con un pequeño farol que proyectaba sombras alargadas en el sendero que conducía a la imponente mansión de los Hall.

La verja estaba cerrada, aunque no con llave. Agnes empujó el portón con decisión y el chirrido metálico resonó en el silencio como una advertencia. La mansión, envuelta en penumbra, parecía más un castillo encantado que el hogar de una dama de renombre. Las ventanas altas y estrechas dejaban escapar un tenue brillo que indicaba que la casa no dormía del todo.

—*Milady*, quizás deberíamos regresar por la mañana —aventuró la señora Bryan, y alzó el farol para espantar la inquietud.

—¿Y dejar que jueguen con mi paciencia? De ninguna manera. Necesito saber si mi hijastra está aquí.

Subieron los escalones hasta la puerta principal. *Lady* Asbourne alzó la aldaba de bronce y golpeó con firmeza. El sonido resonó como un trueno. Pasaron unos minutos hasta que unas zancadas se acercaron desde el interior. La puerta se entreabrió, revelando el rostro severo del mayordomo, un hombre alto y delgado con un aire autoritario que no flaqueaba ni a esas horas intempestivas.

—*Lady* Asbourne, ¡qué inesperada visita! —saludó con una inclinación apenas perceptible.

—Inesperada, quizás, pero no menos urgente. Necesito hablar con *lady* Susan.

El mayordomo no se movió. Su mirada, imperturbable, permanecía fija en ella.

—Lamento informarle de que su señoría ya se ha retirado a descansar.

—¡Despiértela entonces! ¡Esto no puede esperar! —replicó Agnes con una firmeza que habría hecho temblar a cualquier otro.

—Me temo que no es posible. *Lady* Susan dejó órdenes estrictas de no ser molestada bajo ningún concepto.

Agnes sintió cómo la irritación subía por su cuello como un calor abrasador. Dio un paso hacia adelante y obligó al mayordomo a retroceder.

—Escúcheme bien: estoy agotada, he caminado más de lo que es razonable para una dama de mi posición y no estoy de humor para jugar a las formalidades. Dígale a *lady* Susan que estoy aquí o deje que entre y lo haré yo misma.

Antes de que el hombre pudiera responder, una voz femenina se escuchó desde las sombras del vestíbulo.

—Déjalas pasar.

La presidenta del club de damas, envuelta en una bata de terciopelo con el cabello recogido de forma descuidada, se acercó con la dignidad de quien siempre tiene el control.

—¿A qué debo el honor de esta visita nocturna?

Agnes no perdió el tiempo.

—Estoy aquí por *lady* Katherine. Sé que está bajo su techo y exijo verla.

La expresión de *lady* Susan, a medio camino entre el asombro y la diversión, no le pasó desapercibida a la madrastra de Kat.

—Me temo que no la entiendo.

—No juegue conmigo. Si quiere preservar nuestra relación cordial, le sugiero que la traiga ahora mismo.

Lady Susan suspiró y miró al mayordomo con un gesto de resignación.

—Prepárales té en el salón. Esto tomará un tiempo. —Se giró hacia *lady* Asbourne y extendió un brazo para invitarla a entrar—. Pase, querida. Le advierto que no encontrará lo que busca de la forma en que espera.

Agnes accedió decidida. Por dentro sentía una punzada de duda. La señora Bryan, detrás de ella, murmuraba una oración inaudible para que esa noche no trajera más tormentas.

El té reposaba en la mesita entre ambas damas, intacto, como un símbolo irónico de la calma que allí no existía. *Lady* Susan, por su parte, se sentaba en su sillón favorito con la misma actitud de quien está a punto de jugar una mano de cartas con un adversario interesante.

—No se moleste en disimular. Sé que usted ha adoctrinado a mi hijastra con esas ideas suyas, propias de rituales paganos y de brujas. —*Lady* Asbourne fue la primera en dar la estocada.

La presidenta dejó escapar una suave carcajada, como si el comentario fuera una broma absurda.

—¿Brujas, dice? Querida, me halaga que me atribuya tanto poder. Me temo que *lady* Katherine no necesita que nadie le dé lecciones. Es una mujer con pensamientos propios y entiendo que eso pueda resultar incómodo para algunos.

Agnes golpeó la mesita con la punta de sus dedos. El té tembló sin llegar a derramarse.

—No me trate como si fuera una necia. Sé muy bien que ese club suyo de damas dedica su tiempo a actividades que no son ni propias ni aceptables para mujeres decentes. Es usted una mala influencia y no pienso permitir que arrastre a *lady* Katherine por ese camino.

—Ella no está siendo arrastrada a ninguna parte. Si se ha quedado aquí es por voluntad propia.

La insinuación de que Kat pudiera haber actuado sin el consejo de las damas del club encendió aún más a Agnes, quien se levantó de golpe y provocó que la bata de *lady* Susan oscilara.

—¡Ya he aguantado suficiente su insolencia! —El general que llevaba dentro estaba preparado para el combate. Se giró hacia la señora Bryan que no perdía detalle de lo que sucedía —. Traiga el farol. Vamos a revisar esta casa de arriba abajo.

La presidenta, sin moverse de su asiento, dejó que una sonrisa ladeada apareciera en sus labios.

—Espero que disfrute del recorrido. Si necesita ayuda para encontrar algo, no dude en llamar a mi mayordomo.

Lady Asbourne bufó, ignorando el sarcasmo, y comenzó a subir las escaleras. Revisó una por una las habitaciones de la casa. En

cada una de ellas encontraba camas bien hechas, armarios cerrados y una tranquilidad que solo aumentaba su frustración. Le impidieron el paso a las estancias de los amos donde descansaba el señor Hall, y también a los de la niñera y los mellizos. No tuvo más remedio que recular. Solicitó saber dónde estaba la alcoba para los invitados y el mayordomo le dirigió hacia una que no había sido registrada.

Giró el pomo con las manos temblorosas por la rabia contenida y empujó la puerta con fuerza, casi esperando encontrar algún espectáculo vergonzoso. La habitación estaba vacía. La cama no mostraba signos de haber sido usada.

Agnes sintió cómo la sangre se le helaba en las venas. Esta ausencia confirmaba lo que más temía: Kat no estaba allí y *lady* Susan le había tomado el pelo. Al girarse, la vio apoyada en la pared del pasillo, con los brazos cruzados y una expresión de serena satisfacción en el rostro.

—Como puede ver, *lady* Asbourne, no hay rastro de su hijastra aquí. Si me permite un consejo, tal vez debería confiar más en ella. Las mujeres jóvenes tienen una forma curiosa de encontrar su propio camino, le guste o no.

La aludida no respondió. Su furia contenida se transformó en un silencio gélido mientras descendía las escaleras con pasos rápidos. La señora Bryan, asustada, no se atrevió a consolarla. Al salir por la puerta principal supo que había perdido más que una batalla. No había duda que Kat y *lord* Pembroke estaban juntos. Debía actuar rápido.

***

Pese a ser ya de madrugada, *lady* Asbourne permanecía sentada en su escritorio de madera oscura, con un tintero de cristal y un plumín que se deslizaba con precisión sobre el papel. Mantenía una expresión permanente de desprecio. Había escrito y vuelto a escribir la carta hasta que las palabras le parecieron lo más creíbles para causar el impacto necesario.

¿Había huido Kat con *lord* Pembroke para casarse como dos forajidos? La idea no terminaba de encajar en su mente. Su hijastra era una muchacha de principios, rígida como su madre. Esa mujer a la que siempre había despreciado por su pureza inquebrantable, tal y como era el recuerdo que había quedado tras su muerte. Y Kat era igual, demasiado buena, demasiado recta e inconveniente para los intereses de *lady* Asbourne. La bondad era un lujo que solo aquellos sin ambiciones podían permitirse.

Lo que la atormentaba era la posibilidad de que Kat hubiera ido a Londres en busca de algo mucho más peligroso: la copia del bautismo de Felicity. Si ese documento salía a la luz antes de tiempo, la cuidadosa manipulación, de silencios estratégicos y verdades a medias, se desmoronaría como un castillo de naipes. Y eso no podía permitírselo. No hasta que la dote de Beatrice estuviera a buen recaudo. Por suerte, a la duquesa no le había interesado lo más mínimo ahondar en el chisme que todo el pueblo comentaba sobre la deshonra de *lady* Katherine y, por contrapartida, de Felicity.

El plumín arañó el papel dejando una línea seca y precisa:

«Al muy estimado doctor Thomas Monro del hospital psiquiátrico de Bedlam», comenzaba la carta. El tono de deferencia apenas disimulaba la amenaza implícita que subyacía en cada palabra. *Lady* Asbourne desplegaba su arte como una araña teje su red, detallando un relato ficticio en el que insinuaba que Kat sufría de fantasías perturbadoras y obsesiones impropias de una dama de su posición. Con habilidad, sugirió que cualquier consulta sobre el bautismo de Felicity no era más que el resultado de esas perturbaciones. Además pidió, con la cortesía de alguien que empuña una espada, que se le negara cualquier solicitud de información y se la internara por su bien, dado que los cuidados que ella le había dispensado ya no servían de nada y necesitaba de profesionales para curar su alma. Terminó recordando al doctor el favor que le debía, cuando años atrás intercedió para conseguirle ayuda económica y evitar que acabara en la prisión de Marshalsea, la cárcel de deudores del país. Y si en algún momento dudaba de su intervención, le aclaraba que ese era el momento idóneo para saldar cuentas.

Como poseída, no por las musas, sino por los demonios de su conciencia, escribió otra igual de rauda para un destinatario diferente: «Al muy estimado reverendo William Howley, de la iglesia de St. George's». En él le advertía de lo peligrosa que podía ser *lady* Katherine y que llamara enseguida al doctor Thomas Monro, quien estaba al caso de la lamentable situación y acudiría para intentar hacer entrar en razón a su hijastra.

Cuando terminó, lacró las cartas con un gesto decidido. Dejó caer una gota de cera roja en cada uno de los sobres antes de presionar su anillo con el emblema de los Asbourne contra ellos. Observó el sello satisfecha: un símbolo de control absoluto.

—Señora Bryan —llamó con voz firme.

El ama de llaves apareció en el umbral, aún ajustándose el delantal y con los ojos somnolientos.

—Mande estas cartas de inmediato. Que lleguen a Londres antes del final del día, cueste lo que cueste. Contrate un mensajero privado si es necesario. Estoy dispuesta a pagar de más por el cambio de los caballos en la posta. No hay margen para errores, ¿me ha entendido? Si no me traiciona esta vez, perdonaré su desliz y tendrá un hueco en la mansión de los Grenville.

La señora Bryan tomó los sobres sellados con ambas manos como si fueran una reliquia sagrada. Agnes la observó desaparecer por la puerta y solo entonces se permitió un largo suspiro. La ansiedad había comenzado a asentarse en su pecho como un nudo, sin embargo, no tenía tiempo para las emociones. Había demasiado en juego y su mente ya calculaba los próximos movimientos. Si Kat creía que podía desafiarla, se daría cuenta de que se adentraba en un terreno que no entendía. En este juego, *lady* Asbourne era la maestra, y no se detendría hasta ganar.

Capítulo 39

El colchón recién instalado aún tenía el olor fresco del lino nuevo y Kat se sentó sobre él con cautela, como si temiera que el más mínimo movimiento pudiera deshacer el arduo trabajo de los lacayos que lo habían cargado escaleras arriba. Alexander, en cambio, lo probó con el entusiasmo de un muchacho y se dejó caer de espaldas con los brazos extendidos.

—Perfecto, ¿no crees? —dijo con una sonrisa satisfecha mientras miraba el techo con aire desenfadado.

Kat reprimió un gesto de reprobación que apenas logró disfrazar.

—Supongo que ahora este lugar es más habitable.

Alexander soltó una carcajada.

—No compré este piso para que fuera habitable, sino porque está situado entre los dos Londres que conozco: el que se me impuso al nacer y en el que me refugié tras la muerte de mi hermano, el cual se ha convertido en mi cobijo. Es hora de dar una vuelta y perdernos por sus calles. Me muero por mostrártelo.

No esperaba que Alexander la arrastrara a explorar la ciudad, y más después del agotador día que habían tenido. Su curiosidad superó el cansancio, así que se alisó la falda del vestido con un gesto automático, se colocó el sombrero y un chal sobre los hombros, y lo siguió. Pronto se encontró caminando por las calles empedradas del barrio, con la noche casi al caer y el aire cargado de promesas.

No era la ciudad que conocía.

Había pasado su vida entre mansiones, rodeada de jardines impecables y salones donde los murmullos se mantenían siempre en el límite de lo apropiado. Los rincones que Alexander le mostraba eran diferentes: vivos, desbordantes de actividad. Los vendedores ambulantes gritaban sus mercancías, los niños corrían descalzos entre las sombras y las tabernas lanzaban risotadas y canciones al aire.

—¿Este es tu Londres? —preguntó sin ocultar su asombro.

Alexander la miró de reojo y sonrió con una mezcla de nostalgia.

—Es el que me enseñó a vivir. No hay galantería aquí, pero sí sentimiento.

La llevó por una callejuela donde una anciana con un chal remendado vendía empanadas de carne que olían a especias y grasa. Compró dos y le ofreció una. Ella vaciló un momento antes de aceptarla y le sorprendió la riqueza del sabor al primer mordisco.

—No esperaba esto. —Se lamió los dedos con un rubor apenas perceptible en sus mejillas.

—Ese es el problema en nuestro mundo, Kat. Es tan predecible, tan cuidado, que olvidas que hay más cosas allá afuera. Cosas imperfectas, reales —respondió él, con suavidad.

Llegaron a un pequeño patio escondido entre los edificios. Alexander la guio hasta la entrada de lo que parecía una taberna y Kat accedió asustada. Cada vez que intentaba avanzar, las suelas de sus botas se enganchaban en el superficie. El olor a cerveza y sudor se mezclaban; aun así, el jolgorio y la alegría que se respiraba resultaban cautivadores. Se sentaron en un reservado.

—Aquí solía venir cuando necesitaba escapar. Esta jarana me reconfortaba y me alejaba de lo conocido —confesó él con la mirada puesta en un grupo de hombres que tarareaban y se movían al compás de la canción que entonaba una camarera con un generoso escote.

Kat notó por primera vez la profundidad en los ojos de Alexander, una melancolía que no encajaba con el hombre despreocupado que había conocido.

—¿De qué huías?

Alexander rio con amargura.

—De lo mismo que tú: de expectativas, de obligaciones, de recuerdos dolorosos como la muerte de Edmund, de una vida que te dice quién debes ser antes de que tengas tiempo de decidirlo. Aunque ahora es distinto, porque nos hemos encontrado.

Kat bajó la vista al suelo. Por primera vez lo entendía. No era solo un libertino reformado; era alguien que había luchado contra sus cadenas de una manera que ella apenas empezaba a comprender.

La misma camarera que minutos antes distraía a la clientela les trajo dos pintas. Ambos dieron un sorbo. Kat, que nunca había tomado cerveza, se relamió los labios y emitió un leve gemido de deleite.

—Me siento igual que cuando fui por primera vez al mercado de Woolriver: el caos, los aromas, los colores estaban vivos, y yo sentí que despertaba después de un profundo sueño.

—¿Lo ves? Estamos hechos el uno para el otro. —Alexander agarró su mano en un momento de efusión.

—Estoy agradecida de que te hayas abierto a mí. Cada día que pasa te conozco un poco más y lo que descubro me agrada, aunque hay algo que todavía no me has mostrado —habló ella con una expresión divertida.

Alexander la interrogó con la mirada.

—¿Recuerdas lo que me dijiste en uno de nuestros primeros encuentros? Confesaste que eras asiduo a los bailes, pero no a las veladas de la aristocracia que estamos acostumbrados, sino a otras fiestas más entretenidas, y expresaste tu deseo de llevarme.

—¿Yo dije eso? En mi defensa argumentaré que no te conocía. Luego enseguida pasaste de ser una futura conquista a un anhelo permanente.

—Quiero ir —anunció de repente Kat con el aire retenido. El deseo de ver con sus propios ojos cómo se divertía la otra mitad de la población, entre la que nunca había estado incluida, le proporcionaba una agradable sensación de libertad.

—¿Quieres que te lleve a una fiesta clandestina?

—¿Se llaman así? ¡Me gusta el nombre! —exclamó ella con un tono travieso.

—¡Ni hablar! ¡No es sitio para una mujer decente!

—¿Sí para un caballero?

—Ya no soy el que era.

—¿Y cómo quieres que sea tu esposa si no me enseñas el hombre que fuiste y el que intentas ya no ser?

—No me líes, Kat, no estoy dispuesto a mostrarte esa parte de Londres.

—O todo o nada. —Kat se sorprendió a sí misma por aquel tozudo capricho. Sin embargo, pese al miedo que le daba entrar en un ambiente peligroso y desconocido, sintió que se merecía saber lo que el mundo le escondía.

Capítulo 40

La noche se extendía como un tapiz de estrellas y niebla mientras el eco lejano de los cascos de caballos resonaba en las calles adoquinadas. Había insistido tanto que Alexander no tuvo más remedio que ceder, aunque lo hizo con una advertencia seria.

—No es un lugar para damas —había dicho mientras se ajustaba los guantes con un gesto que parecía más para ganar tiempo que para proteger sus manos—. No obstante, si estás decidida a ir, te quedarás a mi lado toda la noche.

Kat contuvo una sonrisa triunfal.

Cuando llegaron al lugar, un edificio anodino en una calle lateral, nada indicaba la existencia de una fiesta. Solo una puerta estrecha custodiada por un hombre corpulento con un rostro inexpresivo. Alexander murmuró algo al oído del portero, quien los dejó pasar tras un escrutinio breve e incisivo.

Dentro, el ambiente cambió por completo. Esta vez la fastuosidad era más que evidente y sintió que su traje de viaje gris no era apropiado para la ocasión. Pronto lo olvidó. El desorden y luminosidad eran tan diferentes a las veladas que frecuentaba que la deslumbraron: lámparas de aceite arrojaban destellos cálidos sobre paredes cubiertas de terciopelo rojo y el aire estaba cargado de humo, risas y música. Los sonidos de un violín se entremezclaban con los graves acordes de un piano, y el perfume de flores marchitas competía con el de los cigarros y el brandi derramado.

—Bienvenida al Londres secreto, el que nunca encontrarás en los bailes de sociedad —dijo Alexander con una sonrisa apenas perceptible mientras la guiaba hacia el centro del salón.

Kat observó fascinada a las personas que llenaban la sala. Había mujeres con vestidos de colores tan inapropiados que le cegaron la vista. Las parejas bailaban unos tan cerca de otros que tuvo que cerrar los ojos ante lo indecorosos que le parecieron sus movimientos. Algunos se sentaban en rincones oscuros e intercambiaban miradas y caricias sin preocuparse por la discreción.

—¿Quiénes son? —preguntó aturdida.

—Artistas, actores, escritores y unos cuantos aristócratas que prefieren no ser reconocidos. —La respuesta de Alexander llegó con un tono de orgullo por haber pertenecido a ese círculo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Kat. Ese mundo le era ajeno. Parecía peligroso para una joven viuda, aunque también demasiado atractivo. La rígida moralidad de su crianza se mostraba como una sombra lejana en ese lugar donde las reglas se desmoronaban con cada carcajada.

—No puedo creer que esto haya estado aquí todo el tiempo —dijo, maravillada.

—Londres tiene muchas caras. La mayoría solo ve lo que le enseñan.

Un caballero atractivo con una melena desordenada y un pañuelo azul cobalto atado al cuello se acercó a ellos. Su sonrisa era deslumbrante y sus ojos, evaluadores.

—¿Nueva en estos lares? —se dirigió a Kat con un descaro que la estremeció.

—No tanto como para necesitar tus atenciones, James —intervino Alexander, y colocó una mano firme en la cintura de ella, un gesto que parecía más protector que posesivo.

El hombre levantó los brazos a modo de rendición antes de desaparecer entre la multitud.

—¿Siempre son así de osados? —Kat trató de recuperar la compostura ante tal atrevimiento.

—Más de lo que imaginas. Por eso te dije que este no es lugar para una dama.

Kat lo miró con un febril brillo en los ojos.

—Entonces, es donde quiero estar.

Alexander la estudió por un momento, como si viera algo nuevo en ella, y luego asintió con una leve sonrisa.

—Muy bien. Si te metes en problemas, no digas que no te lo advertí.

Una pareja que bailaba cerca empujó a Kat arrojándola a los brazos de Alexander. Animada por el vino dulce y la emoción de lo desconocido, se permitió el lujo de oler el aroma que desprendía el

cuello de su acompañante sin ningún tipo de pudor y seguir el ritmo de la música.

—¿Te diviertes?

Él se inclinó para que su voz llegara con claridad hasta ella. Su aliento le acarició la mejilla, y Kat tuvo que recordar que debía respirar.

—Más de lo que creí posible —respondió con una sonrisa que intentaba ser distendida, aunque aquel mar de indecencias que veía la superaban.

El espacio entre ambos se redujo de forma imperceptible mientras él guiaba su mano hacia la suya. Bailaron un vals distinto al de los salones. Sus caderas se buscaban, sus ojos se devoraban. Los roces se prolongaron más de lo necesario y una corriente eléctrica recorrió el cuerpo de Kat.

—Ven.

Alexander la llevó hacia un rincón más tranquilo de la sala, y la algarabía se redujo a un murmullo.

Se detuvieron junto a una mesa pequeña, en la que reposaba una pipa todavía humeante y una botella de vino con dos copas abandonadas. Ella hizo amago de agarrar la pipa para probarla. Esa noche quería desquitarse de lo que nunca una mujer debía hacer, como por ejemplo, fumar.

—No lo hagas. Es opio y te adormecerá en lugar de despertarte. Es demasiado fuerte para tu primera noche como una verdadera londinense.

Kat no preguntó qué era el opio, pese a que nunca había oído hablar de él. Su atención estaba centrada en Alexander, en la forma en que sus ojos oscuros parecían analizar cada detalle de su rostro, en cómo su voz grave hacía vibrar lo más profundo de su interior. La distancia que los separaba era mínima y el aire parecía más denso, más cálido. Kat percibió la sincronización de sus respiraciones. Le resultaba difícil apartar la mirada de su boca.

—¿Hay algo más que quieras mostrarme? —susurró, sin saber si era un desafío o una súplica.

Alexander sonrió con picardía y se acercó lo suficiente para que sus labios rozaran los de ella, apenas un toque, una fricción que

representaba más bien una promesa. Los murmullos de la sala, la música lejana, incluso las velas parpadeantes parecían desdibujarse. Lo único que existía era él, su proximidad abrumadora, el calor de su aliento mezclándose con el suyo.

—¿Quieres que me detenga? —murmuró Alexander con la voz tan baja que apenas era audible, pero su intensidad la golpeó como un huracán.

Kat no respondió con palabras. En lugar de eso, sus dedos trazaron la línea de su mandíbula con una delicadeza que lo indujo a cerrar los ojos por un instante. Cuando él volvió a abrirlos, la mirada que compartieron se transmutó en pura electricidad.

—No.

Fue todo lo que necesitó decir antes de que Alexander acortara la distancia entre ellos, esta vez sin reservas. El beso comenzó suave, exploratorio. Con rapidez se tornó más intenso, casi hambriento.

Una de las manos de Alexander le rodeó la base del cuello, la otra descansó en la curva de su cintura. Su toque era firme y a la vez contenido; parecía librar una batalla interna para no perder el control. Ella, en cambio, se entregó sin reservas y dejó que la pasión la envolviera, como si lo que había temido y anhelado se resolviera en ese instante.

El beso se rompió solo porque ambos necesitaban aire.

—No tenía intención de hacer esto aquí —dijo él con una sonrisa torcida, casi arrepentida.

—¿Y por qué no? —replicó ella, admirada de su propia audacia.

—Porque mereces algo mejor que una esquina oscura en una fiesta clandestina. —La sinceridad en su voz la desarmó.

Kat lo miró, aún con el corazón acelerado, y supo en ese momento que Alexander no solo era transgresor, sino también cuidadoso con ella. Y eso, más que cualquier gesto grandioso, la convenció de que tal vez empezaba a confiar en él de una manera que nunca lo había hecho con nadie más, ni con su difunto marido, al que le tenía un gran respeto. Lo que había entre Alexander y ella era distinto.

Una pareja bajo los efectos del alcohol tomó asiento junto a ellos. El hombre, de complexión robusta y con un sombrero que le caía sobre la frente, les lanzó una mirada maliciosa mientras la mujer, ataviada con un corsé desajustado y un abanico a medio cerrar, reía con una carcajada ronca.

—Vaya, vaya… ¿A quién tenemos aquí? —dijo el tipo, con un tono que pretendía ser seductor y solo logró sonar torpe. Sus ojos se clavaron en Kat con descaro—. Mi dama y yo pensamos que sería divertido intercambiar compañía esta noche.

Kat abrió los ojos como platos y su mente se paralizó por un instante. Alexander no perdió la compostura. Con una calma que rayaba lo teatral, levantó su mano derecha, y exhibió el anillo de plata que brillaba bajo las luces de las velas de la sala. Luego tomó la mano de Kat y mostró la que ella portaba con gracia.

—Agradecemos la oferta, pero como puede ver, estamos casados. Y no somos la clase de pareja que comparte —dijo con una sonrisa irónica e inclinó la cabeza a modo de despedida.

El hombre parpadeó, desconcertado, mientras la mujer lo empujaba con un bufido impaciente.

—Vamos, Harold. Dejemos al caballero con su jueguecito. No lo importunes.

La pareja se alejó dando tumbos y Kat soltó una risa ahogada.

—¿Seguimos casados? —preguntó con ironía mientras Alexander la obligaba a levantarse y salir del caluroso salón hacia el frío de las calles solitarias de Londres.

—Por supuesto. Eres solo mía y no quiero que nadie se confunda —respondió él con una chispa en los ojos que la hizo estremecer.

—¿Bailamos de nuevo? Me ha gustado tenerte entre mis brazos —consiguió articular Kat, contagiada por el espíritu de aquel lugar.

—Creo que es el momento de retirarnos. A altas horas, el ambiente se enrarece.

—¿Más todavía? —se burló Kat.

Ambos rieron. La tensión se disipaba con cada paso que daban, sin embargo, antes de que pudieran alcanzar la salida, una mujer

elegante y tan bella que la deslumbró rozó su rostro con un tocado de plumas y señaló la sortija plateada de su dedo.

—Cuidado, querida. —La dama se dirigió a Kat mientras miraba de reojo a Alexander—. Esos anillos huelen a falso. Igual que las promesas de algunos caballeros. Si te ha prometido casarse contigo para obtener tu virginidad, huye, porque solo es un juego para él. Y si esperas que los demás crean que por fin alguien ha cazado al bribón del marqués de Pembroke, estás muy equivocada. No eres la primera que trae aquí para seducirla.

—Yo no hago eso —se enfadó Alexander y la arrastró al exterior mientras la dama la observaba, pero no con maldad, sino como si de verdad pretendiera salvarla de una traición. Y eso hizo tambalear lo que hasta entonces creía de Alexander, volviendo de nuevo al miedo y las inseguridades del principio.

Capítulo 41

Alexander paró un carruaje para que los llevara de vuelta al piso. Ambos subieron en silencio. Dentro, Kat mantuvo el rostro girado hacia la ventanilla, aunque su postura rígida evidenciaba que no estaba nada relajada.

Alexander lo notó de inmediato. Había pasado suficiente tiempo con ella como para leer los matices de su ánimo y, en ese momento, la tensión que emanaba de su figura era palpable.

—¿En qué piensas? —dijo él al fin, expectante.

Ella giró la cabeza con un enojo evidente.

—No paro de darle vueltas a cómo me has dejado hacer el ridículo en la fiesta. Creía que solo tú y yo sabíamos que los anillos eran falsos. Y me sentía segura a tu lado porque los demás parecían pensar de verdad que era tu esposa. Y ahora me doy cuenta de que solo seguían el juego, que para ellos no era más que una fulana. Y, además, se ve que no es la primera vez que lo haces.

Él frunció el ceño, sorprendido por la acusación.

—No fue mi intención…

—¡Claro que no! Porque seguro que es algo a lo que estás acostumbrado cuando necesitas un poco de acción, ¿no es cierto? ¿Cuántas mujeres has engañado con esta treta de las alianzas, Alexander? ¿Cuántas han sido tus esposas temporales para que pudieras protegerlas de miradas indiscretas mientras las llevabas a tu piso?

El tono de Kat tenía una vulnerabilidad que le doblegó la espalda. Alexander la volvió a enderezar y adoptó una postura defensiva.

—Ninguna.

Kat lo miró incrédula.

—¿De verdad esperas que esa respuesta sea suficiente?

—Nunca he necesitado mentir para llevar a una mujer a mi cama. Y sí, he ido a infinidad de fiestas como la de esta noche con mujeres distintas. Siempre soy claro con mis intenciones. Si alguna

dama cruza la puerta de mi casa es porque quiere, no porque yo la engañe con pretensiones de una falsa boda —replicó él, e intentó un acercamiento, ya que pensaba que bastaba con esa justificación.

Ella entrecerró los ojos. Alexander suspiró, cansado de que su reputación le precediera incluso cuando procuraba ser honesto.

—Sé que piensas que soy un libertino sin escrúpulos, incapaz de comprometerme con nadie. Y tal vez he dado razones para que los demás lo supusieran. Sin embargo, es la primera vez que hago algo así, porque eres la única con la que he creído que podría tener un futuro.

El carruaje se detuvo frente a la entrada de su edificio. Ninguno de los dos se movió. El silencio se extendió entre ellos como un hilo tenso, a punto de romperse.

—Nunca me he permitido dejarme llevar y tú me convenciste de que estaba segura entre tus brazos. Debí hacer caso a mi primer instinto y correr en dirección contraria a la tuya —murmuró ella con la amargura en la punta de la lengua.

Alexander la observó con una intensidad que hasta le asustó a él mismo. Quería que viera en su interior y se diera cuenta del error que cometía.

—Entonces no me juzgues por las apariencias, Kat. Juzga por lo que hago, por las palabras que salen de mi corazón y de lo que siento cuando estoy contigo.

Kat descendió de manera apresurada sin esperar que él le tendiera la mano para ayudarla con la distancia entre el escalón del carruaje y los adoquines de la acera. Cruzó la puerta inmersa en su propia desdicha y se encontraron de frente a la casera.

—Buenas noches, marquesa, ¿se lo ha pasado bien?

Alexander se cubrió el rostro con la mano, hasta él había notado el retintín en el saludo de la mujer. Kat lo miró con furia, se arremangó el vestido y subió a trote las escaleras. Una vez dentro del estudio, él quiso excusarse una vez más para demostrar su inocencia.

—No hagas caso de la señora Bing. Lo que sentimos es genuino. La situación con los anillos fue una medida desesperada para protegernos en la posada, para evitar complicaciones. No quería que

la gente sospechara. Nunca pensé que otros utilizaban estas tretas para engañar a muchachas solo para corromperlas. Te juro que jamás lo he empleado con nadie.

Kat pareció no escucharlo. Caminaba de un lado a otro del salón dejando un rastro con la tela de su vestido aún perfumado con los olores de la fiesta mientras Alexander permanecía de pie junto a la chimenea, con las manos en los bolsillos y el rostro sombrío.

—¡En cuanto consiga el certificado de mi hermana me vuelvo a Woolriver! ¡No tengo nada más que hacer aquí! ¡Y tú, Alexander, no tienes nada más que ofrecerme! —Kat se detuvo frente a él con la barbilla en alto y la frialdad en los ojos.

Alexander se revolvió el pelo con evidentes signos de desesperación. Adelantó unos pasos hacia ella, con el ansia de obtener su perdón, pese a que no había sido su intención perturbarla de esa manera.

—¿Qué puedo hacer para que cambies de opinión? —dijo con fingida calma.

Kat cruzó los brazos. Parecía tratar de mantener la compostura, aunque el dolor en los ojos de él hizo que su determinación flaqueara por un instante.

—Esta pantomima de los anillos y promesas vacías ha sido suficiente —respondió ella, con la voz áspera.

Alexander acortó de nuevo distancias y ella no se apartó ante su avance.

—Kat, te va a parecer estúpido, tal vez insensato, pero hay una cosa que me moría por darte, y que lo llevo conmigo desde que nos fuimos de Woolriver. Aunque quería esperar al momento adecuado.

Ella frunció el ceño, confundida por su tono.

—Dilo sin tapujos —lo amonestó nerviosa—. ¡Quiero irme ya a la cama, y ni pienses compartirla conmigo!

Alexander dirigió su mano al interior de la chaqueta y sacó una pequeña caja de terciopelo negro y se arrodilló. La abrió con un gesto lento y deliberado. En su interior descansaba una sortija deslumbrante: un delicado sello con el emblema de los Grenville grabado y un diamante rosa en el centro: como una flor única e inalcanzable.

—Sé que no he sido el hombre más fácil de comprender, y que he cometido más errores de los que puedo recordar. Y he de decir que lo que he hecho desde que te conocí ha sido con un propósito: protegerte, ganarme tu confianza y tu amor.

Kat lo miró, incapaz de apartar los ojos de su rostro. La mente de Alexander bullía con una maraña de miedos. ¿Y sí le decía que no? ¿Qué haría el resto de sus días sin ella?

—Este anillo perteneció a mi abuela y luego a mi madre —continuó él, alzando la joya en dirección al fuego de la chimenea para que se viera con más nitidez—. Es un símbolo de mi familia, de mi linaje, pero hoy me gustaría que fuese un símbolo de algo más: mi promesa a ti. Nuestra unión no es una mentira. Y no pretendo que estés conmigo solo para huir de tu madrastra, sino como un comienzo. *Lady* Katherine Asbourne, ¿quieres casarte conmigo?

El silencio que siguió fue tan denso que un sudor frío lo envolvió. Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. No estaba seguro de si eran de impotencia ante lo que había sucedido o de emoción por vislumbrar un final feliz.

—Alexander… —susurró ella.

Él alzó la mirada llena de pavor.

—No tienes que responder ahora. No podía dejar que esta noche terminara sin que supieras que lo que siento por ti es profundo y sincero.

Kat no podía apartar la mirada del diamante ni tampoco de los ojos de él. Parecía aturdida, y eso le dio esperanzas. Le empezaba a doler la rodilla de mantenerla en el suelo en la misma posición y, aun así, no quiso moverse ni un ápice.

—Alexander… —repitió ella, aunque esta vez su voz sonaba diferente, más suave, más cargada de emociones. Dio un paso hacia él. Su respiración era errática, su pecho subía y bajaba con rapidez —. ¿Por qué haces esto en medio de una discusión? —No era un reproche. Su tono era casi un ruego por entender.

Él alzó una mano y la posó en la suya. El contacto fue electrizante, cálido y firme.

—Porque no podía esperar más. Cada vez que pienso en ti, en lo que eres, en lo que me haces sentir, sé que no quiero que este

momento termine, y hubiera sido un disparate que lo nuestro acabe por un comentario mordaz de una dama en una fiesta clandestina a la que no pienso volver nunca —respondió con honestidad.

Lo único que se escuchó fue una respiración agitada y el crepitar del fuego en la chimenea. Alexander sintió que el suelo se volvía inestable.

—Levántate —murmuró ella al fin.

Él obedeció de inmediato sin soltar su mano. Se puso de pie frente a ella, tan cerca que sus cuerpos se rozaron. Contempló su rostro para grabar cada detalle: la sombra de sus pómulos, la intensidad de sus ojos, la leve curva de sus labios que parecía suplicar un beso.

—Dime una cosa. ¿Esto también forma parte de tu juego? —continuó ella temblorosa.

La pregunta lo tomó por sorpresa. Tensó los músculos. Luego intuyó que ella necesitaba reafirmarse.

—Si esto es un juego es el único en el que estoy dispuesto a perder. Porque contigo no se trata de ganar. Se trata de sentir —dijo él, inclinándose hacia Kat con el deseo constante en la piel.

—No sé si debo creerte —admitió ella, insegura.

Alexander alzó su otra mano y le acarició la mejilla con una ternura que la desarmó por completo.

—Entonces déjame demostrarlo.

Y antes de que Kat pudiera racionalizar lo que ocurría, sacó el anillo de su envoltorio y lo deslizó en su dedo anular. Poco a poco los labios de ella se inclinaron hacia arriba y la sonrisa que formó deslumbró su ya hechizado espíritu. El beso fue lento al principio, casi temeroso, como si temiera asustarla. En cuanto Kat respondió, él perdió la contención. Sus labios se movieron con una intensidad que hizo que le flaquearan las rodillas. Aun así, tuvo fuerzas suficientes para rodearla con ambos brazos y atraerla hasta el borde de la cama, donde ella se agarró a uno de los postes de madera de los cuatro que decoraban la estructura.

—Marquesa de Pembroke, ¿sería tan amable de dejar que su esposo la amara esta noche? Si se inclina por el no, me arrojaré al

infierno para aplacar el deseo que me abrasa las entrañas. —Los labios de él evidenciaron una sonrisa traviesa.

—Futuro esposo, consiento en darle placer porque soy mujer de mundo y, sobre todo, libre de tomar tal decisión —contestó ella con el mismo tono malicioso que él había utilizado, y eso lo excitó todavía más.

Capítulo 42

El torbellino de emociones que acumulaba en su interior le impedían respirar con normalidad. Lo último que pretendía cuando empezó la discusión con Alexander era tirarle en cara su pasado, pero los celos habían aparecido sin avisar. Era consciente que los anillos no eran más que una tapadera, no obstante, creía que se mantendría en secreto entre ellos dos y que no se convertiría en el hazmerreír de todo Londres. Porque, como ya había experimentado, los rumores corrían maliciosos como la pólvora y seguro que muchos de los aristócratas allí reunidos les habían reconocido. ¡El marqués de Pembroke y la hija del conde de Asbourne juntos en una fiesta clandestina!

Le dolió pensar que no era la única en la vida de Alexander en despertar su deseo y entonces él tuvo que arrodillarse y entregarle lo más preciado de los Grenville, el diamante rosa. No era por su valor, conocido como el brillante más buscado por su rareza, sino por lo que simbolizaba. Y, si era sincera, llegados a este punto, la razón hacía un buen rato que la había abandonado y solo necesitaba estar cerca de Alexander para sucumbir.

Las imágenes del libro que le había mostrado Rose Mary aparecieron una detrás de otra. Estaba dispuesta a probar cada una de esas posturas que prometían placer, aunque no sabía muy bien ni por dónde empezar. Y de pronto Alexander la volteó para que le diera la espalda y ella se agarró a un poste de los cuatro que rodeaban el lecho. Que él tomara la iniciativa la derritió por dentro, expectante por saber cuál sería el siguiente paso. Se decepcionó al notar que se demoraba en desabrochar uno a uno los botones de su vestido mientras le prodigaba tiernos besos alrededor del cuello. La prenda cayó al suelo. dejándola desprotegida, tan solo cubierta por el corsé y los calzones. Alexander le impidió que se volviera y desprendió las horquillas de su recogido. En cuanto su melena quedó libre, él la agarró de un tirón, la atrajo hacia él como si fuera

un corcel rebelde, la abrazó por la cintura y acercó su trasero hacia su entrepierna. Kat soltó una exclamación.

—¿Sigo, *milady?* Si me da el sí, no respondo de mis acciones.

Kat solo pudo asentir, incapaz de pronunciar palabra. Alexander desató los cordones ajustados de la faja y sus pechos brincaron ante la sacudida. Los sujetó y acarició con cuidado. Jamás había sentido el tacto rudo de un hombre en la piel aterciopelada de esa parte de su cuerpo, una que nunca se exponía más de lo necesario. Algo rígido se restregó contra sus nalgas mientras los dedos de Alexander llegaban hasta los pezones, lo que le provocó una oleada de hambre desmesurada. Sin poder resistir más la tentación, luchó con fuerza para que le dejara contemplar su rostro y las lenguas se fundieron al mismo tiempo que Kat se desprendía por fin del ceñidor y de las calzas, quedando desnuda. No supo de dónde sacó el arrojo; lo más seguro era que las reuniones del club la hubieran envalentonado. Decidió tomar las riendas y empujó a Alexander hacia la cama.

—Yo también quiero contemplar tu cuerpo desnudo.

Dicho y hecho. Alexander se desvistió con rapidez y Kat no se sorprendió al ver su pene erecto frente a ella. Se fijó en que era más grande y protuberante que el del espécimen indio que aparecía en el Kamasutra. ¿Debería eso entrar en su interior? Agrandó los ojos mientras subía al camastro. Se quedó allí mirándolo sin saber qué hacer.

Alexander sonrió.

—Lo puedes acariciar si quieres.

Kat alargó los dedos y aquello se zarandeó involuntariamente. Rio ante el poder que tenía entre sus manos y la energía que le traspasaba cada vez que las movía arriba y abajo.

—Para o me voy a correr —gimió Alexander.

—No creo que Oswald la tuviera tan grande ni tan divertida —dijo Kat, pero se horrorizó ante la comparación que había hecho.

—No es un juguete, Kat. —Alexander arqueó la espalda, reprimiéndose.

—Enséñame, Alex. Quiero aprender a ser una buena amante —dijo ella en un excitante susurro.

Alexander se incorporó y la besó con pasión desmedida mientras la situaba con cuidado de espaldas al colchón.

—No sé si hoy tengo la paciencia suficiente.

Se introdujo dentro de ella con suavidad, sin dejar de mirarla a los ojos, y Kat suspiró de alivio al comprobar que su cuerpo se abría sin reservas a esa fortaleza que pedía paso. Fue extraordinario como el acoplamiento la llenó por dentro. Acarició su torso musculoso mientras él no cesaba de mordisquear su cuello y sus pechos.

—¿Estás bien? —preguntó, cariñoso.

Ella asintió, feliz. Pensaba que aquello era todo hasta que Alexander empezó a deslizarse hacia fuera y luego hacia dentro. Notó una punzada de algo que no supo explicar. ¿Gozo? ¿Dicha? Las ganas de seguir la cadencia de él fueron irresistibles, pero eso hubiera sido pecaminoso, una mujer debía permanecer estática, nunca alterarse. Así la habían educado y así había sido durante las pocas relaciones que había mantenido con su difunto marido. Sin embargo, la sensación era tan buena, como cuando el dulzor de un buen chocolate la sorprendía el paladar, espeso, cálido… y más tarde se escabullía por la garganta quemándola hasta asentarse en el estómago hambriento. No, eso era mucho más. El grito pronunciado por ella la asustó. Esa sensación inexplicable que la golpeaba sin avisar, un gusto que empezaba con cada embestida y ascendía hasta obligarla a contraerse de placer. Sus caderas hacía ya unas cuantas sacudidas que se movían al ritmo de Alexander. No supo cómo ni por qué, pero acabó rogando a Dios que aquello no terminara. Sin embargo, llevaban un buen rato inmersos en esa fabulosa danza y Alexander soltó un bufido en su oído que la excitó todavía más hasta acabar con un estallido que pareció romperla para recomponerla de inmediato.

—Te amo, Kat.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos.

—Te quiero, Alex.

Lo que no le dijo era que lo amaba por lo que le había hecho sentir, tan nuevo tan inesperado, que solo podía tratarse del amor.

***

Kat se detuvo frente a la única ventana del piso y observó la calle que hacía rato había despertado. Los mercaderes chillaban a los transeúntes para que les compraran su producto y se oían las risas de los chiquillos correteando. Incluso alguno que se escabullía con lo ajeno parecía formar parte de una estampa cotidiana. Su interior también era un amasijo de energía y esas emociones no le permitían encontrar la calma. Llevaba las manos entrelazadas frente a ella y jugaba nerviosa con el anillo que Alexander le había regalado. Era incapaz de reunirse con él para desayunar el té y las tostadas que la casera les había traído.

—No puedo hacerlo —dijo de súbito.

Alexander, que estaba sentado en el sofá con una taza de té en la mano, alzó la mirada hacia ella, con una expresión de incredulidad.

—Mi amor, pero si ya lo hemos hecho. Ya no hay marcha atrás.

Kat sonrió por la broma para luego volver a su estado inicial de desasosiego.

—No puedo presentarme ante el reverendo Howley. Estoy convencida de que con solo mirarme lo sabrá.

Alexander dejó la taza sobre la mesilla delante de él y se levantó. Se acercó a ella con paso firme y se detuvo a apenas unos centímetros de distancia.

—¿Qué sabrá? —preguntó con ternura, aunque la pasión en sus ojos hizo que Kat apartara la vista.

—Lo que hemos hecho, lo que he sentido. Seguro que lo leerá en mi rostro como si estuviera escrito con tinta.

Alexander esbozó una mueca casi divertida y tomó sus manos para besarlas con afecto.

—Dudo que el reverendo tenga semejantes poderes sobrenaturales. Si te sientes más cómoda, podemos alterar un poco nuestros planes. —Su tono era cálido, sin embargo, la seriedad subyacente en sus palabras no pasó desapercibida.

—¿Cómo? ¡No me gusta cómo me miras! Si es otra fiesta clandestina, mejor esperar a que estemos casados de verdad.

Alexander soltó una carcajada.

—No es eso, pero me lo anoto para recordártelo más adelante. Esta mañana podemos visitar a un abogado en lugar de al reverendo.

El cambio en su plan la descolocó y la mención de un letrado despertó una inquietud que no podía ignorar.

—¿Un abogado? —repitió para ganar tiempo y asimilarlo.

Alexander asintió.

—Henry Hall me lo recomendó. Dice que es alguien de confianza y que tiene algo importante que explicarte sobre el testamento de tu padre.

La mención del conde hizo que el corazón de Kat se encogiera. Su mente retrocedió a los últimos días de su vida, a las promesas susurradas en su lecho de muerte y al vacío que dejó su partida.

—¿Qué hay que decir sobre el testamento? —preguntó, con evidente malhumor. No le había gustado enterarse que el señor Hall estaba al tanto de sus miserias.

Alexander cruzó los brazos.

—Henry cree que tu madrastra oculta un secreto, y yo también.

Las palabras golpearon a Kat como una ráfaga de viento helado. Si *lady* Asbourne había involucrado a su propia hija en un rumor tan indigno, llegando al punto de señalarla como una bastarda, qué no haría para deshacerse de ella. Siempre le había tenido una inquina desmesurada, pese a que Kat la había acogido con amabilidad y pese a que ella se quedó con todo aquello que había pertenecido a su madre, joyas incluidas.

—No pretendo alarmarte, pero creo que debemos tomar precauciones, y más después de lo sucedido —continuó Alexander con tono preocupado.

—Tienes razón. Es mi deber descubrir lo que esconde *lady* Asbourne. Espero de verdad que solo sea una falsa alarma. No sé si podría con otro contratiempo.

Capítulo 43

El despacho del abogado era una habitación oscura y sobria, con muebles de caoba y paredes que olían a humo de tabaco y tinta. Nada más entrar, Kat y Alexander tomaron asiento en ambas sillas tapizadas de terciopelo verde frente al escritorio del letrado, un hombre bajo y robusto, con unas gafas de montura dorada que parecían a punto de resbalar por su nariz sudorosa.

Alexander había deslizado un pequeño sobre con libras hacia el letrado apenas unos minutos antes y ahora este observaba un papel amarillento con profesionalidad.

—Bien, según me cuentan, *lady* Asbourne ha intentado mantener en la penumbra una parte del testamento de su padre, *lady* Katherine, que no se le notificó en su momento.

Kat se inclinó hacia adelante con la duda todavía instalada en el pecho.

—A eso hemos venido. A cerciorarnos de que la última voluntad del conde sea respetada —informó contundente Alexander, sacando de un apuro a Kat, que no quería cometer ni un solo error y que el hombre desistiera en ayudarles.

El abogado habló con la precisión mecánica de quien está acostumbrado a desentrañar cláusulas enredadas.

—El difunto conde dejó una considerable fortuna.

Kat ahogó una exclamación que el jurista pasó desapercibida adrede.

—Sin embargo, determinó una condición en su testamento —continuó con las gafas al borde del precipicio—. El dinero y los activos no serían entregados a su viuda, *lady* Asbourne, ni dividido entre las hijas.

—¿Existe algún pariente varón del que hayamos perdido la pista? —preguntó Kat interesada. Si así fuese, tampoco salvaría su reputación, pero sí explicaría el miedo de su madrastra a revelar la verdad.

El jurista negó con la cabeza.

—Las únicas descendientes son las tres hermanas. Ni sobrinos ni primos lejanos ni hijos bastardos son reconocidos tras la muerte.

Kat se removió en su silla.

—Al no existir heredero único, su padre dejó estipulado que el total de la herencia fuera a parar a la primera de sus hijas con edad de esponsales que contrajera matrimonio —se justificó el hombre.

A Kat se le escapó una onomatopeya malsonante y acto seguido miró a su prometido, incrédula.

—¿Así que se trataba de una carrera hacia el altar? ¡Qué encantador concepto familiar! —soltó dolido Alexander.

El letrado lo ignoró y por fin se ajustó las gafas, deteniendo su trágica trayectoria.

—Dicho de otro modo, la herencia del conde está destinada a promover la estabilidad de la familia mediante alianzas matrimoniales sin dejar desamparadas a sus hijas. La primera que consiga contraer matrimonio, aparte de heredar la fortuna familiar, será la encargada de administrarla en beneficio de sus otras dos hermanas.

Kat levantó una mano para interrumpirlo.

—Disculpe, señor, tengo una pregunta importante. Supongamos que ninguna de nosotras se casase, ¿qué ocurriría?

El abogado quedo en silencio, atrapado por la precisión de la cuestión. Consultó el documento con un rápido movimiento de ojos entre sus líneas.

—Les leeré en voz alta lo estipulado por el conde, ya que creo que sus palabras aclaran cualquier duda al respecto: «Si ninguna de mis hijas en edad casadera contrajera matrimonio en el plazo de un año tras mi fallecimiento, la totalidad de mis bienes será legada a mi hija menor, Felicity. Dado que no ha alcanzado aún la mayoría de edad, confío su tutela y la administración de su herencia a mi hija mayor, Katherine, en quien deposito mi entera confianza para velar, no solo por el bienestar de Felicity, sino también por el de su hermana Beatrice, hasta que ambas contraigan matrimonio».

El abogado respiró y continuó, como si también él necesitara comprender las implicaciones de aquello:

—«Sé que, en estos tiempos, una joven se halla más segura si goza de un vínculo legítimo que le proporcione protección, posición y estabilidad. Por este motivo, deseo alentarlas a buscar un futuro respetable dentro de los márgenes que esta sociedad les permite. En el caso de Katherine, confío en que esta disposición la anime a abandonar el letargo en que la ha sumido la pérdida de su esposo y a abrir de nuevo el corazón a la posibilidad de amar y ser amada. Aún tiene mucho por vivir, y deseo que no renuncie al porvenir que merece».

La información era tan inesperada como perturbadora y a Kat se le escaparon varias lágrimas que ni siquiera se preocupó en ocultar. Su padre siempre había velado por ella incluso tras su muerte.

El jurista hizo una pausa para tomar aire y continuó con la lectura:

—«Confieso con pesar que me equivoqué al contraer nupcias por segunda vez, aunque no me arrepiento de haber tenido a mis hijas. Cada una de ellas merece un futuro digno. He dispuesto estas cláusulas, no como castigo, sino como un acto de fe. Beatrice aún tiene mucho por madurar, pero posee un corazón sensible y una energía vital y sé que, con el apoyo de un buen esposo, será capaz de asumir responsabilidades con inteligencia y entrega. Sé que Katherine también podría llevar adelante esta tarea si se permite abrir de nuevo el corazón. Por eso les he querido dar a ambas la oportunidad. Para que ninguna quede relegada, para que puedan encontrar el amor y el propósito que esta sociedad tan rígida no siempre les ofrece».

Tras la lectura, el abogado quedó en silencio. Kat aspiró el aire con profundidad, incapaz de hablar ante la última voluntad de un hombre, que lo había sido todo para ella.

—Así que, en resumen, el futuro financiero de *lady* Asbourne depende de que *lady* Beatrice se despose, y pronto. —Alexander se recostó en su silla y cruzó las piernas con una calma que podía intuirse como pura fachada.

El abogado asintió, consciente de las implicaciones.

—Así es, *milord*.

Kat tragó saliva. Su mente trabajaba a toda velocidad. Eso explicaba tantas cosas: la prisa de *lady* Asbourne por casar a Beatrice, la manera en que había intentado controlar su vida e incluso las constantes críticas hacia Felicity.

Alexander se volvió hacia ella.

—Parece que tu madrastra tenía más en juego de lo que imaginábamos. Está impaciente por echar mano de la herencia de tu padre y, viendo lo manipulable que es *lady* Beatrice, no dudo que sería ella la que tendría las riendas de tanto caudal. Estoy convencido de que llegó a un pacto con mi madre y le indicó una cifra por la dote muy inferior a lo que recibiría.

—Te dije que podrías casarte con cualquiera menos con Beatrice —dijo entre dientes Kat.

Alexander le agarró de la mano.

—Respira, amor. Recuerda que con quien voy a ir al altar es contigo.

Kat sintió el calor subirle por el cuello como una llama indómita. Las paredes opresivas del despacho parecían encerrar el aire. Se quitó el chal que todavía llevaba, se arrancó la cinta del sombrero liberándolo y se sacó con brío los guantes de encaje. Respiró hondo tal y como Alexander le indicaba. Al instante, notó cómo la mirada del abogado se detenía un segundo más de lo necesario en su mano derecha.

El brillo de la alianza no pasó desapercibido. El hombre alzó sus gafas como si tratara de confirmar lo que sus ojos acababan de revelar.

—Ahora entiendo mejor por qué han venido a verme —dijo con una sonrisa de satisfacción profesional.

Kat sintió cómo Alexander se tensaba. Ella apretó su brazo como advertencia. Aquella frase podía parecer una ofensa o tal vez, si se miraba del revés, se convertía en una coyuntura de lo más idónea. Así que dejó que el abogado continuara con su disertación. El hombre señaló con sutileza la sortija.

—Queda claro que *lady* Katherine ha cumplido con la condición estipulada en el testamento de su difunto padre. Su matrimonio la convierte en la heredera legítima de las cuentas y los activos del

conde, además de sus propiedades, incluida la mansión situada en Londres. Su padre estipuló que se cerrara y se mantuviera a los empleados hasta que se llegara a una resolución. Por supuesto, necesitarán presentar un certificado de matrimonio para formalizar el proceso.

Alexander se inclinó hacia adelante; sus labios ya formaban una réplica. Kat lo detuvo con un pequeño gesto, casi insignificante, aunque suficiente para que él se quedara en silencio.

—Por supuesto, señor. No hemos tenido tiempo de organizar los documentos. En breve se los traeremos —afirmó ella con una serenidad que enmascaraba la ira que sentía ante el engaño de su madrastra.

—Eso facilitará mucho las cosas. Les sugiero que se apresuren con ello. Una vez que el certificado esté en mis manos, podré proceder con los trámites necesarios para desbloquear las cuentas y transferirlo en favor de los marqueses de Pembroke, si no me equivoco.

Kat sonrió con una calma que no reconocía, como si de repente hubiera adquirido la habilidad de caminar sobre el agua sin mojarse.

—Así es, señor —respondió con un ligero asentimiento.

Alexander la observó lleno de preguntas veladas. Sabía que él no estaba del todo de acuerdo con su audaz declaración, sin embargo, no había tiempo para debates.

Cuando abandonaron el despacho y se adentraron en la fría bruma londinense, Kat se permitió soltar un largo suspiro.

—¿En breve? ¿Y cómo planeas traer esos inexistentes documentos, querida esposa? —se exaltó Alexander.

Kat levantó el mentón, sin dejarse intimidar por su mirada penetrante.

—¿No eras tú el que tenía prisa por casarse?

—Sí, pero en Woolriver junto a mis padres y junto a tu hermana Felicity.

—Nada me haría más feliz, pero no puedo consentir que *lady* Asbourne me gane la partida. Ya he sido lo suficiente ingenua para creerme cada uno de sus embustes. He dejado que me utilizara al pensar que me salvaba de un destino incierto y lo único que hacía

era hundirme en la miseria. Sé que lo más sensato sería comprometernos y planear una boda con calma, pero ¿quién me asegura que Beatrice no se casará con el primer tonto que se le pase por delante?

—Vaya, gracias por la parte que me toca.

—¡Claro que no me refería a ti! Las calaste desde el principio. Siento que tu madre cayera en el engaño.

—Podrás decírselo tú misma, aunque descubrirás que no es una mujer fácil de convencer ni que se muestre de un día para otro como tu aliada. Tampoco quiero que vayas al altar con pena por tu hermana pequeña. Si quieres, puedes dejar en el banco la herencia intacta hasta que ella sea mayor. Tengo suficiente fortuna como para poder permitírnoslo. No te he pedido matrimonio porque quisiera tu dote, sino porque te amo y mi vida sin ti sería sumamente aburrida.

Kat se echó a reír y lo abrazó en medio de la calle sin importar quién les viera.

—Sí, desde que me conociste no ha habido un día insulso.

—¿Entonces continuamos con nuestra aventura, *milady*? ¿Cuál es el siguiente paso?

—Ir a ver al reverendo. Ya estoy preparada.

Capítulo 44

El interior del despacho del reverendo William Howley era ostentoso, tanto en los marcos de los cuadros como en las figuritas de oro que llenaban las estanterías. Estaba impregnado de una sobriedad que pretendía inspirar recogimiento sin conseguirlo. Kat se presentó sola e instó a Alexander a esperarla en una taberna cerca de allí. Quería hacer aquello por sí misma y pensó que el párroco aceptaría su propuesta si le contaba con calma lo sucedido. Al fin y al cabo, lo conocía desde niña, había sido bautizada por él, también celebró su boda con Oswald y la mala fortuna quiso que además oficiara el entierro de este y después el de su padre. Se sentó en una silla de respaldo rígido, incapaz de evitar que sus manos temblaran sobre su regazo. El aire olía a cera de velas y flores frescas. A un lado, la esposa del reverendo, una mujer pequeña y delgada con los cabellos recogidos bajo una cofia de encaje blanco, disponía un ramo de crisantemos en un jarrón mientras la observaba de reojo.

El señor Howley tomó asiento frente a Kat y cruzó las manos sobre su escritorio con un aire paternal.

—*Lady* Katherine, es un placer recibirla. ¿A qué se debe el honor de su visita?

Los nervios la traicionaron y su mente se quedó en blanco. Había ensayado su discurso en el carruaje de camino a la iglesia y planeado cada detalle de la visita. Sintió que todo su razonamiento se desmoronaba. Lo único que salió de sus labios fue la verdad, sin tapujos ni decoro.

—He venido a casarme.

La esposa del reverendo dejó caer una flor sobre la mesa, atónita, y su marido carraspeó desconcertado. Murmuró algo entre dientes a su mujer que Kat apenas alcanzó a oír.

—Está peor de lo que esperaba. Llama al doctor.

La mujer se apresuró a salir.

—¿Para qué necesitan un doctor? —preguntó Kat, confundida.

El señor Howley alzó la vista y su expresión se relajó.

—Estoy algo angustiado por mi nuera. Temo que pueda dar a luz en cualquier momento.

Kat sonrió con ternura.

—¡No sabía que su hijo se había casado! Dele mi enhorabuena.

El párroco inclinó la cabeza.

—Lo hizo después de que usted lo rechazara.

La indignación de Kat fue inmediata, aguda como una punzada.

—¡Me lo propuso al día siguiente del entierro de mi padre! —exclamó, irritada.

—No fue el momento más adecuado, lo admito. Pero mi hijo le tenía una gran estima, *milady,* y su posición no era muy propicia después de leer el testamento. Solo queríamos hacerle un favor. Y, mire, al final tuvo que huir de Londres y acostumbrarse a una vida más campestre.

—Le recuerdo que con mi difunto marido ya vivía en el campo, aunque he de reconocer que no tan alejada como en los Cotswolds.

—¿Y cómo han transcurrido sus días allí, *milady?* ¿Quiere que le sirva un té?

Kat se lanzó a hablar sobre las virtudes de Woolriver y el bosque cerca de su casa que la tenía enamorada, para darle a entender que su destino no había sido tan malo como él creía. Cuando ya llevaba un buen rato, se dio cuenta de que se desviaba de su cometido y hasta le extrañó la insistencia del reverendo en conocer los detalles. Parecía como si quisiera ganar tiempo.

—¿Quiere más té? —La amabilidad que mostraba, sin ni siquiera preguntarle el por qué de su inesperada aparición, le extrañó.

—No me apetece, gracias. El motivo de desplazarme hasta aquí no ha sido para una visita de cortesía. Necesito una serie de documentos y si me permite que se lo explique…

—*Lady* Katherine, siento interrumpirla, pero me duele en el alma verla así. En honor a su padre he de confesar que ya conozco sus intenciones. Y mi respuesta es no.

Kat no pudo replicar. En ese momento accedió al despacho la señora Howley seguida de un hombre de mediana edad vestido con un traje elegante y un monóculo en el ojo derecho. Nada más llegar,

se posicionaron frente a ella. Dos hombres robustos a los que no había visto custodiaban la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó Kat, más desconcertada que temerosa.

—Buenos días, señorita. Soy el doctor Thomas Monro —habló el hombre de manera cordial.

—Le ruego que se refiera a mí con el formalismo correcto. Soy *lady* Katherine, hija del conde de Asbourne y prometida del marqués de Pembroke, futuro duque de Grenville.

—¡Cuántos títulos! —se burló el doctor.—Tengo entendido que ha venido a solicitar una prueba sobre su maternidad.

—¡Está usted loco! Reverendo, le exijo una explicación. ¿Acaso me ha mentido con lo de su nuera? ¿Cuál es su intención? —Kat se levantó furiosa y quiso salir del despacho.

Los dos desconocidos que acompañaban al doctor se lo impidieron.

—Será mejor que le cuenten a *lady* Katherine lo que sucede. De momento no ha tenido signos de delirios —habló compungida la señora Howley.

—¿Le parece poco a mi esposa presentarse sola sin compañía alguna y sugerir que la case con un imaginario marqués? —El rostro del párroco se tornó carmesí por el enojo.

Kat fue incapaz de entender lo que sucedía. Parecía más bien una de esas escenas de cómicos ambulantes.

—No entiendo nada, doctor. Habla de maternidad y la única que está embarazada es la nuera del reverendo. Antes me ha dicho que lo llamaban por ella.

—Su mente, que la intenta confundir —habló el señor Monro.

—Lo último indicado por *milady* es correcto —murmuró el reverendo.

—Irrelevante —continuó el doctor—. Vayamos al grano. Usted está aquí por el certificado de bautismo de su hermana.

—Esa es otra razón por la que he venido. —Kat se volvió a sentar, intentando retener las lágrimas ante aquel interrogatorio—. Si deja que se lo explique.

—No hace falta. Su madrastra nos ha puesto en antecedentes y nos ha comentado que se ha escapado de casa y que en su delirio afirma ser la madre de su hermana Felicity con el propósito de conseguir su tutela y su fortuna, heredada de su padre —la acusó el señor Monro, dejando a un lado la afabilidad del inicio para convertirse en juez y verdugo.

—Nuestra carta no hablaba con tan sumo detalle —dijo el reverendo, con suspicacia.

—Creo, doctor, que le han manipulado o bien no ha entendido nada de las palabras de mi madrastra. Es al contrario, vengo a por una copia del certificado para desmentir el rumor que corre por el pueblo, que ella misma ha divulgado, y para que mi hermana no sea tratada como una bastarda, sino como lo que es, digna hija del conde de Asbourne y, por muy mal que me pese, también hija de la condesa viuda de Asbourne.

La señora Howley posó su mano encima del hombro de su esposo.

—Eso tiene más sentido, querido.

—La contradicción de sus palabras es una muestra de su desvarío. En la carta que me mandó su madrastra temía que su mente estuviera perturbada por la muerte de su marido y su padre en tan poco tiempo, e instintivamente ha creado una fábula según la cual *lady* Asbourne es una bruja que la quiere cazar y piensa que Felicity necesita de su salvación, cuando esa santa mujer solo le ha dado cariño y un lugar donde vivir.

—*Lady* Felicity para usted. —Kat alzó la barbilla.

—No se preocupe. En Bedlam la trataremos con el título que usted prefiera.

Capítulo 45

El doctor dio unas indicaciones a sus hombres que enseguida agarraron por los brazos a Kat. Está pataleó y chilló con todas sus fuerzas. El miedo no la dejaba concentrarse. Era sabido que Bedlam era un psiquiátrico en el que se entraba, pero del que no se salía debido a su pésimas condiciones de insalubridad y a la práctica de torturas a las que llamaban tratamientos. Debía encontrar una solución pronto o acabaría sus días encerrada. Se acordó del anillo. Como pudo, se quitó los guantes y lo mostró con solemnidad mientras los secuaces del doctor intentaban sacarla del despacho.

—¡Un momento! —bramó el reverendo—. ¿Es el diamante rosa de los Grenville?

—Sí, ya le dije que soy la prometida del marqués de Pembroke, hijo de los duques de Grenville.

—No crea nada de lo que dice, reverendo. Una mujer pobre que ha huido de casa, por muy *lady* que sea, solo puede obtener una joya de este calibre si la roba. Otra muestra de su locura. —El doctor volvió a las andadas con sus mentiras.

—Querido, me parece que hemos cometido un error. Nunca me ha gustado *lady* Asbourne y el que también le escribiera al doctor no me da mucha confianza —volvió a hablar la señora Howley con pena.

—¿Acaso duda de mi diagnóstico? —se enervó el señor Monro.

El párroco se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Pienso que nos hemos precipitado y no hemos dejado que la dama se exprese con calma.

Thomas Monro se enervó ante ese comentario, se le cayó la lente y una de las venas del cuello se hinchó.

—Reverendo Howley, ocúpese de las cosas de la Iglesia, que yo lo haré con las de la ciencia. Tengo la potestad de ingresar a esta mujer en el psiquiátrico de Bedlam hasta su mejoría si lo considero necesario. Mi título y mi cargo así lo corroboran, como la carta de la tutora de *lady* Katherine.

Los tipos que todavía sujetaban a Kat la forzaron para que caminara a su lado, pero ella dejó caer todo el peso de su cuerpo en el suelo para evitar que se la llevaran y sus chillidos eclipsaron cualquier orden frenética del doctor y los lloros desesperados de la señora Howley. Nada de eso logró detener a los dos gorilas que la retenían. Avanzaron por el pasillo de la iglesia y el eco de los gritos de Kat se hizo más que evidente. Cerró los ojos e imploró al cielo que la ayudara, evocó la memoria de su padre y se acordó de su querido Oswald, quien le hizo jurar antes de morir que sería feliz por él. Ya no sería posible.

La puerta del templo se abrió de un solo golpe y apareció Alexander, que se apresuró a correr hacia ella.

—¿Se puede saber qué hacen? ¡Dejen ahora mismo a mi prometida o llamaré a las autoridades y les ahorcarán en medio de la plaza!

Le propinó varios golpes a uno de los secuaces que, asustado ante el brío de Alexander, dejó su puesto, lo que hizo que el segundo lo imitara. Ambos se volvieron hacia el doctor a la espera de nuevas órdenes.

—¿Y quién se supone que es usted? —preguntó Thomas Monro con desfachatez.

—Alexander Wood, marqués de Pembroke —dijo al mismo tiempo que alcanzaba a Kat y la mantenía a su lado—. ¿Y usted?

—¿Cómo sé si es cierto y no un embuste? —La expresión del doctor era funesta.

—Yo lo conozco —habló el párroco con la tez lívida—. He enterrado a varios miembros de su familia, como su tía *lady* Pembroke, de quién heredó el título, y a su hermano *lord* Edmund Wood.

—Reverendo Howley, señora. —Alexander inclinó la cabeza.

El señor Monro carraspeó incómodo.

—Si fuera ya su esposo, sería su tutor y como tal podría decidir el destino de *lady* Katherine. Lamentándolo mucho, todavía no lo es.

—Ni se atreva o lo pagará caro. —Alexander se acercó al doctor y lo atravesó con la mirada mientras lo amenazaba con el dedo índice.

—Podría, pero no lo haré. Si me disculpan… —El señor Monro inclinó la cabeza con rapidez y salió veloz de la iglesia, acompañado de sus hombres.

Kat, que hasta ese momento había contenido los sollozos, se echó al suelo y se cubrió el rostro con las manos.

—Ya se ha ido. No sufra —la consoló la mujer del reverendo.

—Los he visto desde la taberna. Iban en dirección a la iglesia, me han dado mala espina y he acertado —dijo Alexander, aún exaltado.

—Les pido perdón. No debimos hacer caso de las insensateces de *lady* Asbourne en su carta. Me dejé llevar por el rencor por haber rechazado la proposición de mi hijo, lo reconozco. No es muy cristiano de mi parte. —El reverendo se llevó una mano al pecho y desvió la mirada.

—Lo importante es que enseguida lo ha querido enmendar —habló Kat un poco más calmada.

—La reacción de ese doctor ha sido de lo más singular, como si quisiera encerrarla a toda costa —se extrañó la esposa del reverendo.

—Seguro que *lady* Asbourne lo tiene comprado —habló Alexander.

La señora Howley se mostró de lo más arrepentida.

—Querido, casi somos cómplices de un rapto. ¿Cómo podemos compensarles?

—Con la copia del certificado de bautismo de *lady* Felicity ya saldaría su deuda —habló Alexander.

—Y con una boda. —Kat se sonó la nariz con el pañuelo que le había ofrecido su prometido al verla hecha un mar de lágrimas.

—¿Sigues con esa idea? —la amonestó él.

—Después de lo ocurrido, no puedo dejar ni un cabo suelto. A la vuelta a Woolriver quiero que mi madrastra entienda que quien ha ganado la guerra he sido yo.

—*Lady* Katherine, si me permite el atrevimiento y, en contra de lo que diga la sociedad, le puedo asegurar que un matrimonio sin amor nunca es una buena idea, y menos celebrarlo de una manera tan precipitada —dijo la mujer del reverendo.

—Estoy de acuerdo con usted, señora Howley, pero resulta que amo a este hombre más que a mí misma y, si puedo conseguir al amor de mi vida y a la vez detener los planes malvados de mi madrastra, pienso que Dios lo entenderá.

Los presentes se echaron a reír, aunque el susto no se había desvanecido, permanecía latente sobre sus cuerpos.

—Haremos más que eso, querida —dijo de nuevo la señora Howley—. Escribiremos una carta como testigos del embarazo de *lady* Asbourne. Yo misma le recomendé a mi matrona. No hay duda de que *lady* Felicity es hija suya. Se la enviaremos al párroco de la iglesia de Woolriver para que no haya ninguna confusión al respecto y él mismo lo pueda ratificar. Y en cuanto a la boda… Acérquense esta tarde y lo tendremos preparado, ¿no es así, querido?

—Por supuesto. Es lo menos que podemos hacer.

Alexander se mostró complacido.

—Estoy agradecido por su interés en aclarar este asunto y, en vista de tan prestigioso testimonio, les imploro que sean nuestros primeros invitados como marido y mujer en Grenville House.

Kat asintió y, sin poder disimular la euforia, abrazó a la señora Howley. Le gustaba aquella mujer. Si viviera en Woolriver y el club de damas no se hubiera resquebrajado, sería una de las primeras candidatas que propondría como nuevo miembro.

Capítulo 46

Habían vuelto al piso a la espera de la tan deseada y temida ceremonia que los convertiría de la noche a la mañana en marido y mujer. Kat se miraba al espejo de cuerpo entero. Sostenía un traje de muselina blanca con bordados delicados en hilo dorado que había llevado en la última fiesta y que *lady* Susan tanto había alabado. Lo puso en la bolsa de viaje el día de su partida porque no quería dejarlo a la vista de su hermana Beatrice y ahora le serviría como vestido de novia. Era sencillo, casi modesto, pero con una elegancia que reflejaba la intimidad del momento que estaba por llegar. La señora Bing lo había dejado impoluto con la placha de hierro.

Kat alzó la prenda. Trataba de imaginar cómo se vería con él en el altar. Su reflejo le devolvió una imagen de unos ojos que no brillaban y de unos labios que no sonreían. Sus manos temblaron al alisar la tela y su mente era un torbellino de pensamientos contradictorios. ¿Cómo había llegado a este punto? ¿Cómo era posible que su vida, hasta hacía poco tan ordenada, ahora girara en torno a decisiones precipitadas y alianzas forjadas con urgencia?

—Estás ausente.

La voz grave de Alexander rompió el silencio tenso. Kat se giró hacia él, que estaba apoyado contra el marco de la puerta. Tenía el porte relajado, con los brazos cruzados y un destello de preocupación.

—Estoy nerviosa —admitió, y dejó el traje sobre la cama con un cuidado excesivo.

Alexander dio un par de pasos hacia ella, con lentitud, como si temiera asustarla. La agarró por la cintura de manera cariñosa.

—¿De verdad quieres hacer esto? —preguntó, casi en un susurro.

Kat cerró los ojos por un instante e intentó encontrar una respuesta que no sonara vacía.

—No tengo más remedio —dijo al fin, con un hilo de voz.

Él frunció el ceño.

—No es lo que he preguntado —replicó. Su tono se había vuelto más duro—. No quiero que te cases conmigo porque sientes que es tu única opción.

Su expresión era mucho más vulnerable de lo que habría querido.

—Si no lo hacemos, la herencia de mi padre se perderá, mi hermana quedará desamparada y yo… —Se detuvo, incapaz de continuar.

Alexander no la soltó en ningún momento, como si temiera que de aquel gesto pudiera surgir una discusión.

—Esto no tiene que ser así. Podríamos esperar.

Ella negó con la cabeza.

—Me prometí a ti porque te amo, y no debería de existir ninguna diferencia entre casarnos hoy o dentro de un mes. Esto no es un cuento de hadas, Alexander. No hay una princesa ni un rescate arriesgado. Solo somos tú y yo, intentando sobrevivir al desastre que nos ha tocado.

—Tampoco hay príncipes, pero sí una madrastra malvada. —Alexander guiñó un ojo ante una broma de lo más acertada.

Kat sonrió.

—Ya me gustaría ser Cenicienta y que una madrina se me apareciera.

—De verdad que desearía que tuvieras la gran boda que te mereces.

—La primera también fue precipitada. Tal vez mi padre sabía de la enfermedad de Oswald y ambos me lo escondieron. Estoy convencida que creía que nos amábamos y por eso quiso que al menos viviéramos felices el poco tiempo que nos quedaba. Se ve que en mi destino no está escrito que pueda disfrutar ese gran día que toda mujer anhela.

—El vestido es perfecto, por cierto. Te esperaré abajo —añadió él, con una sonrisa ladeada que tuvo el poder absurdo de tranquilizarla.

***

La puerta de la iglesia de St. George's se abrió con un leve chirrido. El eco de unos pasos firmes resonó sobre la piedra pulida. Kat avanzó al lado de Alexander con su brazo entrelazado con el de él mientras trataba de controlar el latido frenético de su corazón. No sabía qué esperaba al cruzar el umbral. El aire cálido, perfumado con un tenue aroma a cera y flores, le hizo contener el aliento.

Un sonido celestial inundó el espacio, suave al principio, como el murmullo de un arroyo, y luego se alzó en un canto armonioso que envolvió cada rincón de la iglesia. Se detuvo sorprendida al ver un pequeño coro de niños vestidos con túnicas celestes y alineados cerca del altar. Sus voces llenaban el espacio con una serenidad que parecía ajena al mundo exterior.

Alexander ladeó la cabeza hacia ella. Tenía una sonrisa casi imperceptible en los labios.

—Parece que nos han preparado algo especial —murmuró. Había un matiz de admiración en su tono, como si incluso él, siempre tan seguro de todo, estuviera un poco abrumado por la atmósfera.

El interior de la iglesia lucía transformado. Las paredes de piedra, que habitualmente parecían frías y severas, estaban suavizadas por una luz cálida que emanaba de decenas de velas colocadas en candelabros altos y relucientes. Los bancos estaban adornados con lazos de satén blanco y pequeñas guirnaldas de flores frescas: rosas, lirios y jazmines que llenaban el aire con su fragancia delicada.

Y no estaban solos. Un puñado de feligreses se encontraban acomodados en los asientos y los observaban con sonrisas cálidas y miradas de aprobación. Kat sintió que el calor subía por su cuello y teñía sus mejillas. No esperaba audiencia, aunque fuera pequeña, para este momento íntimo.

La señora Howley se acercó con pasos gentiles y las manos entrelazadas delante de su sencillo vestido azul. Su rostro irradiaba una amabilidad que Kat no había sabido cuánto necesitaba hasta ese momento.

—Bienvenida, *lady* Katherine. —La mujer se inclinó—. Espero que esta pequeña sorpresa sea de su agrado.

Kat luchó por contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse. La música, las flores, las velas, las miradas amables… Era perfecto. Demasiado para alguien que no se sentía merecedora de tanta belleza.

—Es maravilloso —logró decir al fin con la voz quebrada.

La señora Howley sonrió con ternura y alargó una mano para tocar la de ella con un gesto tranquilizador.

—Toda mujer merece sentirse como una princesa en su boda.

Kat dejó escapar una risa suave, todavía temblorosa por la emoción, mientras sus ojos se encontraban con los de la mujer.

—Y habéis conseguido mucho más que eso. Sois una madrina digna de un cuento de hadas.

La señora Howley rio con calidez y apretó la mano de Kat antes de soltarla.

—No sois como Cenicienta, *lady* Katherine. Sois mucho más fuerte que cualquier heroína.

Kat se guardó la conversación tan pesimista que había tenido hacía muy poco con su prometido sobre que la vida nunca parecía sorprenderla para bien. Sintió una punzada de remordimientos ante esos pensamientos. Se giró hacia Alexander, quien la observaba con una expresión cercana a la devoción.

—¿Estás lista? —le preguntó en voz baja y, por un segundo, no hubo rastros de su habitual tono despreocupado. Solo una sinceridad que hizo que las piernas de Kat se debilitaran.

Ella asintió. Apenas era capaz de encontrar las palabras.

—Sí, lo estoy.

El reverendo Howley, con su porte solemne y su voz grave, los esperaba junto al altar. Kat apretó con más fuerza el brazo de Alexander mientras avanzaban por el pasillo central, rodeados por las miradas de los feligreses y las notas del coro. El mundo exterior, con los hilos de telaraña que intentaban atraparlos, las manipulaciones y los chantajes, dejó de existir. Solo quedaban ellos dos, el calor de las velas y la promesa que estaban a punto de hacerse.

Capítulo 47

Lady Asbourne estaba sentada en su escritorio, un mueble imponente de madera de roble que había pertenecido al difunto conde, con el sello de su linaje tallado en el centro. Sus dedos, adornados con anillos de piedras preciosas, se crispaban alrededor de la carta urgente que acababa de recibir. El papel, fino y perfumado con un leve aroma medicinal, temblaba en sus manos mientras leía cada palabra con creciente indignación.

El doctor Thomas Monro, ese inepto que ella misma había elegido por su discreción, le había fallado de manera estrepitosa. «El reverendo ha creído en la palabra de *lady* Katherine», decía el texto, como si fuera una sentencia de muerte. «Y para agravar aún más la situación, la joven se ha comprometido con el marqués de Pembroke».

La última frase la atravesó como una flecha que daba en la diana. Sus ojos, ya de por sí de un azul hielo, se volvieron más claros todavía, semejantes a la nieve cuando se escarcha. ¿Cómo era posible que su plan se hubiese desmoronado de una manera tan humillante? Ella, que había maniobrado con precisión desde la muerte de su esposo, que había tejido intrigas con gran destreza, ahora veía cómo su alrededor se derrumbaba con una facilidad insultante.

—¡Inútiles! ¡Lisiados! ¡Ineptos! —exclamó. Su voz sonó hueca en la soledad de la habitación.

Con un gesto violento, *lady* Asbourne barrió con ambos brazos lo que había sobre el escritorio: papeles, tinteros, cartas, una pequeña caja de joyas… El sonido del cristal rompiéndose y el tintineo de las perlas de un collar roto que rodaron por el suelo parecieron avivar aún más su furia.

Se levantó de golpe. La silla chirrió contra el suelo y comenzó a caminar de un lado a otro. Sus tacones resonaron como un tambor de guerra. Sus pensamientos eran un torbellino de emociones que luchaban por tomar el control: la frustración por el fracaso, la ira

hacia Kat por no haber caído en la trampa y el pánico ante lo que ese compromiso significaba. Con Alexander en la ecuación, los bienes del conde se escurrirían de sus manos como el humo después de la explosión de un cañón.

«¡Ese maldito anillo!». Recordó con amarga claridad cuando, guiada por su intuición, obligó a los duques a que se lo mostraran y en su lugar le contaron una sarta de mentiras. Ella sabía que algo escondían y al fin se había descubierto el entuerto. Alexander, al que había tomado como una pieza más de su juego, ya no era un simple peón que utilizaba para recuperar su estatus y la fortuna de su difunto esposo; era un jugador peligroso, y estaba del lado de la persona que más odiaba: Kat.

Aún con las mejillas encendidas de furia, volvió a desplegar la carta, sus manos temblaban por una mezcla de rabia y algo que no se atrevía a nombrar: miedo. La elegante caligrafía del doctor parecía insultarla con cada curva y floritura, como si el hombre no solo se hubiera atrevido a fallarle, sino que además pretendiera darle consejos.

«Conocedor de los recovecos de nuestra alta sociedad, me veo en la obligación de informarle que corren rumores por Londres sobre su reputación. Ya no la consideran la Víbora, como símbolo de poder y miedo. Mucho me temo que lo acaecido en la parroquia ya es de dominio público. Ahora la llaman la Fabulista. Agradezca que no hayan encontrado un apodo peor. Se encuentra inmersa en un embrollo, mi querida *lady* Asbourne, del que le resultará difícil salir sin tomar medidas drásticas. Por ello, debido al pasado que nos une, le formulo las siguientes recomendaciones. Considero que solo le quedan dos caminos viables: huir lejos, preferiblemente a un lugar donde los Grenville no puedan encontrarla, o asumir una posición más estratégica. Podría, por ejemplo, alegar una enfermedad grave que justifique su retirada de la vida social».

¿Huir? Esa palabra resonó en su mente como una bofetada. ¿Ella, la viuda del conde de Asbourne, con su linaje impecable y su reputación impoluta? La idea era impensable. No estaba hecha para esconderse en algún rincón remoto. Woolriver, con su vida social

campestre, ya estaba siendo una tortura. No. Si había algo que *lady* Asbourne jamás haría era abandonar el campo de batalla.

Con el ceño fruncido, leyó el siguiente párrafo:

«Si opta por la enfermedad, le sugiero algunas estrategias para simular un padecimiento convincente. Los síntomas más efectivos son los que despiertan compasión inmediata: fiebre constante, extremidades temblorosas y, por supuesto, un semblante pálido y demacrado. Puede lograr esto último con unas gotas de vinagre en el rostro antes de cualquier aparición pública. Y evite alimentos sólidos durante unos días para adelgazar sus rasgos. Si la situación requiere dramatismo, un desmayo bien ejecutado siempre es útil».

Agnes dejó escapar un bufido sarcástico. La idea de fingir una enfermedad le resultaba tan humillante como huir, pero al menos era algo que podía controlar. Ya imaginaba las miradas de lástima, los susurros en los salones: «Pobre *lady* Asbourne, tan fuerte siempre, y abatida por un mal desconocido desde que su malvada hijastra la acusó de manipularla». Más allá de la compasión, la enfermedad le proporcionaría tiempo para idear un nuevo plan.

Siguió con la lectura. Cada línea del doctor era más calculadora que la anterior.

«Si decide adoptar esta estrategia, le recomiendo limitar sus apariciones públicas y recluirse en su residencia, alegando el consejo de un médico competente (puedo recomendarle uno si lo desea). De esta forma, no solo evitará preguntas incómodas, sino que también mantendrá la atención de sus allegados, quienes estarán demasiado preocupados por su bienestar como para cuestionar sus acciones. Con estos últimos consejos, doy por condonada mi deuda con usted. El ridículo que hice en la iglesia de St. George's delante del reverendo pone en peligro también mi reputación y mi cargo, y doy gracias a Dios de que no se les haya ocurrido denunciarme ante las autoridades pertinentes. Espero que haga como yo y durante un tiempo pase desapercibida o indispuesta».

Agnes dejó caer la carta sobre el escritorio. Su mente evaluó las implicaciones de cada palabra. Fingir una enfermedad no era una solución permanente, pero sí un escudo temporal. Podría reforzar su posición, manipular a quienes le rodeaban y, lo más importante,

evitar que Kat y Alexander tuvieran vía libre para consolidar su victoria. Todo ello requería de una gran dosis de energía y desesperación. Ella, como siempre, tenía otros recursos disponibles antes de recurrir a tan infame maniobra. Era el momento de acudir a su red de apoyo, la que había tejido con tanto ahínco.

***

Agnes se ajustó el broche de nácar en el cuello de su abrigo antes de llamar a la puerta. La mansión de *lady* Percy se alzaba entre la bruma matinal como un bastión de piedra, sólida y altiva, símbolo de una mujer recta en sus principios.

Un mayordomo imperturbable la condujo al salón principal, donde *lady* Percy la esperaba. La anfitriona la recibió con un gesto forzado y vestida a la moda. A su lado, sentada con una elegancia felina, estaba una visita que Agnes no esperaba encontrar, envuelta en un chal de terciopelo color sangre que parecía absorber la luz del salón.

—Querida, permítame presentarle a *lady* Julia Waterford, viuda del barón de Waterford, y una amiga muy cercana —dijo *lady* Percy con una sonrisa astuta, como si supiera que la situación no era cómoda para la recién llegada. Señaló a la otra mujer con un gesto de la mano. Parecía que le estuviera ofreciendo un premio.

Lady Asbourne se mantuvo erguida como una estatua y sus ojos recorrieron con disimulo a la dama que tenía frente a ella. Waterford no era un apellido que le sonara, aunque su figura elegante y su porte digno de una reina sí le resultaban familiares. La conexión entre ella y *lady* Margaret Percy no era clara, y eso la inquietaba. Estaba acostumbrada a ser la que controlaba la situación. Algo en el ambiente le molestó, como si perdiera terreno.

—Un placer —dijo, aunque la palabra era más una formalidad que una bienvenida sincera. Su mente estaba ocupada en buscar la conexión, esa pequeña pista que la haría sentir que estaba de nuevo a la cabeza.

—El placer es mío, *lady* Asbourne —respondió la baronesa con voz suave, casi etérea. Con un matiz que no le pasó desapercibido. Era una mujer que había sufrido, sin duda, y cuya amargura era palpable.

La conversación se estancó por un momento.

—Necesito conversar a solas con *lady* Percy —dijo sin rodeos con una sonrisa que no conseguía ocultar su desdén.

Lady Percy no mostró sorpresa. Por el contrario, su expresión se mantuvo serena.

—*Lady* Waterford es una persona de plena confianza y parte de esto. Puede hablar con total libertad.

Agnes apretó los labios. El golpe a su ego fue inmediato, sin embargo, sabía que no podía dar marcha atrás ni permitirse mostrar inseguridad. Después de todo, estaba allí por un propósito muy concreto. Alzó la barbilla. No estaba acostumbrada a pedir favores, no obstante, la situación requería sacrificios.

—Estoy enfrentando ciertos contratiempos. Mi hijastra, *lady* Katherine, ha decidido aliarse con el hombre que menos me conviene. Y parece que algunas influencias externas han fortalecido su posición. Y lo que me gustaría sería aunar fuerzas —admitió de un tirón para no echarse atrás y volver a casa abatida.

Lady Percy levantó una mano para indicarle que se detuviera. La mirada de la baronesa se volvió más penetrante y Agnes percibió el frío de su presencia.

—Si es por el rumor que corre desde hace unas horas por el pueblo sobre la boda de *lady* Katherine con *lord* Pembroke, no sé si debo felicitarla o darle el pésame.

—¿Cómo ha podido extenderse tan rápido? —preguntó escandalizada *lady* Asbourne.

—¡Lo siento! —interrumpió Julia Waterford—. Tal vez he sido yo. Vengo de Londres y es sabido que el reverendo Howley ha forzado a asistir a unos cuantos feligreses para hacer de público en esa ceremonia.

—Es decir… ¿que ya se ha celebrado? ¡No puede ser, pero si se acaban de prometer! —Las piernas de Agnes flaquearon pese a estar

sentada. Su cuerpo se doblegó del susto y *lady* Percy arrugó la nariz ante la palidez de su amiga.

—Ese es el rumor. ¿Para qué quiere aunar fuerzas? Ya no puede obligarlo a que contraiga matrimonio con su favorita.

—Necesito conseguir la anulación. Ese matrimonio es inmoral —masculló entre dientes.

—Eso es algo que le corresponde a usted, *lady* Asbourne. Por mi parte, ya he contribuido bastante y mi misión ha sido todo un éxito, no como la suya, al parecer. El club de damas está acabado, tal como queríamos. Desde el escándalo no se han vuelto a reunir y las socias no confían en *lady* Susan —dijo *lady* Percy con una tranquilidad desconcertante, y sonrió a la viuda de Waterford.

Agnes frunció el ceño, turbada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó. Su voz temblaba de impaciencia.

Lady Percy sonrió, pero no de manera amable.

—Es simple, querida. La baronesa tiene sus propios motivos para estar aquí.

—Prometí que acabaría con el club de damas que preside *lady* Susan y así ha sido —aclaró la viuda de Waterford con una sonrisa maléfica—. Antes de convertirme en baronesa fui la prometida de Henry Hall, aunque el enlace no llegó a celebrarse por motivos personales —continuó con su explicación no solicitada—. A la muerte de mi esposo, creí que Henry y yo habíamos vuelto a conectar. Me arrastré para conseguir su perdón y tuvo que entrometerse esa arpía, *lady* Susan. Así que no he desfallecido hasta ver arruinado su preciado club, del cual me rechazaron.

Agnes se sintió identificada. Las primeras impresiones nunca fallaban.

—No podía dejar en la estacada a mi amiga. Así que nos pusimos manos a la obra y cuando usted apareció, *lady* Asbourne, fue como una enviada de Dios —declaró *lady* Percy.

—Gran parte de su éxito ha sido gracias a mí, por lo que es de recibo que me ayuden en esta nueva tesitura en la que me encuentro. —*Lady* Asbourne aprovechó la coyuntura para hacerlas sentir en deuda.

Lady Percy bajó la cabeza apesadumbrada.

—Me es imposible seguir con esta alianza. Y más si se tiene en cuenta que usted misma inventó el rumor sobre su propia hija.

—Si lo sabía, ¿por qué continuó con la pantomima? ¡Me ayudó en aquella fiesta!

Lady Percy rio triunfante.

—Fue una gran velada y de veras que me divertí. Lo hice por nuestra amistad. En estos momentos está demasiado enmarañado para inmiscuirme de nuevo.

—Si le soy sincera, la admiro *lady* Asbourne —habló con firmeza *lady* Julia Waterford—. Fue una valiente estratagema para quitarse de encima a su hijastra, porque intuyo que ese era el plan. Me hubiera gustado empezar una amistad con usted si las circunstancias fueran más favorables.

Agnes la observó, atónita. No podía creer que lo que ella había planeado, sus expectativas de aliarse con *lady* Percy, se desmoronaran tan rápido. Ella creía que la usaba en su beneficio y todo el tiempo había sido al revés.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —dijo la madrastra con voz áspera, sin saber cómo volver a tomar las riendas de su existencia.

Lady Percy se encogió de hombros con indiferencia.

—Ahora la guerra es solo suya.

Agnes se levantó indignada justo cuando llegaba el servicio con un tentempié. Nunca en su vida había recibido tanta ofensa. Sabía que, sin el poder de sus influencias y alianzas, no podía enfrentarse a Kat ni a *lord* Pembroke. La humillación de verse relegada a un papel tan débil le quemaba en las venas, y lo que más le irritaba era la impotencia que la devoraba poco a poco.

Recordó la carta del doctor, esa misiva que, en su desesperación, había tomado como la última esperanza. «Solo le quedan dos opciones, huir lejos o alegar una enfermedad grave que justifique su retirada de la vida social». Nadie la podría desafiar si ella se encontraba postrada en cama, indefensa y vulnerable.

El pensamiento la consumió. Sintió el ardor de la frustración transformarse en determinación. Si no podía vencer a sus enemigos

con astucia o estrategia, al menos podría jugar la carta más insidiosa: la lástima.

Su respiración se volvió más pesada. Alzó la mano temblorosa con un gesto dramático.

«Es ahora o nunca», pensó. Cerró los ojos y dejó que su cuerpo cediera al falso desmayo. El frío de la habitación la envolvió mientras su rostro se tornaba pálido y, con un leve suspiro, se desplomó. *Lady* Asbourne no haría las cosas a medias. Si iba a fingir, lo haría con tal perfección que nadie, ni siquiera *lady* Percy, los duques de Grenville, *lord* Pembroke y ni siquiera Kat, se atreverían a dudar de su sufrimiento. En su mente ya se dibujaban las escenas: su dramático encierro, las visitas preocupadas y, por supuesto, los susurros de pena que resonarían en los salones de Woolriver. El tiempo borraría lo ocurrido y, como siempre había hecho, se reinventaría para resurgir victoriosa.

Capítulo 48

Nunca creyó que sentiría una conexión tan genuina con una mujer y menos con su esposa. La mayoría de veces, aunque uno pudiera pensar que tenía el control sobre la propia vida, esta demostraba siempre que nada era predecible y que nunca había que suponer lo que iba a ocurrir. Alexander, antes de conocer a Kat, aspiraba a tener una relación cordial con su futura mujer y la libertad para escaparse de vez en cuando a su piso de soltero, ese mismo en el que estaba. Sin embargo, no daba crédito a cómo había pasado su luna de miel, o al menos los primeros cuatro días desde que se celebró la boda. Había enviado una nota precipitada a sus padres sobre lo ocurrido con la intención de volver a casa cuanto antes, no obstante, una cosa había llevado a otra y no habían salido del estudio en Londres desde entonces.

Acarició la espalda desnuda de Kat que dormía a su lado y se maravilló de la suerte que había tenido. Su corazón, el cual era de hielo desde la muerte de su hermano y de su cuñada, latía con fuerza cada vez que la veía excitarse. Su gozo era también el suyo. Y en esos momentos su piel respondió a sus mimos. Ronroneó como una gata y lo miró con el deseo contenido en los ojos. Alexander se empalmó de nuevo. Había perdido la cuenta de las veces que lo habían hecho ese día y, aun así, sentía la necesidad de volver a entrar en ella. Kat abrió las piernas y lo recibió con agrado. Se besaron al mismo tiempo que sus cuerpos se movían al unísono y de nuevo lo invadió esa oleada de placer, distinta a las que había sentido hasta entonces, esa conexión impactante al principio, reconfortante al final, para indicarle que ella era la única.

—¿Podemos probar algo diferente? —susurró Kat a su oído mientras él intentaba no llegar al clímax demasiado deprisa.

Alexander asintió y para su sorpresa Kat le mostró el trasero.

—¿Estás segura? ¿No iremos muy rápido rompiendo tabúes?

—¿Los tuyos o los míos? —Kat se rio al mismo tiempo que lo acercaba con cariño hacia esa parte prohibida para cualquier dama

que se preciara—. Dicen que esta es una postura de lo más placentera para ambas partes.

—¿Quién lo dice? ¿Y cómo es posible que lo sepas? —Alexander simuló sentirse ofendido y palmeó las nalgas de su mujer. Aunque no era teatro, dado que era cierto que quería saber con qué otros juegos le gustaba entretenerse a Kat.

—Solo te lo contaré si me haces feliz.

Y agarró su pene erecto para introducirlo en esa parte de su anatomía que tanto le atraía y de la cual creía que nunca su consorte podría darle tal placer.

Alexander gimió.

—¿No has sido dichosa esta mañana? ¿O hace una hora?

Kat se retiró el pelo hacia un lado y se mordió el labio cuando él le sujetó las caderas para llegar más hondo.

—Cada vez te cuesta más recuperarte —se burló ella.

—Eres demasiado exigente. ¡Dios! —exclamó él incapaz de contenerse.

Kat chilló y posó sus manos en la almohada, la agarró y se cubrió el rostro, y Alexander supo que no era de dolor o vergüenza, sino para ahogar más gritos de felicidad.

Acabaron rendidos uno al lado del otro, se llenaron de besos y volvieron a caer en el sueño. Al despertar, Kat seguía con la cabeza en su hombro y sin parar de contemplar la mano derecha donde reposaba el diamante rosa.

—De tanto mirarlo lo vas a gastar —se burló Alexander—. Encargaremos una réplica para que la puedas llevar a diario y poner el verdadero anillo en la caja fuerte.

—No quiero. —Kat hizo pucheros adrede con la intención de convencer a su marido.

—Es peligroso, y más si vas mostrándola a cualquiera. Cada vez que la señora Bing nos trae la comida se lo pasas por la cara.

—Para demostrarle que de verdad soy marquesa y no una fulana.

Alexander rio y le dio un tierno beso en la frente.

—Nunca pensó algo así de ti.

—Sabes muy bien que cada vez que hacía una reverencia era para mofarse de mí, igual que en la fiesta clandestina. Deberíamos volver para restregárselo a cada uno de ellos.

—No estaría bien visto que la marquesa de Pembroke alterne esos lugares.

Kat se sentó en la cama y cruzó las piernas, pensativa.

—Entonces acepto volver como supuesta amiga. Pero esta vez es diferente porque tengo esto. —Y enseñó de nuevo la sortija.

—¿De verdad serías capaz?

—¿Por qué no? Hay que darle un poco de vidilla al matrimonio.

—¡Te parece poco esto! —Alexander empezó a hacerle cosquillas por todo el cuerpo y Kat, divertida, corrió desnuda por el pequeño apartamento hasta que él la atrapó y el ardor los volvió a coger desprevenidos. Se sintieron satisfechos de inaugurar por fin el suelo frente a la chimenea y, más adelante, el sofá y la mesa donde desayunaban. Estaba claro que tardarían un poco más de lo previsto en volver a Woolriver.

***

El día tan temido llegó. Alexander tenía la sensación de que el tiempo había cambiado, como si el aire mismo se hubiera vuelto más espeso a medida que avanzaba el carruaje. A su lado, Kat mantenía la mirada fija en el paisaje que pasaba veloz. La tarde estaba cargada de nubes bajas y las primeras sombras del crepúsculo comenzaban a deslizarse por el campo, tal vez presagiando lo que les aguardaba en la mansión de sus padres.

La carroza se detuvo frente a la imponente entrada de la casa familiar. Su hogar. Pero en ese momento le parecía distante. Kat miró el edificio, fascinada. Alexander la ayudó a bajar y ambos se dirigieron a la entrada, donde ya los esperaba un lacayo, que intentó no emocionarse al verlos juntos. La mansión entera sabía lo acaecido esos días y los rumores llenaban las cocinas, los mercados y las calles de Woolriver. Al llegar al salón, se encontraron con los duques. La duquesa sostenía una taza de té sin intención de

moverse, como si le fastidiara que hubieran interrumpido su rutina diaria. Por el contrario, el duque se levantó, dio un abrazo a su hijo y otro a Kat.

—¡Enhorabuena! No era lo que queríamos, pero has cumplido tu palabra.

—Todavía me pregunto si no es una de tus bromas, hijo —habló la duquesa, que aún no había probado el té.

—No lo es, madre. Katherine y yo nos casamos en St. George's hace apenas unos días. Ella es mi esposa y esperaba que la recibieras con la cortesía que merece. —Alexander mantuvo la compostura, aunque sentía cómo el aire del salón se volvía más denso.

La duquesa dejó por fin la taza sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Cómo te atreves a casarte sin nuestro consentimiento, sin siquiera consultarnos? ¿Y con ella?

La mirada que dirigió a Kat era de desprecio absoluto. Su recién estrenada esposa no se inmutó. Permaneció a su lado, erguida, sin perder los papeles. Y eso lo enorgulleció.

—Lo he hecho porque la amo, madre, aunque no puedas entender este sentimiento. Y porque no permitiré que sigáis manipulando mi vida como si fuera una extensión de vuestros deseos.

La duquesa sollozó y sacó de su manga un pañuelo de encaje para secarse unas lágrimas que no habían sido vertidas.

—Retíralo ahora mismo, Alexander —le ordenó su padre.

—No puedo retirar lo que es verdad.

—Tu madre se ha desvivido desde siempre por sus hijos. Eres muy injusto al tratarla de este modo. Te has mostrado frío y distante desde que murió Edmund. Para un padre perder un hijo es una calamidad, pero para una madre es como caer en el abismo y no recuperarse jamás.

La duquesa levantó una mano hacia su marido. Se sabía defender ella sola.

—Que no sea cariñosa no significa que no os amara a los dos, y hubiera dado mi vida por la de tu hermano, al igual que lo hubiera

hecho por ti. Por eso no entiendo tu desprecio.

—Solo me utilizasteis para conseguir una esposa con dinero para pagar vuestras deudas y con vuestro desespero caísteis en la trampa de *lady* Asbourne

—Eso no importa, ya saldremos adelante como podamos. Pero no creo que la reputación de tu mujer sea algo que se pueda resolver de la noche a la mañana, por mucho título que tengamos. La clase a la que pertenecemos no da segundas oportunidades —dijo el duque incómodo y palmeó la hombro de su hijo.

—¡Nos darán la espalda! Aunque creo que ya estás acostumbrada a eso, ¿verdad, querida? —Su madre se dirigió a Kat y volvió a sacar el pañuelo que se mantenía seco.

Su esposa corrió al lado de su afligida madre y la rodeó con los brazos para consolarla.

—Cuanto siento que estén así por mi culpa. Les prometo que pronto mi reputación y, por tanto la de los Grenville, será inmaculada. Tal y como les ha contado Alexander, ha sido una invención de mi madrastra. *Lady* Felicity es mi hermana y puedo demostrarlo. Nunca he estado con un hombre que no fuera su hijo, bueno, a excepción de mi primer marido.

La duquesa se deshizo del abrazo de su nuera y se levantó nerviosa.

—¿Cómo os atrevéis a echar la culpa a esa santa mujer que se ha desvivido por su familia? La pobre está a las puertas de la muerte y no hacéis más que atribuirle vuestros propios pecados.

Alexander temió que lo que habían logrado en Londres se deshiciera como el hielo y no quedara nada de las horrendas manipulaciones de *lady* Asbourne tan solo porque había decidido encerrarse en su casa alegando una enfermedad.

Capítulo 49

La puerta del salón se abrió de manera estrepitosa y el mayordomo anunció al párroco de Woolriver, Francis Foster, y a su mujer Emily, que corrieron al encuentro de los duques.

—Reverendo, ¿a qué debemos esta visita tan inoportuna? —preguntó el duque mientras intentaba recuperar el control de la situación.

El señor Foster avanzó con paso firme y extendió una carta que llevaba en la mano.

—He venido tan pronto me han avisado que un carruaje se apeaba en la mansión. He supuesto que sería *lord* Pembroke con su esposa. Y hemos acudido raudos con la intención de esclarecer la verdad.

—No creo que sea el momento, señor Foster. Los asuntos de la Iglesia deberán esperar hasta mañana, cuando sea hora de visita —contestó la duquesa, molesta.

El párroco le entregó la epístola que sostenía. Ella la abrió con manos temblorosas. A medida que leía, su rostro adquiría un tono ceniciento. Al terminar, alzó la mirada hacia Alexander y, por primera vez, la autoridad de su voz se quebró.

—¿Es esto cierto? —La duquesa se cubrió el rostro y esta vez sí que de sus ojos se desprendieron varias lágrimas, al mismo tiempo que mostraba la carta al duque.

—Kat y yo nos casamos porque nos amamos, pero también para evitar que *lady* Beatrice lo hiciera primero y heredara la fortuna de su padre.

—Entonces, ¿*lady* Asbourne no nos mintió? ¡La herencia existe! —Su madre cada vez estaba más insegura de sí misma. Se dejó caer en una butaca.

—No del todo. Si me hubiera casado con *lady* Beatrice nos hubieran pagado una dote. Lo más seguro que fuera insuficiente para los gastos acumulados; el resto, estoy convencido de que hubiera sido escondido en los bolsillos de *lady* Asbourne.

—Ya te he dicho que no hables de esta manera de una pobre mujer que está a las puertas de la muerte.

—¿Ha sucedido algún accidente? ¿Están bien en casa? —preguntó alarmada Kat.

—¿Por qué no la visita antes de decidir si quiere arruinar la reputación de una moribunda? —El desprecio de la duquesa era evidente y parecía que la misiva que acababa de leer no era suficiente para que aceptara la situación de esponsales de su hijo.

La señora Foster, que había permanecido en silencio hasta entonces, dio un paso al frente.

—Confieso que fui yo quien difundió el rumor sobre *lady* Pembroke y su supuesta maternidad, pero en mi defensa diré que la misma la condesa fue la que nos llevó a creer semejante embuste. Acudimos a ella desesperados para librar batalla contra el Club de Damas de Woolriver y acabamos colaborando en un escándalo de una magnitud que escapaba a nuestro control. —La mujer bajó la cabeza como si implorara perdón y continuó con su monólogo mientras los demás escuchaban expectantes—. Por eso es mi deber enmendarlo. La señora Howley, la esposa del reverendo de la iglesia de St. George's, me pidió que trajera esta carta para que supieran toda la verdad. *Lady* Asbourne intentó internar a su hijastra en un sanatorio bajo pretextos falsos solo para conseguir incapacitarla y que no pudiera recibir la fortuna de su difunto padre cuando se casara. Les aseguro que estoy arrepentida de mis actos. Los dos lo estamos. —Agarró el brazo de su marido, que asintió sin decir una palabra—.Y por eso yo misma me encargaré de divulgar la verdad por el condado. Aunque eso no quita que recemos por la salud de la condesa para que se recupere pronto.

El salón quedó en silencio. La duquesa parecía a punto de desplomarse.

—Alexander, no sé qué decir ni qué hacer. ¿Qué esperas ahora de nosotros? —El duque cerró los ojos, como si el peso de la revelación lo abrumara.

—Lo único que ya ha hecho, padre: que se reconozca a mi esposa y la respeten como parte de esta familia.

—No busco causar divisiones. Solo quiero vivir en paz con el hombre que amo y sobre todo con ustedes a su lado. Espero que puedan entenderlo —habló Kat con calma. Las palabras de la señora Foster parecían haberle quitado la opresión que sentía desde que se habían esparcido los rumores sobre ella.

La duquesa se levantó, aunque las rodillas la sujetaban a duras penas. Su marido la ayudó a ponerse en pie y acercarse a Kat.

—Siento lo ocurrido. He sido una madre terrible. No he visto que hería a mi hijo, al único que me queda, y con mis ansias de mantenerme en mi posición también la he dañado a usted. No soy una persona de trato afable. Me educaron desde niña para ser una gran dama y mantener la cabeza en alto hasta las últimas consecuencias. Hoy ya no estoy segura de nada. Los tiempos cambian y hay que dejar paso a las nuevas generaciones. Estoy convencida que será una buena esposa y una excelente duquesa de Grenville.

Kat se conmovió ante las palabras de su suegra y abrió los brazos con la intención de un acercamiento más caluroso. Alexander sabía que su madre no era de esa clase. Sonrió al verla inclinarse ligeramente ante su esposa. Eso ya era un gran avance para ella.

—Deberás tener un poco de paciencia —le susurró al oído.

Los duques llamaron al servicio para que trajeran más té, cubiertos y algo de comer.

—Bien, ya que hemos limado asperezas, es el momento de hablar de la fiesta de clausura de la temporada. La cancelé al recibir tu nota, pero creo que lo lógico es reanudarla para presentar a tu mujer y, por supuesto, reverendo, señora Foster, están invitados —habló su madre, recuperada por completo.

—Bueno —Kat se aclaró la garganta—, ya que lo comenta, me gustaría que también acudan las mujeres que pertenecieron al Club de Damas de Woolriver, incluidas las que no tienen título ni tierras.

—Me temo que ese club ya no existe —dijo el señor Foster con una sonrisa de satisfacción.

Alexander miró a su madre con una advertencia en los ojos y esta asintió.

—Reverendo, no creo que mi fiesta se convierta en una reunión de indecentes por unas cuantas invitaciones de más, y menos si usted está en ella —dijo irónica la duquesa.

—¡Esas mujeres están vetadas, no pueden asistir! —protestó el párroco.

—Quién lo decide soy yo, señor Foster, no olvide su posición. Además, de tanto hablar de ellas me entran unas ganas terribles de conocerlas —replicó la duquesa.

—¡Su intervención sería una gran ayuda para volver a unir al club! —se emocionó Kat.

—No vayamos tan deprisa, querida. Todo a su tiempo.

Capítulo 50

Aunque solo habían pasado unas cuantas semanas desde que abandonó el hogar de su madrastra y huyó a Londres, la casa se erguía ahora delante de ella como un espectro del pasado. Las sombras de los árboles caían sobre las paredes de piedra mientras el viento ululaba entre las ramas desnudas, como si la naturaleza reconociera que ese no era un lugar para Kat. Había recorrido a pie, con pasos apresurados, la distancia que le separaba de la mansión Grenville. Quería zanjar ese asunto cuanto antes. Se detuvo frente al portón principal con la respiración agitada. Cruzó el umbral por primera vez desde que había vuelto a Woolriver y le pareció más pequeño, más envejecido, una manifestación de que la casa y su madrastra estaban conectadas por un hilo invisible que las llevaba a la decadencia.

—Bienvenida, *milady*. Su señoría no está muy bien. Ha pedido que la vea en su habitación —murmuró la señora Bryan. Su voz sonaba tan apagada como el ambiente aplastante que se respiraba.

Kat dejó su abrigo con un gesto mecánico y miró alrededor. El olor a humedad y a bálsamos rancios flotaba en el aire. Las alfombras y los candelabros traídos de su antigua mansión en Londres parecían haber perdido todo el esplendor que tuvieron en vida de su padre. Cada paso sobre el suelo de madera resonaba con un eco lúgubre.

—¿Está tan grave como dicen? —preguntó en voz baja mientras subía las escaleras.

—No sabría decirle, *milady*. El médico viene con frecuencia. No me corresponde a mí juzgar. —La señora Bryan bajó la cabeza.

Aquellas palabras, tan diplomáticas como siempre, no hicieron más que confirmar las sospechas de Kat. *Lady* Asbourne era una maestra en el arte de la manipulación, capaz de transformarse en mártir cuando la situación lo requería.

Empujó la puerta de la habitación con cuidado. El interior era una caverna oscura: las cortinas estaban corridas, el aire parecía

pesado, cargado con el aroma denso del bálsamo y el opiáceo del láudano. Las velas parpadeaban con una luz amarillenta que apenas lograba disipar las tinieblas. Distinguió la figura enjuta de su madrastra en la cama, envuelta en mantas marrones que contrastaban con la palidez cadavérica de su rostro.

—Katherine, querida, has venido a verme. Qué bendición en este mi último aliento. —La voz de la mujer había perdido su acostumbrado brío Tenía la cadencia teatral que Kat conocía tan bien.

—No estoy aquí para juegos —replicó mientras se acercaba al lecho con paso firme. A pesar de su compostura, el olor nauseabundo de la habitación le revolvió el estómago.

—Mi corazón se apaga, hija. Los doctores apenas me dan esperanzas. La tensión, las calumnias, me han consumido. Pero no vine al mundo para quejarme. Solo ruego que me perdones —musitó *lady* Asbourne con una mano temblorosa sobre su pecho.

Kat agrandó los ojos, perpleja. Aquello era demasiado. Unos meses atrás hubiera caído en su trampa, sin embargo, ya era demasiado tarde.

—Me han culpado de cosas horribles. —Su madrastra continuó con su discurso con la mirada baja, y una lágrima solitaria resbaló por su mejilla, tan medida como cada palabra—. Yo no lancé ese rumor, Kat, debes creerme. Fue la gente y las malas lenguas quienes distorsionaron la verdad. *Lady* Percy… —profirió un quejido—. Ella me confundió, nos confundió a todos. Ya es demasiado tarde, he pagado el precio. Muero sola, sin alivio alguno.

—No está sola. Tiene esta casa, a sus hijas y su conciencia. Aunque no sé qué consuelo le dará eso, porque no tiene corazón —respondió Kat con dureza.

Lady Asbourne gimió y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Eres cruel. Siempre lo fuiste conmigo. Pero ahora que estás casada con *lord* Pembroke y tienes una posición, tal vez puedas mostrar algo de compasión hacia esta pobre mujer que pronto abandonará el mundo. He pensado —tosió y se llevó un pañuelo a los labios con dramatismo— que podrías enviarme a una pequeña casa junto al mar. El aire puro me ayudaría, quizás, a prolongar mi

vida unos meses más. No necesito mucho. Solo una casa modesta, algunas comodidades y, claro, un pequeño estipendio para mi manutención.

Kat la miró con incredulidad. Allí asomaba la verdadera naturaleza de su madrastra bajo la máscara de víctima. La misma que la había tratado como un estorbo toda su vida y ahora esperaba que fuera ella quien costeara su retiro dorado.

—¿Me está pidiendo que me haga cargo de usted? —preguntó con frialdad.

—No lo veas así. Lo que es mío acabará siendo tuyo algún día. Considéralo una inversión en tu futuro. Además, no querrás que la gente piense que has abandonado a tu madrastra moribunda. Sería un escándalo que no conviene a una marquesa respetable.

Kat la observó en silencio. Su voz, aunque quebrada, seguía igual de venenosa.

—¿Y qué hay de Beatrice y Felicity? ¿Se las llevará al mar también?

—Estoy débil para hacerme cargo de dos criaturas tan angelicales. Estarían mucho mejor contigo, al cuidado de los duques de Grenville. Al fin y al cabo, son tu familia.

La penumbra de la habitación parecía amplificar su presencia, no podía estar segura de si la enfermedad era otra de sus artimañas, aunque apuntaba a una exageración desmedida por parte de su madrastra. Y Kat ya no era la joven asustada que solía temblar bajo su mirada. Ya no.

—No puedo hacer lo que me pide —respondió con voz firme—. Mis recursos son para mi hogar y para mi familia, y eso incluye por supuesto a Felicity. Sin embargo, no para quien nunca tuvo un gesto amable conmigo. Si necesita ayuda, pida al abogado de mi padre que la auxilie. Ya tiene experiencia en manejos de ese calibre. Estoy convencida de que encontrará a alguien que se apiade de su situación.

La mujer levantó una ceja y, por un instante, su máscara de mártir se resquebrajó. Kat no esperó a ver su reacción completa. Se volvió hacia la puerta, y dejó a su madrastra en la penumbra de su propia miseria.

—¡Kat! —llamó a gritos desde la cama—. ¡No puedes abandonarme! ¡¿Qué hay de Beatrice?! ¡Ella también te necesita, yo te necesito!

—Usted lo hizo conmigo hace años. Estamos en paz —respondió Kat sin mirar atrás.

Y, con esas palabras, cerró la puerta para dejar al otro lado el olor a bálsamo y a mentiras. Al bajar las escaleras, sintió que el aire volvía a sus pulmones, como si hubiera escapado de un pozo profundo. El ama de llaves la esperaba junto a la puerta con una expresión indescifrable.

—¿Todo en orden, *lady* Pembroke?

Kat se ajustó los guantes y asintió.

—Sí. Igual que siempre.

Capítulo 51

—¡Kat! —exclamó una voz familiar a lo lejos.

Felicity apareció desde el corredor lateral. Su figura pequeña y ágil estaba envuelta en un vestido verde desvaído, más propio de una institutriz que de una dama. Su cabello oscuro, que alguna vez había sido motivo de orgullo, caía desordenado en mechones sueltos.

—La he entretenido mientras usted hablaba con *lady* Asbourne —aclaró la señora Bryan.

Las hermanas se envolvieron en un tierno abrazo.

—¿Has ido de nuevo al bosque sin mí? Tienes una pinta horrible —se burló Kat.

—He estado plantando flores en el jardín. Beatrice y yo hemos decidido que esta casa sea más alegre —contestó Felicity mientras miraba con tristeza hacia los pisos superiores.

—Eres consciente de que no se muere, ¿verdad? —dijo Kat, aludiendo a su madrastra.

Su hermana se encogió de hombros como respuesta.

—¿Recuerdas aquello que tenía que hacer en Londres? Pues ha sido todo un éxito. Y no sé si te han dicho que *lord* Pembroke y yo nos hemos casado —continuó con tono risueño.

Los ojos de Felicity volvieron a su brillo natural y empezó a dar pequeños saltitos de alegría.

—¡Sabía que el marqués te adoraba y que no tardaría en proponértelo! Pero yo quería ser la dama de las flores en tu boda. ¿Cómo has podido casarte sin mí?

—Era una cuestión…

—¿De vida o muerte? —la interrumpió su hermana.

Kat soltó una carcajada.

—Algo por el estilo.

Luego se dio cuenta de que, en realidad, si no hubiera sido por su compromiso y por el anillo que permanecía en el dedo bajo los guantes de cuero su vida hubiera dado un cambio radical, encerrada

en el psiquiátrico, como pretendía su madrastra. Se le revolvió el estómago, había sido demasiado blanda con ella. Sin embargo, ya tenía castigo suficiente en simular una enfermedad y no poder salir de su habitación. Sus propias mentiras la habían encarcelado.

—¿Qué pasará con nosotras? —preguntó Felicity, desorientada.

—¿Qué te parecería venir a vivir conmigo? —habló Kat con una actitud despreocupada.

—¿Y quién cuidaría de mamá?

—¿Para qué crees que estoy aquí? —La señora Bryan se cuadró con los brazos en jarras.

—Yo confío en ella —la apoyó Kat.

—Beatrice también me necesita. Y sé que tú estarás bien con Alexander, él te cuida a ti, pero ella no tiene a nadie.

—Me las puedo apañar bien sola. —Beatrice apareció en el umbral con el vestido y la cara manchada de barro.

Kat no podía creer que la presumida de su hermana mediana se presentara ante ella con esas pintas.

—Te prometo que podrás venir a verlas cuando quieras. No se van a marchar de aquí —apostilló Kat con el convencimiento de que su madrastra no se atrevería a mudarse. Hubiera sido fácil aceptar enviarla lejos a una casa pequeña junto al mar, pero entonces no le podría restregar su felicidad, y deseaba que ella viera que no la había hundido.

—No hables por mí. —Beatrice contestó con una frialdad que asustó a Kat—. No quiero vivir de tu caridad. Prefiero una cama en alguna casa de beneficencia que ser una carga para tu marido.

—¿Acaso crees que él o yo nos hemos ofrecido a mantenerte? Solo he venido a por Felicity. Además, papá no te ha abandonado, solo que a partir de ahora yo administraré tus gastos. Voy a tener el control absoluto —contestó Kat mientras controlaba su ira.

Beatrice frunció el ceño. Sus labios temblaron, como si no supiera si gritar o llorar.

—Está bien, me quedo aquí. Le he cogido el gusto a esto de las flores y no quisiera que tanto trabajo se fuera al traste.

—Yo me quedo contigo, Beatrice, no quiero verte así de triste —habló la pequeña al mismo tiempo que le agarraba de la mano.

Estaba claro que su corazón se hallaba dividido.

Beatrice dejó escapar un sollozo y la abrazó con una ternura que Kat nunca había visto.

—Para mí serías una carga más. Y en breve me casaré con un noble con mucho dinero, mucho más que tu marqués, y deberé marchar para recorrer Europa con él.

—¿Ya tienes un pretendiente? —se le escapó a Kat con un tono de incredulidad demasiado hiriente.

Beatrice alzó la barbilla.

—Todavía no ha aparecido tal caballero. Estoy segura que mi destino es mejor que el tuyo, recluida de por vida en este pueblucho.

Kat sonrió ante los aires de grandeza de Beatrice. No había cambiado.

Tan solo habían pasado unos meses desde su llegada a Woolriver, sin embargo, en su interior era como si hubiera transcurrido una vida entera y una nueva empezara en su lugar.

—Los padres de *lord* Pembroke tienen muchas ganas de conocerte —Kat se dirigió a su hermana pequeña— y más al saber por lo que has pasado. Ya nadie te considera una bastarda. Creen de veras que eres hija de *lady* Asbourne, pero hasta que no decida dejar el cuento de su enfermedad estarás mejor atendida en la mansión. ¡Allí tienen caballos! Y a ti siempre te han gustado. —Kat pensó que aquello la animaría a decidirse.

La niña sonrió con sinceridad ante la noticia, aunque enseguida volvió a bajar la cabeza y a mirar de reojo a Beatrice. Esta pareció apiadarse de ella. Kat observó un atisbo de ternura en su expresión.

—¡Tampoco es que te vayas a la China! Puedes venir a verme con tu flamante caballo. Porque supongo que le regalareis uno, es lo menos que podéis hacer —habló Beatrice con un gesto altivo.

—Por supuesto, ¿qué nombre te gustaría ponerle?

Felicity saltó para echarse en brazos de sus dos hermanas y sin querer, o queriendo, las tres unieron sus cabezas. Ninguna de ellas pudo evitar echarse a llorar. Habían perdido hacía poco un padre y, aunque no poseían en común la pena por no tener una madre, sí que se sentían abandonadas por ella.

—Voy a ver a *lady* Susan para invitarla a la fiesta de mañana, pero luego vengo a buscarte Felicity.

La niña asintió.

—La ayudaré a hacer el equipaje —añadió Beatrice.

Kat miró a su hermana mediana y la pena se instaló en su corazón. No tenía pensado llevar a cabo ningún acto de misericordia hacia ella, sin embargo, al ver lo bien que se había portado con Felicity, quiso recompensarla. De su retículo, ese pequeño bolso de cordón que siempre llevaba consigo, sacó un sobre.

—Toma —se lo entregó sin florituras—. Es la invitación para la clausura de la temporada y también mi presentación en sociedad como la nueva marquesa de Pembroke. Si lo puedes soportar, estás invitada. Tal vez allí conozcas a algún lerdo con dinero como sueñas.

Beatrice la agarró también con el mismo desprecio que siempre había mostrado, aunque una pequeña sonrisa apareció en sus labios e hizo una leve pero muy ínfima inclinación de cabeza, lo que sorprendió a Kat.

Capítulo 52

Todavía le quedaba una visita más por hacer, así que decidió adentrarse en el claro donde había besado a Alexander por primera vez y donde se había enamorado de él para volver a sentir la conexión con esas tierras. La conversación con *lady* Asbourne y Beatrice la había exaltado y ella quería recuperar de nuevo la tranquilidad desde que su boda fue celebrada. No se arrepentía de esa ceremonia tan entrañable y auténtica en la que había pronunciado el «sí, quiero». Respiró el aroma que le devolvían las hojas verdes de los árboles mientras pisaba la tierra húmeda. Allí había sentido por primera vez ese indecente deseo por conocer el auténtico placer y se topó con el amor. Había descubierto quién era, dejando atrás a la persona que los demás querían que fuese. Y se lo debía a ese bosque, del cual parecía despedirse, aunque sabía a ciencia cierta que volvería junto a Felicity a dar largos paseos cuando todo se asentara. Dejó atrás la calma del riachuelo y llegó hasta la casa de los Hall, envuelta en la calidez del sol de la tarde. La puerta se abrió antes de que pudiera tocarla. Una doncella sonriente la condujo al salón principal, donde *lady* Susan ya la esperaba.

La presidenta del club de damas era la personificación de la calidez y el encanto. Su cabello rojo, recogido en un moño suelto, brillaba como un atardecer, enmarcando un rostro amable y pecoso. Vestía un sencillo traje rosa pálido que resaltaba la suavidad de sus movimientos. Al verla, se levantó con los brazos abiertos.

—¡Kat, querida! Te he visto desde la entrada y casi me da un vuelco el corazón —exclamó con júbilo y entrelazó las manos entre las suyas.

El salón irradiaba esa mezcla de orden y vivacidad que definía a *lady* Susan. Los sofás tapizados en tonos cálidos y las flores frescas en la mesa central formaban un ambiente acogedor.

—Gracias, Susan. Es un placer estar aquí de nuevo. —Kat sonrió mientras tomaba asiento frente a ella

—Me contaron hace unos días sobre tu llegada, los rumores en Woolriver vuelan, pero no sabía si querías volver a verme ahora que disfrutas de cierta posición. —*Lady* Susan rio con suavidad.

Antes de que Kat pudiera responder, otra figura familiar entró en la estancia.

—¡Kat! No esperaba verte hoy. ¡Qué sorpresa más agradable! —Rose Mary, con su cabello castaño recogido en un moño simple y un vestido de lino color crema, apareció con una sonrisa radiante.

—¡Rose Mary! Os tengo que contar tantas cosas. —Kat se levantó de inmediato y la abrazó con afecto.

—Estoy impaciente por saber. Mírate, ¡estás radiante! —Su amiga se apartó un poco para estudiarla.

Kat se sentó de nuevo y sacó de su bolso de mano dos invitaciones decoradas con finos bordes dorados. Las depositó sobre la mesa y las miró a ambas con un brillo de determinación en los ojos.

—He venido a entregaros esto. La duquesa de Grenville ofrece mañana una fiesta. Es una ocasión importante: seré presentada de manera oficial como nuevo miembro de la familia. Y me encantaría que las antiguas socias del club de damas estuvieran presentes.

Rose Mary tomó la invitación con entusiasmo.

Lady Susan la miró preocupada.

—Kat, esto es maravilloso. ¿Estás segura de que es lo que quieres? La mayoría de las familias de tu posición no ven con buenos ojos a mujeres como nosotras.

Kat sostuvo la mirada de la presidenta.

—Estoy en una posición en la que puedo permitírmelo. No soy la joven indefensa que llegó a este club buscando consuelo. Soy la esposa de un hombre que me apoya, y quiero recompensar a quienes estuvieron a mi lado cuando más lo necesitaba.

Rose Mary asintió con entusiasmo.

—Sabía que no nos abandonarías. Será el evento del año.

Lady Susan suspiró, aunque la calidez en su rostro no se desvaneció.

—Eres valiente y generosa, querida. Recuerda que este es un terreno peligroso. Parte de la aristocracia no aceptará tu decisión, ni

mucho menos a nosotras. El club se deshizo. Intenté reunirlas de nuevo, pero fue imposible.

—¡Si no damos el primer paso, si no demostramos que somos dignas de respeto y admiración, nunca cambiarán las cosas! —exclamó Kat con una energía renovada.

Lady Susan sonrió con orgullo.

—Deberías ser tú la presidenta y no yo. Solo llevo un año en el cargo y mira todo lo que ha pasado.

Kat asió las manos de su amiga.

—Soy más fuerte y más valiente gracias a ti, y no puedo pensar en nadie mejor que tú para dirigirlo.

—¡Por favor, me gustaría tanto asistir! —rogó Rose Mary con los ojos brillantes.

La presidenta inclinó la cabeza.

—Estaremos allí, querida. El club entero. Intentaré congregarlas, aunque sea la última vez. Será un honor acompañarte en este momento tan importante.

El corazón de Kat se llenó de gratitud. Había recuperado la reputación de su hermana y obtenido una nueva familia, pero esas mujeres siempre serían una parte esencial de su vida.

—Y ahora, cuenta, ¿cómo fue tu luna de miel? —habló Rose Mary entre risas.

—No es el momento. Soy una mujer casada y respetable.

—¿Llegaste a practicar las imágenes del libro? —Su amiga no podía parar de hacerle preguntas.

—Luego, cuando estemos a solas, te lo explico con detalles —susurró al oído de su amiga sin poder evitar ruborizarse, al mismo tiempo que *lady* Susan se levantaba para solicitar a una criada que sirviera el té.

Capítulo 53

Kat permanecía de pie junto a la ventana. Se aferraba al alféizar como si su vida dependiera de ello. Su respiración era irregular y las manos le temblaban. Desde allí veía cómo los carruajes llegaban uno tras otro al gran pórtico de la mansión. Los lacayos, impecables en sus libreas, ayudaban a los invitados a descender mientras las luces de los faroles iluminaban sus rostros curiosos.

—¿Cómo puede ser que hayan llegado tan pronto? —murmuró más para sí misma que para Alexander, quien permanecía tranquilo en el borde de la cama, mientras se ajustaba los gemelos de la camisa.

—Es lo que hacen los invitados importantes. Llegan temprano para observar, juzgar y asegurarse de que su presencia no pase desapercibida —respondió su marido con una sonrisa torcida.

Kat se giró hacia él. Su vestido de seda color marfil acariciaba el suelo emitiendo un susurro apenas audible. La tela se ceñía a su figura. Destacaba su elegancia recién descubierta, pero sus ojos reflejaban la ansiedad de una joven atrapada entre el peso de las expectativas y el miedo al fracaso.

—Alexander, no puedo hacerlo. ¿Y si no les agrado? ¿Y si creen que no soy digna de estar aquí? —Su voz tembló y buscó la mirada de su compañero de vida como un náufrago anhela tierra firme.

Él se levantó con la calma de un hombre acostumbrado a enfrentar tormentas y caminó hacia ella. Su presencia era un ancla en medio de un mar embravecido. Colocó sus manos firmes sobre los hombros de Kat.

—Escúchame, no tienes que demostrarle nada a nadie. Eres mi esposa, la marquesa de Pembroke, y eso es lo único que importa.

—¿Y si me giran la espalda de nuevo? —insistió ella.

Alexander se inclinó para que sus rostros quedaran a la misma altura.

—Lo que piensen de ti no te define. Sabes que eres una mujer fuerte, valiente y capaz de enfrentarse al mundo si es necesario, y

eso es lo que vas a probar esta noche.

Kat tragó saliva. La tensión en sus hombros comenzaba a ceder.

—¿Crees que estarán todos, sin excepción? —preguntó con una voz más controlada, aunque todavía cargada de incertidumbre.

—Estarán. —Alexander deslizó una mano hasta su mejilla y la acarició con el pulgar—. Incluso quienes dijeron que jamás pondrían un pie en esta casa cuando me casé contigo. Quieren ver a la mujer que no solo conquistó mi corazón, sino que también desafió las normas de la sociedad.

Ella dejó escapar una risa nerviosa.

—Esto significa mucho, Alexander. No solo por mí, sino por las mujeres como *lady* Susan, como Rose Mary, y también por las viudas. Quiero continuar con la labor que empecé y que sepan que no están solas, que tienen un lugar aquí.

—Y lo sabrán. —Alexander tomó su mano y entrelazó sus dedos con los de ella—. Pero primero, debes bajar esas escaleras y deslumbrarles.

Kat respiró hondo y se giró hacia la puerta. El sonido lejano de la música y las voces de los invitados llegaban hasta ellos, un recordatorio de lo que la esperaba.

—Entonces, es hora de empezar. —Su voz tenía ahora un tono firme, decidido.

Alexander sonrió y extendió su brazo hacia ella.

—Vamos a conquistarlos, mi amor.

***

Las notas de un cuarteto de cuerdas llenaban el aire con una delicada melodía que parecía sincronizarse con el latido acelerado de Kat. Tomada del brazo de Alexander, bajó las escaleras de mármol con paso lento. Su corazón le pedía correr de vuelta a la seguridad de su habitación. Las miradas de los invitados se alzaban hacia ellos, un océano de ojos expectantes que reflejaban curiosidad, aunque también había muchos ceños fruncidos y narices arrugadas.

El mayordomo aguardaba al pie de las escaleras con una postura ceremoniosa. En cuanto la pareja estuvo a la vista de los asistentes, dio un paso al frente y los anunció con una voz clara y potente.

—El muy honorable marqués de Pembroke y su esposa, la marquesa de Pembroke.

Un murmullo recorrió la sala como una ola, seguido por un silencio reverencial. Kat sintió que su rostro se calentaba bajo el peso de tantas miradas. Alexander apretó con suavidad su brazo.

Al llegar al último peldaño, los duques de Grenville avanzaron hacia ellos. El padre de Alexander extendió una mano firme hacia su hijo, que este estrechó con respeto, mientras la duquesa se acercaba a Kat con una calidez que no esperaba.

—Querida, bienvenida a nuestra familia.

Kat sintió un nudo en la garganta. Al fin logró esbozar una sonrisa.

—Es un honor estar aquí, su gracia.

La duquesa alzó la mirada hacia los invitados, que observaban la escena desde la sala principal, y, con un gesto elegante, llamó su atención.

—Mi hijo ha elegido con sabiduría y amor. *Lady* Pembroke no solo es mi nuera, sino que algún día será vuestra futura duquesa de Grenville.

Kat intentó parecer más segura de lo que en realidad se sentía.

Uno a uno, los asistentes comenzaron a inclinarse al paso de la pareja. El pecho de Kat se agitaba y su piel ardía bajo la presión de aquel acto de reconocimiento que jamás había imaginado recibir.

—¿Ves? Te lo dije. No hay nada que temer. —Alexander, siempre atento, le susurró al oído mientras avanzaban con lentitud hacia el centro del salón.

Kat levantó un poco más la barbilla y permitió que una sonrisa contenida adornara sus labios. Caminaba con la dignidad que su nueva posición exigía, pero, en su interior, su corazón latía desbocado.

Cuando llegaron al centro, donde las luces del enorme candelabro de cristal caían sobre ellos como un manto de estrellas,

Alexander le ofreció una pequeña inclinación de cabeza y luego extendió su mano hacia ella.

—¿Bailamos?

La música cambió a un vals solemne y, en ese momento, con su marido guiándola con ternura, Kat sintió que el salón giraba a su alrededor. Había llegado a ese lugar no solo como esposa de un hombre al que amaba, sino como alguien que, por fin, era reconocida y respetada por quienes una vez la habían despreciado.

***

El primer baile había concluido y Kat, aún con la respiración agitada por la emoción y el esfuerzo de mantener la compostura frente a tantos ojos atentos, se retiró a la habitación destinada para que las damas pudieran refrescarse. Allí, el aire era más calmado, impregnado con el suave aroma de pétalos de rosa y lavanda que flotaban en cuencos de porcelana.

Apenas cruzó la puerta, un murmullo creciente la alertó. Antes de poder acomodarse en uno de los sillones, las damas del club comenzaron a rodearla con rostros que mezclaban emociones: alegría, arrepentimiento y gratitud.

Lady Susan, con su característica melena rojiza recogida en un peinado a la última, fue la primera en hablar. Su voz temblaba por la intensidad del momento.

—Estimada Katherine, no sabes lo que significa para nosotras estar aquí esta noche. Ver cómo te presentas ante la sociedad de Woolriver con esa fuerza y gracia. No puedo evitar sentirme orgullosa.

Kat sonrió, conmovida. Antes de que pudiera responder, la maestra del pueblo, una joven de cabello rizado y expresión bondadosa, dio un paso al frente.

—Es cierto, *milady*. Nosotras…, bueno, yo… —carraspeó, nerviosa— no tengo palabras para disculpar lo que hicimos. Cuando todo pareció derrumbarse, y los rumores y las intrigas nos aplastaron, fui una cobarde. No debí darle la espalda al club ni a ti, y

menos en tu momento más difícil. Y ahora nos compensas con esta invitación tan ilustre, desafiando las normas. Nunca imaginé poder estar en una mansión así y menos como visitante.

—Yo insistí en que te apartáramos —interrumpió tímida la hija del panadero, una muchacha de mejillas sonrosadas—. Pensé que, si nos distanciábamos, los comentarios se olvidarían más rápido y podríamos seguir con nuestras vidas. Lo que hice fue imperdonable.

Las demás damas asintieron y el círculo se cerró un poco más. Cada una parecía luchar por encontrar las palabras adecuadas, pero fue la mujer del doctor la que sorprendió a todas al alzar la voz.

—Kat, esta noche estamos aquí para pedirte perdón. No solo a ti, sino también a *lady* Susan. —Se giró hacia el resto de las damas —. Cometimos un error al alejarnos, al permitir que el miedo nos controlara. Y hemos aprendido, a base de tropezar, que la fuerza reside en nuestra unión.

—No sé si es un buen momento para esto —habló Herminia con su acostumbrada solemnidad—. Hicisteis mucho daño al dejaros llevar por rumores estúpidos.

—Queremos volver y recuperar lo que perdimos, demostrar que somos dignas de ser parte del Club de Damas de Woolriver —añadió la maestra con determinación.

Kat, abrumada por las palabras y las miradas sinceras que la rodeaban, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Esto significa mucho para mí. Sin embargo, no soy yo quien debe perdonar. Eso le corresponde a la presidenta.

Lady Susan, con una sonrisa cálida, alzó la cabeza con dignidad.

—El club siempre ha sido un refugio para mujeres valientes. Y aunque algunas se extraviaron por un tiempo, no tengo dudas de que vuestros corazones ahora están en el lugar correcto. Si estáis dispuestas a comprometeros de nuevo, el salón de mi casa os recibirá con los brazos abiertos.

Las damas asintieron y sus rostros se iluminaron con alivio.

—¿Alguien sabe algo de Abby y la señora Crown? —preguntó la maestra con el ceño fruncido.

—No he tenido noticias de ellas desde que Abby irrumpió en casa el otro día —admitió *lady* Susan y miró de reojo a Kat,

preocupada.

Esta sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Abby y la señora Crown siempre habían sido pilares del club, mujeres que jamás fallaban a ninguna reunión, por pequeña que fuera.

—Les envié una invitación como a las demás. Tal vez hayan decidido rehusarla —añadió Kat.

—Debemos asegurarnos de que estén bien. Mañana iré a visitarlas —concluyó *lady* Susan.

El grupo asintió y la atmósfera se tensó durante un instante, como si una sombra hubiera cruzado el resplandor de la noche.

Lady Susan quiso quitarle importancia al asunto y recuperó la sonrisa.

—Hoy es para celebrar la presentación de Kat como nuevo miembro de la familia de los duques de Grenville, y también para demostrar que el club sigue vivo y que ninguna de nosotras está sola.

Kat asintió, agradecida por el apoyo renovado de sus amigas, mientras se dirigían de nuevo al salón de baile. Aunque el misterio de Abby comenzaba a inquietarla.

Capítulo 54

La música resonaba en el salón como un río de notas brillantes, inundaba cada ringón con un ritmo hipnótico que parecía sincronizarse con el murmullo de los invitados. Alexander, con una copa de champán en la mano, observaba desde un rincón de la sala a Kat, quien reía con *lady* Susan y las otras damas del club. Su esposa era el centro de atención, una joya radiante que iluminaba la estancia, y su orgullo por ella era palpable.

Sin embargo, una sombra se coló en su campo de visión. Henry Hall apareció entre los invitados con la elegancia sigilosa de un gato. Llevaba un traje negro y una expresión de urgencia.

—*Lord* Pembroke, no había tenido tiempo de felicitarle por su boda —murmuró Henry. Apenas inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Gracias, Hall. Es un placer tenerle esta noche aquí —respondió y mantuvo su tono neutral mientras le ofrecía la mano. Pero, al estrecharla, sintió un leve apretón que llevaba un mensaje implícito.

—Ya tengo lo que pediste. Es primordial que hablemos ahora —susurró Henry cuando vio que nadie cerca les oía.

Alexander frunció el ceño mientras reprimía una carcajada por el repentino dramatismo de su amigo.

—Ven conmigo —dijo en voz baja, y le entregó su copa al mayordomo, que pasaba por allí.

Los dos hombres se deslizaron fuera del salón y atravesaron un pasillo que parecía interminable bajo la luz tenue de los candelabros. Al llegar a un pequeño reservado, una habitación destinada para discusiones privadas, Alexander cerró la puerta y golpeó sin querer la nariz del señor Hall, quien se había detenido al pensar que escuchaba pasos detrás de él.

—¿Intentas romperme el tabique? —se quejó Henry.

—Tampoco es para tanto. No hace falta que te comportes como un espía.

—No me gustaría que tu esposa se enterara antes de lo debido.

Henry sacó de su chaqueta un sobre grueso y lo colocó encima de la mesa de caoba que había en el centro de la sala.

—Aquí está todo. Solo es necesario tu firma y estará hecho.

Alexander recogió el sobre y lo abrió con cuidado. Dentro había documentos, cartas y lo que parecían ser extractos de registros oficiales. Su mirada se iluminó al revisar el contenido. Antes de que pudiera preguntarle algo a Henry, escuchó el leve crujido de la puerta. Al girarse, vio a Kat de pie. Su expresión preocupada le recordó que no había sido honesto con su mujer.

—¿Interrumpo alguna conspiración secreta? —preguntó ella mientras se acercaba con cautela. Sus ojos oscuros se posaron en los documentos que Alexander aún sostenía en la mano.

—Nada que deba preocuparte, querida —respondió él y guardó los papeles con rapidez.

Kat se mordió el labio. Ya conocía hasta ese mínimo gesto, y significaba que no estaba satisfecha con la respuesta.

—Si esto tiene que ver con nosotros, quiero saberlo.

Hery, incómodo por la tensión entre los dos, se retiró con discreción.

—Es un asunto personal. Cuando sea el momento adecuado, te lo explicaré. —Alexander suavizó el tono, aunque le había molestado ser interrumpido de esta manera, como si no confiara en él. Si así debía ser su matrimonio, no empezaba con buen pie.

Kat mantuvo la mirada fija en evaluarlo.

—Alexander, cuando escondes papeles con esa torpeza, me haces sentir como una institutriz regañando a un niño travieso. ¿Tan terrible es? —dijo en voz baja antes de tomar su mano.

Él la apretó con sutileza y le dedicó una sonrisa que no alcanzó a borrar del todo la inquietud en sus ojos.

—Eso solo debes juzgarlo tú. Te prometo que lo entenderás a su debido tiempo.

Con esas palabras, la guió de regreso al salón, donde las luces y la música se encargaron de ocultar, al menos de manera temporal, el secreto que cargaba.

***

La habitación estaba sumida en una penumbra acogedora. Las velas titilaban en las esquinas y el suave crepitar del fuego llenaba el silencio. Alexander se dejó caer con un suspiro teatral en el diván que ocupaba un rincón del cuarto. La fiesta había terminado de madrugada y ahora su esposa era solo para él.

Observó a Kat mientras intentaba desabrocharse el vestido con una expresión tensa que había aprendido a reconocer.

—¿No crees que esta noche merece una celebración más íntima? —murmuró él y se acercó hasta ella para besarle el cuello. Le soltó uno a uno los botones que la mantenían prisionera de aquella tela que tan bien le sentaba. Sin embargo, Alexander la prefería desnuda.

Kat lo miró a través del reflejo del espejo del tocador. Su rostro, iluminado por la luz dorada del fuego, conservaba un destello de ira que lo detuvo en seco.

—¿Cómo puedes hablar de celebrar cuando me ocultas algo? —respondió ella, levantándose para enfrentarlo.

—¿Qué crees que escondo? —contestó, y fingió desconcierto al mismo tiempo que daba un paso hacia ella.

—No juegues conmigo. Te he visto en el despacho con Henry y, aunque no quieras decírmelo, sé que algo anda mal. ¿Acaso es por mi dote? ¿Por mi madrastra? Hemos pasado por mucho, y no quiero que me trates como una de esas esposas que giran la cabeza hacia un lado cuando hay problemas, y tampoco quiero un marido que no me tenga en cuenta en los momentos difíciles.

Él suspiró y se llevó una mano al cabello, desesperado por la actitud de Kat.

—Hay cosas que requieren tiempo, contexto.

—¿Tiempo? ¡Nos acabamos de casar! Y ya te comportas como el típico marido. ¿Cómo esperas que logremos ser un matrimonio feliz si parece que ya no somos un equipo? ¡Cuéntame lo que sucede y entre los dos encontraremos una solución!

Alexander intentó aproximarse de nuevo para calmarla, pero Kat retrocedió.

—No es lo que piensas. Te amo. Eso es todo lo que debes saber —dijo a punto de perder la paciencia.

—Amarme no es suficiente si no puedes confiar en mí —respondió ella, y se sentó de nuevo frente al tocador, como si no pudiera soportar mirarlo a los ojos.

Alexander permaneció aturdido y se preguntó cómo había permitido que las sombras se interpusieran en lo que debería haber sido un comienzo perfecto.

—Te lo contaré, te lo prometo. Por favor, no dudes de lo que siento por ti.

Ella cerró los ojos, se le escapó un suspiro tembloroso. Por unos segundos, pareció debatirse entre perdonarlo o seguir con su enfado. Sin embargo, se quedó quieta.

—Está bien, tú verás lo que haces. Solo espero que la costumbre de esconder cosas no sea lo que termine separándonos —musitó.

El alba apenas despuntaba y Alexander escuchó las últimas palabras de su mujer como si fueran un augurio. Harto ya de discutir, y con temor a que la tristeza los embargara, decidió agarrar a Kat del brazo con un vigor inusitado.

—¿Qué haces? —preguntó ella enfadada.

—Nos vamos —respondió él. Su tono era firme sin posibilidad de réplica.

—¿A dónde? —inquirió Kat confundida.

Alexander no se detuvo en más explicaciones. La obligó a bajar las escaleras con urgencia, sin soltarla ni un momento por miedo a que se escapase, y la llevó hasta las cuadras.

—¡Quédate ahí sin moverte! —le ordenó mientras preparaba a su caballo.

Por sorprendente que pareciera, Kat lo obedeció. Minutos después, la ayudó a subir al animal, acomodándola frente a él, y la rodeó con los brazos mientras tomaba las riendas.

El aire fresco de la mañana los envolvía, cargado con el aroma del rocío y la tierra húmeda. Ninguno dijo nada durante el trayecto.

Alexander notaba la respiración agitada de su esposa.

—¿Estás bien? —Quiso asegurarse. No quería tampoco asustarla más de lo debido.

—No tengo miedo, si te refieres a eso —contestó Kat de manera impersonal.

Se detuvieron en un claro, donde la luz del amanecer atravesaba las copas de los árboles y creaba un juego de sombras y destellos que parecía sacado de un cuento. Alexander desmontó primero y la ayudó a bajar con una suavidad que contrastaba con la rudeza de sus gestos.

—¿Y este lugar…? —comenzó ella.

Alexander recordó las mañanas que habían pasado allí juntos, cuando sus corazones aún titubeaban entre el deseo y el miedo.

—Este lugar es nuestro, Kat. Siempre lo ha sido —la interrumpió él, con una intensidad que hizo que ella se mordiera el labio inferior, arrepentida por su enojo.

Alexander sacó de su chaqueta un pliego de papeles y los extendió con entusiasmo.

—Esto es lo que Henry me ha entregado. Son los documentos que prueban que este bosque nos pertenece. Lo he comprado para ti, para nosotros.

Ella abrió la boca con asombro. Sus dedos rozaron el pergamino como si fuera un objeto sagrado.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—Porque aquí fue donde nuestras almas se encontraron. Donde dejé de verte como una simple criada para descubrir a la mujer más valiente que he conocido. Este bosque me dio el valor de amarte y quiero que sea el lugar donde construyamos nuestro hogar.

Alexander hizo una pausa. Luchaba contra la emoción que le despertaba ese sueño cumplido, el mismo que empezó cuando se cruzó con ella, le llevó la cesta de la compra y la confundió con una más, cuando en realidad era la única que su corazón podía albergar.

—Iba a ser una sorpresa. Mi intención era construir una casa aquí, una mansión donde pudiéramos empezar de nuevo. Después de nuestra discusión, he temido que pensaras que no compartimos la misma visión de futuro.

—Alexander… yo… —susurró ella, pero él no la dejó terminar.

—Lo único que quiero es que este bosque sea un símbolo de lo que somos y de lo que podemos ser juntos. Pero si tú no lo quieres, lo dejaremos así. Solo deseo que seas feliz.

Ella dejó caer los documentos al suelo y se arrojó a sus brazos. Alexander la sostuvo con fuerza y sintió que las estúpidas barreras que se habían levantado esa noche entre ellos se desmoronaban.

—Eres algo torpe —dijo Kat con una sonrisa ahogada por las lágrimas—. ¿Cómo pudiste pensar que podrías ocultarme una cosa así? ¿Esperabas guardar este secreto hasta que las obras hubieran terminado? A este paso te hubieras cargado de verdad nuestro matrimonio. Pero ¿qué le vamos a hacer? Eres, y siempre serás, mi torpe favorito.

Él soltó una carcajada. Ninguna mujer le había conquistado mientras le echaba un buen rapapolvo. Le acarició el cabello. La observó con admiración plena y se inclinó para besarla; ella lo esperaba con los labios entreabiertos. Fue un beso apasionado, cargado de promesas cumplidas y por cumplir. En ese claro del bosque, que ahora era suyo, se olvidaron del mundo, de las dudas, de las reservas. Solo existían ellos dos, con el amanecer como único testigo.

—Marqués —ronroneó Kat—, creo que es el momento de celebrarlo.

—Marquesa, será un honor y un placer servirla.

Alexander se sumergió en ese apetito que lo abrasaba y sucumbió al anhelo de su esposa. Esa palabra de siete letras que antes tanto lo atemorizaba y que ahora le sabía a gloria.

Epílogo

La reunión en casa de *lady* Susan transcurría entre el apacible murmullo de las tazas de té y risas discretas. Kat, sentada junto a Rose Mary, disfrutaba del calor del momento, rodeada por aquellas mujeres que habían sido su refugio y resistencia en tiempos difíciles. *Lady* Susan, presidía la escena con la amable autoridad de quien sabe que con solo una frase podría escandalizarlas a todas.

—¿Abrimos el libro?

Ese libro le había traído alegrías para su cuerpo inimaginables. Aunque aún tenía mucho por aprender sobre el amor propio y darse placer a una misma. En esos momentos, su vida era un camino dulce y se había propuesto contribuir a cambiar y mejorar una sociedad que trataba a las mujeres como un mero objeto coleccionable. Siempre que abría los ojos a un nuevo día, daba las gracias por tener a su lado a un hombre que la comprendía y la animaba a seguir en su cometido.

Las damas de la sala, incluida ella, chillaron por inercia, divertidas por el momento juguetón que llegaba con las pícaras imágenes de ese volumen que atesoraba la presidenta del club.

Justo cuando *lady* Susan estaba por relatar la próxima lección que aprenderían aquella tarde, la puerta se abrió de golpe y el grupo se volvió hacia la figura que apareció en la entrada.

Era Abby. Su rostro estaba descompuesto, el cabello revuelto y las mejillas húmedas de lágrimas. El murmullo cesó al instante.

—¡Se la han llevado! —gritó con una voz desgarrada.

Kat se levantó de inmediato y avanzó hacia ella.

—Abby, calma, ¿de quién hablas? —preguntó con suavidad. Sin embargo, su corazón comenzó a latir con fuerza.

La chica cayó de rodillas en el centro de la habitación, como si el peso de lo que traía consigo fuera demasiado para que pudiera sostenerse en pie.

—¡Mi madre! ¡Se la han llevado! Dicen que se ha vuelto loca y que ha matado a mi padre, pero no es cierto. ¡Ella no lo hizo!

Un murmullo de horror recorrió la sala. *Lady* Susan se acercó con rapidez y posó las manos en sus hombros.

—Abby, respira. Cuéntanos ¿qué ha pasado? —dijo la presidenta con una firmeza que no admitía excusas.

—Esta mañana mi padre ha aparecido muerto en su escritorio. Creíamos que había sido un ataque al corazón. Luego el doctor y mi hermano se han reunido a solas y, al salir, han solicitado a dos lacayos que mantuvieran a mi madre encerrada en su habitación. —Abby tragó saliva y se cubrió el rostro con las manos sin poder continuar.

—Estamos aquí contigo. Estás entre amigas —la animó a seguir *lady* Susan.

—Hacia el mediodía ha llegado un doctor con dos hombres fornidos con la intención de subirla a un carruaje. Acusaron a mi madre de haber envenenado a mi padre, que tenían pruebas. —Su voz se volvió un lamento desesperado.

—¿Te dijeron de dónde eran? —preguntó impaciente Kat, que temía lo peor.

—De Bedlam. Insistieron en trasladar a mi madre a ese hospital en Londres y que allí sería bien cuidada. Mi hermano solo asintió a lo que indicaba el doctor.

—¿Sabes su nombre? —Kat contuvo el aliento antes de realizar cualquier suposición.

—Lo recuerdo perfectamente, tanto su rostro como su nombre se me quedarán grabados de por vida: Thomas Monro.

Kat lanzó un chillido y, acto seguido, pidió perdón; había aumentado sin querer la tensión en el ambiente, ya de por sí tirante.

—Ese es el mismo que quiso encerrarme antes de mi boda. Estaba confabulado con mi madrastra. Y si ha llegado tan deprisa no ha sido desde la ciudad, por mucho que viniera a caballo y lo cambiara por otro en una posta. Tardaría veinticuatro horas, y no medio día.

Abby se arrodilló afligida y Kat se sentó en el suelo junto a ella.

—No entiendo lo que quieres decir. ¡Esto no tiene sentido!

—Que por alguna razón que desconozco habrá corrido la voz que ese tal Thomas Monro se deja sobornar y mucho me temo que

tu hermano ha tenido que ver en esto.

Una exclamación general recorrió la sala.

—¡Imposible! —habló Herminia—. Ese chico adora a su familia.

—Cierto, pero eso era antes. Cambió de la noche a la mañana cuando se enteró de que yo era su hermana. Su trato con nuestra madre ya no fue el mismo —contó Abby entre sollozos.

—¿Qué podemos hacer para salvar a la señora Crown? —preguntó Rose Mary temblorosa.

—Voy a ir a Londres. Contrataré a un abogado. Haré lo que sea necesario para demostrar su inocencia. Y juro que, si ha sido mi hermano, lo pagará caro. —Abby se secó las lágrimas con la manga del vestido. De pronto, su mirada parecía serena, como si hubiera encontrado un propósito para dejar a un lado la pena.

—¿Sola? —intervino Herminia, con evidente preocupación.

—No tengo elección. Reuniré lo poco que he ahorrado y venderé los vestidos y joyas que mis padres me regalaron el año pasado si es necesario.

Lady Susan cruzó los brazos, pensativa.

—Te ayudaré en lo que pueda y te daré referencias para el abogado.

—Todas contribuiremos —habló la joven maestra.

Kat asintió.

—Te acompañaré.

—¡Eres una recién casada! ¡No puedes dejar a tu marido! —la recriminó Rose Mary.

—No hace falta que nadie venga conmigo. Antes de descubrir quiénes eran mis verdaderos padres, sabía sacarme las castañas del fuego —habló de nuevo Abby.

—¡Una dama debe ir siempre acompañada! —se quejó Herminia.

—Tranquila, no estará sola. Este club se fundó para ayudarnos entre nosotras, y no vamos a dejarla en este momento —dijo la presidenta del club.

—Yo iré con ella si me lo permite, *lady* Susan. —Rose Mary parecía firme en su decisión.

—Por supuesto, puedo prescindir de ti unas semanas. Nos aseguraremos de que tengáis lo que necesitéis para este viaje. Este club nunca abandonará a una de las suyas. ¿Estáis conmigo?

Las damas, al unísono, contestaron con un gran «sí».

Kat asintió eufórica por la hermandad que se respiraba y triste a la vez, porque ese viaje a Londres no significaba una aventura agradable.

Abby rompió a llorar de nuevo, pero ya no era de desesperación, sino de alivio. Kat abrazó a su amiga, que se había puesto en pie, y sintió que se gestaba algo más grande de lo que podía controlar. Esa lucha que se avecinaba no sería solo por la señora Crown, sino por todas las mujeres que alguna vez habían sido llamadas locas y silenciadas por ir a contracorriente e intentar ser ellas mismas.

Mi muy querida lectora:

Si has llegado hasta estas últimas páginas, recibe mi más sentida gratitud y admiración. Con sumo placer te extiendo esta invitación a nuestro distinguido Club de Damas, en el cual, con toda seguridad, hallarás grata compañía e inspiradoras lecturas.

Para formar parte de esta selecta hermandad, basta con que te suscribas al boletín de noticias de mi apreciada amiga y escritora, la estimada Ivette Chardis. Debajo de estas líneas encontrarás el enlace y el código QR que te guiarán, sin demora, a nuestro acogedor salón donde te espera un regalo.

Aguardamos con entusiasmo tu llegada, confiando en que hallarás un cálido hogar para tu pasión lectora.
Con afecto y en la más alta estima,
Tu servidora.
Lady Susan Hall

Entrada directa al Club



Abby emprende un viaje a Londres para intentar liberar a su madre de Bedlam. Entre mentiras, traiciones y pasiones inesperadas, se verá dividida entre un hombre con alma de ángel y otro con el fuego del infierno en la mirada.

¿Será Abby capaz de salvar a su madre y a la vez entender el verdadero significado del amor?

El libro 3 de la serie Las Indecentes ya está en Kindle Unlimited

Consíguelo Aquí

¿Quién soy?

Escribo y leo novela romántica. Las protagonistas de mis romances históricos son mujeres fuertes en un mundo hostil, y pese a ello luchan, no solo por sobrevivir, sino por destacar y triunfar en aquello que se proponen. @ivettechardis

Tienes más información en mi web: www.ivettechardis.com

Y puedes escucharme en el podcast: Románticas Club 2.0

Índice

Capítulo 1 2
Capítulo 2 7
Capítulo 3 10
Capítulo 4 15
Capítulo 5 20
Capítulo 6 24
Capítulo 7 28
Capítulo 8 34
Capítulo 9 40
Capítulo 10 46
Capítulo 11 52
Capítulo 12 57
Capítulo 13 61
Capítulo 14 64
Capítulo 15 69
Capítulo 16 72
Capítulo 17 76
Capítulo 18 79
Capítulo 19 84
Capítulo 20 88
Capítulo 21 93
Capítulo 22 98
Capítulo 23 102
Capítulo 24 105
Capítulo 25 110
Capítulo 26 116
Capítulo 27 120
Capítulo 28 123
Capítulo 29 127
Capítulo 30 131
Capítulo 31 136
Capítulo 32 140
Capítulo 33 144
Capítulo 34 147
Capítulo 35 151
Capítulo 36 155
Capítulo 37 159
Capítulo 38 165
Capítulo 39 170
Capítulo 40 173
Capítulo 41 178
Capítulo 42 183
Capítulo 43 188
Capítulo 44 193
Capítulo 45 196
Capítulo 46 199
Capítulo 47 203
Capítulo 48 209

Capítulo 49 213
Capítulo 50 216
Capítulo 51 219
Capítulo 52 222
Capítulo 53 225
Capítulo 54 230
Epílogo
235